

Saga Samsara |

ARRÁSTRAME
AL INFIERNO
CONTIGO



JANE REYALS

ARRÁSTRAME AL INFIERNO CONTIGO

JANE REYALS

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Arrástrame al infierno contigo*

© *Jane Reyals*

ISBN 13: 978-1530992751

ISBN-10: 1530992753

Primera edición en abril 2016

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Edición y maquetación: *Alexia Jorques*

Saga Samsara I

ARRÁSTRAME
AL INFIERNO
CONTIGO

JANE REYALS

Esta novela está dedicada a mi familia, a todas aquellas personas que forman parte de mi vida y mi corazón, a aquellas personas que darían lo que fuera para poder estar solo un día más con su razón de existir y compartir el mismo aliento en un último beso eterno, mientras una llamada ineludible prepara sus alas para envolver una vida y dejar que vuele hacia un lugar donde descansar, a aquellas personas que luchan cada día por un mundo mejor sin esperar nada a cambio, y, sobre todo, a todos los que pelean cada día para conservar al amor de sus vidas, esos son los verdaderos héroes.

Jane Reyals

Agradecimientos

Dicen que escribir nos hace libres, nos permite abrir un pequeño recoveco de nuestro mundo interior para que la magia que reside en él fluya de tal modo que las letras se conviertan en vida. No importa si es real, si es verosímil, o si es la invención más grande jamás contada, solo regalamos una porción de nosotros mismos, que queda para siempre plasmada en nuestro universo particular. Cada lector se lleva, sea consciente o no, una parte de tu magia, y aunque olvide que la tiene dentro, siempre permanece oculta y paciente, en silencio, esperando resurgir algún día para transmitirnos las mismas sensaciones que una vez vivimos. Solo necesita que alguien agarre la llave y abra el cerrojo para que valga la pena que ese mundo vea la luz. Para mí ellos son mis héroes, aquellos que abren ese cerrojo y dejan entrar una pizca de magia en sus vidas.

Sin lectores no hay literatura y sin literatura no hay lectores de la misma. Es por ello que quiero agradecerte a ti, que ahora mismo acaricias estas letras con tu mirada, tú que vas a abrir la puerta a un nuevo mundo desconocido, que has decidido arriesgarte y formar parte de un poco de esa magia que nos envuelve a cada uno de nosotros, que hayas entrado en la puerta de la saga Samsara.

Estoy frente a este folio y podría enumerar a tanta gente que me ha mostrado su apoyo a lo largo del camino que se extendería como si se tratara de otra novela, pero sí debo hacer mención a mi familia, pues es ella siempre la que está ahí cuando la necesitas, la que posa su mano sobre tu hombro animándote a superar los obstáculos, a reír y llorar contigo, a aconsejar, la que nunca te abandona, pues aunque todo esté perdido siempre hay unas palabras cálidas que te animan a aunar fuerzas para continuar firme por el camino.

No olvido a todas aquellas personas que, desde el primer momento día, apostaron por este mundo que se originó de una simple idea mortal. Esas personas que tienen cabida en mi corazón y que me acompañan allá donde vaya. A mi brujita de la escoba, a una gran escritora como es Liah.S.Queipo, a Jose, a mi querida Rachel Bels

por su inestimable ayuda, es otra gran escritora, a Sara, a Mario, a Rub, a Cristina por su apoyo y difusión y a cientos de personas más, pero sobre todo a mi querida Verónica Hernaz, ella ha sido y es un pilar para mí, una inspiración, y cuando escribimos juntas creamos vida.

Hay tantas personas que nombrar, que espero que cada uno de los lectores del primer tomo de la pentalogía se sienta identificado con estas palabras, porque tú, sí, tú, haces esto posible.

Y por último, y aunque resulte cómico, deseo agradecer a Axel que compusiera ¿y qué?, sin duda parece que fue escrita para este primer tomo, y como siempre digo, las cosas suceden por alguna razón.

Y ahora te dejo disfrutar de esta aventura, que sigue con la segunda parte, Arráncame el alma despacio, tanto como lo hice yo al escribirla y que siempre recuerdes que ni lo blanco es tan blanco ni lo negro es tan negro, o, dicho de otro modo, ni lo bueno es tan bueno, ni lo malo es tan malo. Para todo hay un gris.

Dicho esto, escoge tu bando y dime; ¿serías capaz de cambiar de credo por amor?

*La vida no se mide por
las veces que respiras,
sino por los momentos
que te dejan sin aliento.*

Kevin Bisch

Índice

[Agradecimientos](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Personajes](#)

[Sobre la autora](#)

Prefacio

Bajo las raíces de aquella tierra manchada por el odio y la avaricia aguardaba aquel cuyo nombre no debía pronunciarse a la ligera, aquel que se había enfrentado a la muerte sin perecer, al que todos temían encontrarse, el que buscaba venganza por su destierro obligado. Caminaba de un lado a otro pensativo, maquinando algún plan que le abriera las puertas de aquella cárcel inmunda en la que ahora se había convertido su existencia. Presionando con los dedos el puente de su nariz, rememoraba las palabras que una vez habían salido de la boca de aquel que había considerado un hermano, aquel que le había entregado el poder para después arrebatárselo, palabras ahora convertidas en afilados cuchillos que arañaban su garganta con fuerza cuando las pronunciaba; *"De tu destierro sólo te librarás si una parte de mi alma logras hacer sangrar"*.

Por más que pensaba en ello no lograba vislumbrar la manera de ascender a los cielos y arrancar la sonrisa arrogante de los labios a aquel que había manchado su nombre con falsas acusaciones, aquel cuya maldad no tenía parangón y había logrado que hasta el más incrédulo de sus hermanos lo tomara por un desertor capaz de traicionarlos por no ceder a los deseos de alguien que se vanagloriaba de su poder. Aquellas acusaciones infundadas lo habían llevado a día de hoy al lugar donde se encontraba, por no seguir al rebaño, por ir a contracorriente y defender su propio credo. Para mitigar su soledad únicamente le quedaban sus guerreros, aquellos que habían sido corrompidos por la codicia humana y habían acabado siendo arrastrados a sus dominios. Todos y cada uno de ellos suplicaba clemencia ante su persona, pero solo él tenía el poder de decidir si eran merecedores de convertirse en aliados, en almas atormentadas y penitentes, merecedoras de su benevolencia, aquellas a las que adiestraba para convertirlos en los guerreros más fieros y preparados, con el único fin de obtener lo que quería, la libertad. Únicamente eran seleccionados aquellos que estuvieran dispuestos a luchar y ofrecer lo mejor de ellos mismos para conseguir

su cometido, recuperar aquello que un día había acariciado con la punta de los dedos y era suyo, únicamente suyo, el poder.

Dichos guerreros, bautizados con el sobrenombre de Kazoos, eran su único acceso a la superficie, las únicas herramientas supraterráneas que poseía, sus piezas de ajedrez en una partida donde lo único que importaba era el premio que comportaba la victoria, y todo estaba permitido. Sólo podía permitirse el lujo de ganar, puesto el tiempo iba avanzando, mermando así su paciencia. Y su hermana, la única familia que todavía le importaba, arrancada de sus brazos por aquel insensato y falso compañero de viaje al que todos creían y alababan. Si supieran lo que él sabía... Únicamente debía ser paciente para conseguir sus objetivos y recuperar a la única persona que había estado a su lado cuando todos le dieron la espalda, debía rescatarla a ella pues no era merecedora de vivir en una mentira. ¿Lo creería aún, querría hablar con él o ya se habría dejado embaucar por el otro?

Capítulo 1

(...) Probablemente de todos nuestros sentimientos el único que no es verdaderamente nuestro es la esperanza. La esperanza le pertenece a la vida, es la vida misma defendiéndose (...).
Julio Cortázar

Miro la orilla mientras las olas pretenden engullir todo el espacio que las separa de mi cuerpo. Tengo frío, pero me resisto a volver a esa casa solitaria que me hace sentir la persona más desgraciada del planeta. No puedo pensar en nada, dejo que mis pensamientos me lleven a un mundo paralelo mientras el viento azota mi pelo suelto. Algo me acaricia la espalda haciéndome salir de mi ensoñación, es más áspero que la caricia de mis cabellos. Me giro y veo sus ojos, aquellos que en un segundo me hacen perder la cordura y me invitan a embeberme de ellos y olvidar todo lo que hay a mi alrededor. Me levanto mientras sus brazos se van afianzando a mi cintura y suspiro ante el roce. Cuando estamos frente a frente solo puedo admirarlo, las palabras no atraviesan mis labios deseosos de rozar los suyos. Finalmente reúno el valor para preguntarle cuál es su nombre. Creo que es lo justo pues llevamos viéndonos más de un mes. Sus cabellos oscuros acarician mi faz mientras me roza la barbilla con el pulgar. Mi cuerpo tiembla en respuesta a su caricia y entonces él pronuncia únicamente dos sílabas mientras sus labios se acercan a los míos hambrientos: Yo soy...

Oigo un estruendo, miles de rayos aparecen de la nada dispuestos a caer sobre nuestros cuerpos. Él me mira triste mientras veo cómo su silueta se difumina entre la arena volátil de la playa y cuando creo que voy a perderle siento una mano que me aprisiona el hombro y me zarandea. Abro los ojos y encuentro a Killian mirándome con la ceja alzada.

—Estabas babeando, ¡¡qué asco!! —dice.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que has mutado a caracol, pero bueno... no hay mucha diferencia de la Naia que conocí hace unos años.

Pego una colleja a Kil al tiempo de me impulso para levantarme.

—Aquí la única babosa que hay eres tú, así que arrástrate por el suelo hasta la cocina y prepárame el desayuno.

—Vaya humor de perros tienes esta mañana... —dice Killian.

—Me arruinaste un momento hermoso.

—¿Cuál? ¿Besar a otro caracol?

Le tiro una zapatilla a la cabeza mientras sale de la habitación resoplando y maldiciendo por lo bajo. Decido ducharme con agua fría ya que el momento con mi hombre misterioso había hecho que la temperatura de mi cuerpo subiese más de lo que había esperado.

Me recreo más de lo debido en la ducha, imaginando que es mi hombre quien acaricia mi cuerpo con sus manos, al abrir los ojos solo encuentro mi esponja amarillenta que ruega que la sustituya por una más decente, está vieja y necesita una prejubilación.

A una semana para cumplir un año más en mi patética vida humana solamente deseaba encontrar la manera de que ese hombre existiera en el mundo real, y no solo en mis fantasías, y me demostrara que me deseaba tener tanto como yo a él. Qué ilusa yo...

Al bajar a la sala común veo como Kil, que así lo llamo cariñosamente, me mira con el ceño fruncido, está muy cabreado, lo sé, lo conozco. Sin pensármelo dos veces me acerco a él y al pasar por su lado le doy un cachete en su duro trasero mientras río traviesa. Me giro esperando que él haga lo mismo, pero no lo hace y al observarlo veo fuego en su mirada. Realmente está más enfadado de lo que creía, pero yo, que soy una manipuladora nata, le guiño el ojo y pongo cara de no haber roto un plato. Durante unos segundos veo como su gélida mirada no se derrite y es entonces cuando uso mi truco final; mi puchero letal. Hago un mohín seguido del puchero y consigo que Killian se acerque a abrazarme y besar mi coronilla.

—Perdóname nena.

Y ahí, señores, estaba lo que denominaba el *henpecked friend*[\[1\]](#).

Dispuesta a ser todavía más traviesa lo miro a los ojos e intentando aparentar seriedad le contesto.

—No sé, me lo tendré que pensar, la verdad es que me dolió bastante que me dijeras todas aquellas cosas en la cama.

—Naia, creo que estás sacando las cosas de contexto. Yo no hice nada. Y te recuerdo que fuiste tú la que pretendías crearme un

trauma craneoencefálico.

Pongo los ojos en blanco. El victimismo era una de las cualidades de Kil, pero no se iba a salir con la suya.

Aquella semana estaba especialmente irritable, a una semana de cumplir un año más de existencia, la mayoría de edad, él era plenamente consciente que debía dejarme espacio. Odiaba envejecer, porque eso es lo que ocurría, crecer para convertirme finalmente en una anciana decrépita a la que debiesen limpiar sus defecaciones porque no se podía valer por sí misma. Esa era la clave para entender mi rechazo al paso del tiempo; no quería depender de nadie y sobre todas las cosas no soportaba que me tuvieran lástima. Años atrás, aquella niña morena de ojos castaños se había empequeñecido hasta casi desaparecer al sentirse fuera de lugar. Las burlas constantes de sus compañeros por su alto coeficiente intelectual contrastaban con los rostros de lástima que mostraban los docentes al mirarla, como si fuera un ser de otro mundo. Aquella niña creció presa de la ira que provocaban los comentarios de sus compañeros y el aislamiento al que era sometida. A los doce años le ofrecieron la posibilidad de avanzar un par de cursos gracias a su gran capacidad intelectual y se acogió a aquella idea como si fuera su última salvación. Allí sería comprendida y aceptada pensó, nada más lejos de la realidad. Sus nuevos compañeros se compadecían de su aspecto frágil y dúctil, pero existía algo más, años más tarde descubriría que era la envidia de estos la que los movía a tratarla con desprecio y ridiculizarla. A sus dieciséis años ya podía vanagloriarse de haber conseguido ser la primera de su promoción en Física Cuántica, obteniendo el doctorado al año siguiente. Manejaba las ciencias a su antojo y pese a las incesantes ofertas de empleo que llegaban cada semana a su correo personal no pensaba rebajarse frente aquellos que solo querían usar sus conocimientos en su favor. Había tomado la determinación de conocer también las letras, y por ello se había matriculado en Letras en la UCL (*University College London*), una de las universidades más prestigiosas, gracias a la cuantiosa suma de dinero que el gobierno ofrecía a aquellos individuos con altas capacidades intelectuales. Aquel iba a ser su primer día, aquella niña asustada y rechazada por todos era ahora una mujer morena de ojos castaños, de metro setenta y esbelta que

no iba a dejar que nadie la doblegara ni sintiera lástima por ella.

Vuelvo al presente mientras la neblina se disipa frente a mis ojos y solo puedo observar sus ojos clavados a los míos, los noto preocupados, pero rápidamente desvía la mirada hacia la comida.

—Deberías comer algo antes de llegar al seminario.

Aquella mañana el profesor Anderson, al que no tenía el gusto de conocer, me había hecho llegar una invitación personal mediante el correo universitario. En esta se me instaba, si lo deseaba, a acudir a su seminario sobre crítica literaria. El tema me interesaba y es por ello que me decidí a ir aquella mañana.

Killian me observa de arriba abajo con el ceño fruncido, queriéndome dejar claro que mi atuendo es demasiado vulgar para acudir a una reunión como la que se me ofrecía. Lo miro alzando la ceja antes de volver a examinarme. Mis pantalones pitillo negros combinaban a la perfección con las botas altas de tacón de aguja y la camiseta blanca hasta media cintura.

—Creo que deberías vestir con un atuendo más acorde a la cita. Esto... ese no creo que sea muy acertado.

—Tienen suerte de que no lleve una de mis camisetas con mensaje, así que creo que voy perfecta para la ocasión.

Veo cómo resopla resignándose y se gira para tomar una porción de manzana y llevársela a los labios. La devora en segundos mientras yo selecciono aquellas cosas que pretendo llevarme. Por último, cojo el bloc de notas junto con la pluma y las llaves de casa.

—Volveré pronto, mientras tanto eres tú el que llegarás tarde a la facultad si no espabilas.

Marcho cerrando la puerta tras de mí y me encamino hasta la parada de autobús a pocos metros del portal. El piso de protección oficial en el cual convivíamos juntamente con otros dos estudiantes, estaba bien situado, justo en el centro de Londres, donde teníamos todo tipo de comodidades. Se trataba de una zona bien comunicada, tranquila y de clase media—alta.

El calor es sofocante mientras los rayos de sol se esfuerzan por penetrar hasta en el último recoveco de mi piel para impregnarlo con su luz. El autobús está a punto de llegar, según los paneles informativos, así que me siento en el banco mientras repaso los puntos que aparecían en el programa y que se tratarían en el

seminario. Subo al autobús mecánicamente mientras mi mente rememora el sueño vivido y se pregunta incesantemente quién es el individuo que aparece en él. Me esperan unos veinte minutos en aquel transporte poco oxigenado donde los diferentes olores que irradia la gente marearían a cualquiera. En la siguiente parada alguien se sienta a mi lado, giro la cabeza para desearle que tenga buen día, convirtiéndome mecánicamente en una ciudadana ejemplar, pero me quedo callada observándolo detenidamente. Debe de tener unos treinta años. Puedo oler su perfume como si yo misma lo llevara puesto, es embriagador y excitante, atrayendo inevitablemente a aquel que se encuentra próximo. Lleva el pelo rapado, con la barba de tres días y una chaqueta larga y negra. Es curioso que utilice dicha vestimenta siendo pleno verano y con temperaturas tan altas. Se trata de un hombre muy atractivo. Sus castaños cabellos y sus ojos azulados enmarcan un seductor rostro, de esos que suelen verse en los anuncios televisivos, aunque mi atención se para exclusivamente en sus manos, que poseen varias cicatrices blanquecinas y apenas apreciadas por el ojo humano si no es a cierta proximidad.

En ningún momento a lo largo del viaje cruza su mirada con la mía, fija al frente, pero tengo la sensación de que me observa, de que busca algo en mi persona. Tiene algo que me atrae hacia él, quizás sea la bondad que refleja su rostro, la serenidad o incluso la pureza, pero no puedo apartar mis ojos de él un segundo mientras mi cuerpo, en tensión, me quema por dentro, suplicando que acaricie su mejilla. A duras penas contengo mi mano, que como si tuviese vida propia ya pretendía tomar la iniciativa. Desvío la mirada hacia la calle y veo que debo bajar en la siguiente parada si pretendo llegar al seminario, pese a que mi cuerpo tiene otros planes.

—¿Me permite? Bajo en la próxima.

Sin emitir sonido alguno ni alzar la vista se levanta y procurando que su cuerpo no roce el mío lo más mínimo me deja paso para que pueda salir al pasillo. Tras desear buen día al conductor, bajo y lo siento tras mi espalda, el calor que irradia es superior al del mismo sol y eso provoca que todo mi cuerpo se ponga en tensión. ¿Quién demonios será?

Busco no darle más vueltas al asunto y me encamino a la universidad, puesto que apenas quedaban siete minutos para que se

iniciara la charla, según me informaba el reloj de mano.

Al llegar a la sala de actos solo puedo contemplar la magnificencia del lugar. La estancia consta de un cúmulo de asientos repartidos por la sala y perfectamente alineados frente a una mesa principal enmarcada por cuatro sillas y un atril coronado por un micrófono. El paraninfo está abarrotado de individuos perfectamente trajeados con ropas elegantes. Rememoro por un momento el comentario de Kil en relación a mi vestimenta. Quizás hubiese sido más coherente hacerle caso y enfundarme una blusa de seda y una falda larga de tubo, pero entonces no sería yo, mi esencia se perdería en favor de los convencionalismos sociales y no iba a permitir que una marea social me alejara de aquellos rasgos que conformaban mi personalidad y mi yo particular.

Me siento en el fondo de la sala, procurando pasar inadvertida ante aquellos que considero *snoobs*. ¿Tan difícil es comportarse tal y como uno es sin tratar de aparentar lo que no somos? Me concentro en observar de nuevo el programa buscando pasar tiempo para no entablar conversación con aquellos elegantes futuros oyentes que me miraban juzgándome con la mirada únicamente por no encajar con su fingida apariencia refinada e intelectual.

La estancia se sume en un completo silencio cuando el profesor Anderson hace su aparición y se coloca en un lateral del paraninfo mientras que el rector hace las pertinentes presentaciones y algunos de los doctores en la materia van acomodándose en la mesa principal. El profesor encargado del seminario se coloca frente al atril y barre la sala con la vista hasta que focaliza sus ojos sobre los míos. Su mirada es sensual, arrogante, desafiante y a la vez atrayente. Escucho los suspiros de algunas de las mujeres de la sala y ruedo los ojos para finalmente crear una mueca de disgusto. ¿Se podría ser más patética? Desvío la mirada al tiempo que carraspea antes de comenzar su particular análisis y crítica literaria sobre la obra *En torno al casticismo* de Miguel de Unamuno. La exposición resulta amena e interesante hasta llegar al tono de preguntas y respuestas o aspectos interesantes a tener en cuenta por parte de los oyentes de la sala. Alzo entonces la mano levemente esperando que me den paso y cuando repara en esta me señala incitándome a hablar.

—Señorita García, si es tan amable... —Con un ademán me insta

a exponer aquello que tengo en mente.

—Gracias profesor Anderson. ¿Cree usted que podríamos comparar el estado en el que se encuentra la España actual en relación a Europa con la necesidad de unión y de integración que propone el autor en la obra del país sobre el continente? —pregunto interesada en su perspectiva en relación al país que me vio nacer.

Veó cómo reflexiona sobre la pregunta que acabo de hacerle. Sé que estamos empezando a profundizar en temas más políticos y alejándonos del literario, pero aun así me interesaba conocer su opinión sobre el tema.

—Creo que sí podríamos equipararlo a la situación actual dado que a veces el orgullo nos ciega y no nos deja ir más allá ni pedir ayuda cuando se es necesario.

Observo cómo el público se va animando ante el tema a debatir y cuando empieza a ser una cuestión puramente política el profesor frena a los asistentes dando el discurso por finalizado y cerrando así la posibilidad de continuar los turnos de palabra y las preguntas — respuesta.

Los oyentes del seminario comienzan a salir del paraninfo entre charlas varias mientras un grupo de mujeres se aglomera alrededor del conferenciante, el cual las atiende sin prestarles demasiada atención. Me encamino hasta la salida y oigo que gritan mi nombre. Al girarme veo al profesor acercarse hasta mi posición con paso ligero. Me paro en seco y espero a que exponga que desea de mí.

—Señorita García, ¿sería tan amable de acompañarme a mi despacho para tratar unos asuntos relacionados con el seminario?

Alzo la ceja al sentirme descolocada ante la situación, pero acepto por puro formalismo. Camino tras él por algunos pasillos, subiendo escaleras y atravesando puertas hasta llegar a uno de los despachos, en el cual existe una chapa con el nombre grabado de otro profesor y no el suyo. Me da paso antes de hacerlo él y cerrar la puerta tras de sí. Noto el calor que irradia su cuerpo tras mi espalda, demasiado cerca. Antes de poder siquiera girarme para encararlo su mano rodea mi cadera y me coloca contra la pared. Su aliento acaricia mis labios, apenas a unos milímetros de mi boca. Trato de forcejear para que me suelte y solo logro que sus manos inmovilicen las mías sobre mi cabeza mientras que su cuerpo aprisiona el mío

impidiéndome movimiento alguno. Mi bolso cae estrepitosamente al suelo, derramando del mismo todo lo que en él hay.

—Joder Dina, no sabes las ganas que tenía de tenerte entre mis brazos, llevo años esperándote.

—Pero, ¿qué dice? ¡Suélteme ahora mismo! ¿Quién es Dina? Perdona, pero creo que se confunde, yo no soy Dina, así que déjeme salir de su despacho ahora mismo.

—No imaginas lo mucho que te deseo, después de tanto tiempo de espera por fin estás aquí, frente a mí. Solo imaginar que mis manos puedan recorrer al fin la suave piel de tu cuerpo me enloquece.

La ira recorre mi cuerpo. ¿Pero este quién demonios se cree? Por muy importante que sea dentro de los altos círculos universitarios y por más deseo y atracción que provoque a las féminas no tengo intención alguna de seguir al rebaño de muchachas deseosas de que el profesor baje sus húmedas bragas antes de meterse entre sus piernas.

Me revuelvo hasta conseguir liberar una de mis piernas al tiempo que su lengua recorre mi cuello lentamente. Me estremezco ante la sensación que provoca en mi cuerpo, pero no dudo un segundo en golpear su entrepierna con mi rodilla, en este momento libre. Su respuesta no se hace esperar, cayendo de rodillas mientras sus manos agarran su más preciado tesoro, ahora dañado. Mi sonrisa torcida le indica que he conseguido justo lo que deseaba.

—No entiendo porque me haces esto Dina, joder, éramos como hermanos, yo te deseaba, tú me deseabas, ¿qué ha cambiado?

—Mire, ni me llamo Dina, ni lo conozco ni deseo hacerlo. Ahora voy a marcharme y si se le ocurre volver a propasarse conmigo llamaré a la policía o acabaré de rematar la faena, y no me refiero en absoluto a satisfacerle. ¿Conoce la historia de Lorena Bobbitt?

Miro su entrepierna para que entienda a qué tipo de faena me refiero y entrecierra los ojos a modo de respuesta, aún preso del dolor. Recojo todo aquello que ha caído del bolso sin demora y vuelvo a guardarlo en este.

Salgo del despacho y me encamino a la salida. Las calles parecen desiertas a causa del calor sofocante que las invade, así que decido parar a comprar un helado y sentarme un momento en un

banco para reflexionar sobre lo ocurrido. Aquel hombre se había abalanzado sobre mí confundíendome con otra persona y haciéndome saber que me había estado esperando durante un tiempo incalculable. No entendía nada de lo que había acontecido en aquel despacho, así que en un intento de borrar lo ocurrido y con el helado de coco ya en mi estómago decidí ir caminando hacia mi piso compartido.

La sociedad en las calles era como un enjambre de abejas trabajadoras donde una tras otra avanzaban con un único fin, no reparando en nada más. Al llegar al paso, el tumulto de gente me oprime, siento que no puedo respirar y sin prestar atención a nada más, únicamente con el fin de salir de aquel lugar y dejar de sentir esa opresión continua, inicio de nuevo la marcha por el paso, hasta que noto una mano rodear mi cintura y apartarme rápidamente hacia atrás. Por un momento me quedo atónita, únicamente escucho el sonido de algún que otro claxon de coche y el grito ahogado de algún transeúnte. Acababan de salvarme de un posible atropello, pero mi estado apenas me permitía reaccionar. Reuniendo todo el valor y la fuerza de voluntad posible, me giré lentamente y entonces lo vi.

—¿Tú?

Su asentimiento me dio a entender que él también me recordaba por haberse sentado a mi lado durante el trayecto en el colectivo, sin emitir sonido alguno.

—Gracias.

Veo cómo vuelve a asentir y alzo la ceja. ¿Es que acaso es mudo? Algunas personas allí presentes se acercan entonces preguntando por mi estado, trato de tranquilizarlos para que me dejen algo de espacio y cuando vuelvo a girarme hacia él, ya no está. Todo resulta extraño e inquietante. La verdad es que la mañana en general había resultado de lo más confusa. Todavía reflexiono sobre si debía o no denunciar al profesor Anderson por la situación vivida en el despacho, pero sería mi palabra contra la suya y, ¿A quién creerían? ¿A un catedrático con un currículum intachable o a una simple alumna universitaria? Con el susto aún en mi interior y un cúmulo de pensamientos camino hacia mi hogar, aun cuando choco con uno de los transeúntes de la calle. Sollozo silenciosamente ante el dolor que siento en el brazo por golpearlo contra el suyo, pero sigo caminando

presurosa hacia mi piso.

Al llegar al portal donde comparto piso con Kil y otros dos compañeros, abro el bolso en busca de las llaves. Las llaves... ¿Dónde demonios están? Una imagen fugaz cruza mi mente. Mi bolso, el despacho, el choque contra la pared, la caída del bolso... ¡Mierda!

Parando un taxi, me encaminé de nuevo a la universidad, desandando mis pasos y furiosa. Bajé frente a ella pagando al taxista la carrera más una suculenta propina por la rapidez y eficacia con la que había trabajado dado el enojo y la desesperación que seguro debía reflejar mi rostro.

Ahora entrarás ahí, recogerás las llaves y te marcharás, puede que no esté... ni siquiera tienes que mirarlo a la cara... Mi mente no deja de repetirse las mismas palabras, como si fuera su mantra particular, mientras mi cuerpo se yergue mostrando una seguridad aplastante en relación a cómo me siento y cómo pretendo resolver la situación que se me presenta, por supuesto se trata solo de una simple postura. Siempre trataba de enfrentarme con elegancia y respeto a las situaciones adversas con las que me encontraba.

Al llegar a su despacho, mis nudillos chocan contra la blanca madera y espero a oír algún sonido desde el interior. Mis esperanzas se esfuman cuando oigo su voz. No podía haber estado más equivocada al pensar que podría no haber estado. De esperanzas también se vive...

Mi subconsciente, a veces con vida propia, suele ofrecer un sinfín de comentarios sarcásticos a irónicos con el único fin de demostrarme lo patética que puedo llegar a ser en ocasiones y yo solo puedo ignorarlo o darle la razón.

—Adelante. —La voz masculina y potente que se advierte tras la puerta podría poner a cualquier mujer a sus pies, es sensual e incita al deseo, pero mis intenciones son recuperar las llaves y no volver a ver su rostro ni oír su atrayente voz.

—Buenos días de nuevo, profesor Anderson.

—Hola Dina, ¿te quedaste con ganas de más? Ya sabía yo que, realmente, te había resultado excitante nuestro encuentro.

—Vengo únicamente a buscar mis llaves, puesto que estoy completamente segura de haberlas perdido en su despacho.

—¿Es esto lo que quieres? —En su dedo índice gira un manojito de llaves que se sujetan gracias a una argolla que ahora rodea con descaro su dedo, como si de un anillo se tratase—. Ven a buscarlas.

—Eres un cretino. Estás muy equivocado si piensas que voy a entrar en tu jueguito, yo no soy una de tus fulanas.

—Oh Dina, nunca dije que lo fueras. Ahora ven, ¿o es que no quieres recuperar lo que es tuyo? —su lengua pasea lentamente por su labio inferior. Sé muy bien que es plenamente consciente de lo que puede provocar con ese nimio gesto, pero tras mostrarme impasible la retira aun con la sonrisa torcida enmarcando su bello rostro. Alza su mirada, que camina desde las llaves hasta mis ojos, perdiéndose en ellos por un instante, y no puedo apartar la mirada, me es imposible puesto que mi cuerpo responde a lo que mi cabeza rechaza, como si nos conociéramos, como si lo reconociera. Lo veo alzarse lentamente de su silla, sin romper un segundo la conexión de nuestras miradas, hasta pasar frente a mí sin detenerse. ¿Por qué no ha parado? Al momento que hago la pregunta me reprendo a mí misma. ¿Acaso quiero que pare? No. El tintineo de mis llaves en su bolsillo me saca de mi ensoñación mientras oigo un clic. Para eso había cruzado la estancia, para cerrar el pestillo de la puerta. Esta situación se está volviendo cada vez más peligrosa, pero no deja de ser excitante a la vez. Sentirse encerrada por alguien que te desea, pero al que tú no piensas dar el gusto puede ser muy estimulante.

Aún acorralada, cual conejo enjaulado, me siento poderosa, sé que si juego bien mis cartas acabará comiendo de mi mano. Parecía un juego demasiado provocador. Era plenamente consciente de que aquel hombre no me interesaba lo más mínimo, entonces ¿por qué lo hacía? Sabía perfectamente la respuesta: deseaba humillarlo tal y como a mí me habían humillado, pues sabía que era el prototipo de hombre que trataba a las mujeres como trozos de carne donde satisfacer sus deseos más ocultos, y era hora de darle de su propia medicina.

Su respiración acompasada y el calor que emana su cuerpo me hacen saber que se encuentra peligrosamente cerca, a mi espalda. No me giro, me mantengo firme y expectante ante lo que tengo en mente. Su mano, algo dubitativa al principio, rodea mi cintura pegándose a su cuerpo y jadeo al sentir su duro miembro en mi

trasero. Era poderoso, de ello no cabía la menor duda, pero no por ello me impresionaba.

—No llegas a imaginar la tortura diaria al pensarte y ponerme tan caliente que podría reventar el pantalón con solo imaginar una palabra tuya. Tanto tiempo soñando con este momento y ahora me parece todo un sueño, un sueño del que no quiero despertar.

Mi cuerpo, rígido, no reacciona y mis labios no emiten palabra alguna, cosa que parece irritarle en demasía, así que, sin separarse un ápice, aparta mi pelo del cuello. Mi estatismo sigue siendo patente y bufa exasperado. Lo estoy llevando justo donde quiero. Su nariz recorre mi cuello, acariciándolo lentamente hasta llegar a mi mejilla, donde se detiene.

—Joder nena, voy a estallar.

Sus labios se pasean por mi mejilla hasta llegar a mi oreja y muerde el lóbulo de la misma. Un latigazo de placer recorre mi cuerpo hasta llegar a mi entrepierna, inundándola de gozo. Mis intentos por disimular mi reacción son inútiles y noto su sonrisa triunfal. Ahora soy yo la que está perdiendo el control de la situación, no me gusta nada, y él es plenamente consciente de ello.

—Dame lo que es mío, me marchó.

—Oh no, tú no te vas a mover de aquí, después de cómo me has puesto y lo predispuesta que te veo... No te preocupes, te voy a dar todo lo que te has perdido en estos casi doscientos años.

¿Qué? ¿Acaso está loco? ¿Doscientos años?

—Sabe, esto se considera intento de violación, acaba de arruinar su carrera señor Anderson.

—Pero no vas a decir nada Dina, ya sabes que tú y yo siempre nos hemos llevado muy bien.

—¿En qué idioma debo decirle que no soy esa tal Dina?

—Conoces tantos... —parece dubitativo— ¿Qué tal si empiezas por el sumerio?

—Lo siento, pero yo no manejo ese idioma.

—No mientas nena, tú conoces todas las lenguas y lo sabes. Y hablando de lenguas...

Gira mi cuerpo y su boca busca la mía apremiantemente, procurando entreabrir mis labios y colarse en el interior de estos, los cuales se mantienen flácidos e impasibles. Mi mano, sin necesidad de

orden alguna, le propina un sonoro bofetón.

—Mmmm, me gusta que seas salvaje.

¿Qué? ¿De dónde ha salido este hombre? ¿Acaso al profesor le gusta le gusta que le peguen? ¿Será practicante de Bondage?

De pronto se me enciende la bombilla. Aquella era mi única manera de escapar, la única opción que me quedaba, el último as en la manga.

—¿De verdad te gusto tanto como dices? —Asiente, tal y como yo había esperado.

—Túmbate en el suelo y demuéstrame lo que eres capaz de hacer, pero antes...

Tomo la corbata de su cuello y le tapo los ojos con ella.

Capítulo 2

(...) Hubo un tiempo en que había sido un ángel, mi ángel, ahora ese recuerdo era una bruma espesa que nublaba mi juicio y me hacía perder la cordura(...).

Bajo la luz de una pequeña lámpara de mesa me atormento. Las imágenes vuelven a mi cabeza una y otra vez. He dejado de luchar contra ellas, pues, aunque me duela verlas, al menos puedo sentirla un poco más cerca de mí. Tantos años sin sentir el tacto de su piel, sin inspirar su olor, sin estrecharla entre mis brazos. Mi eterna penitencia es mi castigo, mi pena por amar tanto que dolía. Pero ahora eso quedó atrás. He procurado crear una coraza para poder seguir adelante, pues sin ella estoy perdido.

Cierro los ojos y aspiro antes de levantarme de la cama. Mis ojos se desvían hasta el cuerpo que reposa sobre ella, a mi lado. Sin duda el sexo paliaba notablemente los recuerdos. Me hacía olvidar, desconectar temporalmente de todo lo demás, de ella. Las ilusiones se habían evaporado, pues ¿quién amaría a un desterrado? Aquel cuerpo que me acompaña en mis atormentadas horas se remueve bajo las sábanas. Ni siquiera sé cómo se llama, me repugna siquiera tocarla, pero es el único modo de no pensar en nada más.

—¿Estás bien?

Asiento mientras aprieto las manos, convirtiéndolas en puños. Todo aquello era una jodida ironía del destino, y ante este únicamente éramos peones de ajedrez cayendo uno a uno.

Noto unos dedos temblorosos recorrer cuan larga es mi espalda. Una mueca de asco pugna por salir, pero la freno. Solo ella tenía el poder de doblegarme con una caricia, con una mirada. Me giro y la veo, como una ilusión, pero no es ella, no posee la marca de antaño dejé en su hombro, aquella que mostraba a todo el que osara mirarla que era mía, solo mía. Aun así, su rostro está ahí, borroso sobre aquel cuerpo ajeno. Acaricio sus facciones mientras se acerca a mí, lentamente.

—Estás aquí...

—Pues claro, ya hace horas —no reconozco esa voz, no es la de

mi ángel. Sacudo la cabeza.

—Calla, no hables.

Sus brazos rodean mi cuello y la estrecho fuerte contra mí, no queriendo dejarla escapar.

—No sabes cuánto tiempo llevo esperando poder estar contigo, y ni siquiera sé si es real.

Mis labios acarician los suyos suavemente al tiempo que aprieto sus muslos con las manos, que ahora se aferran a mi cintura con firmeza. Al notar su lengua entrelazarse con la mía siento asco. Ese sabor... no lo siento mío, no es aquella menta refrescante que me alteraba los sentidos, ese gusto a podredumbre y muerte asola mi boca con descaro. Aparto el rostro y la hago girarse, mejor así, si deseo calmar mis ansias y concentrarme en su recuerdo es mejor que no me bese. Sus bragas de encaje se deshacen entre mis dedos cuando tiro de ellas arrancándolas sin demora. Solo pretendía aplacar mi dolor, no había sentimiento ni ternura, la fragilidad había desaparecido dejando paso a la ferocidad subyacente del hombre.

—Te quiero de rodillas, ahora. Apóyate en tus hombros y no me mires, no quiero siquiera que me hables, ¿queda claro?

Veo como asiente y gime ante el placer que sabe que se avecina, el que seguro le proporcionaré, aunque sea por pura rabia y frustración.

Acaricio sus nalgas con pericia, amasándolas. No siento nada, mis manos son témpanos de hielo en aquella piel que no reconozco como mía. Con un fuerte movimiento entro en ella, imaginando que es mi bello y dulce ángel, al que en verdad deseo poseer fervientemente. Me muevo con furia mientras los gemidos que emite Samantha, o así creo que la llama, realmente poco me importa, resuenan por toda la habitación. Agarro el cabezal de la cama con las manos prietas, emanando de ellas toda la ira contenida y preguntándome por qué. Finalmente, salgo de ella cuando se contrae y siento su calor derramándose por sus paredes, por mi miembro. El asco me inunda de inmediato, pero aun así no ceso en mi cometido, es el único modo de liberarme. Abro su trasero y sin previo aviso entro en ella, dejándola sin respiración momentáneamente. Seré brusco, ella bien lo sabe, no me para, me lo permite, lo haré, aunque no desee...

Aparto todo pensamiento y comienzo a empalarla sin más dilación. Sus gritos de placer inundan la sala y me concentro en sentir algún tipo de placer ante aquel acto, pero no lo consigo, desde hace ya mucho tiempo. Década tras década buscando sentir placer con todas y cada una de las mujeres de Londres. No consigo culminar con ninguna, la necesito a ella, solo a ella, pero no está.

Salgo de aquel cuerpo sudoroso, malhumorado, no sé si le gustó, tampoco me importa. Siempre dispuesto, siempre hinchado y erguido por pensar en ella, pero sin poder encontrar placer en el sexo, siempre condenado a no acariciar el cielo del gozo, el éxtasis, pero buscándolo sin descanso. Ironía del destino disponer de un gran placer que solo puede ser dado y nunca disfrutado. Me visto y desvío momentáneamente la vista hacia la cama para verla una vez más, la bruma que cubría el rostro de Samantha para convertirlo en el de mi ángel ha desaparecido dejando relucir su aspecto frío, duro, insensible, detestable.

—¿No te ha gustado, amor? ¿Quieres que adopte la forma de otra persona? Sabes que puedo hacerlo.

Desvío bruscamente la mirada apretando los dientes. Aquello era una maldita locura y ella disfrutaba torturándome aún más.

—Prepárate, Abbadon nos espera, tiene información sobre el mapa.

El mapa, aquella era mi única esperanza de volver a verla. Aquel trozo de papel me llevaría a la puerta.

La dejo allí para que se asee y se vista y tras colocarme los tejanos oscuros, la camiseta negra de algodón y la cazadora de cuero me encamino a la sala principal. Todos esperan allí; Jason frente a Onix, los hermanos mellizos Zenda y Max, Lexy, nuestra rastreadora, Kleton y los descerebrados de Hugh y Rob, los cuales me sonríen al tiempo que me siento en una de las sillas frente a la mesa ovalada.

—¿Y Sam? ¿La has dejado bien saciada? —comenta Roberta con tono socarrón— Después podríamos seguir tú y yo.

—¿Por qué no ahora? —le respondo.

—Silencio —Abbadon entra por la puerta y se sienta a la cabeza de la mesa. Nos mira a todos antes de hablar, entrecerrando los ojos—. Tengo nuevas informaciones sobre el mapa. Dado que vosotros no hacéis una mierda, he decidido tomar cartas en el asunto.

Sabemos que el mapa está aquí, en Londres, lo han movido desde España, su anterior ubicación. Debemos localizarlo y hacernos con él de inmediato, no quiero altercados ni que los Bash noten nuestra presencia. ¿Queda claro? Debemos pasar inadvertidos. Puede que el mapa tenga guardianes, en caso de que sea así sabéis que tenéis que hacer. Ahora marchad y haced algo útil por una vez en vuestra miserable existencia. Que la muerte esté con vosotros.

Todos se alzaron de la mesa, quedándome yo sentado un minuto más mientras los demás salían.

—¿Estás sordo Zackary?

—No, espero a que aparezca Sam y explicarle las novedades.

—Yo se las explicaré, márchate ahora.

Cada uno de los integrantes de nuestro clan tenía unos motivos concretos para permanecer en él, ya fuera venganza, autodestrucción, simple sed de matar o devoción por aquel al que debíamos servir.

Mis ojos se entrecerraron por la rabia. Yo no debería estar allí, arriba era mi lugar, pero si mil ocasiones hubiese tenido de enmendar mi error, mil veces hubiese caído voluntariamente sin pensarlo un segundo, pues la recompensa lo valía.

Me encojo de hombros y salgo de la estancia colocándome bien la chaqueta. Me encamino de nuevo a mi habitación.

Voy a la habitación donde, gracias al destino, no se encontraba nadie para atormentarme, y me siento en la orilla del colchón con la mirada perdida en aquella cristalera que muestra una ciudad corrupta, autodestructiva, donde primaba la avaricia y la egolatría. Cierro los ojos mientras mi mente vuela a otros tiempos, aquellos en los que había acariciado la felicidad con los dedos. Los recuerdos vienen a mi mente inundando mi corazón de dolor y añoranza.

573 años atrás — Edén

—¿Qué tal si me dices tu nombre? —comenté.

—¿Qué tal si no te lo digo? —me enloquecía el juego y el descaro con el que hablaba.

—Como quieras...

—¿No vas a insistirme?

—¿Merece la pena hacerlo?

—Si no lo pruebas no lo sabrás —su sonrisa, antes ya visible, se acentúa. La muy insolente me provocaba con su palabrería barata y aquello solo acrecentaba mi atracción por ella.

—No serás...

—Sí, lo soy.

—Es un honor conocerte.

—No te hagas el galán ahora conmigo por saber quién soy.

—Tienes razón, tu origen es algo que bien poco me importa.

—¿Y qué es lo que te importa, si puede saberse?

—Tú, me importas tú.

—No me conoces.

—Te equivocas. Llevo mucho tiempo observándote, en las sombras, esperando reunir el valor suficiente para dirigirte la palabra.

—Y ¿Por qué ahora?

—¿Y por qué no? ¿Qué puedo perder?

—Tú sabrás lo que puedes perder.

—Me arriesgaré entonces.

Mis dedos atrapan un mechón de su pelo y lo coloco tras su oreja. Llevo los dedos que han tenido el honor de rozar sus cabellos a mi nariz y aspiro. Delicioso aroma, de eso no me cabía la menor duda. Una voz grave irrumpe con fuerza en el ambiente, rompiendo nuestro íntimo momento, requiriendo su presencia. Ella, presurosa, acude a la llamada, pues ¿quién osaría desobedecer al padre de todos?

—Como ordenes, Mithrael.

La veo alejarse y con ella mis esperanzas. Un dolor agudo oprime mi pecho. Cuando había conseguido reunir el valor para presentarme ante ella, me la habían arrebatado en apenas segundos. Aquello sin duda sería una ardua tarea si pretendía obtener lo que quería, a ella. Desde aquel momento en que mis ojos se posaron en ella sentí un temblor en las piernas, la respiración se me entrecortó, el corazón bombeaba con fuerza y solo oía un zumbido sordo. Era el ser más bello y puro que jamás habían contemplado mis ojos. Sus ojos champán me habían atrapado y jamás querría escapar de aquella cárcel, de aquella locura, de aquella sensación.

Manteniendo todavía la vista fija en aquella morena melena que ondeaba por la suave brisa y balanceando mis ojos al son de sus caderas al caminar, sentí una mano afianzarse a mi brazo con fuerza.

—¿Qué haces?

—Veo que te gusta observar lo ajeno, pero grábate esto a fuego en esa cabeza hueca, ella es mía, mi mujer, no vuelvas a mirarla de ese modo ni de ningún otro o asume las consecuencias.

—¿Y quién se supone que eres tú?

—Soy el que acabará con tu mísera existencia si no la dejas en paz.

—Dejemos que ella decida, pues tú no eres su dueño.

—Siempre me elegiré a mí, yo soy su ángel, así que ahórrate la humillación y déjala ser feliz.

—Cuando ella me diga que es feliz contigo me quedaré a un lado, no antes.

—Desgraciado, no me provoques, no tienes ni la más remota idea de quién soy.

—Dímelo entonces.

—Ya lo sabrás y ese día te arrodillarás ante mí suplicando clemencia.

—Lo dudo mucho.

Tras aquella infructuosa y poco esclarecedora disputa, me encaminé hacia mis aposentos, donde Mia me esperaba. Ella, aun ascendiendo el mismo día que yo lo hice, se había ganado a todos y cada uno de los pobladores del Edén, los cuales sentían devoción por la pureza de su alma y la hermosura de sus facciones. Todos menos yo, jamás tendría deseos por otra mujer que no fuera mi bella morena, mi princesa, mi ángel. Mia era consciente de ello y por eso podíamos confiar el uno en el otro, sin reservas, no había secretos ni dobles intenciones, solo lo que veíamos, la clara y pura verdad.

Días atrás había llegado a aquellas tierras desconocidas. Edén, así las llamaban. No entendía cómo había llegado a allí, lo último que recordaba era el beso de la muerte, la cual me había estrechado entre sus brazos antes de besar mi frente. Aquel joven de piel pálida me había guiado por el laberinto, que él denominaba de la vida, hasta culminar en aquel árbol de fuertes y profundas raíces rodeadas por un lago que las nutría.

—Yo soy Azrael, aunque todos me conocen por otro nombre, la parca. No te juzgaré, para ello ya existen otro tipo de seres, aquellos que antaño fueron mis hermanos. Cada uno de nosotros tenemos una función dentro del cosmos, una tarea ineludible, una misión que debemos cumplir. Lo que aquí contemplas es a Vrska (Verska), el árbol de la justicia, rodeado de las aguas virtuosas de la vida y la muerte, aquel que juzga sin ser juzgado, que nunca se equivoca, el que representa al bien y al mal. Aquel que decidirá si eres merecedor del premio o el castigo, tu salvación o calvario, tu luz o tu oscuridad. Él es la voz de Mithrael y la voz de Luther. Será el mediador de ambos y decidirá si eres digno del camino que todos desean seguir. Volveremos a vernos Zackary, o no... Y recuerda, la muerte es solo el principio. Aprovecha el regalo que se te ofrece, en caso de que sea así.

Tras una simple inclinación de cabeza se había dado la vuelta, desapareciendo de mi vista, dejándome abandonado sin saber dónde ir. La bruma se espesaba por momentos, rodeándome presurosa. ¿De dónde había salido? Me envolvía, oprimiéndome el pecho. Me ahogaba, mareando mis sentidos, haciendo flaquear mis fuerzas. Caí de rodillas, arrastrándome cual gusano en busca de aire, acercándome inevitablemente al agua como única vía de escape y zambulléndome en ella. Aquel dolor intenso hacía mi cuerpo arder, como si miles de llamas se colaran en cada uno de los recovecos de mi ser y lo impregnaran todo con el dolor más grande jamás sentido. Me dolía, como nunca antes me había dolido nada, haciéndome sentir débil, confuso, cansado y maltratado. ¿Acaso aquello era el infierno? Cerré los ojos dejando que el dolor me consumiera poco a poco y nublara mi vista, haciéndome caer en la más profunda de la inconsciencia mientras trataba de expulsar de mi cuerpo el vómito que empastaba mi boca. Y ya solo había dolor, mucho dolor, mezclado con soledad, un constante zumbido en los oídos y oscuridad, total y completa oscuridad.

Desvió la vista de aquella cristalera, la cual siempre me hacía recordar momentos que atormentaban no solo mi mente, sino también mi alma, si es que aún quedaba algún resquicio de ella y no estaba todo perdido.

Tras una ducha, que de poco me sirve para despejar mi mente, me coloco unos vaqueros, una camiseta negra de algodón y mi inseparable chaqueta de cuero negro con el único fin de salir a patrullar, tal y como se me había mandado, y adentrarme en aquella sociedad convulsa y deteriorada que ignoraba, en la mayoría de los casos, nuestra existencia, pues era nuestro objetivo principal pasar inadvertidos. Bajo las escaleras y me dispongo a salir por la puerta en busca de un poco de acción que pueda evadirme y hacerme olvidar la desgraciada existencia que me obligaban a vivir por haber amado lo prohibido. Un leve azote en el trasero me hace volverme con ira en la mirada. Samantha sonrío socarrona mientras alza la ceja derecha.

—¿Dónde vas, mi semental?

—Me voy a buscar lo que deberías también buscar tú.

—¿Estás seguro de que te vas por eso?

—No. Me voy porque no te aguanto más, me repugnas y no puedo pasar un minuto más a tu lado en esta casa.

La maldita bruma vuelve a aparecer en su rostro. Ella otra vez, mi ángel, no, no... ¿Por qué?

—¿No me aguantas más? ¿Me repugnas? ¿Seguro que quieres dejarme?

—Tú no eres ella. Basta ya, eres miserable, detestable, una zorra perversa sin escrúpulos.

Sonríe maliciosa y un brillo aparece en su mirada. ¿Es que acaso le gusta que la traten así y que la insulten de ese modo?

—Vaya... me decepcionas Zack, pensé que me amabas.

—Sabes perfectamente que no es a ti a quien amo. Tú no eres mi ángel y hazte a la idea de que nunca lo serás.

Su rostro, aun simulando al de mi ángel, se acerca peligrosamente al mío y me obliga a separar mis labios antes de colarse entre ellos y succionarlos mientras acaricia con su lengua mi paladar. Por un momento mis labios la responden, pero me obligo a serenarme y hacer reconocer a mis sentidos que aquella no es la mujer por la que sienten, la única por la que padecen, a la única a la que realmente aman. La aparto bruscamente de mi cuerpo, limpiando mi boca con el antebrazo de mi chaqueta, antes de que mis ojos, empapados en furia, la miran con asco.

—No vuelvas a hacerlo nunca más, ¿me oyes?

—¿Hacer qué? Yo no he hecho nada... eres tú el que me has besado.

Resoplo, no seguiré discutiendo ni perdiendo mi tiempo en una causa perdida. Salgo por la puerta dando un sonoro portazo y dejándola a la espera de una respuesta que nunca llegaría.

El calor era sofocante aquella mañana, pero nosotros, los Kazoos, teníamos acostumbrado el cuerpo a las altas temperaturas, no en vano habíamos residido rodeados por el fuego del averno, todos y cada uno de nosotros, hasta obtener nuestras recompensa ante tanto suplicio; la ascensión al mundo terrenal por parte de unos pocos, los escogidos, aquellos que como única misión a desempeñar, debíamos localizar el mapa que condujese al Edén, lugar donde residía el padre de todos, al que debíamos dar muerte, pues solo al derramar su sangre podría liberarse el dueño y señor del inframundo.

Acaricio en el interior de mi muñeca el emblema de los Kazoos, grabado a fuego en mi piel. Aquella vara de hierro incandescente había marcado cada una de nuestras muñecas para que recordáramos siempre a quién pertenecíamos y cuál era nuestra misión y prioridad. Aquel símbolo sería nuestra seña de identidad y nos permitiría reconocernos en cualquier circunstancia y lugar en el mundo. Ya no había marcha atrás, nunca hubo esa opción, nunca fui poseedor de mi vida. Camino sin rumbo, deambulando entre las calles, ¿buscando qué? Ya ni yo mismo lo sé...

Hacía ya más de ciento cincuenta años que había caído. Mis alas habían sido cortadas por amar, únicamente por quererla a ella, por envidia y codicia de algunos que únicamente buscaban la propia felicidad. Aún puedo sentir el suave tacto aterciopelado de cada una de mis plumas. Eran grandes, sí, majestuosas, también, y que batían al viento, cortándolo, como la mayoría no podía hacer, puesto que cuanto más virtuoso y bondadoso había sido el ser humano antes de renacer, y más generoso había sido en la vida terrenal, más se premiaba al sujeto mediante la extensión de sus alas. Pero yo no buscaba eso, poco me importaba cuan largas eran estas o el número de plumas que poseían, solo me preocupaba una cosa, algo que me mantenía en vela todas las noches. Conseguirla a ella, conseguir su amor, aquel era mi premio, mi recompensa, por lo único que luché día

tras día y el motivo por el que aún lo hago, pues mi intención al recuperar el mapa era bien distinta a la demandada por mi señor ahora. Mientras que el propósito de Luther era regresar al Edén para culminar su venganza, el mío era elevarme a aquel universo paralelo y poder volver a verla otra vez, aunque fuera la última vez, y tener la oportunidad de contarle el motivo de mi descenso, pues como muchas veces ocurría, lo que le habían contado distaba mucho de la realidad. Ese era mi propósito, al igual que otros tenían los suyos propios, pues no nos movía únicamente el ferviente afán de servir a los deseos de aquel que gobierna el subsuelo.

Capítulo 3

(...) El arte de vivir se compone en un 90 por ciento de la capacidad de enfrentarse a personas que no puedes soportar. (...).
Samuel Goldwyn

Verlo allí tumbado, complaciéndome, era excitante a la vez que cómico. Me coloqué sobre él, sin rozar su cuerpo.

—Ahora voy a desnudarlo, señor Anderson, quédese muy quieto.

—Joder, Dina, no sabes lo que me excita que me llames así...

—¿Cómo, señor Anderson?

Suspira mientras me encargo de dejarlo completamente desnudo, sin un trozo de tela que cubra su cuerpo. No quiero mirarlo, pero mis ojos se desvían irremediabilmente hacia su torso y lo barre por completo, y baja, más y más. Basta. Es musculoso y muy estimulante, por qué no decirlo, pero sería indecoroso por mi parte seguir con aquel escrutinio tan exhaustivo. Aquella parte de su anatomía estaba vetada para mí, eso lo tenía claro, así que cogí las llaves de mi casa, que residían en uno de los bolsillos de su pantalón, motivo por el cual lo había despojado de sus ropas, y lo miré con asco. Los hombres eran todos iguales, y ya era hora de que tomaran de su propia medicina.

—Pequeña, me tienes muy excitado y expectante.

—Y más que lo vas a estar con lo que tengo en mente.

Me guardo las llaves, intentando que el tintineo de estas no me delate y tras meterlas en uno de los bolsillos de mi bolso, me encamino hacia la puerta. ¿Rodeo su cuerpo o paso por encima de él? Una idea maliciosa acude a mi mente. Sin pensarlo dos veces me agacho y le susurro al oído.

—Ya verás lo bien que lo vas a pasar.

—No lo dudo, pequeña —vuelvo a mi posición original, incorporándome, de pie frente a él.

—Disfruta de este día inolvidable entonces y piensa en mí.

Me encamino hacia la salida del despacho, pisando una de sus manos y su abdomen con mis tacones, pues me obstaculizaba el

camino.

—Mmmm... ¿Te gusta el bondage nena? Porque me da mucho placer...

—Que lo disfrutes entonces.

Retiro el pestillo de la puerta mientras lo miro con repulsa, dejándolo desnudo sobre la moqueta mientras me alejo con todas y cada una de las prendas de su ropa en mis manos. Gracias a la puerta abierta, que me había encargado de dejar, oigo un suspiro y unas últimas palabras saben de su boca antes de que desaparezca para siempre.

—¿Dina? Nena, ¿Dónde estás?

Con una sonrisa triunfal salgo de la universidad, tirando la ropa en una de las papeleras de la zona. Como le había dicho des del primer momento, yo no era de esas chicas que se bajaban la ropa interior mientras babeaban por él, si así lo creía iba muy mal encaminado.

Camino presurosa hacia la parada del autobús. ¿Acaso podía existir un día más surrealista que el vivido? El camino se hace largo y pesado, siento una opresión en el pecho que me asfixia hasta que llego a mi parada y suspiro.

Llego a casa exhausta, soltando el bolso y las llaves en el recibidor y dejándome caer, cual colilla, en el sofá. Resoplo sonoramente cuando dos pares de ojos me escrutan casi con insolencia. Matthew y Lucca, Lucca y Matthew. Aquellos dos eran la personificación de la osadía, capaces de caminar hacia su perdición una y otra vez con los ojos cerrados. Aquellos dos, primos lejanos según me habían comentado, se pasaban las tardes frente a los libros de medicina, estudiando, y las noches...quién sabe, aunque mucho me temía que repasaran lecciones de anatomía.

—Chicos, no estoy de humor. Después os cuento.

Me limito a hacer *zapping* durante un tiempo indeterminado, hasta que el repiqueteo de unas llaves golpear la puerta de manera continuada me hace salir de mi ensoñación momentánea, haciéndome volver al mundo real. Kil, con esa dulce sonrisa, que vuelve locas a todas las chicas, se acerca para besar mi mejilla.

—No pienso derretirme como el resto de mujeres por esa sonrisa compradora.

—Sabes que no lo pretendo.

—Oye, no me contaste si pasó algo con aquella chica de...

Tapa mi boca con su mano y me insta a callarme antes de retomar la palabra.

—No trates de eludir el tema. ¿Cómo fue la conferencia del señor Anderson?

Trago saliva ruidosamente y él, siempre atento, entiende que algo ha sucedido.

—Suéltalo o reventarás.

Tras contarle, con todo lujo de detalles, lo sucedido, solo puedo contemplar la fina línea en la que se han convertido sus labios, antes sonrientes. Era el único hombre del que me fiaba, jamás me había traicionado, mucho me había costado dejarle formar parte de mi vida, pero ahora jamás lo dejaría escapar pues lo consideraba un hermano. El sonido del teléfono móvil me devuelve al mundo real, del que nos habíamos abstraído para sucumbir en el de los cuchicheos. Desvío la mirada hasta la pantalla táctil y veo un correo electrónico. Sin demora, lo abro e inicio internamente la lectura de este.

Estimada Señorita García,

Lamentamos comunicarle que la beca a la que usted se inscribió ha sido suprimida por falta de participantes y por tanto ha expirado. Afortunadamente para usted, uno de los profesores que imparte clases varias en su facultad se ha ofrecido a concederle el puesto de becaria particular de su departamento a cambio de una suma de dinero equiparable a la beca ofrecida. De este modo, si desea aceptar dicho puesto, deberá presentarse el próximo día 7 de septiembre en el despacho del Señor Anderson, número 11, en la facultad de Letras, University College London, pues él será su tutor y usted su becaria, si lo aprueba. Esperamos que la propuesta sea de su agrado.

Atentamente,

Consejería de Educación del Reino Unido.

—¿Cómo?

Kil coge el teléfono de mis manos ante mi cara de estupefacción y lee lo que segundos antes he leído yo.

—Parece que tiene mucha influencia dentro de la facultad.

—Sea como fuere, no pienso ceder ante los juegucitos de este perturbado. Mañana mismo buscaré trabajo, tengo ofertas de diferentes instituciones de renombre.

Y eso hice... Durante los siguientes cuatro días busqué incesantemente, para obtener siempre la misma respuesta. Sin duda, parecía que el profesor Anderson tenía más influencia de lo que yo imaginaba. ¿Cómo iba a sobrevivir si se encargaba de cerrarme todas las puertas?

Me siento en el sofá y suspiro. Maldito sea... es un ser despreciable. Kil se acerca y acaricia mi mejilla con ternura.

—¿Ha habido suerte, princesa?

—No, ya se ha encargado el *profesorcito* de que me rechacen de todos y cada uno de los puestos de trabajo que hay en Londres.

—Princesa, no es por presionarte, pero han llegado los gastos del piso y... puedo cubrirte, no te preocupes.

—¿Cuánto?

—De verdad que no es nada, yo te cubro.

—Kil ¿Cuánto?

—723 GBP[2]

—Joder, pero ¿Qué ha pasado?

—Nos han subido el alquiler.

—Ni que viviéramos en el Palacio de Westminster —aprieto los puños y tenso la mandíbula—. Aceptaré.

—Naia, no. No le des ese gusto. Nos las arreglaremos, como siempre.

—Puedo pagar este mes, tengo ahorros, pero no puedo pretender que me cubras todos los meses, pero ten por seguro que no voy a ser la becaria sumisa que él espera. Tú me conoces bien y sabes que me repugnan los hombres así. Si pretende seguir el juego conmigo acabará muy mal parado.

—Haz lo que creas más conveniente. Sabes que yo te apoyaré decidas lo que decidas.

—Gracias, hermanito.

Nos abrazamos con ternura. Haríamos cualquier cosa el uno por el otro. Desde que nuestros caminos se habían cruzado habíamos sentido una conexión que iba creciendo poco a poco, creando un

vínculo irrompible entre ambos. Él es mi soporte, el que me ayuda a levantarme cuando caigo, y yo soy el suyo. Confidentes, amigos, hermanos. Una vez dejamos de hablarnos, nos miramos.

—Pronto será tu cumpleaños, Naia.

—Sí, en dos días —asiento y a mi mente viene de nuevo el correo electrónico, la citación con mi nuevo tutor es justo el día de mi cumpleaños, genial... ¿Podría salir algo más mal?— Espero que esta vez te lo trabajes un poco más.

—Tampoco estuvo tan mal...

—¿Regalarme un Christmas por mi cumpleaños en pleno septiembre no está mal? ¿En serio?

—Se les habían agotado las tarjetas de aniversario.

—De verdad Kil, cuanto más dinero tienes más agarrado te vuelves.

Ambos reímos al unísono, pero en mi fuero interno la situación económica en la que me encontraba me asfixiaba, me agobiaba, deprimía y angustiaba. Y todo, completamente todo, era por culpa del detestable y perverso docente.

Dos días después, cuando los primeros rayos de sol despuntan en el horizonte cincelandando el cielo con pequeñas motas rosadas, me levanto alicaída y desilusionada. Hoy era el día... el día de muchas cosas. Fingida felicidad ante los seres queridos por un nuevo año que entraba, la visita a mi despreciable nuevo tutor, entre otras cosas.

Entro en el baño arrastrando los pies. Cada una de las horas desde hacía días me había estado mentalizando y preparando para la idea de asumir que soy en el día de hoy una ciudadana con pleno derecho a decidir. A mis dieciocho años me siento una más en ese avispero del que ahora formaría parte. Me aseo y me siento en el frío inodoro, desnuda, puesto que mi intención es darme una refrescante ducha, que despeje mi mente antes de enfrentarme al duro día que me espera. Desvío la mirada hacia la repisa donde descansan múltiples recipientes con diferentes cremas faciales.

—Pronto os necesitaré...

Me levanto para meterme en la ducha cuando oigo la puerta abrirse bruscamente mientras mis tres compañeros de piso gritan esa cancioncilla al unísono, tarta en mano. Sin duda, no los contratarían ni para la Tuna... Me tapo presurosa con las manos ciertas partes del

cuerpo que no deseo mostrar a nadie mientras grito a pleno pulmón.

—¡Fuera!

Huyen despavoridos cerrando la puerta tras de sí. Sin duda alguna, el día no podía haber empezado de peor modo.

—Lo sentimos. Vístete y sal ya o te sacaremos a rastras. —Oigo a Luca tras la puerta.

—Tranquilos, no hace falta, eso puedo hacerlo yo sola. Me siento como un gusano al que pisotear.

—Eres una dramática, solo es un año más —Oigo a Kil.

—Para ti lo es —susurro exasperada.

Sin oír la réplica, me meto en el plato de ducha y cierro la mampara mientras miles de chorros masajean mi cuerpo. Aquella lluvia acuosa relaja poco a poco mi cuerpo, destensando y calmando mi desasosiego. Una vez vestida con mis shorts y una de mis camisetas con mensaje, *El amor es cosa de dos, pero siempre hay una zorra que no sabe contar*, bajo al piso inferior, donde me esperan.

Una vez abajo, asisto a otro exclusivo concierto de gallos mientras maldigo y me fustigo a mi misma por no haber comprado tapones para los oídos. Tras una buena ingesta de tarta y algún que otro cumplido o sandez, Matt y Luca me entregan un paquete envuelto en papel, adornado con notas musicales. Adoro la música y ellos lo saben. Al abrirlo y observar lo que esconde, mi sonrisa se ensancha.

—Ha valido la pena aguantar vuestros insufribles tonos desafinados. Es simplemente perfecto. Sin duda le daré un buen uso.

—Los abrazo y beso sus mejillas. Eran buena gente y buenos amigos, de aquellos en los que se podía confiar. Ella, una morena de ojos verdes, que te absorbían, donde podías ver reflejados en ellos la pureza y la verdad. Él moreno y bronceado, también de ojos verdes, representaba el típico musculitos de gimnasio, ese que volvía locas a las chicas y que encontrabas en las playas de Miami. Me siento en el sofá a examinar mi regalo. La máquina para estampar camisetas descansa en mi regazo mientras busco los mecanismos que me permitan su manejo.

—Vaya si le daré uso... sobre todo ahora que empieza mi casi obligada labor como ayudante del señor Anderson.

Todos ríen, yo no. Sé lo que me espera, ellos no. Aquello iba a

ser una continua lucha, una tortura permanecer codo con codo con aquel ser despreciable que se creía un triunfador, un Don Juan. No dejaría que me ninguneara como seguro hacía con cada una de sus conquistas. Matthew y Lucca focalizaron su mirada en Kil. Parecía pensativo, aunque se empeñara en mostrar esa falsa sonrisa de chico bueno. Yo sabía que no estaba bien, y él sabía que yo era consciente de ello.

—¿Te has vuelto a olvidar de su cumpleaños, Killian? —Matt, siempre con su tono pícaro, trataba de sonsacar a Kil su reticente muestra a participar en aquella celebración.

—Nunca lo olvidaría. —Cierra los ojos entregándome un sobre. ¿Acaso no podía mirarme a los ojos mientras lo hacía?

—¿Otro Christmas, Kil? —Lucca ya ríe mientras mis ágiles dedos ya extraían el papel que residía en el sobre. Quizás era una entrada a un buen spa, que falta me hacía, sobre todo ahora que en mi nueva condición de becaria iba a necesitar toda mi paciencia y autocontrol. Controlar mis impulsos de mandarlo a comer castañas y calmar la tensión que seguro sufriría en mis carnes.

En una hora debía presentarme en su despacho y era lo último que deseaba hacer. Aquel empleo era el mayor desafío al que me habría de enfrentar, de ello estaba segura. ¿Cómo mantener a raya a alguien al que no puedes mandar? Si perdía ese empleo ¿qué me quedaba? Había sido rechazada por todos y cada uno de los puestos de trabajo existentes en Londres, incluso me había planteado trasladarme a un país extranjero, pero yo no era así, no huía de los problemas, era una luchadora nata, siempre lo había sido, desde la infancia, y no dejaría que un medio neurona con pocas luces me amargara la existencia.

Saco el papel con cuidado y lo examino detenidamente. *Vale por una charla.* ¿En serio? Esta vez sí se había lucido, se había superado.

—Es muy gracioso Kil. Ahora en serio, ¿dónde está?

—Ese es tu regalo y cuando la tengamos te darás cuenta de que tiene mucho más valor que cualquiera de los regalos materiales que podría haberte hecho.

—Lo que tú digas, hermanito —miro el reloj una vez he recogido mi regalo, el sobre y el papel de regalo con notas musicales.

—¡Mierda! Llego tarde mi primer día, apenas quedan veinte minutos.

Corro hacia la habitación para enfundarme unos tejanos negros de pitillo con sus correspondientes botas de tacón, mismo color, y una de mis camisetas con mensaje. *Si no te gusta por delante mírame por detrás*. Cuando salgo, Kil me llama la atención.

—¿Quieres perder tu empleo el primer día?

—Está bien... —resoplo.

Vuelvo al armario y me pongo una de esas camisas blancas con corbata, *suit*, que tan bien quedan a las mujeres últimamente, la última moda dicen. En gran parte es gracias a los aportes de David Delfín o Giorgio Armani, entre otros.

—Lucca, ¿dónde guardas el spray de pimienta?

—En el primer cajón de la cómoda, pero ¿es necesario un spray anti violadores?

—Con este hombre nunca se sabe.

Una vez lista, salgo corriendo en busca de un taxi que pueda llevarme a mi destino antes de que esté perdida. Llegamos a la puerta siete minutos antes, sin duda aquel taxista era digno competidor de Fernando Alonso. Tras pagar la carrera con una suculenta propina, bajo del vehículo y entro en el edificio en busca del despacho del profesor, aquella puerta que guardaba lo que sería mi infierno particular. Mis nudillos golpean aquella puerta que tan pocas ganas tenía de que se abriese para poder atravesarla.

—Adelante.

Llegó la hora de la verdad, aquel momento por el que me había preparado durante días, el encuentro con el señor Egocéntrico.

Entro en el habitáculo y cierro la puerta tras de mí mientras nuestros ojos se encuentran.

—Vaya, vaya... mira quién ha vuelto con el rabo entre las piernas.

—Eso te lo dejo a ti, que te queda más apropiado.

—Bienvenida de nuevo Dina, ¿cómo estás? ¿me extrañabas?

—¿Y usted? ¿Pasó frío?

—Reconozco que tu jugada sucia fue de muy mal gusto, pero por suerte soy un hombre de recursos y siempre me guardo un as bajo la manga.

—Pues espero que conserves muchos.

—¿Eso es una amenaza, Dina? —Veo como alza la ceja e ignorando su expresión me acomodo en la silla que hay frente a su mesa.

—¿Y bien? Creo que no estaría de más que me explicaras las funciones que debo desempeñar como becaria, el horario de trabajo y el salario, entre otras cosas, para saber si me interesa o no firmar el contrato.

—¿De verdad quieres que hablemos de eso? Porque con esa camisa y esa corbata estás tan sexy que podría hacerte recordar una y otra vez por qué estamos hecho el uno para el otro. —Aprieto los dientes y freno a mis piernas, me desean impulsarse para encaminarme hacia la puerta.

—El contrato o me marchó.

—¿No lo estás pasando bien?

Me cruzo de brazos y alzo la ceja esperando a que entienda mi negativa.

—Me gusta cuando te pones así, sobre todo porque tus apetecibles pechos se ven más voluptuoso.

Desligo mis brazos, no le daré ese gusto. Me levanto, se acabó, estoy cansada de sus jueguecitos. Cojo el pomo con la mano y al segundo noto una mano que rodea mi cintura mientras que otra sujeta la puerta.

—No te vayas.

—Pues deja de comportarte de este modo.

—Lo intentaré, pero cuando te tengo cerca no puedo evitarlo.

—Pues hazlo o no tendrás becaria.

—Sabes que para mí no eres solo una becaria. —Gira mi cuerpo y me hace encararlo. Su mano atrapa la mía y la coloca en su mejilla mientras cierra los ojos y aspira con fuerza. Puedo notar el calor de su aliento sobre mi rostro. —Necesito que entiendas que te quiero, que tú eres para mí como yo lo soy para ti. Dime cómo hacerlo, por favor.

Aparto mi mano de su rostro y la dejo caer sin apartar mis ojos de los suyos.

—Puedes empezar por soltarme y mostrarme ese contrato.

—¿No puedo convencerte de algún modo?

—Ya sabes que no.

—Ya veremos. No jugaré limpio.

Capítulo 4

(...) *Hay personas que nos hablan y ni las escuchamos... hay personas que nos hieren y no dejan ni cicatriz... pero hay personas que simplemente aparecen en nuestra vida y nos marcan para siempre* (...).
Cecilia Meireles

La necesito, no puedo respirar si ella no está a mi lado, el dolor me consume lentamente. Miro a uno de los lados de la calle. Transeúntes despreocupados caminan presurosos hacia su destino, sin saber que con un simple gesto podría cambiar sus vidas. Estoy solo, nadie ha querido acompañarme, soy mala compañía. ¿Quién querría patrullar con un mártir? Un gamberro circula tras de mí con su monopatín. Le entorpezco el viaje con mi caminar pausado, soy consciente de ello, y en uno de sus arrebatos de ira me empuja para proseguir su camino. No debería haber hecho eso... *Ella no querría que lo hicieras*, repite mi mente incesantemente, una y otra vez. ¿Acaso importa ya? Le respondo. ¿Y si hiciera algo realmente grave para hacerla bajar? Mi mente no se hace esperar. *No bajará... La decepcionarás aún más de lo que ya lo has hecho*. La furia me consume hasta límites insospechados. ¿Sería feliz? ¿Pensaría en mí? Un eco resuena en mi cabeza. *O estará con otro, otro que la toque como tú no puedes hacerlo, que bese esos labios que jamás volverás a acariciar, que le haga el amor como tú no podrás volvérselo a hacer, que le susurre al oído que la ama, como hacías tú, y jamás volverás a hacer de nuevo*. Las palabras son pronunciadas sin apenas pensarlas.

—*Puer Ruinam*[\[3\]](#).

El chico cayó del *skate* en el acto. Había sido una mala acción y estaba seguro de que mi ángel estaría cabreada conmigo. No debía haberlo hecho, pero aun así me reconfortaba, pues la sentía más cerca que nunca, casi podía ver su ceño fruncido, que decoraba su bello rostro, cuando hacía algo que la molestaba.

Mientras algunos humanos molestos se encargaban del crío, que

sollozaba en el suelo, escuché alboroto en la calle contigua y me acerqué. Todo apuntaba a que alguien había sido rescatado de un posible atropello, o aquello era lo que vociferaban los ciudadanos inquietos de Londres allí presentes. Y entonces lo vi. Allí de pie, frente a una morena con cara de sorpresa, estaba él. No lo dudé, me vendría bien una buena pelea para dejar atrás toda frustración, aunque fuera un instante. Me acerque a su posición mientras lo veía alejarse del tumulto de gente. ¿Acaso quería jugar al gato y el ratón? Si era así que comenzara el juego, pues él sería el ratón e iba a ser cazado. Una vez entro en el callejón donde segundos antes lo ha hecho él, lo veo girarse y encararse a mí con sus inseparables cuchillos kukri, uno a cada mano.

—¿Cómo estás, viejo amigo?

No contesta ni en su rostro aparece expresión alguna, se mantiene impassible, hierático, mientras mi sonrisa se acentúa por momentos.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

Los cuchillos de sus manos giran entre sus dedos, esperando ser usados en una lucha sin parangón.

—No vengo a pelear, guardián —miento—. Solo necesito que me digas dónde está el mapa y marcharé. Si no sabes hablar puedes dibujármelo, o incluso con mímica aceptaré la respuesta. ¿Qué tal se te da la mímica?

Su mirada se centra en mi cazadora, la cual retiro para mostrarle a Doria, mi mandoble solus dorado y negro.

—¿Te gusta? Si me dices dónde puedo encontrar el mapa te regalo uno igual.

Aquel cuerpo encorvado y cubierto por un largo chaquetón se irguió por completo, deshaciéndose de la roída tela que cubría su cuerpo y mostrándose en toda su plenitud. Sin duda alguna Raziél era un guerrero imponente. Su musculado cuerpo y su corta y castaña cabellera eran sus señas de identidad más características, pese a empeñarse en ocultarlas bajo un atuendo holgado y un capuz que lo dotaba de un misterio notable, dejando entrever únicamente sus azulados ojos. Su cuerpo se abalanza sobre el mío, el cual esquivo con un leve movimiento hacia mi izquierda. Me giro para encararlo de nuevo y sonrío, ahora empuñando a Doria con fuerza.

—¿Ahora eres el perro de los Bash? Cuanto ha degradado tu posición...

Un nuevo ataque que retengo con mi mandoble solus, con tan mala suerte que las arman se enredan y caen al suelo, deberemos usar la fuerza bruta. Nos enzarzamos en una pelea sin tregua, magullando nuestros cuerpos, hasta que el sonido de un grito de júbilo hace que ambos nos giremos al mismo tiempo ante aquel pequeño ser que nos observa con un brillo entusiasta en la mirada.

—*Zois pagüer reingers*[\[4\]](#)?

Miro a mi enemigo, antaño buen amigo y compañero, y alzo la ceja, partida y ensangrentada.

—Claro que si pequeño, claro que sí —respondo al mocoso focalizando la vista de nuevo en él.

Vuelvo a girarme y ha desaparecido. Maldito sea... Cobarde... Craso error había cometido al desviar la mirada de Raziel. Ahora había perdido toda posibilidad de localizar el maldito mapa, aquello me iba a acarrear problemas y sobre todo la ira de Abbadon.

Recojo a Doria del suelo, las armas de mi contrincante ya no se encontraban allí. Tras abandonar el callejón, dejando allí al mocoso impertinente, me dispongo a volver a mi hogar, el único lugar en el que me considero aceptado. De camino choco contra alguien. ¿La chica del accidente? Eso creo. Oigo un quejido de dolor, la ignoro y prosigo mi camino. Me escuece, el brazo y parte del pecho, me abrasa como si estuviera de nuevo en el maldito infierno. Qué tenía aquella miserable humana en el cuerpo, ¿ácido? El dolor es persistente, ni siquiera siento las heridas de mi cuerpo a causa de la pelea, solo aquel escozor continuo que me martiriza.

Entro en el edificio de la calle Gresham Street, en el interior de la parroquia St Lawrence Jewry, pues ¿quién nos iba a buscar en una parroquia? Sería el último lugar donde estaríamos, por ello nunca nos habían localizado. Aquel edificio, ahora convertido en nuestro hogar de residencia a causa de un abandono forzado por parte de los pocos residentes que allí se encontraban, había sido manipulado de tal modo que el que entrara no pudiese salir jamás, pues su interior era una jaula laberíntica donde solo unos pocos teníamos el privilegio de conocer el camino tanto de entrada como de salida. Sin más dilación, procurando no prolongar el momento, me encamino a la sala de

reuniones. Allí, sentado en uno de los sillones frente a la chimenea, que llamea incitando a acercarse al que la viera, se encuentra Abbadon. Había llegado la hora, era el momento de contar lo sucedido. Su mirada permanece fija en el fuego mientras lleva a sus labios un vaso con lo que parecía bourbon. Me llevo la mano al brazo, que no cesaba en su empeño de molestarme con un incómodo escozor.

—Toma asiento y sírvete. Estamos de celebración. —Le oigo decir.

—¿Y qué se supone que celebramos?

—Que muchos padres hoy no deberán volver a llevar a sus hijos a la escuela.

—¿Y eso por qué?

—El edificio escolar era ya muy antiguo, estaba deteriorado, y simple y casualmente cedió mientras se impartían clases en su interior.

—Eres un cabrón, no tienes alma...

—Recuerda quienes somos Zackary, ¿o es que ya se te ha olvidado? Nunca juzgues algo de lo que tú formas parte. Las decisiones que tomamos nos definen, como lo hacen nuestros actos y palabras. Y no, no tengo alma, al igual que tú.

Aprieto los puños y me muerdo la lengua. Si tú supieras...

—Sabes, hace más de dos mil cuatrocientos años yo era como tú, me lamentaba por las esquinas en busca del modo de recuperar lo que me había sido arrebatado, pero con el tiempo te darás cuenta de que jamás vuelve, intentes lo que intentes y esperes cuanto esperes, así que te daré un consejo que yo no tuve oportunidad de recibir. Olvida el pasado. Se marchó y no volverá. Céntrate en el futuro que está por venir, deja que el poder que Luther nos entrega entre en ti y te inunde, ríndete a su voluntad.

—¿Qué te ocurrió? ¿Cómo acabaste aquí?

—No quiero hablar de ello.

—Duele, ¿verdad? Me pides que siga adelante y olvide el pasado, pero tú estás anclado en él y eres incapaz de avanzar.

—¡Cállate! No tienes ni la más remota idea de lo que hablas.

—Todos hemos perdido algo. Todos estamos aquí por algo más que servir a nuestro señor y lo sabes. ¿Qué es lo que te mueve a ti?

—Mi única misión es servir a los propósitos de mi señor Luther, pues para ello fui adiestrado. Él me dio otra oportunidad, otra vida después de la muerte. Cualquier cosa mejor que quedarse condenado eternamente allí abajo. No todos tienen el privilegio de convertirse en Kazoos, él nos escogió, deberíamos estar agradecidos por ello.

—¿Y si pudieras volver a allí arriba para recuperar lo que tanto te atormenta?

—Pase lo que pase yo jamás podré recuperar lo que perdí.

—¿Qué perdiste?

—¡Basta! Ahora las preguntas las haré yo. ¿Cómo fue la búsqueda?

Tras contarle lo ocurrido su rostro se ensombrece hasta límites insospechados.

—Mierda, eres un inútil, todos sois unos inútiles. —los gritos se escuchan por todo el edificio. Solo puedo permanecer frente a él aguantando todos los improperios que escupe por su boca. Antaño había sido el Ángel del Abismo, aquel que tenía la llave del infierno en sus manos, pero ahora... Nadie sabía cuál había sido el motivo por el que había decidido descender y cambiar de pensamiento, de postura, de clan, como tampoco entendíamos el porqué de su fehaciente y férrea amistad con aquel al que había jurado apresarse para toda la eternidad. —Márchate, no quiero ver tu repulsivo rostro un segundo más. Eres mi guerrero más incompetente. Casi lo teníamos y lo has estropeado todo. Fuera.

Sin emitir sonido alguno, me doy la vuelta, recargando el peso sobre mis talones, antes de marcharme de la estancia. Sin duda, me merecía aquello y más. Era la vergüenza del clan, no merecía el perdón, tampoco lo suplicaría ni esperaría. Me senté en la cama una vez llegué a mi habitación. El silencio era perturbador y tranquilizador a la par.

—Zeta, ¿qué te ha pasado? He oído como te gritaba A. — Roberta se acerca y se sienta en el suelo, frente a mí, cruzando las piernas.

—¿Cuándo dejarás de llamar a la gente por su letra inicial?

—Cuando mis alas sean blancas.

—¿Y si les echo lejía? —Ambos sonreímos, pero ese brillo no nos

llega a los ojos.

Las heridas me molestan, pero no tanto como el continuo escozor. ¿Qué narices es esto?

—Debería curarte eso, voy por el botiquín.

—Es solo un rasguño.

—Insisto.

Cuando sale por la puerta, me quito la camiseta y analizo con detenimiento el brazo y parte del torso en busca de una explicación al dolor agudo que se extiende por momentos. No hay nada. ¿Cómo es posible? Paso la palma de mi mano por la zona afectada. Ni siquiera está caliente, aunque por dentro quema, como miles brasas arañándome la piel. Todo está en mi mente, eso me empeño en asumir mientras oigo la puerta de la habitación abrirse y entrar por ella a Roberta.

—Si querías jugar solo tenías que decirlo —ríe ante la ocurrencia. Ella siempre tan solícita en lo que a las artes amatorias se refiere. Me guiña el ojo y yo pongo el blanco los míos.

—Más quisieras.

—En eso te doy la razón, pero si te sientes solo, ya sabes... tienes mi número.

—No necesito tu número, te tengo en la puerta de al lado.

—Por si acaso...

Río mientras me acomodo en el colchón y se dedica a curarme. Casi no siento nada, Raziél ya no es lo que era, había perdido con los años.

—Lo has visto, ¿verdad? ¿Es él quien te ha hecho esto?

—¿A quién?

—A mi hermano. No te hagas el tonto...

—Sí, lo he visto.

—¿Cómo está?

—Como siempre ha estado. Mismo aspecto, misma ropa raída. Pero ahora ha cambiado, su actitud es más sumisa y ha dejado de hablar.

—¿Cómo que ha dejado de hablar?

—Sí, parece que haya hecho voto de silencio.

—Con mi hermano todo es posible.

—Debería hacer algo por él, pero ¿acaso se lo merece?

Aprieta mi hombro antes de salir por la puerta. Doy gracias a Luther porque no me haya apretado el lado que me abrasa, como si miles de rayos de sol quemaran mi piel. Mi mente vuelve al pasado una vez más.

—¿Otra vez tú?

—Sí, otra vez soy yo.

—¿Cómo era tu nombre, por cierto?

—Zackary.

—Me gusta.

—A mí también el tuyo.

—¿Te apetece dar un paseo conmigo?

—Por supuesto.

Caminábamos en silencio, a un par de pasos el uno del otro. Era imposible apartar los ojos de ella, su halo de luz brillaba como ninguno, incitando a todo aquel que la mirara a acercarse inevitablemente a ese fulgor, como polillas deseosas de quemarse. Nos sentamos al borde de uno de los lagos del lugar, rodeado de árboles de todo tipo.

—¿Qué te ocurrió? ¿Cómo llegaste aquí? —Siempre iba directa a lo que quería saber. Era una de las cualidades que más admiraba de ella.

—Solo sé que nos bombardeaban. La gente caía de rodillas, las mujeres gritaban al cielo con niños inertes entre sus brazos. El suelo olía a muerte, al igual que el aire que se respiraba. Corrí a socorrer a mi familia, los puse a salvo y cuando volvía para liberar al ganado el ambiente se volvió más caótico si cabía. Hombres corriendo sin dirección definida, suelo empapado de sangre, dolor, muerte. Un dolor agudo a la altura del corazón y mi vista nublarse es lo último que recuerdo hasta que Azrael me acogió entre sus brazos besando mi frente y dándome otra oportunidad. Pero hay algo que no entiendo. ¿Dónde están todos los demás?

—Debes saber que no todas las almas bondadosas residen en el Edén. Hay otro lugar, al que llaman Balania, un nivel inferior al que nos encontramos. Es una tierra sin principio ni final, eterna e imperecedera donde las almas puras conviven en armonía como regalo a una vida altruista y devota.

—Entiendo.

—*Deberíamos volver ya o notarán nuestra ausencia.*

—*Espera —cogí su mano sin querer soltarla jamás, sintiendo como nuestros dedos se fusionaban, notando su piel sedosa acariciar la mía por primera vez. Ella no se apartó, cosa que me sorprendió.*

—*De veras debemos marchar. Si nos ven aquí solos...*

—*¿De qué tienes miedo? ¿Hay algo que yo debería saber?*

Vuelvo al presente. Las cosas nunca habían sido fáciles para nosotros dos, pero no por ello nos habíamos rendido a la primera oportunidad, y solo por ello debía mantenerme firme a la promesa que le hice, buscar todos los medios posibles para volver con ella, con mi amada con mi ángel, para no separarme más de ella. Jamás ocuparía mi corazón alguien que no fuera ella, bien lo sabía, y huiría hasta el fin del mundo únicamente por pasar un segundo más de mi vida a su lado. Es por ello que fingiré, hasta el día en que finalmente perezca, mantenerme fiel a los Kazoos, pues son el último salvoconducto para conseguir mi objetivo, volver a su lado. Haría lo que fuera por encontrar aquel mapa que me llevara al lugar exacto donde se encontraba la puerta del edén. Pero, ¿y la llave? Si había una puerta con un cerrojo debía haber una llave. Debería hablar con Kleton para sonsacarle dicha información, puesto que era el único que tenía el poder de bajar al inframundo a su antojo para poder comunicarse con nuestro señor. Todavía no entendía por qué algunos de ellos tenían habilidades que jamás podríamos llegar a poseer. Samantha o el propio Kleton podían conseguir cosas que otros como Roberta o yo mismo jamás podríamos imaginar.

Me tumbo en la cama y coloco mis *Beats* negros antes de darle al play a mi reproductor, comenzando a escuchar la radio en este. Rihanna suena melodiosa junto con Mikky Ekko con su tema Stay. Su letra me hace apretar los dientes. Tan ciertas las palabras sobre lo vivido antaño, tan lejos, tan difícil de rozar el recuerdo con los dedos y tan necesario a la vez...

Oh, la razón por la que me aferro

Oh, porque necesito este agujero ausente

Pero soy yo el único que necesitaba ser salvado

Porque tú nunca ves la luz

*Resulta difícil saber cuál de los dos irá a ceder
No estoy seguro de cómo sentirme con respecto a esto
Algo en la forma en que te mueves
Hace que me sienta como si no pudiese vivir sin ti
Esto invade mi cuerpo
Quiero que te quedes, quedes
Quiero que te quedes, oh[5]*

Cierro los ojos y coloco uno de mis brazos sobre mis ojos mientras una segunda canción comienza a sonar. En este caso, según el locutor, No Es Cierto de Danna Paola y Noel Schajris. No puedo soportarlo más, aprieto con fuerza el aparato entre mis dedos antes de hacerlo estallar en mil pedazos contra la pared mientras la respiración se torna agitada por momentos. Esto es una maldita locura... ¿Hasta cuándo deberé sufrir este tormento?

Capítulo 5

(...) *La vida es muy peligrosa. No por las personas que hacen el mal, sino por las que se sientan a ver lo que pasa. (...)*
Einstein, Albert

Nunca había jugado limpio desde que nos habíamos conocido, aquello no era novedad, pero pese a todo, en mi fuero interno, tenía el presentimiento de que no era del todo palabrería lo que salía por su boca. Era una sensación confusa, como si parte de mí lo reconociera. Rechacé la idea. Imposible. No había estado con ningún hombre. Es más, procuraba evitar contacto alguno con ellos, excepto con aquellos que me habían demostrado que podía confiar en ellos, puesto que sus propósitos no eran otros que una simple amistad. Esos los podía contar con los dedos de una mano, encabezando la lista Kil y acabándola Matt.

El docente extiende el contrato y lo acojo entre mis manos para iniciar una lectura minuciosa y exhaustiva. Los horarios eran inmejorables, puesto que me permitían volver a casa a la hora de comer y tener la tarde libre, además el profesor se había encargado de matricularme únicamente en sus clases. bMuy agudo... ¿me quería tener controlada y solo para él o formaba parte de las tareas como becaria? El salario mensual era muy superior al que la beca ofrecía y me permitía cubrir tanto gastos de residencia y primeras necesidades como permitirme algún capricho o tener unos mínimos ahorros. En relación a las tareas a desempeñar, me dispuse a leer el último punto antes de firmar. *La empleada estará en todo momento operativa y dispuesta cuando su superior la requiera.*

—¿Qué significa esto?

—Que, si te necesito para cualquier tipo de tarea, como puede ser preparar unas clases de urgencia, deberás venir en horas no lectivas o no laborales.

—¿Y eso ocurre muy a menudo?

—Dependiendo de la necesidad.

—¿Cuál es la necesidad en este momento?

—Máxima, pero iremos poco a poco, sin agobios, no quiero que se abrume desde un primer momento señorita García.

—Por fin me llama por mi nombre.

—Sé que eso la agrada, así que procuraré llamarla de ese modo.

—Acepto también Naia, si le parece más cómodo. — ¿Por qué habíamos vuelto a los formalismos después de lo ocurrido? —. En cualquier caso, rechazo el nombre erróneo por el que siempre me llama.

—Dina, mi Dina...

—Hagamos un trato. Yo lo llamaré Samael y usted me llamará Naia. Nos tutearemos, pues después de lo ocurrido, esta falsa formalidad es del todo inapropiada, además de chocante.

Veo como asiente y tras unos segundos de meditación firmo el contrato.

—Ahora si puedo darte la bienvenida oficial como mi nueva becaria.

Se acerca y extiende su mano para que se la estreche. Lo hago y su brazo tira del mío con fuerza, alzándome de la silla y haciéndome chocar contra su pecho. Suspiro. ¿Otra vez volvemos a esto? ¿No se suponía que nos habíamos dado una tregua? Apenas reacciono cuando sus brazos rodean mi cintura y su cara se cuela en el hueco de mi cuello. ¿Un abrazo? ¿Dónde estaba aquel descarado de hacía un rato? ¿Realmente estaba tan necesitado de cariño? Me mantengo impasible, era una situación muy incómoda, no solo porque se trataba de un hombre, sino porque además es mi actual jefe o supervisor. Su nariz acaricia mi cuello y cuando siento un húmedo beso lo aparto de un empujón.

—Si sigues por ahí me marcharé.

—Perdona, es que cuando te tengo cerca no puedo controlarme.

—Pues deberás hacerlo si quieres que trabaje para ti.

—Lo intentaré.

—No, no lo intentarás, lo harás —aprieta la mandíbula y me mira serio.

—Tráeme un café —alzo la ceja incrédula.

—No soy tu sirvienta.

—Pero sí mi becaria y debes responder a mis demandas.

Voy a buscar el dichoso café a la máquina y selecciono la opción

de cero azúcares. Se lo iba a tomar agrio, tal y como era nuestra relación, al menos por mi parte. Regreso al despacho y le ofrezco el vaso a desgana, el cual coge con una gran sonrisa y se lo acerca a los labios. Eso, bebe... bebe...

—Disfruta de tu café. Voy a revisar los contenidos de las clases a impartir esta semana.

—Espera.

—¿Qué necesitas?

—Creo que te olvidas de algo...

Alza las cejas repetidamente mientras me mira sonriente y en lo único que pienso es en borrarla a cualquier precio.

—¿Qué? ¿Acaso quieres un besito en la mejilla para aumentar tu autoestima? ¿No te los da tu madre?

—No vuelvas a mencionar a mi madre jamás, ¿lo has entendido?

Aprieto los puños y me disculpo a regañadientes. Sin duda le había faltado al respeto, pero ¿no lo hacía él cada vez que me tocaba o se me insinuaba? Me doy la vuelta y me siento en mi mesa. Lo veo dar un trago del vaso mientras revisa unos papeles y sonrío. Tres... Dos... Uno... Bingo. Lo escupe al instante, empapando los papeles de moteadas manchas marrones.

—¿Qué ocurre Samael? Pensé que la dulzura y el picante de las cosas lo ponías tú y no hacía falta ningún tipo de edulcorante.

—Esta me la pagarás, recuérdalo. En el suelo, desnuda y con esa corbata tan sexy que llevas cubriendo tus achocolatados ojos, ¿te suena de algo, mi morena rebelde?

¿Mi morena rebelde? Había mutado de nuevo a señor Egocéntrico. Pasábamos de un estado de tranquilidad y semi-cordialidad a otro de tensión y retos. Continúo con mis nuevas labores y organizo un gran número de seminarios para el mes en curso. Parezco más su secretaria que su becaria, aunque estoy satisfecha. Me siento mucho más cómoda cuando estoy ocupada haciendo cosas que cuando nuestros ojos se cruzan y la tensión inunda el ambiente. Es preferible que mis ojos estén ocupados en otros menesteres. Veo una sombra moverse frente a mí y al alzar la vista lo veo ante mi escritorio con algo entre sus manos. ¿Un teléfono?

—Me he tomado la libertad de comprarte esto. Dentro únicamente tienes en la agenda mi número. Será nuestro enlace directo. Te

llamaré a este número cuando necesite que vengas en horario no lectivo —agarro el teléfono y lo examino—. Considéralo un regalo de cumpleaños.

—Pero, ¿cómo sabes que hoy es...? —Me quedo paralizada mientras mi mandíbula se desencaja.

—Lo leí en tu informe. Me gusta estar bien informado sobre la persona que va a ser mi mano derecha.

Asiento y agradezco el gesto antes de guardar el teléfono móvil en mi bolso y proseguir con la presentación de una clase de simbología romántica que se impartía al día siguiente, una vez que agradecí el presente. El tema per se no era de mis preferidos, pero no por ello iba a dar menos de un cien por cien en mi trabajo. Al acabar me encaminé a la puerta, bolso en mano.

—Din... Naia, espera un momento. Quería decirte que hoy has hecho un buen trabajo y que, pese a todo, me gusta que seas mi becaria.

—No ha estado del todo mal, aunque no me diste más opción que serlo —se acerca para besarme, pero me aparto—. No lo estropees.

—Solo quería besar tu mejilla a modo de despedida.

—¿Así te despides de mis alumnas?

—No, así me despido de la mujer de mi vida.

—Pues aquí no la veo, debe de estar apagada o fuera de cobertura. Prueba más tarde.

—No dudes que lo haré.

—Buenas tardes señor Anderson —miro descarada hacia su entrepierna, que se endurece e hincha por momentos. Sé la reacción que provoca que lo llame así y me muerdo el labio inferior mientras sonrío.

—Maldita seas...

—¿No va a darme un beso de despedida, señor Anderson? — Salgo por la puerta. El pasillo está desierto. Agarro el pomo de la puerta y la entorno mientras le muestro mis labios, predispuestos a besarlos. No se lo piensa un segundo y acerca su boca a la mía como si le fuera la vida en ello, y es entonces cuando cierro la puerta, haciendo que bese la fría y dura madera mientras me encamino hacia la salida con mi sonrisa pícaro en los labios. Hombres... tan básicos y pueriles. Todos son iguales y no se merecen la compasión ni la

sumisión que algunas mujeres les ofrecen. Son repulsivos y él sabe que conmigo ha chocado contra un muro, el cual solo se resquebrajaría poco a poco si conseguía ganarse mi confianza, ardua tarea, pues me conocía bien a mi misma y sabía que me costaba mucho dar mi brazo a torcer.

Camino pausadamente por las calles de Londres. El sol brilla con fuerza, haciendo que el calor sea casi insoportable. Entro en una heladería y compro un cucurucho de helado de coco, no todos los días se hace una más vieja. Continúo mi camino, rumbo a casa, cuando choco contra alguien, derramando así el helado sobre mi camisa. Alzo la vista y lo examino con detenimiento. Pelo castaño, ojos verdes, chaqueta de cuero, camiseta de algodón negra, tejanos y bambas. Típico atuendo de los jóvenes de hoy en día. Vuelvo a centrarme en su mirada esperando una disculpa.

—Mira por dónde vas, cría—. ¿Cría? Pero, ¿qué se ha creído?

—¿No piensas disculparte, anciano?

—Tienes razón. Me disculpo por haber topado con alguien tan torpe como tú.

—Idiota —Me giro y me encamino hacia mi calle.

—Espera, yo te conozco. ¿No eras tú la chica torpe a la que casi atropellan y la que después me golpeó el hombro?

—No lo sé, pero con lo patosa que soy según tú, todo es posible.

—Cría insoportable, ven aquí, tenemos que hablar.

—Yo no tengo nada que hablar contigo.

—Oh sí, llevas unos días torturándome y quiero saber cómo y porqué.

Agarra mi mano y tira de ella hasta una calle sin salida, llegando al final de esta. Maldice mientras me arrastra, aquejándose de una quemazón inexistente. ¿Será por el sol? Allí no hay fuego alguno... ¿Estará loco? Una vez llegamos al límite de la calle me suelta con fuerza, como si el simple hecho de tocarme le repugnara. Su mirada se endurece y se acerca de nuevo peligrosamente a mí.

—Dime cómo lo hiciste.

—¿Hacer qué? Yo no he hecho nada.

—No te hagas la inocente. No sé qué me has hecho, pero me voy a asegurar de que lo pagues, justo después de arreglarlo.

Definitivamente está loco. Pongo en blanco los ojos y camino de

nuevo procurando alejarme de dicha locura. Su mano entonces rodea mi cuello y aprieta con fuerza mientras me golpea contra la pared, alzándome unos centímetros del suelo.

—Maldita cría, si no quieres morir dime cómo demonios puedo eliminar el dolor y quemazón que siento en el cuerpo desde que me golpeaste.

—¿Que yo te golpeé?

—Sí, y desde entonces no dejo de sentir este ardor constante que me tortura cada segundo —su mano suelta mi cuello y se la aprieta con la otra fuertemente.

—Joder... bruja...

—Imbécil, ¿de qué coño vas? —Saco el móvil para llamar a la policía, apenas veo las teclas. Marcación rápida, 1, ahí lo tengo, aunque en estos momentos no estoy segura—. ¿Hola? ¿Policía? —susurro.

—Dina, me estás llamando a mí, este es el móvil que te di, ¿estás bien?

—Hay un pirado que me ha atacado. Estoy en un callejón, casi en casa pe... mierda...

Lo veo girarse y al darse cuenta de lo que hago me quita el teléfono de las manos y lo tira al suelo.

—¿Con quién hablabas?

—Eso a ti no te importa, grillado —salgo corriendo en dirección a la única salida de la calle, pero tonta de mí tropiezo con... ¿nada? Juraría que algo me había hecho ceder.

—Eres una desgraciada, bruja...

—Y tú un demente, loco... Todos tenemos algo en la vida...

Unas piernas se colocan frente a mi rostro y al alzarlo veo su sonrisa.

—No te irás de aquí hasta que me digas cómo revertir el dolor.

—Mira tarado, no sé quién demonios eres, pero si no me dejas tranquila voy a patearte el trasero —su sonora risa me repugna. Propino una patada a su espinilla y cuando me dispongo a salir corriendo me atrapa contra la pared. Aprieta los dientes mientras maldice por lo bajo.

—Tu olor...

—Halloween de J. del Pozo, lo venden en las perfumerías si te

interesa.

Sonríe y chasquea la lengua. Sin duda alguna se había escapado de un psiquiátrico y ya era hora de que volviera a casa.

Y entonces lo oigo, desde la otra punta de la calle corriendo en mi dirección, gritando mi nombre, el real por una vez. Al llegar a mi altura lo aparta de un empujón y me acuna entre sus brazos. Me separo lentamente mientras le agradezco que haya venido.

—Por ti lo que sea, nena.

Pongo los ojos en blanco, aunque sé que no es el momento. Es extraño, pero en ningún momento he sentido el más mínimo temor hacia mi agresor, aunque bien es cierto que me sentía algo confusa ante su reacción y su locura.

—¿Qué haces aquí? —¿Acaso el profesor lo conocía?

—Sabes perfectamente a qué hemos venido, no te hagas el inocente.

—Marchad si no queréis morir, pues ese es el destino que os depara si permanecéis en estas tierras.

—Dame lo que quiero y marcharé.

—No puedo ni quiero hacerlo y lo sabes.

—Entonces dame a esa zorra, tenemos asuntos pendientes que resolver—. Samael frunce el ceño procurando desarticular algún tipo de acertijo, para después sonreír triunfante.

—Eso tampoco lo haré. Ella es mía y está bajo mi protección.

—¿Ahora te dedicas a proteger fulanas?

En un acto inconsciente me acerco al desgraciado pirado y estampo mi mano en su mejilla.

—Aquí la única fulana que veo eres tú —digo orgullosa sin amilanarme un ápice.

—Zorra... solo dame la dichosa cura y me marcharé.

—Ella no te va a dar nada y no quiero que te acerques más a mi chica o lo lamentarás—. ¿Samael me trata como su novia ante los demás? En este momento no sé cuál de los dos está menos cuerdo.

—Márchate y te dejaré vivir.

—Así que ahora ella es tu chica. Qué rápido olvidas el pasado...

—No olvido. No tienes ni la más remota idea... Solo tienes que saber que ella es mía y no tienes nada que hacer.

—Tú siempre cogiéndolo todo a la fuerza...Y ella ¿es tan tuya

como lo era mi ángel antaño? Si no recuerdo mal no lo era tanto como creías. Ya sabes lo que dicen, de tal palo...

Samael se acerca a mi oído y me susurra sin separar la vista un segundo de su adversario.

—Nena, vete a casa, yo me ocupo de él.

—Pero, ¿lo conoces?

No me contesta. Me indica con la cabeza la dirección hacia la salida del callejón.

—Ten cuidado.

—Descuida, no tiene nada que hacer contra mí.

Creído... Camino ligera hasta casa. Menudo día de cumpleaños... Al menos había sido entretenido, aunque mi confusión era máxima. Sin duda, el profesor escondía más de lo que parecía. Cierro la puerta de casa y corro el pestillo. No me fio de nada ni nadie. ¿Estará bien el profesor? Lo había dejado allí tirado con el joven tarado... Me encaminé hacia el frigorífico en busca de algo para beber, estaba sedienta y la garganta me molestaba a causa del apretón. Una nota colgaba de esta: *Fuimos a comprar, volveremos en un rato.*

Genial, sola el día de mi cumpleaños. Voy a darme una ducha. Me siento sucia. Una vez relajada y tranquila me visto con mi pijama negro de topos blancos. Estoy secando mi pelo cuando suena el timbre. Qué rápido vuelven de la compra...

—¡Voy chicos!

Me cuelgo la toalla a uno de los hombros y descorro el pestillo, abriendo así la puerta. Y allí está. Magullado, con las ropas rasgadas y el labio morado, apoyado en el marco de la puerta. Parece que no eran los chicos con la compra.

—Pero, ¡Samael! ¿Estás bien?

—Sí, solo venía a saber si lo estabas tú.

—Entra, te curaré esas heridas.

—No es necesario, yo lo haré en mi casa.

—Por favor, entra—. Y entonces se me ocurrió, si no quería ser curado por las buenas, jugaría una de mis cartas. —Me sentiría mucho más tranquila y protegida si entraras en casa. Nunca se sabe cuándo un loco como el de antes puede entrar.

—Tienes razón. Solo cúrame y procuraré que quedes segura

antes de marchar.

Veo como cruza el umbral de la puerta y le señalo el sofá para que se acomode allí mientras voy en busca del botiquín. Aquellos últimos días habían resultado de lo más extraños, inusuales y desconcertantes, y todo venía acontecido desde que el profesor había entrado en mi vida de manera indirecta. ¿Casualidad? No creía en ellas. Agarro el botiquín y vuelvo al comedor. ¿Dónde está su camisa?

—¿Y tu camisa?

—Sé que deseabas verme desnudo des del primer momento en el que me viste, así que te he dado ese gusto por ser tu cumpleaños, aun cuando solo es la parte superior—. Resoplo ruidosamente y cierro los ojos para volver a abrirlos al instante. —Tengo una fea herida en el abdomen y me preguntaba si podrías desinfectármela.

—Claro, veámosla.

Limpio la herida con una de las gasas húmedas que he traído. Se la ve mal pero no sangra. Raro... Parece una puñalada. ¿Qué demonios ha sucedido en aquel callejón? Me encargo de desinfectar la herida, procurando no rozar su piel lo más mínimo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada. Lo importante es que estés bien, lo demás no merece la pena hablarlo.

—Pero esto parece una puñalada —mis dedos acarician la zona y se retiran raudos al sentir un pequeño calambre en los mismos. Se encoge de hombros y prosigo.

—¿Quién era? Lo conocías, ¿verdad?

Asiente, pero no comenta nada más. Continúo curando sus heridas sin saber lo ocurrido ni qué había sido del otro. ¿Lo habría localizado algún policía alertado por vecinos o algún transeúnte que por allí vagaba? No sé nada, no me cuenta nada, esto es exasperante.

Una vez sus heridas han sido curadas y desinfectadas, coloco una venda en su abdomen lo más rápido posible. El profesor parecía una clavija y emanaba corriente por todo su cuerpo, prefería no tocarlo. Le ofrezco una camisa de Kil, hacía años que no la usaba, no la extrañaría.

—¿Qué le pasó? Al loco.

—Quedó inconsciente en la calle. Allí seguirá, supongo.

—¿No llamaste a la policía? — Pregunto alertada.

—Sí, claro... y les digo que he golpeado a un hombre para que me den las gracias y una palmadita en la espalda, ¿verdad?

—Pero... pero...

—¿Prefieres verme muerto? ¿Es eso?

—Pero, ¡qué estás diciendo! Ahora pareces tú el que está poco cuerdo.

—Quizás eso es lo que quieres. Verme muerto para poder estar con él.

—Estás desvariando. ¿Sabes lo que te digo? Que te vayas de mi casa ahora mismo. No sé cómo averiguaste dónde vivo, aunque supongo que ese expediente que tienes ayuda, pero no quiero que te presentes aquí para acusarme de algo que no tiene sentido.

Lo acompaño hasta la puerta y una vez sale por esta lo miro a los ojos, los míos desconcertados, los suyos algo hinchados y furiosos.

—Buenas noches —cierro la puerta, no buscaba contestación, tampoco la quería. Idiota...

Me siento en el sofá una vez lo he recogido todo y reviso las redes sociales, respondiendo así a las felicitaciones que allí se reflejan. La puerta se abre mientras contesto a los mensajes y aparecen mis adictos a las compras.

—Naia, hemos convencido a Killian para que te compre algo y voilà, aquí está. Dáselo compi —Lucca se ve emocionada y le sonrío. No quiero que sepan nada de lo ocurrido.

Tras recoger la compra, nos sentamos en el comedor. El ambiente es distendido y ponemos uno de los canales de esos de música en la televisión, la MTV. Están emitiendo vídeos musicales, perfecto. Me preguntan por mi primer día de trabajo, omito ciertas partes y maquillo otras. Focalizo sobremanera la atención en las características del contrato, rellenando así la mitad de la conversación. Finalmente, Kil me entrega el paquete envuelto en papel plateado de calaveras negras. Nada más verlo sonrío.

—Tú sí que sabes, Kil. Solo por el papel ya te mereces un beso. Veamos si también me gusta tanto lo de dentro... Solo me apena tener que romper esas hermosas calaveras.

—Si lo prefieres me quedo el regalo interior y te regalo lo que me

sobró de papel para envolver.

Niego poniendo los ojos en blanco y abro presurosa el paquete, que resulta ocultar una pequeña caja llena de papeles de diario.

—Qué curioso regalo... creo.

—¿Crees que si escarbas encontrarás una mina de oro?

—Probaré, aunque nunca se sabe... Conociéndote y sabiendo que eres de la ley del puño cerrado poco oro voy a encontrar...

Introduzco mis manos, hundiéndolas en la marea de papeles rotos y en blanco y negro, hasta encontrar otra caja, esta vez mucho más pequeña que la primera. Al abrirla un sinfín de plumas blancas aparecen dándome la bienvenida.

—Genial, ahora ya puedo hacer un collage de plumas y papel.

—Naia, esto es como el rasca y gana, siempre hay que leer entre líneas ese SIGUE BUSCANDO. En el caso de ellos es de manera indefinida y puede ser infinita, pero en tu caso prometo que algo te depara al final de esta travesía.

—¿Travesía? ¿Es un crucero? ¿Te levantaste poeta hoy?

—Siempre, princesa. Mi labia es innata.

Suspiro mientras busco entre las plumas indicios de algo que llame mi atención. Y ahí está, una pequeña caja grisácea en el centro de la anterior. La rescato de entre tanto plumaje y la abro para descubrir en ella un Ipod gris.

—Te dio por el gris, ¿eh Kil?

—Ya sabes lo que dicen, las cosas nunca son blancas o negras, sino que el color que siempre predomina es el gris si sabes mirar más allá.

—Esta vez te has superado. Es un regalo maravilloso y me encanta. Ya sabes cuánto adoro la música y pienso usarlo hasta que se me borren las huellas dactilares y me quede sorda de tanto escucharlo.

—Me alegro de que te haya gustado tanto, princesa. Y por una vez en la vida lo escogí yo.

Mira a Lucca de soslayo, que carraspea y las carcajadas se inician al unísono. Kil y yo nos fundimos en un sincero y tierno abrazo. Él era mi hermano, parte de mi vida, parte de mi corazón. Reflexiono un momento estrechándolo entre mis brazos. El día sin duda había ido de mal en peor, los acontecimientos se habían desarrollado de un

modo desastroso, culminando en la locura de dos individuos que me confundían con alguien que no soy. Si algo había aprendido en el día de hoy era que odiaba a los hombres por encima de todas las cosas y que por más oscuro que empezara el día siempre se podían vislumbrar los rallos de luz si te rodeabas de aquellas personas que hacían de tu mundo un lugar mejor, más soportable, más feliz.

Matt carraspeó en ese momento y separamos nuestros cuerpos, rompiendo el abrazo.

—Id a un hotel, anda... Ya veréis como al final acabáis juntos.

Kil se atraganta con su propia saliva mientras que yo entrecierro los ojos reprimiéndolo con la mirada por su absurdo comentario. Siempre habían insistido en que fuéramos pareja, los "primitos felices", pero yo no veía a Killian de ese modo, él era mi mejor amigo, mi hermano, nada más. No podía verlo de ese modo ni aunque me esforzara, ni aunque me obligara a mi misma. Matthew continuó con su discurso.

—Lucca y yo hemos decidido que iremos el sábado, los cuatro, a celebrar tu cumpleaños por todo lo alto, y qué mejor lugar que el Ferus.

Kil, que ya ha dejado de toser, salta como un resorte. Parece tenso, muy tenso.

—No, al Ferus no.

—¿Qué te pasa amigo? ¿Te asustan las gatitas salvajes que buscan presas a las que cazar allí?

—Las mujeres me traen sin cuidado, no me importan lo más mínimo, es solo que no es un lugar seguro. Es mejor ir a otro local. ¿Qué tal un pub? Cualquier cosa es mejor que ese antro de mala muerte al que llaman discoteca. Deberían llamarlo Disco Inferno, como la canción.

—Si lo dices por el calor que hace dentro, ya sabes... el calor humano, el número de personas que te oprimen y se restriegan contra ti... Lo normal. Es lógico que el ambiente esté... caldeado—. Mat ríe ante el comentario de Lucca mientras yo miro a Kil, procurando leer su reacción antes de que ocurra.

—Sí... claro... es por eso... por supuesto.

No era la respuesta que esperaba. Llamé su atención y cogí el sobre que yacía en la mesa y sacando mi vale, lo alzo sujetándolo

con los dedos, a modo de pinza, y le pregunto.

—¿Cuándo puedo canjear mi cupón descuento?

Lo veo sonreír, pero no le llega a los ojos, se lo ve apesadumbrado. ¿Qué le ocurre?

—Ahora mismo, mi cumpleaños.

—No me llames así o lo lamentarás.

—¿Cómo? ¿Cumpleaño?

Salto sobre él y ambos caemos al suelo, rodando mientras nos hacemos cosquillas, envolviendo nuestro hogar de risas. Sí, sin duda el día se estaba encauzando de nuevo y el rumbo que tomaba era excelente.

—Tortolitos, repito, id a un hotel. Sois insoportables.

—Cállate Matt o voy a por ti.

Mi amenaza surte efecto y ambos, Matt y Lucca, se sientan en el sofá, frente al televisor, antes de ponerse las gafas 3D, la peor inversión de nuestras vidas, pues en la mayoría de películas brillaba por su ausencia y apenas se notaba la realidad virtual.

—Hora de cine chicos, id a charlar y canjear ese maldito vale mientras nosotros vemos San Valentín Sangriento.

—Pero Lucca, la has visto doce veces.

—Exacto, quiero verla trece.

—De verdad, a veces me pregunto cómo eres tan lista para unas cosas y tienes tan pocas luces para otras...

—Es cuestión de selección nena.

Me tira un cojín como respuesta complementaria, el cual dejo abandonado en el suelo mientras Kil tira de mi mano en dirección a su habitación. Al llegar, me acomodo en su excéntrica cama de agua, que me hace hundirme por momentos mientras cierra la puerta.

—No sé cómo puedes dormir en esto, es tan incómodo...

—Me gusta, es como estar flotando continuamente, adoro esa sensación. Libertad, volar.

—Eres muy raro... Creo que en otra vida fuiste mariposón... quiero decir... mariposa.

—Naia... sabes que no me gustan esas bromas tuyas.

—Lo siento, hermanito. Y ahora dime, ¿qué es eso tan importante que tienes que decirme y por lo que cualquier regalo material me resultará una nimiedad? —le pregunto imitando su voz.

—Voy a explicarte tu historia, tus orígenes, tu vida.

—Esa ya me la conozco y preferiría no recordarla.

—No de los orígenes que crees tener, sino de los verdaderos, la parte que yo conozco.

—Ilumíname pues.

—No sé la razón por la cual ascendiste al Edén, como tampoco sé la vida que llevaste antes de subir arriba, pero pronto te convertiste en alguien importante dentro de los nuestros. Sé que esto te sonará extraño, pero no juzgues antes de saber, escucha.

—¿Qué Edén? ¿Qué nuestros? ¿De qué hablas?

—Hace unos 2735 años ascendiste al Edén, lugar donde se elevan las almas más puras y bondadosas, las almas escogidas para convertirse en los ángeles de este planeta Tierra. La misión primordial que debemos cumplir es en primer lugar la protección de la llave por encima de todo, en segundo lugar, a la humanidad.

—No entiendo nada. ¿Acaso te dedicas ahora a leer novelas de ficción?

—No te burles Naia, es tu historia... cuando ascendiste te ofrecieron una posición, tus capacidades intelectuales eran notorias, así que pasaste a ser entonces la encargada de proteger y difundir en el mundo terrenal todas las lenguas conocidas y por conocer, aunque entre tus preferencias siempre se encontró el sumerio, la primera lengua del ser humano. Tu existencia en el Edén era cordial y muchos te respetaban e idolatraban, pero a ti solo te interesaba la aprobación de una persona, aquel que anunciaban con el sobrenombre del arcángel de la pasión, del amor, también conocido como Samael. Él fue, es y será alguien muy especial, pero todavía no puedes saber el porqué—. Sus rodillas se doblan, haciendo que caiga al suelo mientras sus manos se esfuerzan en sujetarse en este y no ser vencido.

—Kil, ¿qué te ocurre?

—Déjame seguir o no podré hacerlo jamás. Vuestra relación era sólida, intensa y aparentemente feliz, hasta que alguien inesperado ascendió, alguien por el que renunciaste a todo, abandonando cualquier cosa.

—¿Quién?

—Solo debes saber una cosa. Tú siempre fuiste una hermana

para mí y a riesgo de ser castigado te cuento esto, con la sana y humilde intención de que no te engañen más, es hora de que sepas la verdad, princesa.

—Todo esto es muy confuso. ¿Estás seguro de que no te has tomado alguna que otra copa de más?

—Cree lo que quieras, pero que seas consciente de que todo lo que aquí he dicho es cierto.

—¿Y qué me dices de ti?

—Tampoco te he contado toda la verdad sobre mí. Muchos nombres me han puesto, aunque Miguel es el más conocido. La misión que se me encomendó fue, desde tiempos inmemoriales, ser el mensajero del ser supremo.

—Di que sí, tienes que pasarme el número de tu camello.

—Tómalo como desees, ya te lo encontrarás pronto, muy pronto —Lo veo alzarse con dificultad y sentarse en el colchón, a mi lado, y agarrar mis manos.

—Mira Dina, tú eres la protectora de la llave. Esta solo se activa cuando dicho protector es consciente de ella y de la misión que acarrea, únicamente cuando seas consciente de la realidad y seas capaz de ver más allá de lo que tu cerrada mente te muestra, un mundo nuevo se abrirá ante ti y podrás vernos tal y como somos en realidad.

—¿Cómo me has llamado?

—Perdona, no pensé lo que decía.

—No es la primera vez que escucho ese nombre refiriéndose a mí.

—¿Quién te ha llamado así antes?

—Ya sabes que lo hizo mi “querido” supervisor —Acompañó la palabra con un gesto de dedos, imitando a unas comillas.

—No, omitiste esa información, que te llamaba así... Pocos saben tu verdadero nombre, de tal manera que el que te lo ha dicho solo puede ser uno de los nuestros o uno de los Kazoos.

—¿De los nuestros? ¿Kazoos?

—Se nos hace llamar Bash. Somos los protectores de la llave en la tierra. Los Kazoos son los siervos de Luther, encargados de arrebatarnos la llave en favor de los planes de su señor. Fuimos enviados a esta tierra intermedia porque uno de los nuestros nos

traicionó y entregó a los Kazoos la ubicación de la llave, además del mapa, donde se localiza la puerta, por supuesto.

—¿Qué es lo que custodia ese mapa y llave?

—El mapa da la localización de la puerta al Edén en la Tierra y la llave la abre. Ambos instrumentos están a mano de un único poseedor.

—¿Quién?

—Eso debes decírnoslo tú.

—¿Yo? ¿Por qué ahora? ¿Por qué no me has contado esto antes? No es que me lo crea, sabes que no hay persona más escéptica que yo, pero ya que me cuentas tus fantasías, pues me interesan.

—He intentado mantenerte al margen de todo esto, quería que vivieras una vida tranquila, pero hace unos días me encontré con un viejo enemigo y no pude retrasarlo más, pues requiere que estemos alerta ante posibles ataques. Están buscando el mapa, y en su defecto la llave, y no se detendrán ante nada ni ante nadie.

—¿A quién te encontraste?

—A nadie que deba preocuparte, yo me encargaré de él.

—¿Y esos zuzús dónde están?

—Kazoos. No he localizado su residencia actual, pero se han movido desde España, al igual que tú.

—¿Quiere decir que soy la “portadora”? ¿Dónde está el mapa-llave?

—Sí. Eso solo lo sabes tú. En tus recuerdos encontrarás la respuesta. Recuerdos de tus otras vidas.

—¿Otras vidas? —Aprieta los puños tensa la mandíbula, ¿qué le ocurría?

—Busca la manera de recordar tu vida en el Edén, en ellos encontrarás las respuestas que buscas.

—No sé si puedo creer todo lo que me has contado hoy.

—No hace falta, tú misma te darás cuenta de todo cuando los acontecimientos se vayan desarrollando. No puedo decirte más, el resto deberás averiguarlo tú.

—¿Qué te ocurre? Tu rostro... ¿Sufres?

—La verdad siempre tiene un precio y debe pagarse.

Tras esa última frase, que parecía más la de un filósofo que del

propio Kil, sale de la habitación, dejándome sola sentada en el colchón. Aquello era absurdo, ahora resultaba ser que todo éramos palomas mensajeras de la paz... La historia era fantasía pura, ¿quién creería aquello? ¿Cómo era posible que, sin saberlo, ambos me llamaran Dina? ¿Acaso el Samael de su historia era el *profesorucho*? Imposible. Más bien parecía un demonio, nunca un ángel. ¿Yo, protectora? ¡Ja! Eso no se lo creía ni el más incrédulo de los abejorros a los que llamaban seres humanos, donde al parecer yo no formaba parte de esa catalogación.

Tras recibir unas llamadas de compañeros antiguos de facultad, me encamino hacia el salón. Quería hacer algo especial, devolverles una porción del cariño que me demostraban, sobre todo en el día de hoy, así que los voy a invitar a cenar a Miss Queen. No es un restaurante sofisticado, pero es familiar, la comida es de calidad y ofrece precios asequibles. Lucca y Matthew terminaban ya de ver la película cuando entro por la puerta de la sala.

—A vestirse, vamos a cenar a Miss Queen, yo invito. Por cierto, ¿dónde está Kil?

—Ha salido. Dijo que debía ver a alguien.

Mierda. Le envío un mensaje al móvil, él era mi familia y no podía faltar. «*Hermano, os invito a cenar a Miss Queen en media hora, no me falles. Te quiero*». Me arreglo mientras mis compañeros de piso hacen lo propio. Me pongo un vestido corto y ajustado, azul, ese es mi color, siempre lo ha sido. Unas sandalias de tacón y unos sencillos pendientes dan el broche final a mi atuendo. Cojo una de mis chaquetas finas y elegantes y agarro mi bolso.

—¡Vámonos tardones! ¿Vamos en coche o a pie?

Los dos salen, Matt con camisa lila y unos tejanos negros y Lucca con un vestido negro, muy elegante. Sonrío, están simplemente perfectos.

—Estáis increíbles. *Let's go*. ¿Coche o caminata?

Finalmente decidimos ir en coche, sobre todo por la vestimenta y los tacones. Matt se ofrece voluntario para conducir y aceptamos encantadas. Quién mejor que él para conducir su coche, sobre todo hoy que llevamos un calzado poco apropiado para hacerlo. Sabemos que la noche será larga y queremos reservar nuestros pies, sabedoras de que en unas horas no podremos ni caminar del dolor.

A la altura de la puerta, el coche aminora la velocidad hasta detenerse. Matt nos insta a bajarnos y se aleja de nuevo en busca de un sitio donde aparcar. Killian nos espera en la puerta con el semblante serio, el cual cambia transformándolo en una amplia sonrisa cuando nos ve llegar.

—Estáis impresionantes, chicas.

—Lo sabemos —dice Lucca. Ambas reímos.

—Gracias —digo secundada por mi descarada compañera.

¿Dónde había estado? Trataría de hablar con él después.

Siempre me decía dónde marchaba, siempre... Minutos después aparece Matt malhumorado.

—Inútiles.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Lucca.

—Un idiota me ha dado cuando trataba de aparcar.

—Pero, ¿Estás bien? ¿Y el coche?

—Yo bien, el coche no tanto, tiene una pequeña abolladura en la chapa. Hemos hecho parte “amistoso”.

—Aunque de amigos nada, por lo que veo.

—Exacto. No sé porqué los llaman así.

—Nadie lo sabe... Es algo paranormal, deberías llamar a Iker Jiménez.

—Puede que lo haga.

Después de un succulento banquete salimos por la puerta y tomamos unas copas antes de volver a casa en el coche, ahora abollado, de Matthew. Al llegar a casa, Kil se retira sin decir palabra, se le ve agotado, como si hubiese envejecido al momento más de diez años. Golpeo su puerta antes de entrar.

—Kil, ¿estás bien?

—Sí, solo necesito descansar, princesa.

—¿Qué te ha pasado? ¿A quién has ido a ver?

—A un viejo... amigo. No ocurre nada, pero como te dije la verdad tiene un precio y debe pagarse.

—¿Y cuál ha sido el tuyo?

—No quiero hablar de ello, estoy muy cansado. Hablaremos mañana si todavía tengo fuerzas.

—Como quieras. Descansa hermano.

Acaricio su pelo y beso su frente antes de marchar. Me sentía mal

por haberme burlado de él, tratándolo de loco. Él siempre me había apoyado en todo y se había creído a pies juntillas mis palabras, aunque fueran verdaderas locuras, pero la existencia de un dios y un demonio, de ángeles y ejércitos del mal, era algo que me superaba, algo que mi mente científica no podía concebir. Entro en mi cuarto y me doy una breve ducha. Estoy cansada. El día había sido demasiado intenso y toda la información se agolpaba en mi mente impidiéndome conciliar el sueño y serenarme. Debía analizar el día vivido y recapacitar en relación a las palabras de mi mejor amigo, procurar comprender toda aquella locura que sin buscarla me había explotado en la cara.

Necesitaba descansar. Una nueva jornada laboral se me presentaba, por suerte ya viernes, y tendría dos días para relajarme sin profesor. Este debía contestarme a varias preguntas y, sobre todo, darme una explicación al comportamiento que había tenido durante la visita a mi casa después del ataque. Y me la daría... me aseguraría de que ello fuera así, pues no existía nadie más insistente que yo cuando se trataba de conseguir un propósito, y aquello se había convertido en algo personal que debía descubrir.

Capítulo 6

(...) El futuro nos tortura y el pasado nos encadena. He ahí por qué se nos escapa el presente. (...)
Gustave Flaubert

¿Cuántos días llevaba encerrado en aquel cuarto? No lo recuerdo. Aquel día, aquellas palabras de Abbadon, había sido como puñales clavados en el corazón. Me había recluido voluntariamente, rechazando cualquier tipo de alimento, bebida o compañía, no lo merecía. Mártir me llamaban, y tenían razón. Pero no, aquello tenía que acabar, no podía pasarme la eternidad entre aquellas cuatro paredes, necesitaba aire. La quemazón era cada vez más insoportable y me decidí, vaya si me decidí. Caminé por aquellos laberínticos pasillos hasta encontrar la salida, en busca de aire fresco que despejara mi mente. Y aquí me encuentro, caminando sin rumbo por las calles, dejando atrás Trafalgar Square y avanzando durante horas hasta llegar a uno de los edificios escolares de Londres. ¿Una universidad? Qué más da... Prosigo mi camino procurando mantener la mente ocupada, pero ella aparece en todos mis pensamientos. Mi ángel... Un cuerpo humano choca contra el mío. Genial... justo en el lado torturador. ¿Acaso todos los londinenses son torpes o soy propenso a encontrarme únicamente los que lo son? Portaba un helado blanquecino que ha manchado su camisa. Al alzar los ojos y focalizar mi mirada en su rostro la reconocí. ¿Otra vez ella? ¿Era omnipresente? Fuera donde fuese allí estaba ella, porque era ella, ¿no?

—Mira por dónde vas, cría.

Aquella estúpida humana no tenía el más mínimo sentido de la coordinación y su torpeza llegaba a niveles extremos. Su pregunta me descoloca. ¿Disculparme yo? ¿Ante un mísero microbio como era ella? Aunque sí tenía razón en algo, comparando mi existencia con la suya sí podía considerarme un anciano.

—Tienes razón, me disculpo por haber topado con alguien tan torpe como tú.

Tras cruzar un par de palabras más y cerciorarme de que es ella,

la agarro del brazo para alejarla de allí en busca de privacidad. La mano me arde, como si todas las llamas que rodeaban el hogar de Luther se hubiesen concentrado en mi extremidad. Aquella muchachita inocente y torpe me diría cómo revertir aquel dolor insoportable o de lo contrario la muerte sería su compañera de viaje.

—Joder... quema horrores, no cesa un segundo...

No da su brazo a torcer, asegurando ser desconocedora de la información que le ofrezco y demando. Mi paciencia se está agotando y mi mano abrasa, haciéndome aullar de dolor. Me agarro la mano con fuerza mientras me giro para que no se dé cuenta de mi vulnerabilidad. Aquella bruja me diría cómo hacer desaparecer aquello o sería la última vez que vería el sol. La oigo murmurar y al girarme la encuentro tratando de contactar con alguien mediante el teléfono móvil. Lo cojo de entre sus dedos y lo impacto contra el suelo. Queda destrozado, inservible. No debería haber hecho eso, ella lo sabe. Intenta huir, no puedo permitirlo.

—*Decido*[\[6\]](#).

Cae al suelo al segundo. Me acerco a su posición y sonrío mientras espero a que se levante. Mi desesperación aumenta por momentos, al igual que el dolor. Solo demandaba una ínfima cosa, ¿es que acaso aquella estúpida muchacha no lo entendía? Aquella descarada e insensata patea mi pierna y sale corriendo en dirección a la salida. Ridícula... Agarro su cuello y la llevo hasta la pared, atrapándola entre esta y mi cuerpo. Me quema, la mano me arde cual antorcha prendida. Su olor inunda mis fosas nasales, es enloquecedor, no puede ser su olor, no puede ser ella... Ese aroma, mi jazmín, mi hogar. Pero no, desecho la idea de mi mente, mi ángel enfurecería si confundiera su esencia con la de otra hembra.

—Tu olor...

Tan pronto como pronuncio esas dos palabras me arrepiento. Era únicamente un pensamiento y no pretendía verbalizarlo, pero había decidido emerger a la superficie sin ser invitado a ello, sin apenas pensarlo. Su respuesta me hace gracia. Sin duda era una mujer que no se amilanaba ante cualquier situación. Sonrío y chasqueo la lengua buscando demostrarle que yo tampoco lo hago y una voz lo envuelve todo. ¿Qué hacía él allí? Él se pregunta lo mismo y lo verbaliza al segundo. ¿Por qué estaba él aquí abajo? Había dejado

sola a mi ángel, la había abandonado. Quizás ella se había mantenido firme y me había sido fiel desde mi ausencia. Ella, que me había jurado amor infinito, quizás aún me esperaba, aún me necesitaba, aún me quería, pese a todo... Y yo no la había respetado como se merecía.

—Sabes perfectamente a qué hemos venido, no te hagas el inocente.

Quizás él podría decirme cómo encontrar el mapa, pero a riesgo de decepcionar a mi clan, en lo único en lo que pensaba era en robarle la vida, tal y como él había robado la mía, mi felicidad, mi alma. Él, que había procurado por todos los medios separarme de mi ángel hasta conseguirlo, que había utilizado su influencia para propiciar mi destierro, que había contado mil mentiras para que todos y cada uno de los que consideraba amigos me dieran la espalda en favor de alguien con más poder, de alguien como él. ¿A quién creerían? ¿A un simple renacuajo o al príncipe de las ranas?

Después del daño que había causado no solo en mi corazón, sino en mi existencia en el Edén, siendo el causante de mi desgracia y mi destierro, ahora mancillaba el nombre de mi amada, restregándose y retozando con cualquier fulana que se cruzaba en su camino. Como tú, decía mi cabeza, aunque trato de ignorarle. Su chica decía que era, que pronto se había olvidado de ella... aunque eso bien me complacía.

—Así que ahora es ella tu chica... Qué rápido olvidas el pasado...

Mi ángel y yo éramos uno, almas gemelas, el uno no podía respirar si el otro no estaba a su lado. Lo había dejado todo y a todos por estar a mi lado y pretendía demostrarle el resto de mi existencia cuan acertada había sido su decisión, pero había cedido a la carne, había defraudado y destrozado a mi ángel. Samael siempre había creído que él era el único por el que el corazón de ella latía, por el que daría todo, por el que solo tenía ojos, pero se equivocaba. Nuestro amor era más fuerte y sus celos y rabia nos condenaron. Sin duda la historia se repetía... Hace marcharse a la muchacha patosa. Mejor que no vea lo que está a punto de suceder.

Con una señal apenas apreciada, Onix, que se refugiaba entre las sombras, vigilante, permaneciendo paciente al momento de ser necesitado, sigue a la muchacha. Quiero saber dónde vive. Necesito

hacerle una visita a su humilde morada para que me diga de una maldita vez cómo erradicar esta dichosa quemazón.

—Esto ya lo hemos vivido, ¿recuerdas?

—Las circunstancias eran muy diferentes y en aquella ocasión tuve clemencia, pero ahora ella no está aquí para salvarte y, por tanto, no la tendré.

—Tampoco la he pedido —ni jamás la pediría, mucho menos a él...

Acojo a Doria entre mis dedos mientras él me mira sonriente. ¿Acaso no piensa usar arma alguna para luchar contra mí? ¿Tanta confianza tiene consigo mismo? Alza la mirada al cielo, lo secundo, y cuando vuelvo a centrar mi mirada en él, puesto que en el cielo nada veo, ya posee en sus manos a... ¡No puede ser! ¡Es imposible!

—Recuerdas a Eve, ¿verdad?

Aprieto los dientes. Aquella daga había sido la encargada de proporcionarme el sufrimiento más grande jamás vivido. Lo veo jugar con ella, hacer que alce el vuelo para cogerla cuando desciende. Su egocentrismo y chulería podría ser un arma a mi favor si sabía usarla bien, aunque era consciente de que, aunque pusiera todo mi empeño en ello jamás podría vencer a un ser respaldado por Mithrael.

—*Mortificare*[\[7\]](#).

—Tus trucos y palabrería no funcionan conmigo, ya deberías saberlo.

Maldigo en silencio mientras me preparo para la inminente batalla. Su sonrisa se acentúa cuando se quita la chaqueta del traje y la coloca sobre una de las repisas de los pisos más bajos del lugar. Lo veo cerrar los ojos, concentrarse, y pronto unas grandes alas blancas lo abarcan todo, apareciendo lenta y solemnemente frente a mí.

—¿Las añoras? Jamás volverás a tenerlas. ¿Dónde están las tuyas? —ríe— Quizás deberíamos preguntarle a Eve...

—Pronto serás tú el que perderás, y no solo tus alas, sino tu vida.

Ríe sonoramente mientras asegura que no hay ser capaz de derrotarlo. Eso ya lo veremos... puede que yo no lo logre, pero sé de más de uno que podría hacerlo y él ni siquiera es consciente de ello.

—No me vendrá mal una buena pelea, por los viejos tiempos —le digo empuñando con más fuerza a Doria.

Su sonrisa torcida me exaspera. Si fuéramos simples mortales estaríamos al mismo nivel, pero no, su poder era muy superior al mío, se acrecienta cada segundo, pues alguna ventaja debía tener por ser quien era.

—Por cierto, ella está conmigo y te manda saludos.

Aquellas simples palabras encienden mi interior, que arde como brasas. Dolían más sus palabras que las molestias del cuerpo por culpa de aquella bruja. Me abalanzo sobre él, sin freno alguno, cogiéndolo desprevenido, clavando a Doria en su abdomen. Miro la herida sorprendido y confuso a la vez. La herida no sangra. ¿Cómo es posible? Bien es cierto que se ve aparatosa, pero no se desangra. No entiendo el motivo, aunque puedo imaginarme el por qué. Desde arriba siempre habían movido los hilos y aquella no era una excepción. De nuevo aquella sonrisa reflejada en su rostro, producía arcadas. Si por algo se caracterizaba Doria era por envenenar la sangre de aquel al que hería, pero sin sangre no había veneno. Un nuevo ataque, esta vez por su parte, no logro esquivarlo, la quemazón de su fulana hace mella en mí, limita mis fuerzas, absorbe mi energía. Sus golpes son certeros, los míos débiles y poco diestros, poco hábiles, acabando yo arrodillado en el suelo con las manos apoyadas en este. Rasga mis ropas, dejando mi espalda al descubierto.

—Qué bonitas cicatrices. Las recuerdo bien. ¿Dónde están tus alas?

—Lo sabes bien, al igual que Eve.

Intento alzarme, tarea inútil pues caigo de nuevo al instante. Lo veo arrodillarse y sus repulsivos dedos acarician las señales que habían dejado las alas al desprenderse de mi cuerpo.

—Qué pena que se desintegraran y no poder colocarlas en una urna, a la vista de todos, para que el que las viese supiera qué es lo que no hay que hacer, a quién no hay que cabrear, a quién deben respeto y obediencia.

—A ti, jamás. Mil veces renunciaría a ser un Bash si con ello evitara servir a un cobarde que utiliza el poder en su propio beneficio, como tú.

Eve se clava en una de mis cicatrices, como antaño había hecho. Ahogo un grito ensordecedor mientras un persistente zumbido inunda

mi cavidad auditiva, absorbiéndome por completo, llevándome a un tiempo en el que todo fue luz y felicidad.

Hacía ya tres meses que nos conocíamos o eso creía yo, puesto que allí el tiempo se ralentizaba en demasía. Sus manos masajearon cuan largas eran mis alas. Las flores que aquel prado dotaban a cuanto estaba a nuestro alrededor de belleza, majestuosidad y un punto de inocencia, y bajo aquel sol cegado que iluminaba nuestros rostros nuestros cuerpos se unían, yemas con plumas, mi amor con su amistad. ¿Cómo no amarla? Sería de insensatos no hacerlo.

—Son preciosas. Tan suaves y brillantes...

—No existe ni en este ni en ningún otro lugar algo más hermoso que tú.

—No me digas esas cosas. Siempre regalándome los oídos. Ya sabes que no me gusta.

— ¿Prefieres que te mientas entonces?

—Jamás.

—Entonces te diré que por ti bajaría al mismo infierno.

—No digas esas cosas, sabes que no lo soporto.

—Perdóname... ¿De cuánto tiempo disponemos esta vez?

—Poco... Apenas diez minutos. Estoy segura de que se preguntarán dónde estoy.

—Aprovecharé el tiempo que me quede en tu compañía entonces.

Sus manos dejan de masajear mi plumaje y se centran ahora en mi cuello. Cierro los ojos y exhalo lentamente disfrutando de la sensación de sentir su tacto sobre mi piel. Nos miramos a los ojos al oír unas voces cerca de nuestra posición, los suyos en alerta y temerosos, los míos cautelosos y protectores. Corremos a resguardarnos tras un grueso tronco de roble. ¿Por qué nos comportábamos así? ¿Acaso hacíamos algo malo? Estábamos muy cerca, demasiado cerca, tanto que nuestros cuerpos se rozaban con cada una de nuestras respiraciones, que se entremezclaban con el viento. Mis manos se anclan en sus caderas y la acercan más a mi cuerpo. La deseo tanto que me duele. La quiero mía, desde aquella primera vez que la vi pasó a ser el centro de mi mundo, no entendía el motivo, pero sabía que la quería por encima de cualquier cosa en la

vida. Sus manos rodean mi cuello cerrando los ojos.

—No puedo, lo siento.

—No te creo. ¿Por qué no?

—No lo entenderías.

—Explícamelo entonces.

—No puedo.

Mi boca se acerca a la suya, lentamente, mientras extraigo la punta de mi lengua deseando saborear sus labios, aunque sea solo un instante.

—No.

—Sí.

Mi lengua perfila sus labios con demora al tiempo que estos últimos se van abriendo, ofreciéndome la oportunidad de cobijarme entre ellos. Su cuerpo se estremece y me aprieto más a ella. No la dejaré escapar, no puedo, saborear esos labios ha sido mi condena, ahora es mi droga y no puedo ni quiero desprenderme de ella. Su rostro se gira y ladea, mostrando así su porcelanoso cuello. ¿Se está ofreciendo a mí? Me enloquece. La quiero mía, ya. Retiro lentamente el poco cabello que aún cubre el cuello y poso mis labios en él. Ahora soy yo el que tiembla. Tiene demasiado poder sobre mí, me asusta, me engancha, la deseo. Recorro cuan larga es su garganta con besos, caricias, acariciándola, con mi lengua, impregnándome de su olor, de su sabor.

—Debemos parar.

—No puedo parar, ya no.

—No podemos, esto está muy mal. Si alguien se enterara de lo que hacemos nos condenaríamos los dos.

—Con gusto asumiría mi condena si con ello puedo estar con la persona a la que quiero.

—Debo irme. Se estarán preguntando dónde estoy.

—Es él ¿verdad? ¿Tienes miedo de él? ¿Eres suya?

—Yo no soy de nadie, soy únicamente mía, pero las cosas no son tan simples como crees. Tengo un vínculo con ellos que no puedo romper, si lo hago todo lo que somos y por lo que luchamos se verá reducido a cenizas.

—¿Y eso qué significa? Explícamelo. ¿O es que acaso no confías en mí?

—*Sí lo hago, des del primer día que nos conocimos, pero pese a que te conozco bien y te considero un buen amigo no puedo contarte algunas cosas, entiéndelo y perdóname. No es cuestión de confianza.*

Aquellas dos palabras son como cuchillos arañándome la piel; buen amigo... Aprieto la mandíbula mientras mis manos se convierten en puños. Me aparto de ella, pues ¿qué sentido tiene besas sus labios si solo me considera un amigo? Me alejo malhumorado mientras Mithrael y Belle caminan por mi lado sin ni siquiera darse cuenta de mi presencia, él es un dios sin parangón, ella siempre la consorte seria, pensativa, calmada y fría, como frío había quedado mi corazón al oír aquellas palabras. No me daría por vencido, lucharía por su amor, porque si había algo que merecía la pena en aquella extraña nueva vida era ella, mi ángel.

Salgo de mi ensoñación cuando el afilado puñal se clava en mi omoplato izquierdo, justo donde se encuentra mi otra cicatriz, donde antaño existieron unas blancas y relucientes alas. Retuerce la hoja con saña mientras mi vista se nubla hasta quedar solo, perdido en la oscuridad. No sé si he vuelto a morir, aunque lo prefiero, esta existencia sin ella es morir en vida. Cómo la extraño, cómo la necesito, ella es todo para mí, pero ya no está, me consume vivir en este mundo sabiendo que la tengo tan lejos, sabiendo que puede que otro la toque y no encontrar consuelo en su recuerdo, porque no es ella, jamás habrá alguien que se le parezca siquiera. Esto acaba aquí, me rindo, ya no tengo fuerzas para soportar un día más, rompo la promesa que le hice, en la cual me comprometía en ser fuerte, aguantar pasase lo que pasase, en luchar por los dos.

No queda luz, no queda esperanza, espero que me perdone, que nos reencontremos en otra vida, pues no en vano aquella era la particularidad de los Bash como elegidos, lo que mi ángel llamaba Samsara. El ciclo del nacimiento, vida, muerte y encarnación en otro cuerpo, en otro ser. Otra vida a la que aferrarse, pero siempre viéndonos tal y como somos. Aunque pasasen siglos yo siempre la encontraría, pues pese a la vasija el alma seguía siendo la misma. La apariencia no era importante, solo cubría el verdadero rostro. Es por ello que los Bash podían ver nuestras apariencias reales pese a presentarlos en otro cuerpo, al igual que podíamos hacerlo nosotros

con todos ellos. Aquello podía ser una ventaja o un inconveniente, pues a veces no queríamos ser descubiertos. ¿Era un don o una maldición? Poco importaba ya, la mente se nublaba cada vez más y antes de dejar que el alma abandonara el cuerpo solo pude ver el rostro de mi ángel, como un espejismo inalcanzable pero anhelado. Exhalo mi último aliento dejándome envolver por la lóbreguez.

Capítulo 7

(...) *Hay velas que lo alumbran todo, menos su propio
candelabro (...).*
Friedrich Hebbel

Definitivamente los días iban de mal a peor, solo me reconfortaba el saber que era viernes. Me encierro en el baño y me coloco bajo la alcachofa de la ducha tras despojarme de mis ropas. Espero relajarme y renovar fuerzas para iniciar otra jornada de trabajo con el engreído-egocéntrico-pirado. Me visto, colocándome una de mis camisetas con el mensaje; *Mírame a los ojos*, colocado a la altura del pecho. Todavía tengo marcas, casi imperceptibles, de la agresión sufrida el día anterior. No me duele, son como pequeños círculos rosados en aquellas zonas donde sus dedos se habían posado, apretándome. Suspiro y me miro al espejo. Hay que arreglar el nido de pájaros, tarea casi imposible, aunque consigo el éxito aplastante con mucha maña y paciencia. Pelo seco y recogido cual cola de caballo, maquillaje en las magulladuras, base y línea de ojos, tejanos pitillo y zapatos de aguja. Lista.

Salgo corriendo en dirección a la parada de autobús. Soy consciente de que las prisas no son buenas consejeras y corro el riesgo de saborear el suelo con la lengua, pero no puedo evitarlo, siempre me acompañan, lo quiera o no. Subo al autobús justo a tiempo antes de que las puertas se cierran para no volver a abrirse más. Me siento en la parte central de este mientras suspiro aliviada. No veía el momento de acabar con aquel día y volver a meterme en la cama. Mi noche había sido desastrosa, volteando sin parar cual “croqueta en rebozo”. Mi vista se desvía hasta el frío cristal que lo envuelve todo, quedando absorta ante la belleza de las calles. Pese a la polución, todavía podía vislumbrarse la pureza que antaño reflejaba. Un peso muerto cae en el asiento de al lado. ¿Otra vez él? Resoplo. De nuevo el “mudo-salvador”.

—Quería agradecerte lo que hiciste por mí el otro día.

No contesta, sin embargo, hace algo que me sorprende. Alza la mano y examina mi cuello con pericia. Otro que le gusta tocar más de

lo que debe... Pero ¿qué se han creído? ¿Que pueden “sobetearme” a su antojo? Pues no. Me retiro haciendo que sus dedos resbalen por mi piel hasta dejar caer sus manos en sus piernas. ¿Acaso está inspeccionando las marcas de mi piel? Pensé que el maquillaje las había disimulado. La preocupación se refleja en sus ojos. Le sonrío para restar importancia a las marcas. Su mano, temblorosa, se acerca de nuevo a mi cuello sin emitir sonido alguno. Contengo el aliento mientras su extremidad, plagada de inapreciables cicatrices, rodea mi cuello. Cierra los ojos e inhala con fuerza. Estoy confusa y me mantengo hierática. ¿Cómo escapar de la situación dentro de un vehículo en marcha? Su mano se retira lentamente de mi piel, acariciando esta con las yemas de los dedos al tiempo que abre los ojos de nuevo.

—¿Quién eres?

Me mira y asiente como si necesitara mi aprobación, a la cual le respondo con otro asentimiento. Retira su capucha y su corta y amarronada cabellera se muestra por primera vez. Acerca su rostro mientras acuna mi rostro con sus manos para posar su frente sobre la mía. Hay silencio, paz, solo eso. Lo miro con cara extrañada. ¿Otro pirado más en mi lista? Al menos este me había salvado en vez de intentar matarme. Una punzada enciende todas mis alarmas. El dolor se acrecienta por momentos, como puñales buscando atravesar mi corteza cerebral. Duele, duele mucho, demasiado. Mareo y vértigo se adueñan de mi ser mientras mis corneas palpitan y fogonazos de luz, como flashes cegadores, en mis párpados a través de mis ojos cerrados. Es insoportable, como si trataran de freírme el cerebro. ¿Cómo es eso posible? Aprieto los dientes al tiempo que llevo mis manos a su cabeza y le hago separar su frente de la mía.

—Pero, ¿qué me has hecho? Me haces daño.

Lo veo negar con la cabeza, apesadumbrado, mientras su vista se desvía al suelo. Vuelve a colocarse su capucha, para cubrir de nuevo su cabello, antes de alzarse del asiento y marcharse a otro lugar. El autobús para, es hora de bajar. Llegó la hora de la verdad. El dolor de cabeza se había evaporado. Una ola de calor me golpea al poner un pie en el pavimento. Aquel fin de verano iba a ser un infierno.

Entro presurosa al edificio universitario; alto, majestuoso, tosco,

grisáceo. Impone. Cruzo las múltiples puertas tras subir cientos de peldaños de cada uno de los pisos hasta llegar al despacho. Ya no está la placa del antiguo docente, ahora cuelga una nueva y reluciente con el nombre del profesor Anderson grabado. Entro sin más dilación.

—Buenos días, profesor.

Me encamino a mi lugar de trabajo sin ni siquiera mirarlo y me siento en la mullida silla de oficina. La situación es tensa, no cabe la menor duda, pero procuro mantenerme neutral, pues soy una profesional y he venido a desempeñar el cargo que me pertoca. Lo noto acercarse a mi mesa. No alzo la vista.

—Naia, siento mucho cómo me comporté anoche. Se me fue la cabeza. Perdóname.

—Descuide. Ahora si me disculpa tengo labores que atender.

—¿Volvemos a los formalismos? Creía que los habíamos superado.

—Aquí yo soy su becaria y usted mi superior.

—¿Y si no quiero que seas solo eso?

—Si pretende conseguir algo de mí que no sea el trabajo por el que he sido contratada, no ha escogido a la persona idónea para darle lo que desea o necesita.

—Yo te deseo y necesito a ti, en mi vida. ¿Acaso no te has dado cuenta aún?

—Esta conversación ha terminado.

—No, acabará cuando yo lo diga.

Mi cara de repulsa lo dice todo. Me levanto de la silla y camino hacia la puerta. Lo noto a mi espalda, un calor abrasador que me alerta, que me quema, que me atrae como una polilla a la luz. No, me niego. Yo no soy así. Odio a cada uno de los hombres de la faz de la tierra, con alguna que otra excepción, pero por encima de todo a aquellos que creen tener el poder de doblegar con una simple mirada a todo ser humano. Agarro el pomo mientras su mano se posa sobre la mía, deteniéndome. De nuevo esa molesta electricidad. Aparto la mano, no deseo tocarlo.

—Mírame.

—Déjame salir. No deseo mirarlo ni tener ningún tipo de relación que no sea la laboral, así que grábeselo en la cabeza.

—No te vayas. Mírame.

Alzo la vista y lo veo. Pese a las gafas de sol, todavía se le veía el rostro hinchado y algo amoratado. Freno mi mano cuando se dispone a acariciar su partido labio.

—¿Quieres que cure tus heridas?

—Las físicas no me preocupan. Necesito que me cures las de aquí—. Se lleva mi mano y la posa a la altura de su corazón.

Trago saliva ruidosamente y la retiro lentamente.

—Puedo dar yo la clase si se ve indispuerto.

Lo oigo resoplar mientras cabizbajo camina hacia su mesa y se sienta en el borde de la misma mirándome a través de los oscuros lentes.

—Como quieras...

Vuelvo a la mesa tras asentir y agarro la carpeta azulada, la clase siguiente. Noto como me observa y alzo la vista justo al tiempo que salgo por la puerta.

—Adiós, señor Anderson.

Entro en el aula en la cual debo impartir la clase. Los murmullos se acrecientan como un constante taladro en mi tímpano. Me aclaro la garganta para llamar la atención de los presentes.

—Buenos días a todos. Hoy impartiré la sesión de retórica puesto que el profesor Anderson se encuentra indispuerto. Mi nombre es Naia García. Sé que muchos de ustedes estarán pensando que quizás una joven becaria, incluso más joven que alguno de ustedes, no esté al nivel de las clases magistrales del profesor, pero tengan por seguro que mi intención es transmitirles los contenidos de la mejor y más clara manera posible. Pretendo que aprendan con esta clase, pero aprender yo también de ustedes. Dicho esto, empecemos.

Tras una clase amena donde prima el debate y la máxima participación de los integrantes del aula, pues mi fin último es que ellos mismos se respondan a las dudas que pueden surgir y se replanteen todo aquello que se le explica, doy por concluida la sesión. Sin lugar a dudas había sido una experiencia extraordinaria, emocionante, excitante. La adrenalina todavía corría por mis venas cuando un par de estudiantes se acercan a la mesa del docente, donde me hayo recogíendolo todo.

—Buenas señorita García, somos los alumnos de última fila,

Peter y Mike.

—Encantada. Sus aportes han sido muy provechosos para la clase.

—Solo eran meras ideas que el profesor Anderson ya había mencionado.

—De todos modos, es bueno refrescar la memoria del resto de compañeros.

—Queríamos preguntarle si podría ayudarnos en la elección de unas obras para el trabajo de esta materia. Estamos algo perdidos.

—Por supuesto.

—¿Le iría bien que nos viéramos los tres en la biblioteca en un par de horas?

—Está bien.

—Muchas gracias.

Los veo sonreír y asiento antes de que salgan corriendo en dirección a la puerta, donde hay alguien más. ¿Qué hace él ahí? Se acerca a mi posición a grandes zancadas.

—¿Qué hacías hablando con ellos?

—Los ayudaba con un problema.

—Si tienen problemas ya me encargaré yo de ellos. No quiero que hables con ellos.

—¿Por qué son sus alumnos o porque son del sexo opuesto al mío?

—No quiero que vuelvas a hacerlo, punto y final.

—Bueno, hágame una lista de las cosas que puedo y no puedo hacer, si es tan amable... —Mi tono sarcástico acompañado de mi mueca de asco no dejaban nada a la imaginación— Ahora si me disculpa, tengo trabajo.

—He oído lo de la biblioteca.

—Eso no es asunto suyo.

—Claro que lo es. ¿Y sabes qué? Hoy tenemos mucho trabajo y acabarás tarde.

Ni siquiera entro en disputa, simplemente lo ignoro cogiendo mis cosas y saliendo por la puerta mientras me pisa los talones. Paro frente a la puerta del baño de mujeres.

—¿También va a acompañarme al baño, profesor?

—Lo haré si es preciso. Debemos hablar.

—Yo no tengo nada más que hablar con usted, así que si me disculpa...

Entro cerrando la puerta tras de mí mientras él sigue allí de pie con aquellas gafas de sol que aumentan por momentos el aspecto chulesco que de por sí ya posee y lo caracteriza. Apoyo las manos en la pica mientras cierro los ojos y suspiro sonoramente. Cada día cerca de él, en aquellas circunstancias, era peor que el anterior, más duro y desconcertante. Me agobia, me asfixia, me consume. Alzo la vista para mirar el reflejo de lo que ahora era mientras recuerdo lo que había sido. Unos achocolatados ojos se encuentran con los míos. Se los ve cansados, ojerosos, fríos, duros. Aquellos ojos me analizan con detenimiento hasta centrarse en un punto concreto, el cuello. ¿Dónde están las leves marcas de la agresión? No es posible... Aún recordaba lo ocurrido en el autobús, pero aquello no era posible. Lavo con pericia la zona en busca de las marcas que el maquillaje procura disimular, pero allí no hay indicio alguno de que en algún momento hayan existido. ¿Acaso el mudo es también mago? Le vendría muy bien a Samael para reconstruir su desmejorado rostro. Aparto el rostro de aquella que me mira al otro lado del espejo y salgo por la puerta. Lo encuentro en la pared, cruzado de brazos.

—Has tardado mucho.

—¿Ahora también tengo tiempo para ir al baño o es que está prohibido?

No espero a la respuesta, tampoco la busco. Camino hacia el despacho y dejo las cosas en la mesa antes de sentarme en la negra silla. Mentiría si dijese que hacía algo de provecho, pero el simple hecho de mantener la vista fija en la pantalla del ordenador mientras los dedos tecleaban a una velocidad vertiginosa palabras ininteligibles era mejor que cruzar miradas incómodas con el egocéntrico-loco-obseso.

Cuando miro el reloj han pasado casi dos horas. Tengo claro qué libros clásicos recomendaré a los alumnos. Me levanto y encamino hacia la puerta.

—Ahora vuelvo.

—¿Dónde vas?

—Al baño.

—¿Otra vez?

—¿Acaso prefiere que me cambie aquí?

Le enseño uno de los tampones que siempre llevo en el boso y asiente dándome a entender que puedo marchar. ¿Aún no ha entendido que dijese lo que dijese iba a irme de todos modos? Camino hacia la biblioteca con paso firme. Al entrar en esta veo a los chicos sentados en una mesa central analizando unas obras con detenimiento mientras las lámparas iluminan sus rostros. Me acerco a su posición y los saludo en silencio antes de hacer que me sigan mediante un movimiento del dedo índice, el cual encojo y estiro en repetidas ocasiones. Una vez en el pasillo de autores clásicos hago una selección minuciosa de los libros de sobremesa que deben tener presentes para hacer un buen trabajo, imprescindibles según mi criterio.

—Estos son los más adecuados según mi parecer —hablo entre susurros.

—Muchísimas gracias, de verdad. ¿Cómo podemos agradeceréelo?

—Mostrándome una matrícula de honor una vez corregidos los trabajos—. Los veo sonreír, pero esa sonrisa desaparece al instante cuando sus ojos van más allá de mi persona. Se disculpan y marchan presurosos. Me giro y lo veo, tan imponente, tan serio, tan repulsivo. Me acerco malhumorada.

—Parece que es usted el ogro de la facultad. Bien mirado, con ese aspecto ahora mismo... —Callo al segundo. Está así por protegerme, soy una desagradecida— Siento el comentario desafortunado y le agradezco lo que hizo por mí.

—¿Qué hacías con ellos? —¿Y ese cambio radical de tema?

—Les aconsejaba, simplemente eso.

—¿Sobre las formas de darte el mayor de los placeres? ¿Eso de lo que a mí me privas?

Freno mis incipientes ganas de abofetear su cara. Me estaba planteando seriamente dejar aquel trabajo y viajar al extranjero en busca de nuevas oportunidades, posibilidades en las cuales el profesor no pudiese inmiscuirse.

—Le advierto, si vuelve a propasarse o a insinuar cualquier cosa, se quedará sin secretaria-becaria.

Marcho por la puerta, abandonándolo en medio de la sala, cual

perro.

Apenas una hora, una hora más y seré libre durante dos días, pero los segundos pasan torturándome como un niño colocando una lupa en pleno día soleado frente a una mísera hormiga.

Al fin, dos minutos para saborear la libertad, para acariciarla entre mis dedos. Lo veo acercarse a mi mesa y hago el gesto más inútil que jamás ha hecho la especie humana, morderme el carrillo por dentro mientras contengo la respiración. ¿Qué quiere ahora?

—Naia, necesito que te quedes toda la tarde, tenemos mucho trabajo pendiente.

—Pero eso no es posible profesor, está todo al día, yo misma lo he comprobado dos veces.

—Me acaba de... salir un nuevo seminario y... debo prepararlo minuciosamente —genial...

—Claro que sí. Como no.

—¿Lo dudas?

—No, por supuesto que no —Mi ironía me acrecienta por momentos.

—Bien.

—Salgo a comer entonces.

—¿Tanta prisa tienes? Quizás tienes una cita para comer con alguno de mis alumnos.

Cierro la puerta con un sonoro golpe. No puedo más. Necesito salir de aquí. ¿Y si me excuso apelando a una enfermedad que no tengo para marchar? No, lo de mentir no iba conmigo, yo siempre encaraba todo lo que viniese y aquella situación no iba a ser menos.

Me siento en una de las mesas del bar de la facultad, Coca-Cola Zero en mano y un buen plato de pasta sobre la mesa. Estaba deliciosa. Como presurosa, pues si acabo pronto aquel trabajo extra, podré alejarme de allí para que Samael deje de molestar con sus estúpidos comentarios.

Entro de nuevo en el despacho y me siento en mi mesa. Me observa atento tras esos oscuros cristales, lo noto.

—¿Lo pasaste bien comiendo?

Miro el reloj, todavía me quedan siete minutos de descanso según el convenio, así que registro mi bolso en busca del Ipod que Kil me regaló y me coloco los cascos para escuchar algo de música. Gnarl

Barkley y su canción Crazy inundan mis oídos mientras sigo la melodía dando golpes en la mesa con mi bolígrafo azul. Sin duda yo tenía un loco frente a mí. Un loco al que estaba ignorando para evitar oír sus sandeces.

Se acaba el tiempo y retiro los cascos antes de mirar en su dirección.

—Bueno, dígame cuál es ese trabajo tan urgente.

—Quiero que me hagas una presentación. En mi mesa está toda la información necesaria.

Suspiro y me pongo manos a la obra mientras su escrutinio es casi enfermizo. Me apresuro en acabar pronto, pues me siento muy incómoda.

Dos horas y veintidós minutos después doy por finalizada la tarea y sonrío satisfecha.

—Bueno, esto está listo, si no precisa de nada más marcharé.

—Espera —Mira por toda su mesa en busca de algún tipo de tarea que sabe que no tiene. Finalmente se resigna, saca una caja de su maleta y me la entrega. —Espero que esta vez no acabe hecho pedazos en el suelo.

—No fui yo quien lo rompió, ¿o es que acaso ya no lo recuerda?

Lo veo sonreír y tras agradecerle el presente me giro para abandonar el despacho.

—Recuerda, su uso se limita únicamente al contacto privado entre ambos.

—Descuide, si quiero verme con alguno de mis amantes usaré el propio.

—¿Qué amantes?

—Eso no es de su incumbencia.

—¿Vas a verte con mis alumnos o prefieres hacerlo con el agresor del callejón?

—La pederastia no es lo mío, profesor, así que supongo que me inclino más por el agresor —sabía que no era pederastia, pues algunos de los alumnos eran mayores que yo y en cualquier caso mayores de edad, pero yo siempre me refería a la edad mental y en aquellos términos pocos se salvaban de mi análisis.

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad? Tú sabías quién era y habéis estado jugando conmigo, os habéis reído de mí.

—Por supuesto, pensé que era más listo, profesor. Me equivoqué. Por momentos dudaba que aquel demente hubiese llegado a la posición en la que se encontraba y manejara tantos hilos gracias a su “sabiduría”.

—¿Por qué Dina? ¿Por qué no me dijiste que lo recordabas todo?

—Así es más divertido, ¿no cree?

—Realmente me engañaste. Llegué a pensar que en verdad habías perdido la memoria.

—La magia de las apariencias profesor... Deberían llamarme AlaDina... Las apariencias mueven el mundo, ¿no cree? Que pase buena noche.

Le guiño el ojo y salgo por la puerta al tiempo que oigo cómo en un ataque de ira tira al suelo los objetos que se encuentran sobre su mesa. Si quería jugar a ese juego, jugaríamos los dos. Prefería a un Samael furioso que no deseara entablar conversación alguna que un acosador egocéntrico, y aunque no tenía idea de qué era lo que habíamos hablado había sonado muy convincente, hasta el punto de que se lo había creído a pies juntillas.

Salgo al exterior, todavía puedo aprovechar el día, así que llamo a Kil y quedamos en una media hora en *You Pay*. Me siento en la parada de autobús a que el transporte aparezca. Miles de coches, camiones, furgonetas, taxis y demás transportes circulan por las calles. Focalizo mi mirada en una de las tiendas de la calle de enfrente y nuestros ojos se encuentran. Ante el escaparate, unos ojos me observan encolerizados, con los puños apretados y la mandíbula tensa. No puedo creer que sea el loco del callejón. Un autobús se cruza en mi campo de visión un segundo antes de proseguir su camino. Aquel autobús había interrumpido nuestra conexión de miradas apenas unos segundos, pero cuando termina de pasar y vuelvo a focalizar toda mi atención en el lugar él ya no está. Vaya... lo habré imaginado, la locura de Samael se me pega por momentos.

Tras llegar a casa me doy una rápida ducha, solo tengo cinco minutos antes de deber salir de nuevo, con prisas siempre, cómo no, hasta el bar donde Kil me espera.

Me siento en la terraza y segundos después aparece Kil con semblante serio.

—¿Qué ocurre? ¿Mal día?

—No, solo cansancio.

—Nunca te he visto así, ¿va todo bien?

Asiente y tras pedir unas coca-colas le pregunto una de las dudas que ronda por mi cabeza en relación a la conversación que él y yo mantuvimos.

—En el caso de que yo fuese esa tal Dina con la que me confundís, ¿qué papel tengo yo y qué papel tienes tú en esta historia?

—Tú, Dina, como te dije, eres la personificación de la sabiduría y la encargada de enseñar las diferentes lenguas terrenales a las almas al inicio de la creación. Posteriormente, se te encomendó la protección de la llave, pues tus aptitudes y tu predisposición te señalaban como una candidata óptima, por no hablar de tus habilidades en la lucha cuerpo a cuerpo.

Me atraganto con la bebida antes de explotar en múltiples carcajadas.

—Kil, no hay ser humano más patoso que yo en la faz de la tierra, así que dudo mucho que yo fuera una luchadora al estilo de *Ronda Rousey*[\[8\]](#).

Coloca los ojos en blanco y prosigue con la explicación.

—Con respecto a mí, se me conoce como Arcángel Miguel. Represento la pureza e inocencia de las almas bondadosas. Me reconocerás como el mensajero de Dios si buscas en escritos que hablen de mí.

—¿Tú sales en el libro sagrado cristiano?

Se encoje de hombros. Me toma el pelo... Me resisto a creer las historias de fantasía que se empeña en relatarme para que mi mentalidad escéptica intente creerlas.

—Digamos que yo soy el guardián de las almas bondadosas en la Tierra y tú la guardiana de la llave.

—Aquí todos son guardianes... Deberíamos llamarnos los guardianes de la galaxia. A ti te pegaría ser el mapache. Sí, sin duda tenéis la misma cara.

—Y a ti Groot, ¿no?

—Sin duda yo me quedo con la mejor parte, tanto en apariencia como en memorización del diálogo. YO SOY NAIA —Imito la voz del personaje ficticio de Marvel en forma de árbol.

Seguimos conversando de temas banales hasta que decidimos

volver a casa.

—¿Sabes cuál sería la manera más rápida de asumir que lo que me cuentas es real? Muéstramelas, las alas.

—Así lo haré si es lo que deseas, princesa.

Llegamos a una casa vacía, los “primitos cariñosos” están en la facultad, o eso creo. Lo veo cerrar la puerta y colgar su bandolera en el perchero antes de colocarse frente a mí y comenzar a desabrocharse cada uno de los botones de su camisa.

—¿Ahora vas a hacerme un *striptease*, Kil? Mira que no eres mi tipo...

Una vez se deshace de su camisa, que cae al suelo cual peso muerto, me mira a los ojos mientras a su espalda van apareciendo unas esponjosas nubes blancas. O no. No son nubes, tenía razón, son...

—Joder...

—Nunca te mentiría, princesa.

—Pero... pero... ¿Cómo puedes llevar eso a tus espaldas sin que se note? No es como una mochila que puedas llevar a tus espaldas y quitártela después, ¿o sí?

—Solo aparecen ante los ojos de los individuos que yo deseo que las vean.

—¿Magia?

—No es magia, simplemente debes creer y ver más allá de lo que tu escéptica mente te obliga. Siempre te lo digo.

—¿Podría tocarlas?

—Toca las tuyas —lo veo sonreír.

—Como no me toque el... omoplato...

—¡Naia!

—¡Qué! Aquí no hay nada. ¿No crees que lo hubiese notado? No sé... levantarme una mañana y decir: he mutado a pájaro o tengo plumas.

—Solo las verás y las verán los demás si quieres cuando asumas lo que eres, pues ¿Cómo convencer a alguien de algo que tú misma no crees?

Besa mi frente y tras hacer desaparecer sus alas, ¿Dónde las meterá? ¿Cómo lo hará?, se coloca la camisa de nuevo y se marcha a su habitación cerrando la puerta tras de sí.

Demasiada información que digerir. Me siento confusa. Es cierto lo que contaba y yo me había burlado de todo aquello que había dicho. Mi mente escéptica batalla ahora con la idea de que pueda existir un mundo desconocido para el ser humano que responda a todo aquello que Kil ha contado.

Entro en la habitación y me coloco una de mis camisetas con mensaje: *Solo se vive una vez, así que aparta de mi camino si no quieres...* Tras ponerme unos pantalones de chándal y unas cómodas bambas, engancho el Ipod en la cinta que llevo en el brazo cuando salgo a correr, la cual controla mis pulsaciones, y me encamino hacia la puerta. Correr me vendrá bien, sobre todo después de lo ocurrido. Despejar mi mente y no pensar en nada más que no sea visualizar el camino para no caer. Me coloco los auriculares y la música empieza a sonar, Survivor de Destiny's Child, uno de mis himnos. Las mujeres no necesitamos a nadie para vivir ni sobrevivir.

Las calles de Londres parecen borrones mientras mis piernas adquieren una gran velocidad. Solo espero no tropezar, es lo único que importa. Y vaya si lo hago, cómo no, sería raro en mí no hacerlo, pero esta vez ha sido con mis propios cordones, mejor eso que una persona. Me arrodillo para atármelos y pronto veo unas piernas paradas frente a mi rostro. Alzo la vista y lo veo, hombre alto, musculado, bello rostro, barba de tres días, ojos penetrantes con mirada lobuna, sonrisa pícaro, típico protagonista de serie sobrenatural.

—Hola, preciosa.

—Si buscas algo pierdes el tiempo.

—Te equivocas, creo que he encontrado justo lo que busco.

Lo ignoro y prosigo el *running*. El hombre-lapa me persigue, corriendo a mi lado. Joder... con un par de pirados en mi vida tenía suficiente. Aumento el ritmo, él también lo hace. Se acabó.

—Ahora entiendo para qué me buscabas. Necesitabas a alguien que te pusiera una orden de alejamiento para sentir que eres alguien.

—Qué tal si nos dejamos de tonterías y hablamos de algo que a mí me interese.

—Qué considerado... ¿No te contó tu mamá que la avaricia no lleva a ningún lado?

—No me exasperes preciosa. Sé lo que eres, lo veo. Un angelito

sin alas.

—Te recomiendo a DCS y Juan Magan, perturbado.

—¿Sabes quién soy?

—No, ni quiero saberlo.

—Mi nombre es Abba... —deja de hablar y mira hacia otro lado, como si se arrepintiera de haber pronunciado su nombre.

—¿Abba? ¿Qué tipo de haba eres? ¿De vaina Windsor o de vaina enana? —Lo miro con asco— Sin duda, de vaina enana.

Lo veo resoplar. Yo me estoy divirtiendo mucho, la verdad. Aun así, prefiero que desaparezca de mi vista.

—Pasa un buen día, Haba. Adiós.

Me agarra del brazo reteniéndome y llama mi atención.

—No te robaré más de unos segundos, preciosa. Ya sabes lo que necesito. Dame el nombre del portador de la llave o su ubicación y dejaré que vivas.

Me echo a reír. ¿Se habían escapado todos del mismo psiquiátrico?

—El señor de las llavecillas se llama conserje y su ubicación actual suele ser la portería de los edificios.

—Me gustas, eres descarada, o una inconsciente... en cualquier caso será un verdadero placer matarte.

La conversación estaba derivando a un tema que no me agradaba en absoluto. ¿Dónde estaba el mudo salvador cuando se le necesitaba? Alzo la ceja cuando sus comisuras se alzan enseñándome su blanquecina dentadura.

—Vaya, vaya... qué estampa más inesperada—. Ambos nos giramos focalizando nuestra mirada en la figura que se acerca a nosotros aplaudiendo sonoramente. —Muy, muy interesante, no cabe la menor duda.

—Azrael, ¿qué haces aquí? —¿Es que aquí se conocen todos? Parecía ser la única persona en la faz de la Tierra que no se enteraba de nada.

—Háblame con más respeto —Aquel hombre se hacía respetar con aquel porte. Sus azulados ojos me absorbían cuando me miraba, alternando mi mirada con la de Abba. El otro aprieta los dientes y no puedo evitar hacer aparecer una sonrisa en mis labios.

—Déjala en paz ella es cosa mía. Debo hablar con la chica. Te

recomiendo alejarte o te buscarás esos problemas que yo adoro resolver.

—Descuida... y tú, preciosa, volveremos a vernos muy pronto, y no seré tan cortés como lo fui hoy —Dicho esto, se marcha sin más dilación.

—Imbécil —He verbalizado mis pensamientos sin apenas darme cuenta.

—¿Tienes prisa? Deberíamos hablar.

—Perdona, ¿Te conozco?

—Pues creo que no en esta vida. Me presento, soy Azrael.

—Lo sé, he oído cómo aquel te llamaba así.

—Aquel... interesante —Se da unos golpecitos en la barbilla con el dedo índice como si reflexionara sobre algo, que por supuesto desconozco.

—¿Qué quieres? Estoy ya cansada de que me hostiguéis día tras día, hora tras hora.

—Yo no deseo aquello por lo que los demás te buscan.

—¿Ah no? ¿Y qué deseas tú? ¿Quién eres? ¿De qué lado estás?

—No tengo lado, pero si lo tuviese siempre sería del mío. Por lo demás, cada uno tiene sus propios... digamos... proyectos. Yo suelo hacer tratos bilaterales, pues para recibir hay que dar primero. ¿Y si te ofreciera la posibilidad de conseguir esas alitas de mariposa, ahora evaporadas?

—¿Tú también eres mago? —Sonríe.

—Me gustas. Aún sin recordar el pasado eres exactamente igual que antaño, y agradezco que tu esencia se haya mantenido intacta.

—Si es cierto que soy un ángel quiero recuperar tanto mis alas como mis recuerdos, pero ¿a qué precio? —miro a la gente que está disfrutando de una deliciosa tarde bajo el sol veraniego en la terraza de aquel bar céntrico.

—Tranquila, no pueden oírnos. Ya me he encargado de ello.

—¿Cómo?

—Eso no importa. Respecto a lo que demandas, no puedo recuperar tus recuerdos, pero si devolvarte tus preciosas alas.

—¿Cuál es el precio?

—Cuando llegue el momento deberás hacer algo por mí, sin preguntas ni opción a negarte, lo harás y punto.

—¿Y si es algo que no deseo hacer?

—Eso no es problema mío. Si sellamos la transacción deberás cumplir te guste o no.

—No cerraré un trato contigo sin ni siquiera saber lo que debo pagar a cambio. Además, ¿Cómo sé que puedo fiarme de ti? ¿Cómo sé que puedes otorgarme lo que prometes? Ni siquiera te conozco. Todavía no puedo llegar a asumir lo que ocurre, lo engañada que he estado todo este tiempo ni siquiera sé si quiero esto que se me presenta o si es real. Si no fuera porque lo he visto con mis propios ojos... Aun así, no sé si quiero formar parte de toda esta locura.

—No tienes opción. Lo Kazoos saben de tu existencia, hoy has conocido a uno. ¿De verdad quieres exponerte así a las circunstancias sin estar preparada, sin tener lo necesario para combatir llegado el momento?

—¿Y si no quiero esto? ¿Y si no quiero combatir, como tú dices?

—Es tu destino y créeme que sé de lo que hablo.

—Dudo que sea capaz de combatir. Poseo una torpeza innata, aunque bien es cierto que llegados a momentos de necesidad puedo defenderme medianamente bien.

—Tus alas te proporcionarán dichas habilidades, sin ellas estás incompleta.

—Repito, quiero saber cuál es el precio que pagaré yo.

—Basta. Siempre me gustaste Dina, eras de las más, veías más que las simples apariencias, pero mi paciencia tiene un límite, ¿aceptas o no?

Capítulo 8

(...) Me pregunto si las estrellas se iluminan con el fin de que algún día, cada uno pueda encontrar la suya (...).

Antoine de Saint-Exupery

—Despierta.

Algo o alguien me zarandea apremiantemente. Mis pupilas, desenfocadas, son rodeadas por pequeñas luces que acarician el interior de mis párpados. Abro los ojos como puedo para comprobar que uno de los Bash, un buen amigo arriba, me sacude con fuerza.

—Si venís a acabar conmigo adelante. No deseo seguir viviendo así un día más —consigo balbucear.

—No digas tonterías. Levanta.

—¿Por qué quieres ayudarme?

—Eras uno de mis mejores amigos y sé que ella quiere verte bien, luchando por no perecer.

—¿Dónde está? ¿Cómo está? Dímelo, te lo suplico.

—Esa información no puedo dártela, pero puedo decirte que está bien.

—¿Está con él o todavía me ama?

Veo como ignora mi pregunta y se encarga de sanar mis heridas, cerrando de nuevo las cicatrices. Posa sus manos sobre cada uno de mis sangrantes cortes y tras cerrar los ojos un instante ya han sanado.

—Gracias —Miguel asiente.

Veo como Raziél se acerca a Miguel y niega con la cabeza mientras me reta con la mirada.

—¿Ella está bien? —Desvió de nuevo la mirada hacia el mensajero del ser supremo.

—Sabes que no podéis estar juntos, déjala libre, olvídala o únicamente obtendrás desespero y frustración.

—Ya lo siento, desde que decidisteis que no era merecedor de su amor.

—Yo no tuve nada que ver en dicha decisión y lo sabes.

—Cierto, pero todos la apoyasteis sabiendo lo injusta que era.

—no podíamos luchar contra su decisión, él lleva la corona a sus espaldas. ¿Cómo luchar contra su mandato?

—Si todos nos hubiésemos unido contra su decisión las cosas hubieran sido muy distintas.

¿¡Cómo osas siquiera pensar que nos rebelaríamos contra el ser supremo!?

—Sois todos unos cobardes...

—No te atrevas a catalogarnos tú, que antepusiste el amor al credo.

—Y volvería a hacerlo mil veces más.

—Mírate ahora, por tus agravios perdiste tus alas, ahora convertidas en dos cicatrices.

—No son esas cicatrices las que me importan, sino las del corazón.

—Él no te lo permitirá y lo sabes.

—Me arriesgaré, lo intentaré.

—Perecerás. Desatarás su furia.

—Si así debe ser, estaré preparado.

—Sabes lo que es ella para él, no saldrás airoso si lo intentas hacer, si la tocas siquiera.

—No hay nada peor que no poder tenerla...

—Hay cosas mucho peores —Veo como Miguel mira su teléfono móvil.

—Debo marcharme, pero nos veremos muy pronto, quién sabe si en el infierno. Yo seré quien juegue a las cartas con el señor del inframundo.

—No creo que jamás nos veamos aquí.

—Tarde o temprano lo haremos. La cuestión es de qué lado estarás tú.

—Siempre del de la luz.

—La luz es muy subjetiva. Puede que el credo que tanto defiendes no sea todo lo que crees.

—No blasfemes.

Lo veo alejarse, dejándome con la palabra en la boca, y me incorporo lentamente para volver a mi hogar. Estoy cansado y no me vendrá mal algo de reposo.

El mundo se tambalea a mi alrededor mientras procuro ordenar a

mis piernas que se movilizan, una tras otra, un paso más para alcanzar mi destino. Cada segundo se hace eterno, convirtiéndose en siglos, como la existencia en el infierno, hasta que al fin lo veo. Miguel había cerrado mis heridas externas, pero las internas seguían sangrando como nunca. Cada una de las palabras que Samael había pronunciado en relación a mi ángel habían sido desgarradoras heridas que supuraban, escocían, dolían. El cuerpo, entumecido por los golpes y las numerosas hemorragias internas que seguro tendría, apenas respondía ya a los impulsos y mi sistema motriz ya había dejado de contestar. Me mantenía de pie frente al sagrado edificio, sin posibilidad alguna de movimiento.

Focalizo mi mirada en Hugh y Jason, a las puertas de la parroquia, que se acercan presurosos. Sus brazos rodean mi cuerpo y colocan mis brazos sobre sus hombros, como punto de apoyo, antes de arrastrarme al interior, donde aquel laberíntico edificio nos protegía de posibles intrusiones. Quien entraba no sabía encontrar después la salida, excepto si conocía el camino, como nosotros.

Una vez dentro me tumban en la cama. La misma habitación, fría como siempre, sin un solo elemento decorativo, únicamente una lámpara de lava azul, su color, el de ella. Me pierdo en ella por un instante, mientras fragmentos se van desprendiendo para crear un vacío entre la cristalina acuosidad.

Me sonrío, es simplemente preciosa. Está con él, pero ha conseguido desviar un segundo la mirada para regalarme esa estampa y me siento el ser más dichoso del Edén. Quiero verla a solas, lo necesito, no puedo frenar más lo que siento. Si no es mía, si la pierdo, prefiero bajar al mismo infierno y entregar mi alma al demonio, pues vivir sin ella sería sin duda la peor de las torturas.

Doy un paseo por el lugar. No hay mucho que hacer hoy. Alguien coloca su mano en mi hombro y al girarme encuentro al siempre sonriente Miguel.

—¿Cómo tú por aquí, compañero? ¿Hoy no cumples ninguna misión?

—Aun siendo inmortales aquí arriba de vez en cuando también necesitamos algún que otro día de vacaciones.

—Ni que lo digas.

Me giro al oír aquella voz y el dulce rostro de Mia aparece ipso facto[9].

—Parece que hoy teníais ganas de verme, chicos —Les digo. — ¿Qué tal si jugamos a algo?

—¿Qué tienes pensado, Zackary?

—¿Qué os parecen unos acertijos para ir calentando motores? — Los veo asentir sonrientes— Empiezo yo. Todos la tienen, pero nadie puede perderla.

—En tu caso seguro que es la tontería, pero eso no tiene remedio —dice Miguel chasqueando la lengua después mientras Mia ríe.

—Es fácil, la sombra.

—Chica lista, te toca.

—¿Qué tiene manos, pero no puede aplaudir?

—Miguel y yo nos miramos con caras largas. ¿Qué podía ser? Manos... que no aplauden. Lo tengo. Miguel se me adelanta.

—Un reloj, señorita. ¿Acerté?

—Como siempre. Tu turno.

—Cuando me conoces me quieres compartir, pero si lo haces desaparezco.

—Eres tú, escaqueándote del trabajo —Los tres nos reímos ante mi comentario— La verdad es que no tengo idea de lo que puede ser. ¿Tú, Mia? —La veo negar con la cabeza y alzamos las manos en señal de rendición.

—Los secretos. Siempre los secretos.

Los tres nos miramos. Ya no hay risas. El ambiente se vuelve todavía más tenso cuando Mithrael hace acto de presencia solicitando que Miguel acuda al Ztuar, lugar sagrado del Edén, en el cual reside un Jomon Sugi, el árbol sagrado que deba la bienvenida a aquellos que eran dignos de ascender al Edén, cobijándolos entre sus ramas y acunando sus cuerpos cual neonatos como inicio de sus nuevas vidas. Los vemos alejarse antes de mirarnos, Mia con brillo en la mirada, yo con precaución en los ojos.

—Parece que tenemos un nuevo compañero.

—Sí, eso parece —Contesto mecánicamente, pues mi vista está fija en mi ángel, que es acariciado por unas manos que no son las mías. Samael, siempre Samael. Está susurrándole al oído mientras acaricia su mejilla con los nudillos y ella ríe.

—Será mejor que vayamos a casa. Ya conoceremos al nuevo más tarde.

Una vez en casa, nos sentamos en uno de los sofás de la sala, la cual tenía todo tipo de comodidades. La verdad es que no podía existir queja alguna en lo que a residencia se trataba. Teníamos más de lo que necesitábamos, Mithrael se había encargado de ello.

—Creo que te estás obsesionando demasiado con ella. No me fío, tengo la sensación de que está jugando con ambos, para teneros a los dos a su merced.

—Eso no es cierto.

—No puedes saberlo. Tú solo conoces de ella lo que le interesa mostrarte.

—¿Acaso estás celosa de las atenciones que le profeso?

—Nada más lejos de la realidad. Únicamente te prevengo porque no quiero que te hagan daño.

—No te preocupes, sé cuidarme solo.

La veo asentir, sé que se está mordiendo la lengua para no continuar con la conversación. Marcho a la habitación, es mejor dejarlo ahí y tomar algo de distancia.

Me había levantado con la boca seca y sudoroso. La abstinencia era insoportable, necesitaba probar sus labios de nuevo. Me levanto y me doy una ducha. Debo ir en su busca, acabar con esta tortura. Y la encuentro, allí, en su prado de tulipanes.

—Estás aquí.

—Y tú también, por lo que veo —Me sonrío y la secundo.

—Necesitaba verte.

—Pues aquí estoy.

—¿Te apetece dar un paseo?

—Claro, porqué no.

Iniciamos el camino, entrelazando nuestros cuerpos por la numerosa fauna que encontramos a nuestro paso.

—Nos conocemos desde hace ya un tiempo y pese a que te empeñas en eludir el tema, necesito saber algo. ¿Por qué tienes pavor a que nos vean juntos?

—Las cosas son más complejas de lo que parecen. Samael me necesita a su lado.

—Pero, ¿por qué?

—Tengo en mi poder algo que le pertenece y no es algo que pueda devolverse.

—¿Estás enamorada de él?

—Tengo sentimientos contradictorios. Le quiero, pero no estoy enamorada de él.

—Aun así, le eres fiel. ¿Por qué simplemente no dejas amar a tu corazón sin esa coraza que te colocas para escudarte de aquello que no puedes controlar?

—No sé de qué me hablas.

—Lo sabes bien. Libérate, aunque solo sea un segundo. Déjate llevar. Haz lo que quieres y sientes. No te reprimas.

—No. Hice un juramento. No hagas más preguntas, por favor.

Asiento, no quiero presionarla, únicamente intento comprender el porqué de su comportamiento.

—Está bien. Ven —cojo su mano y la guío hasta la especie de invernadero que se había construido en honor a Belle. Gotas de agua caían constantemente del techo, humedeciendo las plantas que allí habitaban. Las pequeñas gotitas apenas se apreciaban sobre nuestra ropa y nuestra piel. Su ropaje, semejante al de las diosas griegas, se ceñía al cuerpo, marcándolo y haciendo que mi entrepierna creciera por momentos. Trato de disimular mientras mis anchos pantalones blanquecinos de lino me auxilian.

—Eres hermosa, demasiado hermosa —Me acerco y coloco uno de sus mechones de pelo tras la oreja antes de besar su frente. Su respiración se acelera, lo noto. La proximidad se hace más notoria. —Déjate llevar por una vez. Solo estamos tú y yo—. Beso su mejilla. —Nadie nos ve—. Sus párpados son adorados con cientos de besos. —La luz de tus ojos me absorbe, me hipnotiza—. Beso su cuello mientras coloco mis manos en su cintura y la pego más a mi cuerpo. —Sabes que si te beso no podré parar jamás. ¿Vas a dejarte llevar por una vez o quieres que pare, pues me consideras un amigo?

No dice nada, sus brazos rodean mi cuello y sus labios acarician levemente los míos, no necesito nada más, entreabriéndolos mientras mi lengua le cuela entre ellos, saboreándola al fin. El elixir que reside en su boca baña la mía, excitándome, calentándome, volviéndome loco, irremediabilmente loco. La amo, no puedo engañarme más, la amo. Nuestros dedos se entrelazan y alzo nuestros brazos mientras

avanzamos hasta apoyarla contra una de las paredes, donde recuesto nuestras manos a cada lado de su rostro. Las lenguas se enredan, los suspiros se suceden incontrolables, los labios se acarician cual pétalos. Cierro los ojos, saboreando el momento, mientras mis dientes atrapan su labio inferior y tiran suavemente de este, provocando que un leve gemido escape de su boca. Subo la rodilla colocándola entre sus piernas alzando a la vez la vestimenta. Rozo su sexo, está húmedo, me traspasa la tela. Joder... Sus gemidos son más intensos ahora mientras friego esa parte tan íntima para ella. Suelto sus manos y la agarro de la nuca para acercar más esos aterciopelados labios que me han hecho perder la cordura. Mi mano izquierda se encarga de bajar lentamente el único tirante que sujeta su vestido mientras la derecha desata su cinturón. Respiro irregularmente sin separar un ápice sus labios de los míos. No quiero que esto acabe jamás.

Un carraspeo nos saca de la burbuja en la que nos habíamos encerrado, donde solo existíamos ella y yo.

Miguel y Mia nos observan boquiabiertos con las pupilas dilatadas; Mia molesta, Miguel decepcionado. Me aparto lentamente de mi ángel mientras se recoloca el vestido y sale corriendo. Miguel la sigue.

—Te volverá loco, lo sé, hará que caigas en desgracia —la voz de Mia me irrita.

—Si es por estar con ella habrá merecido la pena.

—¿Tú te estás oyendo? Te ha embrujado, te ha lavado el cerebro.

—No tienes ni idea de lo que hablas.

—¿Y tú sí?

—Márchate, quiero estar solo. No me esperes esta noche.

Sabía que Mia únicamente me advertía porque se preocupaba por mí, pero sabiendo lo que yo sabía debería preocuparse por los secretos que ocultaba y que de saberse podrían tener graves consecuencias.

—Arriba, dormilón.

El sonido de las ventanas izarse me hace volver a la realidad. Solo había sido un sueño, mi felicidad ahora solo era eso, invención

de mi mente. Abro los ojos pausadamente y me encuentro con Zenda mirándome con la ceja alzada y una sonrisa en los labios.

—¿Qué hora es? ¿Cuánto he dormido?

—Todo un día. Es viernes por la tarde.

Joder... Había dormido todo un día. Qué desastre... El dolor corporal a causa de la pelea ha desaparecido, pero la quemazón persiste, torturando cada segundo de mi existencia.

Zenda se acerca a mí y se sienta en el filo de la cama mientras retira la sábana.

—Arriba. Tenemos trabajo.

—¿Alguna novedad?

—Sí. Abbadon quiere hablarnos de un par de temas, pero antes...

Sus labios se pegan a los míos mientras su mano baja por mi pecho hasta llegar a mi miembro y masajearlo con brío.

—¿Qué haces?

—Tomarte la temperatura, no te jode...

—No. Para.

Será divertido. Sabes que te deseo.

—Sabes que no puedo y no encuentro placer en ello.

—Pero si lo encuentras en Samantha.

—Con ella es diferente.

—¿Por qué?

—Porque ella me muestra lo que yo más deseo, y aunque no puede engañar al corazón sí que puede hacerlo con la mente.

—Olvídala de una maldita vez. Ella está con su angelito, fin de la historia.

—No te creo. Necesito que hagas algo por mí. Tú eres nuestra rastreadora. ¿Podrías decirme si ella sigue arriba o ha bajado?

—¿Por qué crees que está en la Tierra?

—Algo está ocurriendo, Mithrael está moviendo a sus aliados y muchos de sus ángeles han bajado. Samael está aquí, al igual que Miguel y Raziel.

—Sin duda, que Samael esté aquí es muy llamativo.

—Si él ha bajado puede que...

—Si lo hago quiero algo a cambio.

—¿Qué? —me mira de arriba abajo hasta que sus ojos se clavan en mi entrepierna.

—¿De verdad? Es patético.

—Patético o no, quiero llevarme algún beneficio y según he oído, este es muy satisfactorio —Extiende su mano a la espera de que se la estreche. Reflexiono.

—Primero la localización, después cumpliré mi parte.

La veo asentir sonriente y estrechamos nuestras manos. No sonrío, no deseo mantener ningún tipo de relación sexual si no es con mi ángel, pero si es el precio que debo pagar para saber dónde está, lo haré.

Me visto, últimamente pasaba demasiado tiempo en aquella habitación y me urge sentir el aire fresco de la calle sobre mi piel. ¿Fresco? Aquello era como un horno crematorio, era tan caliente como el mismísimo infierno.

Unos tejanos y una fina camisa de manga corta era lo único que llevaría, a menos que quisiese morir por combustión. Salgo por la puerta, mismo recorrido de todos los días, mismas tiendas, dependientes aburridos, mendigos por las calles, perros vagabundeando en busca de algo que llevarse a la boca. La humanidad está en declive, no cabe la menor duda, lo peor de todo es que lo saben y miran para otro lado, les da igual, piensan que otros arreglarán sus problemas, se dan por vencidos sin haber luchado, jamás apostarían por ellos mismos, sabedores de que tirarían la toalla antes de intentarlo. Me friego el brazo, la quemazón persiste aunque la intensidad es menor. Debo hablar con Onix para saber si ha logrado averiguar cuál es su hogar, el hogar de la bruja. Una visita inesperada y sin terceros que puedan interrumpir nuestra charla podría acabar por fin con mi tormento y empezar con el suyo.

No puede ser, no puedo tener tanta suerte, despreocupada sentada en una de las paradas de autobús estaba aquella maldita zorra. Parece que hoy va a ser mi día de suerte, un muy buen día, y podré liberarme del dolor antes de lo que me imaginaba. Pero no... a mí las cosas no me salen bien, jamás me había resultado nada tan fácil, ya se encargan algunos de que eso no suceda. Como había predicho, en la puerta de aquel edificio universitario, tras la parada de autobús, se encuentra mi torturador particular. Ángel del amor lo llaman, aunque la piel de cordero no se le adhería bien a la dermis, siempre se entreveía al lobo que procuraba ocultarse tras esa falsa

aparición de defensor del bien y la paz. Aprieto los puños mientras mi mandíbula se tensa y mis ojos, antes clavados en él, se desvían a los de ella. No puedo acercarme sin que Samael no lo vea. Deberé ser paciente y esperar a obtener la información que Onix pueda darme antes de actuar.

Me cuelo por una de las calles paralelas. Otra vez será, me aseguraré de ello. Esa muchacha debía ser importante si el angelito la tenía tan bien vigilada. Debo comentárselo a Abbadon. ¡Abbadon! ¡La reunión! Mierda. Me había marchado sin avisar. Estaría encolerizado. Nuestra relación no pasaba por su mejor momento, me consideraba algo peor que una rata, con razón, y ahora le estaba dando más motivos para pensarlo al ausentarme de su reunión.

Entro presuroso a nuestro hogar, casi sin aliento, y abro la puerta de la sala donde nos reunimos para hablar sobre los diferentes temas en relación a la misión. También es conocida como sala de reuniones, término que a un excelente erudito se le ocurrió cuando no tenía nada más que hacer en la vida que buscar ese tipo de nombres en los que nadie cae. ¿A quién se le ocurriría poner el nombre «sala de reuniones» a una sala de reuniones? De locos...

Todos dejan de hablar y se giran para mirarme.

—Vaya, vaya, volvió el hijo pródigo. No te molestes en entrar, ya que te interesa bien poco el motivo de la reunión, dado tu ausentismo, será mejor que vuelvas por dónde has venido... —El tono de Abbadon es voraz, sarcástico, como latigazos en la espalda con espuelas que se clavan con cada letra.

—Disculpadme, necesitaba tomar el aire —Tomo asiento entre Lexy y Max.

—Y dínos, Zackary, ¿han resultado fructíferos tus paseos o, como suele ser habitual, has dejado que se rían de ti?

—Llevo unos días bastante complejos, no es que me haya ido al campo a recoger setas. Me he encontrado con tres de los Bash que tenemos por la zona, pero estoy seguro de que hay más, y si están aquí es por alguna razón importante—. Me acaricio el pecho inconscientemente, arde, al igual que la mano que se posa en él. —Raziel fue el primero al que encontré, luchamos, pero lo perdí de vista un instante a causa de un microscópico mortal y se escapó. También topé con Samael. No sé qué hace aquí ni por qué Mithrael le ha

permitido bajar, pero algo muy extraño se está cocinando y debemos averiguarlo. Después está esa bruja que me ha jodido bien, tened cuidado, está con ellos, cada vez que toca o la tocan es como si miles de brasas se adueñaran de tu piel y el dolor es persistente. Hay que matarla, puede que así la quemazón sea erradicada. Tengo afectados el brazo, la mano y parte del pecho. Es un peligro para nosotros y un as en la manga de ellos. Por último, ayer volví a encontrarme con Raziél, pero esta vez iba acompañado de alguien que muchos de nosotros conocemos, Miguel. Y este, aunque parezca inverosímil, curó las heridas que Samael me había causado.

—No es posible... Un Bash curando a un Kazoo... intolerable.

—Pues gracias a él estoy ahora aquí.

—Mejor muerto que ser el conejillo de indias de un Bash —Kleton suelta una de las suyas, a la que le sigue Samantha.

—¿Ahora Miguel es tu enfermero? Ten cuidado a ver si te va a poner una inyección.

La miro, frente a mí, sentada con esa arrogancia que la caracteriza mientras su negro pelo oculta sus secretos. Acercó uno de mis pies a los de ella y acaricio su pierna lentamente, ascendiendo. Se muerde el labio, la sonrío y prosigo hasta llegar a su entrepierna, al borde de la silla, nadie nos ve, eso la excita, a mí no. Empujo con fuerza la silla con el pie al borde del asiento, entre sus piernas. La caída y el golpe no se hacen esperar, haciendo la silla añicos y Sam entre los pedazos humillada.

—Creo que ahora eres tú la que necesitas un médico, ¿no es cierto? —Pasa su mano por la cabeza una y otra vez, empapándola levemente de sangre— Tranquila, la cabeza siempre la tuviste mal.

—¡Callad! Tú, levanta y a ti no te aviso más, a la próxima te convertirás en un repudiado de nuestro clan.

—Eso no lo decides tú, "papi".

—Además de los Bash que se han cruzado en tu camino hay otro. Un angelito sin alas.

—Deberíamos aprovechar que todavía no es consciente de lo que es y representa para presionarla y que nos diga dónde está lo que con tanto ahínco buscamos.

Todos asentimos ante las palabras de Abbadon y yo miro a Onix, el cual asiente antes de hablar.

—Esa zorra que ha jodido a Zack vive cerca de aquí. Ayer la seguí. Podríamos ir a hacerle una visita.

—Ella es la protegida de Samael, según él me dio a entender, así que debemos procurar que él no se encuentre en el domicilio cuando vayamos a por ella —digo recordando cada una de las palabras que habían salido por la boca de aquella alimaña.

—Perfecto. Ya sabéis lo que hay que hacer. Tendremos cuatro objetivos. El primero, el objetivo que nos ha impuesto nuestro señor, encontrar el mapa. El segundo, localizar al angelito sin alas, puede que nos sea de utilidad después de todo. El tercero, hacer una visita a la nueva amiguita de Samael, y por último, cazar uno a uno a todos los Bash que residen aquí y que, por tanto, son una amenaza y pueden entorpecer nuestra misión—. Abbadon calla entonces y mira por la ventana. Da la reunión por concluida. Kleton se acerca entonces a Samantha, les oigo intentar entablar una conversación, como siempre inútil, antes de que los gritos inunden la sala.

Hago una señal a Onix para que me siga, debemos hablar sobre la ubicación de la bruja. Tiene los días contados, se sentenció en el momento en que decidió hechizarme. Craso error por su parte. Me encargaré de hacerle pagar con creces todo el dolor que me ha causado. Primero pecho y brazo, luego mano, a cambio tendrá lo que merece, una tortura comparable al dolor que me ha infligido.

Entramos en mi habitación y tras cerrar la puerta se sienta en una de las sillas que hay, yo hago lo propio en la cama.

—Onix, vamos al grano, ¿dónde vive la putita?

—Está a dos manzanas de aquí tío, la tienes pegada al culo, como un repugnante parásito. En Love Lane, 11.

—¿Qué te parece si mañana por la noche nos llevamos a Jason y Hugh para hacerle una visita?

—Si necesitas tres hombres para atrapar a una zorra estás perdiendo facultades, Zack.

—Si está allí Samael si los voy a necesitar, ya sabes lo que ocurrió cuando nos encontramos.

—Está bien, cuidaremos de ti, pichón. Visitaremos a tu putita. Cómprale flores, les gustan.

—Primero, no me llames pichón, y segundo, no es una cita... puede que sí que lo sea, pero con la muerte.

—Si te llamo pichón es porque fuiste palomita en tus tiempos mozos —me guiña el ojo— Palomita... mmm... adjudicado.

—No tienes remedio.

—Tú máatala si así lo deseas, pero antes déjame que juegue con ella. Tiene un culito delicioso. Además, unos azotitos no le vendrán mal, ha sido una niña muy mala.

—Ni se te ocurra tocarla, esa muñequita patosa es para mí.

—Egoísta... ¿Quieres darle una dulce muerte con final feliz?

—No pienso en ella de ese modo, solo deseo que aplaque mi dolor, que haga que cese esta especie de maldición que me ha impuesto.

—Está bien palomita, te ayudaremos, no quiero que te coman, a menos que lo desees. Voy a avisar a los chicos. Saldremos mañana al anochecer. La oscuridad siempre fue nuestra aliada.

Aprieta mi brazo antes de marchar. Joder... ¿No podía haber sido el otro brazo?

— ¡Serás cabrón! —ríe sonoramente.

—Cómo me gusta verte sufrir palomita, acuérdate de no arder demasiado o explotarás, y ya sabes lo que dicen, cuando hay pop ya no hay *stop*.

—Capullo.

Cierra la puerta dejándome solo en la habitación. Era un buen amigo, siempre fiel, dispuesto a jugarse la vida por sus compañeros, irremplazable.

—Hola nene.

Doy un bote en la cama, sin duda me había pillado por sorpresa oír un sonido que no fuera el de mi respiración. No quiero mirarla, es la voz de Samantha, pero ¿quién sabe qué forma habrá tomado esta vez? Intento frenar mis impulsos por girarme, no debo hacerlo, tengo una ligera sospecha de lo que me voy a encontrar y mientras que la cabeza insiste en que no lo haga, el corazón clama por verla. Me giro, ha ganado el corazón, como siempre lo hizo. La veo, allí de pie, apoyada en el marco de la puerta con los ojos oscurecidos por el deseo mientras observa descaradamente mi paquete. Mi ángel jamás se comportaría así, ella era una diosa entre dioses, no una vulgar ramera como parecía aquel falso intento de imitación. Pero era tan bella, tan perfecta, tan mía...

Se sienta a mi espalda mientras besa mi cuello. No quiero que Sam me toque, solo mi dueña puede hacerlo y ella no lo es. Pero cedo, el anhelo por tenerla, aunque sea un instante frente a mí es superior a todo el autocontrol que creo poseer. Cierro los ojos e imagino que está allí de verdad, que no es pura fantasía, que son las yemas de sus dedos las que recorren mi piel desnuda. ¿Cuándo me había quedado sin camiseta? Sus dedos se pasean por cuan larga es mi espalda hasta avanzarse y culminar en mi pecho. Me abraza, lo noto, no quiero hacerlo, pero acabo rodeando sus brazos con mis manos e incitándola a que se siente sobre mis piernas. Quiero ver su hermoso rostro mientras la abrazo. Una de sus manos baja ahora hasta el borde de mi pantalón y se introduce en este para abarcar mi miembro. Se sacude y me reprendo a mí mismo por no ser capaz de controlar mis reacciones corporales. Es verla y mi cuerpo ya la desea desesperado, incontrolable, voraz. El cuerpo ansía, la mente se nubla, rendición.

Mis manos se colocan en sus glúteos, los masajeo con pericia mientras sus dientes atrapan parte de mi cuello y estiran la piel antes de soltarla. Un rugido casi animal sale de mi interior. Su mano sigue masajeando mi falo. Necesito culminar, son demasiados años, no puedo soportarlo más.

—Mi ángel... te amo, solo a ti.

—Me vuelves loca —De nuevo esa voz molesta, no es la suya.

—Cállate, no hables.

Se calla. Mejor así. Sus labios se acercan a los míos peligrosamente, sabe que el sabor de sus besos me repugna, parece darse cuenta, pues se detiene y desvía la mirada hacia la zona que masajea. La alzo en volandas y la llevo hasta la terraza, esto es lo que quiere Sam, sentirse observada. No entiendo cómo después de lo ocurrido en la sala de reuniones se arrastre por un mísero momento de placer, es denigrante. Con suerte, mi ángel, el real, vendrá a vengarse por mi insolencia y así podré verla una vez más.

Su ropa, ahora hecha girones en el suelo, acompaña a la mía, ambos desnudos, solo el cuerpo, pues el alma se refugia entre mil telas y mil espejos. Le ofrezco lo que busca. Coloca sus manos en la barandilla, yo la secundo. Abro sus piernas poco a poco, empujando el interior de su pierna derecha con mi pie, incitándola a abrirse a mí

más y más. Busco encontrar mi propio placer, ese que nunca hayo, no desde que ella no está.

Entro en ella, sin miramientos, ese cuerpo no es mi hogar. No existe delicadeza, ya es pura mecánica, no la deseo, no la siento mía, tampoco hoy obtendré el placer anhelado.

Tiro de su pelo y coloca su cabeza en mi hombro al tiempo que la penetro con más fuerza. Sus pechos, erguidos y excitados botan chocando contra la baranda. Sus gemidos se pierden entre el poco viento que sopla mientras las flores que arrastra la brisa se confunden con las ondas de su pelo. Pellizco sus pezones, tiro de ellos, los años sin mi diosa particular me habían vuelto rudo, insensible e incluso grosero. Ella era capaz de trastocar todo mi mundo únicamente apareciendo y desapareciendo de él.

—Para, acabé nene.

La oigo, pero no la escucho. Continuo, cada vez más fuerte, con menos tacto y cariño, ¿acaso ella lo merecía?

—Para, mi angelito —dice ella entre gritos.

Me detengo al segundo. Así me llamaba ella. Salgo de su cuerpo y me siento en la cama apoyando los hombros en las piernas y las manos cubriendo mi rostro. Me siento sucio, ¿Cómo puedo hacerle esto a ella? No se lo merece. Soy un ser repugnante, peor que Samantha, quizás lo mejor sería borrarame del mapa. El mapa... mi única manera de volver junto a ella.

—No quiero que vuelvas a llamarme así, perra. Muéstrate tal y como eres.

Lo hace, la bruma desaparece. La veo con su oscuro cabello, a la par que sus ojos.

—Estoy cansado de que juegues conmigo y de que me uses para dar celos a Kleton. Dile de una puta vez que lo quieres y olvídате de mí, déjame vivir mi martirio a solas.

—¿Quién ha dicho que yo lo quiera? Yo juego con todos, eso es lo que me gusta, el juego.

—Sabes que eso no es cierto, siempre discutiendo, siempre miradas de soslayo, siempre celos... ¿Te crees que no lo veo?

—Déjame en paz, no tienes ni idea.

—No quiero que vuelvas a acercarte a mí y mucho menos que te aparezcas con el rostro de mi ángel, ¿te ha quedado claro?

No me contesta, su mirada descarada me exaspera. No hay cosa que más supere mi autocontrol y paciencia que la ignorancia.

—¿Ha quedado claro?!

—¿Vendrás mañana por la noche al Ferus? Vamos a disfrutar un poco y quién sabe si a corromper algunas almas.

Me provoca, lo sé, sabe lo mucho que me molesta y lo aprovecha. Grito de frustración mientras golpeo con el puño la pared que se encuentra más próxima a mí.

—Mejor me marchó, se te ve alterado. Cuando decidas si quieres acompañarnos al Ferus avísanos, nene.

—Márchate de una maldita vez, contigo no voy a ir ni al Ferus ni a la vuelta de la esquina.

—Qué pena... Que te den. ¡Nenaza!

Sale del cuarto dando un sonoro portazo. Por fin... aquello era lo que necesitaba, algo de tranquilidad y ella me ofrecía todo lo contrario.

Me dedico a limpiar a Doria, es un buen mecanismo para relajarme y dejar de pensar en el dolor, la quemazón, la agonía, la tortura, en ella.

Aprovecho para localizar uno de mis teléfonos móviles, aquel que reside escondido entre los cientos de calcetines negros que se encuentran en uno de los cajones de la cómoda. Hay un mensaje de texto. Tecleo el código de desbloqueo antes de leerlo.

“No existe tema parecido que resida en ninguno de los folios semejantes, el alma es marcada a fuego, la memoria lleva a la luz”.

—¿Qué era aquello? ¿Un acertijo? Y sobre todo ¿quién lo había enviado?

Nunca me habían mandado un mensaje así de encriptado. Aquello solo podía significar que el contacto era amigo y el nivel de encriptación denotaba que era complejo contactar vía mensaje sin ser descubierto, o quizás es que los mensajes podían ser interceptados, pero ¿por quién? Demasiado extraño y muchas opciones. Quizás imagino cosas que no son y se han equivocado, pero algo me dice que no. Me dispongo a descifrar el contenido, pues todavía quedaba tiempo antes de cenar.

—Comencemos.

Capítulo 9

(...) No hay nada en la vida que sea justo. "Justo" es una mala palabra, y agradeceré que no la utilicéis delante de mí (...).
Jeff Lindsay

¿Cómo decirle que no? ¿Cómo decirle que sí? La oferta es tentadora pero el pago es de difícil estimación. ¿Cuál sería? Nunca me había gustado ir a ciegas, sin saber lo que me demandaban y las consecuencias de ello.

—Lo pensaré. Dentro de dos días, en esta misma terraza, sobre las... —miro la pantalla de uno de los teléfonos móviles— once, como ahora, te daré la respuesta.

—Que así sea.

—Deberás ser paciente, pues debo valorar los pros y contras de esta decisión, ya que no me informas sobre las consecuencias que acarrea el ofrecimiento que me haces.

—No existe problema alguno. La paciencia es una de las cualidades que en mayor grado poseo.

—¿Puedes hablar normal? Pareces del siglo XV, o lo que es peor, Yoda.

Lo oigo reír mientras se alza de la silla para alejarse de allí dando por finalizada la conversación.

—Adiós Dina, nos vemos en dos días. Ah, lo olvidaba, ten cuidado.

—Gracias, lo intentaré. Hasta entonces.

Y otro que me llama Dina, con lo poco que ese nombre me gusta... Camino hacia mi casa tras pagar la cuenta con paso lento, pausado, no me apetece las prisas, aunque tengo cosas que hacer. Al llegar, tras una buena ducha, agarro una bolsa de patatas artesanas de la despensa y me siento en la cama, al más puro estilo budista, piernas cruzadas en la posición *vajra*, para buscar en internet información sobre ángeles.

—¿En serio? ¡63.900.000 resultados! Lo siento por los demás, pero el primero que ha salido es el afortunado.

Leo sin cesar cada una de las entradas que aparecen en la web, incluso aparece publicidad, ironía del destino, de Maléfica, con unas grandes alas negras. Solo en cines. Le doy a la X y se cierra. Prosigo con la lectura. Un bip constante que martillea mi cabeza me hace volver a la realidad. Miro la hora mientras el sonido de batería baja del portátil me exaspera. ¡Las once! ¡Me quedé dormida! Me visto como si me fuera la vida en ello y cuando agarro el bolso para salir por la puerta oigo dos cosas que me mantienen bloqueada sin posibilidad de avanzar. En primer lugar, el continuo golpeteo del cabecero de la cama de uno de los primos mientras los gemidos se confunden con el rechinar de los muelles de la cama. En segundo lugar, la voz de Kil llamándome me hace girarme y encararlo.

—¿Dónde se supone que vas?

—Me he dormido, llego tarde al trabajo. Parece que los “primitos cariñosos” están estudiando anatomía otra vez. Un poco tarde... Deben ser los exámenes finales —Ambos reímos.

—Princesa, es sábado. Nada de dormirse ni de trabajar, hoy toca descansar.

—Joder... es verdad.

—Vamos a desayunar, anda. ¿Quieres huevos de codorniz?

—¿Huevos de codorniz?

—Sí, porque el nido ya lo pones tú, ¿no? —me señala el pelo y resoplo.

—No te burles, pensé que me había dormido y llegaba tarde, en lo último que pensé fue en arreglarme el pelo.

—Excusas. Seguro que has vuelto a perder el peine.

—Puede... no lo negaré. Anoche leí por internet sobre vosotros, los ángeles.

Nos sentamos en el sofá del comedor. Era hora de hablar sobre todo aquello que había averiguado en las diferentes páginas web que había visitado la noche anterior.

—Princesa, dejémoslo para otro día, ¿sí?

—Pero...

—No he dormido bien.

—¿Qué te ocurre? Llevas unos días muy extraño.

—Como seguro habrás leído, somos muy misteriosos y poco dados a informar a nadie sobre aspectos relacionados con nosotros

mismos.

—Yo no soy cualquiera, Kil.

—Nunca dije que lo fueras.

—¿Entonces?

—Entonces, voy a visitar a alguien, pero tranquila, volveré para la fiesta.

—¿Qué alguien? ¿Qué fiesta?

—Alguien...Esta noche nos arrastran a ese antro del infierno, el Ferus.

—¿De verdad? Lo había olvidado. Y tú últimamente pasas mucho tiempo con ese "alguien". ¿Una amiguita nueva que yo deba saber? —ríe sonoramente.

—Nada más lejos de la realidad. Mientras tanto limpiar el piso y sobre todo mi cuarto.

—No soy tu criada.

—¿Ni siquiera por esto? —hace aparecer ante mí un billete de 100£ libras.

—Eres odioso. El mes pasado ni hubiese aceptado este tipo de chantajes, pero aún no he cobrado y... —robo el billete de sus manos en un parpadeo—. Acepto. Disfruta con tu chica, yo lo haré con el dinero —le guiñó el ojo antes de que salga por la puerta.

Por un momento imagino a Kil bañándose en billetes o limpiando sus posaderas con estos después de expulsar de su cuerpo material residual. Puag. Borro aquella imagen vomitiva de mi mente antes de que sea demasiado tarde.

—Vamos allá.

Los grandes estudiosos nocturnos se escaquean de la limpieza justificando que deben elaborar un trabajo que únicamente puede llevarse a cabo en la biblioteca, eludiendo así su obligación de la limpieza del hogar. Muy listos... Toda la mañana y parte de la tarde a recoger y limpiar Todo aquel cubículo de hojalata al que llamábamos hogar. Consigo engullir un trozo de bocadillo entre la cocina y la habitación de Luca. Había sido desagradable tener que recoger el envoltorio del chubasquero para evitar situaciones embarazosas.

Suspiro satisfecha cuando lo veo todo limpio, recogido y a mi gusto. La habitación de Kil no había estado tan limpia desde la Primera Guerra Mundial. Vale... la casa no era tan antigua... Había

sido un buen trabajo. Me encamino hacia la ducha, la única capaz de aplacar mi cansancio y renovar mis energías. Los chicos me habían comprado una esponja nueva, no apaciguaba mi ira por el escaqueo, pero sí la menguaba considerablemente. Benditos sean. Aquella marfileña esponja acaricia mi cuerpo como pétalos de rosa mientras el olor a jazmín que desprende el champú lo inunda todo. Salgo, con la toalla envolviendo mi cuerpo, hacia el armario. Aquel vestido azul eléctrico por encima de la rodilla acompañado por unos peep toes negros era el conjunto perfecto para triunfar aquella noche. Con la brocha en mano, maquillo mi rostro, cualquier imperfección que este pudiera ofrecer no era bienvenida. Oigo el tintineo de las llaves resonar. Ya han llegado.

—¡Hola chicos! —nadie contesta.

—¿Chicos?

Salgo de la habitación en busca de aquellos acaramelados primos o de Kil, nadie había allí. Que extraño... Entro en la habitación de Luca y Matt, allí tampoco están. ¿Dónde se habían metido? Abro el cajón de la cómoda de Luca y cojo el spray de pimienta, si había entrado un ladrón no estaba de más llevarlo. ¿Y un arma blanca? No me vendría mal uno de los cuchillos de la cocina por si la cosa se ponía fea. Es confuso, ¿quién puede entrar con llave en esta casa que no sea Kil o los primos? Paso frente al armario al tiempo que las puertas se abren de par en par. El susto paraliza mi corazón y sólo puedo rociar el interior del mismo con el spray.

—¡Joder Naia, serás zorra! —Aquella era la voz de Matt.

—Pero... ¿qué coño hacéis?

—Queríamos asustarte, solo eso. ¿Qué mierda nos has echado? ¡Cómo escuece!

Los veo salir a los dos del armario. A partir de ahora serían los primos humoristas, aunque la broma no les había salido del todo bien.

—No sé si llamar a Drácula para que os capte o a los productores de la serie The Walking Dead para informar que se les ha escapado parte del elenco.

Sus caras de furia son un poema mientras intenta mantener aquellos irritados y rojos ojos abiertos, tarea casi imposible.

—Esto os pasa por intentar gastarme bromas pesadas. ¡He estado a punto de coger un cuchillo!

—Joder tía, eres frígida y asesina.

Miro a Luca achicando los ojos. ¿Qué se ha creído? Aquel comentario y sobre todo aquella palabra está tanto fuera de contexto como fuera de lugar.

—Yo no soy frígida, pero no voy retozando por la casa como otros —. Los colores se le suben a ambos al momento. Creo que he traspasado la línea, pero no soporto que me llamen frígida, si soy reservada es porque así lo he decidido y no necesito a un hombre en mi vida.

—Lo siento chicos, creo que me he pasado de la raya, perdonadme.

Los veo a sentir y disculparse también por su comportamiento y acción. Todavía se los ve avergonzados.

—Deberíamos marchar al bar de Leirah y picar algo antes de acercarnos al Ferus.

—Buena idea. ¿Y Kil? —¿todavía seguiría con ese "alguien"?

—Nos mandó un mensaje. Irá directamente al Ferus sobre las once.

Asiento y les doy intimidación para que se cambien de ropa mientras me siento en el sofá y me dedico a hacer *zapping* en busca de algo que no sea la ya famosa y denominada *telebasura*.

—¡Un minuto! —oigo a lo lejos.

—Luca, tus minutos suelen equivaler a mínimo tres cuartos de hora. Eso me suena demasiado.

—¡Qué no! Ya estamos —los veo aparecen en el salón y sonrío mientras busco picarlos de otro modo— ¿Habéis quedado para un pase de modelos?

—Anda vamos, que tú sí que pareces un ángel de *Victoria's Secret*.

Me quedo petrificada por un segundo. ¿Acaso los primitos sabrían algo? No lo creo, aunque parece que la gente sabe mucho más de mí de lo que parece. Todos saben de mí menos yo misma, triste, lo sé...

Salimos hacia el bar de Leirah. Se trataba del típico bar con el que todos los transeúntes se paraban a leer el cartel que lo presentaba: *Eat, Drink and Shut Up*. Aquel era el mejor de los *marketings* y ella lo sabía. Al llegar, nos sentamos en nuestra mesa, o

la que se había convertido en nuestra mesa hasta la fecha, la más cercana a la puerta, frente a la cristalera. Nos gusta ver a los transeúntes pasar mientras degustamos los deliciosos platos propuestos en la carta.

La vemos acercarse y sonreímos. Siempre tan risueña, siempre tan alegre, siempre tan Leirah. Sabemos lo que pasará, lo tenemos claro, se acercará y nos tomará nota después de charlar un rato, pero sólo tendrá ojos para Matt. Así fue desde el primer día que pusimos un pie en aquel bar. No puede evitarlo, al igual que Luca no puede frenar los celos que la corroen y consumen por dentro, aunque se empeñe en disimularlos.

—¿Qué tomaréis hoy chicos?

Nos miramos a la vez y sonreímos, sabemos perfectamente qué queremos, como todos los días que entramos por aquellas puertas; unos deliciosos bocadillos de tortilla de patata y una tapa a compartir. Y aunque resulte redundante, sí, patatas con alioli o alioli con patatas, depende de cómo se vea y de cómo se le vaya de las manos a Leirah. Aquel bar estaba especializado en comida española, aquella que adoraba, la que me recordaba a mi tierra, llevándome, gracias al paladar, más allá del océano Atlántico, acercándome a mi adorado mar Mediterráneo, a mi querida Barcelona. Tras llegar los bocadillos de mano de Leirah y colocar los platos frente a cada uno de nosotros, observamos Luca y yo como la dueña, que se encargaba siempre de servirnos ella en persona únicamente por ser nosotros, guiña un ojo a Matt mientras desvía momentáneamente la vista hacia la servilleta que envuelve el bocadillo del afortunado y se aleja sonriendo. ¿Tendría sorpresa dentro? ¿Quizás un anillo de compromiso? Al desplegar la servilleta que cubre su delicioso bocadillo encuentra en el reverso de la misma una pequeña nota, escrita a bolígrafo sobre la celulosa, un número de teléfono seguido de XOXO. En aquel momento sólo puedo pensar en dos cosas, una es demasiado vulgar incluso para nombrarla, la otra es la temida hipótesis de que Leirah es la reina cotilla de Gossip Girl, pues nadie en su sano juicio escribiría XOXO a menos que fuera una quinceañera con las hormonas revolucionadas y muy pocas neuronas.

Luca agarra entonces mi brazo con fuerza y me arrastra, disculpándose, hasta el baño.

—Pero esta, ¿de qué va?

—No le des importancia Luca, ya sabes que Matt no la ve de ese modo.

—Más le vale. Debo proteger a mi primo de las múltiples lagartas que lo acechan.

—¿Seguro que es porque es tu primo? —le guiño el ojo.

—Por supuesto...además ya sabes que no me gusta hablar del tema.

—No hace falta que disimules conmigo, lo sé todo.

La veo a sentir mientras aprieta los puños y se mira al espejo.

—Debo retocarme, estoy espantosa.

—No digas tonterías, estás preciosa. Ahora escucha, si quieres dejarle claro a Leirah que él es tuyo haz lo que yo te diga.

Le susurro al oído aquello que se me ha ocurrido para dejar claro a Leirah que aquel intento de coqueteo era una pérdida de tiempo. Volvemos a nuestros asientos. Comienza el show.

Veo a Luca sentarse sobre las piernas de Matt. La cara de sorpresa de este no se hace esperar, pero no la aparta. Buena señal. Desvío momentáneamente la mirada hacia donde se encuentra Leirah, que observa la escena boquiabierta. Sus ojos denotan sorpresa e ira a partes iguales. Vuelvo a mirar a los primos. Ella se encarga de entrelazar sus dedos con el pelo del moreno mientras este afianza sus manos en las caderas de la predispuesta primita. Vaya par... Barro el lugar con la mirada, en busca de miradas. Los comensales se dedican a degustar sus platos sin prestar la más mínima atención a la escena, mejor así. Parece que los primos solo estaban dando el espectáculo para Leirah y para mí, tal y como Luca pretendía. Y el momento cumbre ha llegado. Luca acerca sus labios al cuello del cada vez más y más excitado Matt. Besa el hueco del cuello y va subiendo mientras un reguero de besos acompañan el recorrido hasta culminar en la comisura de los labios de él. Veo a Luca sonreír mientras ambos se miran a los ojos. Ha llegado el momento. Los labios de ambos se encuentran, hambrientos. Ya no importa la comida, eso ha pasado a un segundo plano, ni siquiera existimos nosotros, han creado su propia nube, que los envuelve evadiéndolos de la realidad. Se dedican a profesarse caricias sin separar un ápice los labios. El sonido de un carraspeo a mi lado hace

aparecer una gran sonrisa en mi rostro mientras alzo la ceja. Objetivo cumplido. Leirah nos mira con la libreta y el bolígrafo en mano mientras los primos se separan a regañadientes.

—¿Queréis algo más?

—No, gracias. Estamos muy... muy bien —Procuro disimular la risa ante el comentario de Luca.

Leirah deja la tapa de, en este caso alioli con patatas y se marcha. ¿Malhumorada? Sin duda alguna.

Tras comer los deliciosos bocadillos y engullir sin piedad el aperitivo, nos encaminamos hacia el Ferus saliendo por la puerta; Luca cogiendo la mano de Matt mientras pongo los ojos en blanco. Ya había quedado claro que Matty era suyo.

El ambiente de las calles invita a la diversión. Vendedores ambulantes ofrecen todo tipo de artilugios: collares luminosos, mecheros, gorras, abanicos, burdas imitaciones de espadas láser de Star Wars, linternas, gafas, anillos fluorescentes... ¿Por qué no? Mientras que Luca y Matt se decantan por dos espadas láser, una azul, otra roja, yo opto por un mechero con la bandera londinense, nunca viene mal. Me giro cuando acabo de pagarlo todo y veo a la primita, espada azul en mano, y al primito, con el sable luminoso de color rojizo, enfrascados en un duelo a muerte con sus “espadas láseres”. Frikis. Y eso que todavía no habían bebido... Nos acercamos a la puerta, a pocos metros del bar. Sin duda aquella zona era el lugar perfecto para montar un negocio. La juventud, en la que nos incluíamos, transitaba por aquellas calles más que por sus casas, sobre todo los fines de semana.

Nos acercamos a la puerta, Kil nos espera apoyado en una de las paredes cercanas a la puerta del local, a su lado se encuentra... No, no puede ser. Nos acercamos más y más, los primos riendo tras la encarnizada lucha de espadas, yo con los ojos clavados en aquel que acompaña a Kil. No cabe la menor duda de quién es; el mudo salvador. ¿Acaso Kil lo conoce? Eso parece. Nos acercamos hasta posicionarnos frente a ellos.

—Hola Kil. —lo abrazo momentáneamente antes de volver a mi posición original— ¿Os conocéis?

—Por supuesto, no estaría aquí con él de no ser así.

—Pero él es quien me salvó del atropello, con el que me

encuentro cuando menos me lo espero, el que nunca contesta a mis preguntas, el que curó mis heridas. ¿También es un...?

Un dedo se posa en mis labios haciéndome callar, parece que el mudito prefiere verme callada. Lo observo inspeccionando todo lo que existe a nuestro alrededor, incluidos los primos, y en seguida lo comprendo, mejor mantener cierto tipo de conversaciones en un lugar más privado, donde oídos indiscretos no puedan captar nada de lo que allí comentamos.

—¿Este es ese "alguien" Kil? —lo veo asentir— y, ¿podrías decirme al menos cuál es su nombre? Se lo he preguntado, pero parece reticente a emitir sonido alguno.

—Él es Raziél. Le alegra mucho volver a verte.

—¿Cómo lo sabes? No habla. ¿Es mudo?

—No, no lo es. Es una historia algo compleja de explicar y no me corresponde a mí contarla, sino a él.

—Pues dudo mucho que pueda hacerlo si no habla...

Veo al mudo-salvador, ahora Raziél, acercarse peligrosamente a Kil, antes de unir ambas frentes. ¿Qué demonios hacen? ¿Quieren protagonizar una escena tórrida en medio de la calle? No, Kil y un hombre... impensable.

Raziél cierra los ojos un segundo y cuando se separan, sus miradas se unen apenas un instante antes de que ambos se giren y me miren. Kil habla entonces.

—Él quiere volver a probar contigo lo del autobús, ya sabes, para mostrarte quién es.

Ah no, ni hablar. Me niego. Otra vez no.

—No puedo repetir la experiencia, fue nefasta —Miro a Kil, que parece suplicante, desvío la mirada hacia Raziél, misma expresión. ¿Habían ensayado ambos la cara en el espejo?— Está bien, pero si duele paramos.

—Solo relájate y abre tu mente, princesa. Es lo que siempre te digo, abre tu mente.

Miro a los primos, que contemplan la escena confusos y asombrados a la vez. Matt habla entonces.

—Si no es mudo, entonces es que igual no entiende nuestro idioma. ¿Tú hablar inglés o español? —Raziél no contesta— Probemos otra cosa. Ma ná ese-lya?

Veo a Luca golpear su brazo con la falsa espada.

—¿Crees que va a saber élfico si ni siquiera sabe hablar un idioma usual? —dice Luca.

—Quién sabe...

Me acerco con Raziel a una esquina apartada de la multitud que se empeña en colapsar la puerta de entrada, vigilada por un gorila con muy malas pulgas.

Me recuesto en una de las paredes, como soporte, mientras lo veo acercarse lentamente, precavido. ¿Me tiene miedo? Puedo sentir su aliento sobre mi boca, está muy cerca, demasiado cerca, tanto que me cuesta focalizar mi mirada en su rostro.

—Ya sabes, sin dolor, si no se acabó.

Asiente y retira el cabello de mi cuello antes de acercar mi frente a la suya. Nada, como la otra vez, silencio. Hay algo ahora, una chispa, me incomoda, quema, duele. Aprieto los dientes, deberíamos parar, pero quiero seguir, ver quién es realmente. La chispa se moldea. ¿Cómo es eso posible? La luminosidad adopta forma, algo borrosa. Esto es de locos. ¿Estaré alucinando? Jadeo, el dolor se acrecienta por momentos, es cada vez más insoportable. No abro los ojos, pero noto como Raziel, que parece haber sentido mi dolor, desea apartarse. Me aferro a su cuello para evitar que lo haga rompiendo así el contacto de nuestras frentes.

—No... aún no.

La veo, una silueta ensombrecida semejante a él, arrodillado y empuñando una daga, la cual se lleva al pecho en señal de respeto y sumisión. ¿Por qué? No entiendo nada. Grandes alas envuelven su cuerpo. Esto es surrealista, cada vez más confuso, cada vez más dolor, cada vez más y más borroso. Lo pierdo, no. He estado tan cerca de acariciar parte del pasado, aquel que defienden que existió pero que yo no recuerdo.

No aguanto más, se me doblan las rodillas del dolor, noto una mano rodear mi cintura, evitando mi caída. El dolor es insoportable, como miles de cuchillas rasurándome todas las partes posibles del cerebro.

La conexión se pierde. ¿Qué demonios ha pasado? Me siento mareada. Abro los ojos y veo a Raziel en el suelo y al gorila de la puerta del Ferus crujiendo los nudillos una y otra vez.

—¿Qué haces gilipoyas? Deja a la chica en paz si no quieres acabar hecho un cromó.

Aquí el único idiota era el gorila de 120 kg que acababa de derribar a Raziél, rompiendo así nuestra primera y única conexión. Sin duda, tanto Kil como Raziél eran lo que defendían, pese a mis reticencias a creerlo.

—Déjalo imbécil, no está haciendo nada malo.

El gorila se va malhumorado mientras Raziél se levanta y se acerca de nuevo a mí colocando una de sus manos en mi frente.

—Estoy bien, el dolor va desapareciendo poco a poco. He podido ver algo, borroso, pero eras tú, estoy segura.

Asiente y con un ademán me insta a volver con los demás. El dolor es cada vez más inapreciable, hasta que finalmente desaparece cuando hemos llegado a la altura de los primos y Kil.

—Chicos, deberíamos entrar antes de que llamemos más la atención.

Todos asentimos de acuerdo y entramos vaya la atenta y desafiante mirada del macaco de la puerta, que intenta intimidar a cada una de las personas que pretenden acceder a las instalaciones. Si supiera lo que está entrando ahora por esa puerta...

Todo está rodeado de oscuridad. Únicamente algunas lámparas multicolor alumbran el lugar, enviando proyecciones láseres por toda la sala. Los múltiples olores a humanidad me golpean con fuerza. Aquello era asfixiante.

Noto un brazo tirar de mí, es Luca. Se acerca a mi oído para que pueda escucharla por encima de la ensordecedora música que lo inunda todo.

—¡Ya mismo cuéntame qué rollo te traes con ese pibón! Y, sobre todo, ¿qué hacíais en el callejón? ¿Te lo presentó Killian?

—Es solo un conocido. No me lo presentó Kil, y en el callejón solo me contaba algunas cosas, al menos lo intentaba... —le grito al oído.

—Ya, claro... "algunas cosas"...

Pongo los ojos en blanco antes de coger su mano y tirar de ella para volver con los demás. Luca se suelta de mi amarre cuando ve, al igual que yo, que un número importante, a las que Luca llama lagartas, de chicas rodea a Matt, no se lo piensa dos veces, mientras él procura disimular o hacerse el tonto meneando la pajita del vaso

que sujeta entre sus manos. ¿Ya? Qué rápido empezaba con la bebida. No me quería imaginar cómo podía acabar la noche. Ahí iba Luca, a poner los puntos sobre las íes, sable azul en mano. Desvió la mirada hacia Kil y el mudo-salvador y me acerco a ellos sin demora. Era difícil moverse allí dentro, había demasiada gente, demasiado borracho ya a estas horas, demasiado hedor.

Al llegar, a duras penas, donde se encuentran, les sonrío. Kil me secunda, aunque lo noto tenso, Raziél, serio, mantiene los puños cerrados a cada lado de su cuerpo.

Alguien me empuja por detrás, Kil me sujeta un segundo antes de caer mientras observamos atónitos como una morena abofetea al mudo. ¿De qué van todos hoy? ¿Creen que Raziél es un saco de boxeo con el que poder desfogarse? Lo veo mantenerse impasible, convirtiendo sus labios en una fina línea. La chica morena de la mano suelta se dispone a propinarle otro golpe cuando Kil agarra su brazo al vuelo.

—¡Basta! —lo veo serio, no necesita alzar demasiado el tono para hacerse escuchar. Estaba viendo sin duda a un nuevo Kil.

—¡Déjame! No me toques o te arrepentirás.

—Puede que la que te arrepientas seas tú —La chica se deshace de su amarre y mira a ambos desafiante.

—Es mejor que te vayas. Hay un pigmeo ahí fuera que estará encantado de mostrarte la salida —Las palabras salen de mi boca sin apenas pensarlas.

—¿Y tú quién se supone que eres?

—Eso a ti no te importa. La cuestión es quién eres tú y por qué has pegado a mi compañero.

—¿Tu compañero? —la oigo reír por encima del ruido del establecimiento —yo soy Roberta, su hermana.

Capítulo 10

(...) Cinco minutos bastan para soñar toda una vida. Así de relativo es el tiempo (...)
Anónimo

Sí, lo había conseguido. La noche anterior había logrado desvelar parte del mensaje encriptado. Ni siquiera había bajado a cenar, excusándome de que estaba indispuesto. Mentiras, siempre mentiras, movían el mundo, dotándolo de apariencias, defraudando por doquier.

No he dormido, quiero volver con ella por encima de todo, no puedo perder el tiempo, no puedo descansar. Ella no lo haría.

Vuelvo a mirar el extraño mensaje: *"No existe tema parecido que resida en ninguno de los folios conocidos, el alma es marcada a fuego, la memoria lleva a la luz"*. Sin duda había descubierto que el mensaje hablaba del mapa, aquel que con tanto ahínco buscábamos. Más de mil veces había recorrido aquellas líneas en busca de información sustanciosa que pudiera acercarme a la posición del mapa, el único conducto para volver con mi ángel.

El mapa no estaba grabado en ningún folio, según ponía en el mensaje, así que debía descubrir dónde estaba impreso y dónde se encontraba. El resto del mensaje aún era un misterio para mí, no había logrado encontrar una conexión coherente entre las palabras que me informara con la ubicación de aquello que durante tantas décadas nos había ofrecido múltiples quebraderos de cabeza. Nunca habíamos estado tan cerca de localizarlo.

Me siento en la mesa escritorio mientras hago que Doria gire sobre la base de madera. Mis ojos siguen el movimiento circular de la daga, llevándome a un tiempo pasado que no volverá.

—¿Te gusta? —el arma que empuña mi ángel es uno de los objetos más bellos que jamás había visto—. Es Doria, un arma muy especial, tanto como su hermana, Eve.

—Es hermosa —me la ofrece y la acojo entre mis dedos. Es ligera, majestuosa, con una hoja de doble curvatura, en la cual se entrelazaban dos serpientes bañadas en oro.

—Sí, es hermosa y ahora es tuya.

—No puedo aceptarla.

—Sí puede y debes. Las hermanas son mías y, por tanto, mía es la potestad para entregarlas a las personas que yo decida.

—¿Dónde está su hermana? ¿La tienes tú?

—No. Ella también fue regalada. Ahora debo marchar.

—No, espera —tiro de su brazo y la pego a mi cuerpo.

—Podrían vernos.

—Bien poco me importa.

—Puede que a ti no, pero a mí sí.

—¿Por qué?

—No hagas preguntas cuyas respuestas sabes que no puedo ofrecerte, además ¿qué pensarían si nos vieran solos en tu habitación?

—¿Acaso importa lo que piensen los demás? —Giro su cuerpo haciendo que mi pecho se acople a su espalda y la guio hasta las ventanas balconeras— ¿Crees que les importa qué ocurra en esta habitación? Cada uno tiene un cometido en su vida. Mi cometido es amarte más allá del fin de los días—. Hago presionar ligeramente su pecho contra el frío cristal mientras mi mano derecha acaricia su muslo, haciendo ascender su vestido lentamente, disfrutando del tacto sedoso de su piel. Mis labios se acercan a su oído. —No quiero pasar un día más si no estás a mi lado. Te amo Dina, des del primer instante que mis ojos se posaron en ti y daría todo lo que tengo por poder pasar cada uno de los minutos de mi existencia en tu corazón. Ya no puedo más, me consume no tenerte, que no seas mía, que no pueda decirte cada mañana lo mucho que te amo ni demostrarte todo lo que estaría dispuesto a hacer por ti. Levantarme cada mañana abrazado a ti sabiendo que jamás te alejarás de mi lado—. Beso su cuello antes de girar su cuerpo y aprisionarlo entre el frío cristal y mi cuerpo caliente. Ambos nos miramos a los ojos, sin decirnos nada nos decimos todo.

—Te quiero Zack, y pase lo que pase, aunque no podamos estar juntos, siempre lo haré.

—¿Por qué dices eso?

—No hablemos más, solo bésame.

Hago lo que me pide, no me demoro un segundo, su petición es

un regalo para mis oídos. Nuestros labios se encuentran, hambrientos, deseosos de alimentarse el uno del otro, disfrutando del sabor, de la ternura, del deseo, de la pasión contenida. Mi mano, que todavía reside en su muslo, se cuela entre su ropa más íntima. Un leve gemido escapa de entre sus labios cuando comienzo a acariciar ese punto que seguro la enloquecerá. Me agarra entonces de la muñeca.

—Para, por favor —jadea.

—Tú no quieres que pare.

—Pero debes.

—No, no debo.

Estrecho a Doria entre mis dedos y con un rápido y certero movimiento rasgo su vestido, que cae raudo al suelo. Ella abre la boca sorprendida mientras mira la tela desgarrada que descansa ahora en el piso. No le doy tiempo a pensar, saco la mano de su humedad y pego más su cuerpo al mío mientras dejo caer a Doria sobre el montículo de ropa y así tener libertad para agarrar su pelo y alzar su rostro, tirando de él para besar aquella boca sorprendida. Mi miembro palpita, deseoso de sentirla rodeándolo con sus paredes, esas que sabe seguro que son su hogar.

Oímos unos golpes en la puerta. Mierda... Mi ángel corre a taparse con los harapos rotos repartidos por el suelo. Soltado todo tipo de improperios, camino hacia la puerta y salgo de la habitación sin que pueda verse nada de lo que reside en el interior.

—¿Qué ocurre? —es Miguel, me mira con semblante serio.

—¿Interrumpo algo? —alza la ceja.

—No, únicamente leía—. Miento.

—Bien. Mithrael nos solicita. Debemos reunirnos con él.

—Perfecto, ahora iré hacia allí —lo veo asentir.

—¿Sabes dónde está Dina? —Niego con la cabeza y tras inspeccionar minuciosamente mi rostro una vez más, se marcha.

Vuelvo a entrar presuroso en la habitación y la miro para transmitirle tranquilidad.

—No puedo vestirme, este traje ya no me vale.

—Tomaremos uno prestado de Mia, pero cálmate, no ha pasado nada.

—Debo contarte algo importante sobre Doria, y si va a ser de tu

propiedad debemos hacer algo antes de que debas marchar.

— ¿Cómo sabes que debo marchar?

—Os escuché tras la puerta.

—Como sabes, Mithrael nos ha reclamado, debemos acudir a su llamada.

—Yo debo volver también, se preguntarán dónde estoy, pero antes... —me entrega a Doria antes de focalizar la mirada en mis ojos — Doria tiene una habilidad muy especial, es capaz de envenenar a todo aquel que hiere. Únicamente la hoja debe estar en contacto con la sangre del individuo al que hiere para que este acabe exhalandó su último aliento como resultado del certero y mortal ataque que desencadena la oscuridad más profunda, la oscuridad última. Ahora que serás el portador de esta daga debes marcarla, de tal modo que seáis uno, para que no pueda dañarte jamás. Para ello deberás rasgar con ella la piel de su antiguo dueño, impregnar la hoja con su sangre y repetir el mismo gesto de nuevo con el nuevo portador, de tal modo que Doria tome consciencia de quién es su amo ahora, el único al que jamás podrá herir. Cuando intercambiamos nuestra sangre en su hoja, ella dejará de formar parte de mí, pasando a ser una extensión de tu cuerpo y será a ti, solo a ti, a quien jamás le afectará la habilidad de esta daga.

—No quiero hacerte daño.

—No me dolerá, pero es mejor que lo hagas en un lugar poco visible.

—Creo que sé exactamente dónde deberíamos hacerlo. Aquel lugar donde se honró nuestro amor por primera vez, donde nuestros cuerpos se unieron para demostrarse el amor que se sentían.

—¿Dónde?

—Aquí —perfilo sus labios con mi dedo pulgar, lentamente. Me besa.

—Es un lugar demasiado visible, expuesto.

—Lo haremos en la cara interior del labio inferior.

—Está bien. Hazlo —me dedico a besar sus labios, anestesiándolos con el amor que le transmito, el calor de piel con piel.

—Márcame. Quiero llevarte siempre en la piel.

Sigo besando sus labios, haciendo que nos envuelva una atmósfera de deseo y pasión. Es la hora, debo hacerlo, el tiempo se

acaba. Sujeto fuerte a Doria con la mano derecha mientras estiro su labio inferior con la izquierda, dejando la cara interna expuesta. La veo cerrar los ojos. No sé si podré hacerlo, lo último que deseo es dañarla, sea del modo que sea. Haré lo que me pide, marcaré nuestro amor sobre su piel para que sepa que soy suyo, como ella es mía. Con unos movimientos certeros rasgo levemente su labio con la daga, haciendo una perfecta Z en este. Unas pequeñas gotas rojizas empapan la afilada hoja. Dina abre los ojos y se pasa la lengua por la herida, limpiándola. Agarra a Doria por la empuñadura.

—¿Dónde quieres que lo haga?

—Aquí —señalo mi pecho, a la altura del corazón. Aquí me marcaste a fuego, aquí quiero que estés siempre.

Acerca sus labios a mi pecho y lo besa antes de aproximar la daga y dibujar con la hoja el símbolo del infinito, haciendo que mi piel sangre a causa del desgarramiento de esta. La sangre de ambos se une en la hoja. Deja esta en la palma de mi mano mientras ella agarra la empuñadura.

—Aprieta —lo hago. Gotas de las heridas que la hoja origina en mi palma caen al suelo raudas—. Ahora tú eres el único dueño de Doria.

—Y, ¿cuál es la habilidad que posee Eve?

Me sonrío y acaricio mi mejilla con los dedos. Besa suavemente mis labios.

—Debo marchar ya, y tú también.

—Está bien, te traeré algo de ropa.

—Zack, Zack... ¡Zack!

—¿Qué? —muevo la cabeza volviendo a la realidad mientras Onix chasquea los dedos frente a mis ojos.

—Palomita, estás empanada. ¿Pensando en los mundos de Yupi? Prepárate, salimos en veinte minutos.

—Pero, ¡si aún es de día! —miro hacia la ventana. El sol se esconde en el horizonte mientras los altos edificios de la zona muestran la multiplicidad de colores por el reflejo de los rayos sobre el cristal— Pero... solo han pasado cinco minutos desde que me abstraigo de la realidad.

—Cinco minutos bastan para soñar toda una vida amigo mío, aunque este no ha sido el caso. Prepárate, vamos a hacerle una visita

a tu putita.

Asiento y lo veo marchar. Es extraño, cuando pienso en mi ángel el dolor se atenúa, solo ella sabe sanar mis heridas, mitigar el dolor, incluso en la distancia.

Me coloco unos vaqueros oscuros y una camiseta gris de tirantes. Miro la chupa de cuero y niego.

—Lo siento amiguita, hoy te quedas aquí.

Desvío la vista hacia la libreta donde había apuntado los progresos en relación al mensaje encriptado. De momento allí quedaría hasta que el análisis fuera completo, no sería más el objeto de burla de Abbadon, no lo permitiría, me haría valer; me ganaría el respeto que me merezco con la información que pretendía ofrecer, esperando que fuera valiosa, aquel mensaje tan complejo.

Abro el cajón de los calcetines y levanto el doble fondo tanto para guardar el teléfono móvil como la libreta. Salgo entonces por la puerta de la habitación para toparme de frente con una demasiado arreglada Lexy.

—Vaya, se te ve despampanante.

—Gracias. Max y yo vamos a cenar a uno de esos restaurantes que él cataloga como VIP, algo así como *Fera at Claridge's*. Ni idea...ya sabes que yo de gastronomía sé lo mismo que él de repostería.

—Pasadlo bien entonces.

—Gracias, y vosotros en el Ferus.

—Nosotros no vamos allí, localizamos a la bruja y vamos a por ella.

—Una caza de brujas, ¡qué emocionante! Como en los viejos tiempos...

—Esta solo es una, mi bruja, mi torturadora.

—Suerte con ella. Cárgatela y que Luther esté contigo.

La veo alejarse y al bajar al salón encuentro a Roberta y Samantha charlando sobre sus vestidos mientras que Kleton y Abbadon, a su lado, debaten sobre el siguiente movimiento que debería hacerse para encontrar el ansiado mapa. Jason y Hugh se acercan entonces, con Onix pisándoles los talones, hasta mi posición.

—¿Estáis listos? —los veo asentir— Vamos entonces.

Salimos por la puerta. El calor es abrasador, sofocante, pero

aguantamos estoicamente mientras nos encaminamos a Love Lane. No está lejos y eso es una ventaja, aunque en mi fuero interno estoy seguro de que, aunque hubiese vivido a miles de kilómetros de aquí, la hubiese perseguido hasta el fin del mundo con el único objetivo de hacerle pagar el daño causado y revertir el dolor.

—Tío, hemos llegado. —Miro a Jason, que me guiña el ojo.

La fachada liliácea combina bien con el resto de las que conforma la calle.

—Entraré solo yo, si os necesito os lo haré saber.

—Joder colega, ¿nos traes hasta aquí para después privarnos de toda diversión? —la cara de Hugh es todo menos amigable.

—Paciencia amigo, puede que tengas esa diversión que tanto anhelas, dependerá de quién se encuentre en la casa.

Me coloco frente a la violácea fachada del bloque 11. Allá vamos.

La puerta, fácil de forzar, es una incitación para los ladrones, así como las palabras que recalca el felpudo, el ya típico *Welcome*. El ambiente está en calma, ni un murmullo, ni una respiración, nada. Entro en la primera habitación que encuentro a mi izquierda, típica habitación de chico, posters manga colores grisáceos, ropa de buenas marcas. Fuera. Salgo de ella y entro en aquella que se encuentra en frente. Habitación se chica, perfecto. Entro y busco indicios que me informen de que se trata de su cuarto. Otra adicta al manga, menuda casa... Reviso uno de los espejos del cuarto, fotografías de una morena de ojos azules con un moreno de ojos verdes vestidos ambos con un tipo de traje samurái. La fotografía, bajo el renombre de "*Salón del manga 2014*", es sin duda de los dueños de los cuartos visitados o eso parece. Frikis... De nuevo he fallado. Salgo de este, donde domina el color azulado, y veo la cocina. Paso de largo. Otra habitación, del mismo color que la fachada. Es sencilla, cuadros paisajísticos adornan las paredes de este. Me acerco a la biblioteca que ocupa gran parte de la habitación. La temática es variada; física cuántica, obras literarias, diccionarios, libros científicos, revistas de investigación, manuales varios, etc. Sin duda era un cerebrita. Agarro uno de los libros para ojearlo por simple curiosidad, algo cae de él, agacho la mirada, es un pendiente. Lo cojo, una calavera adorna la pieza de bisutería.

—Ya tenemos a la gótica. ¿Hay alguien normal en esta casa?

Vale, eran gente normal con sus diferentes gustos y estilos, también yo había pasado por mi etapa a la que me gustaba llamar de transición.

Dejo el pendiente sobre la mesita de noche antes de salir de la habitación y me encamino hacia lo que parece ser el comedor. Quizás Onix se había equivocado con la dirección, puesto que no existía indicio alguno de que la torturadora en cuestión viviera allí. Aquello era una pérdida de tiempo.

Enciendo el televisor en busca de algo que mitigue mi soledad y el silencio entre aquellas cuatro paredes. No me importan los vecinos, creerán que soy alguno de los inquilinos de la casa. Aparece la MTV al segundo. Genial. Imagine Dragons suena con su canción Demons. Sonrío ante la grata coincidencia y alzo la vista por encima de la televisión. Hay más fotos, de los amigos frikis y de... es ella, la encontré, pero no está sola. No puede ser posible... Aquel que la acompaña en un número considerable de fotos no es otro que Miguel. ¿Cómo puede ser eso posible? Aquella chica era más de lo que aparentaba, su relación no solo con Samael sino también con Miguel no deja lugar a dudas, sea como sea ella está aliada con los Bash y por tanto es una amenaza, hay que encargarse de ella ya. ¿Dónde está? ¿¡Es imposible tener suerte por una vez y encontrarme a esa mocosa de una vez por todas!? Cuando la busco no aparece y cuando no lo hago la encuentro en cualquier esquina. Cojo una foto de ambos y la observo con más atención. No cabe la menor duda de que son ellos. Estoy furioso. ¿Por qué no está ella aquí? Maldita mala suerte. Debería esperarla aquí hasta que volviera... Sí, sería lo más sensato. Esa zorra me hace perder demasiado tiempo. Estampo el marco contra el suelo casi sin darme cuenta. Mierda. Trozos de madera y cristal se reparten por la sala. Genial... Me dedico a recoger cada uno de los pedazos. Los cristales arañan mi piel, no me importa, es mucho mejor que el dolor que la bruja me inflige o el dolor que mi corazón siente sin el calor de su ángel, sin su compañía, sin su amor. Tiro los pedazos en el fondo del cubo de basura, cubriéndolos con otros elementos residuales para que no se den cuenta de ello y me encamino hacia el baño de la casa. Lo encuentro. Busco algún tipo de gasa que se encuentre en alguno de los armarios, pero solo encuentro accesorios de le higiene íntima de una mujer. Por fin,

alcohol. Desinfecto las nimias heridas y las seco con papel higiénico, ya me encargaré de sacar los fragmentos de cristal luego, mientras la espere en su cuarto a que vuelva. Tiro al retrete los pedazos de papel manchados de sangre y vuelvo al comedor.

La fotografía todavía reposa sobre el parqué, así que la cojo y guardo en el bolsillo trasero de mi pantalón. Bajo entonces a la calle, dejando la puerta entornada.

—Chicos, no hay nadie, la casa está vacía.

—Pero hemos escuchado un golpe y movimiento.

—Rompí un marcho por frustración.

Extraigo la fotografía del bolsillo de mi pantalón y los veo observarla; Hugh y Jason con cara de póker, Onix sonriendo.

—Vaya, tu putita se codea con los mejores, chica lista. Me gusta.

Miro a Onix, aquello no era gracioso. Ya era complejo pelear y vencer solo a uno de ellos, imaginarlos a ambos en un frente unido con ella... solo podía ser una locura, un billete directo a la muerte.

—Creo que me quedaré aquí a esperar a que vuelva.

—Es mala idea palomita. Si ambos vienen con ella no llegarás ni a la adolescencia, morirás virgen.

Los veo reír, yo no lo hago. Si bien es cierto que no podría con ambos, el comentario era muy inapropiado.

—¿Virgen yo? Pregunta a tu madre. Te recuerdo que soy yo el que tiene la fama de galán —aunque solo deseo serlo con una sola mujer, mi ángel—. Tú, en cambio, deberías hacértelo mirar o se te va a gangrenar el gusanito.

—Espero a la mujer adecuada.

—Esa no existe —dice Jason.

—Pues yo la vi el otro día Onix, estaba en el asilo de al lado de casa —se escucha decir a Hugh.

—Bueno, basta ya. Volvamos a casa e informemos de las novedades. Mañana volveremos a visitar a esta zorra, y por su bien espero que esté en casa.

Tras cerrar la puerta del número 11, volvemos a la parroquia, pocos quedan aún en ella. Tras deshacerme con las pinzas de los molestos trozos de cristal de las palmas de las manos, decidimos entretenernos disfrutando de una partida de cartas. Se nos van las horas y el dinero robado en algunos saqueos de los nuestros. El

amanecer está próximo y optamos por ir a descansar pese a que los nuestros todavía no han vuelto. Que disfruten de la fiesta...

Alguien pica a mi puerta cuando estoy a punto de cerrar los ojos.
—Adelante.

Lexy aparece tras la dura madera con una sonrisa.

—Te he traído algo que hará que tu mente descanse mejor, aunque espero que la compartas conmigo —desvió la vista hacia la botella de *Whisky Blend*—. Lo he tomado prestado de la destilería St. George's Distillery. Y, por cierto, antes de que preguntes nada, todavía no he localizado el paradero de tu amada.

Maldición...

—Le daremos buen uso a tu adquisición, entonces—. Le guiño el ojo.

—¿Estás bien, nene? —La veo rellenar un par de vasos que acompañaban a la botella— Te veo mal.

—Nada sale bien. Llevo demasiado tiempo buscando el dichoso mapa, demasiado tiempo alejado del amor de mi vida, sin poder oler su piel, acariciar sus mejillas, rozar sus labios, rodearla con mis brazos, demasiado tiempo esperando un imposible. Además, por si no fuera suficiente, ahora aquella patosa morena se dedica a torturarme en la distancia, Abbadon me humilla en público y hoy no encontré a esa zorra en su casa para poder aplacar mi dolor.

—¿Te duele mucho?

¿Le miento o le digo la verdad? Ella me enseñó que siempre era mejor decir la verdad y no pensaba fallarla en eso también.

—Si me concentro en no pensar en ello es casi soportable. El dolor físico no es el que me importa, me duele el alma, el corazón.

—El alma dice... —la veo reír mientras seguimos bebiendo sin parar. Apenas queda un cuarto de botella. —Sobre la chica, es mejor que la olvides, te lo digo yo, y sobre Abbadon, ya lo conoces, deberías estar acostumbrado, desayuna limón avinagrado cada mañana.

—Todos tenemos nuestras historias, pero algunos preferimos aparentar que todo va bien para no amargar al resto de compañeros.

—Y lo dice Casper, que vaga allá donde va como un alma en pena.

—Anda, calla y bebe.

—No puedo beber más, estoy mareada y creo que voy a vomitar.

—Vamos, te acompañaré a tu cuarto, creo que por hoy ya has bebido suficiente.

—Gracias Zack —un eructo escapa de su boca.

—Salud chica. Te habrás quedado a gusto.

—Mejor fuera que dentro. Eso me lo dijo un bicho verde por televisión.

—Tú sí que pareces un bicho verde. Así te estás poniendo por momentos Shrek. Mejor métete en la cama.

Entramos en su cuarto y la dejo sentada sobre su cama. Se notaba que en aquel cuarto dormía una chica. El olor a perfume te abofeteaba nada más entrar y las múltiples decoraciones rosadas no dejaban nada a la imaginación.

—Descansa Lexy.

—También tú —para colmo le entra hipo— para buena noche.

Vuelvo a mi cuarto y me meto en la cama tras usurpar por el camino el Ipod de Onix. A ver qué música escucha el machote. Lo enciendo y escojo la opción de reproducción aleatoria. Los primeros acordes empiezan a sonar y con ellos localizo enseguida tanto la canción como el cantante, *Devuélveme la vida* de Antonio Orozco. Empiezo a escucharla, pero la letra es demasiado dura para mí. Otra. *Amada mía* de Axel Fernando. Otra. Mr. Raimy con *La culpa es mía*. Esta última, tras escucharla entera, empapo mi mejilla sin enterarme. La seco y busco otra carpeta. ¿El musculitos solo tiene música romántica? No me lo esperaba así... quizás debería preguntarle quién lo tiene enamorado. Reproduzco la siguiente carpeta. Pista uno: *The Kill* de Thirty Seconds to Mars. Esto sí es música de verdad, por no decir que se trata de mi grupo preferido, pero incluso la letra de esta canción me recuerda a mi ángel, todo me recuerda a ella.

Apago el Ipod y lo dejo en la mesita de noche. Se acabó, es hora de dormir y de que las sombras se adueñen de mi subconsciente.

Abro los ojos y miro el reloj, apenas habían pasado tres horas desde que había cerrado los ojos. Estoy cansado, pero soy consciente de que una vez desvelado es imposible volver a conciliar el sueño, así que muy a mi pesar me levanto y vago por el subsuelo de la parroquia únicamente con unos pantalones cortos de tela negra hasta la cocina, donde encuentro a Lexy llorando.

—Ei, pequeña, ¿qué ocurre?

—Eso es lo que quería, como todos, un triste polvo.

—¿De qué hablas?

—Tu amiguito Max, me invita a cenar a uno de los restaurantes más caros de la ciudad, me lleva a pasear en barca por el río Thames... Hemos acabado en su cuarto y tras acabar de... bueno, ya sabes... no me hagas decirlo, me ha dicho que era mejor que me marchara. ¡¿Crees que es normal?! Yo no soy un polvo con el que aliviarse el picor por una noche.

—Lo sé, pequeña, pero algún motivo tendrá, él no es así, deberías hablar con él sobre ello.

—Si quiere decirme algo que mueva el trasero, paso de él y de todos los falsos gentleman que siempre buscan lo mismo, pero lo disfrazan con buenas acciones y bonitas palabras. Los típicos de las novelas, vamos.

—¿Sabes cuál es el mejor remedio para la ira?

—¿Torturar a Max? —río.

—No, mejor no. Yo me refería al deporte.

—¿A estas horas?

—¡Claro! Nunca es demasiado pronto ni demasiado tarde para empezar.

—En fin... vamos allá. Dame dos minutos para que me cambie y nos vemos en la sala de entrenamiento.

—A sus órdenes, capitana.

Le saco una sonrisa antes de marchar, ese había sido mi objetivo desde el primer instante que había visto una de sus lágrimas descender hasta empapar su regazo mientras descansaba en una de las sillas de la mesa de la cocina.

Tras mucho ejercicio y un duro entrenamiento, subo a darme una ducha. La pequeña era dura, pese a su minúsculo cuerpo y su metro cincuenta de estatura, coronado por una rubia melena que resaltaba sus azulados ojos.

Una vez limpio y cómodo vuelvo a rebuscar mi teléfono móvil y bloc de notas del cajón de los calcetines negros para proseguir con la búsqueda de información que únicamente obtendría si desentrañaba lo que me ofrecían aquellas palabras.

Sería una ardua tarea, pero fuera como fuese lograría

desencriptar el mensaje oculto, pues mi felicidad estaba inevitablemente ligada a ello.

Abro los ojos cuando unos rayos cegadores y abrasadores pretenden chamuscar mi rostro. Había sucumbido de nuevo a la melodía de Morfeo.

Me coloco únicamente unos pantalones holgados y bajo a la cocina a tomar un tentempié. Están casi todos allí reunidos mientras cuchichean por lo bajo, como viejas cotillas. Me acerco sigiloso y cuando llego a la posición en la que se encuentran la mayoría de susurros cesan.

—¿Qué ocurre? —Abbadon se acerca a mí con su habitual mandíbula prieta que denota tensión.

—Anoche tuvimos visita en el Ferus. Tu curandero vino con un par de frikis, con Raziel y con el angelito sin alas.

—Sin duda fue un acto de provocación. ¿Acabasteis con ellos? — Miro a Roberta, sabía que ella había ido al Ferus y encontrarse allí a su hermano debía de haberle resultado duro. Sus manos rodean una taza de café mientras los blancos nudillos confirman mis sospechas, se está conteniendo para no explotar. Pero sí, algo explota, la porcelana que antes descansaba entre sus dedos, cobijando el café de su interior, es ahora un mar de fragmentos repartidos por el suelo de la cocina.

—Tranquila fiera —Jason y sus frases...

Vuelvo a mirar a Abbadon en busca de una respuesta que todavía no me ha dado. Le repito la pregunta para refrescarle la memoria.

—¿Acabasteis con ellos?

Capítulo 11

*(...) Todos queremos obtener felicidad sin dolor,
pero no se puede tener un arcoíris sin un poco de lluvia
(...).*
Anónimo

¿Su hermano? La morena había bebido más de la cuenta.

—Te recomiendo que te vayas Robertita, bonita, no querrás montar un espectáculo, ¿verdad? —dice Kil.

—Sois vosotros los que deberíais marchar, este es nuestro local. Veo acercarse a otra mujer y colocarse a la altura de la tal Roberta.

—¿Ocurre algo Rob?

—Nada Samantha, aquí nuestros “amiguitos” Bash, que se querían colar en una fiesta que no es la suya.

Samantha, que así se llama la recién llegada morena, se me queda mirando.

—¡Eres tú!

—¡Sí, soy yo! —no sé de lo que habla, pero he aprendido que seguir el rollo es lo mejor que puedes hacer en estos casos.

—Así que has bajado... ¿Te gustaría verte en un espejo zorra? A tu chico le encanta verte a través de mí.

—¿Eing? Creo que ambas habéis tomado más de la cuenta.

Matt y Luca se acercan entonces hasta nosotros y la morena número uno, supuesta hermana de Raziel, habla.

—Así que ahora los Bash tienen mascotas...

—Son nuestros protegidos, así que cuidado con lo que hacéis —no dejo de mirar a Kil.

—Oye chata, no nos interesan tus servicios ni los de tu amiguita, por muy poco que cobréis, así que aire —se me escapa la risa ante el comentario de Matt.

—Cállate mocososo impertinente —dice la morena número dos—. Así que vuestros protegidos. ¿Y por qué necesitáis protegerlos tanto?

—Eso no es asunto vuestro.

Los primos miran a Kil con cara de póker sin entender sus

palabras, aunque si soy sincera, yo tampoco entiendo nada. Noto que alguien rodea mi cadera con el brazo por la espalda y pronto me veo pegada a un duro pecho. Alzo los ojos y me encuentro al haba, secundada por un moreno de buen ver, todo hay que decirlo.

—Hola mi angelito sin alas. Te dije que volveríamos a vernos, aunque no imaginaba que tan pronto. Ha sido una grata coincidencia.

—¿Escuchaste la canción que te sugerí? —no pienso amilanarme. Si es lo que espero va listo.

—La escuché y la he escogido para ponerla en tu funeral. ¿Qué te parece?

—Pues me parece que te falta un hervor.

—¡Suéltala ahora! —la voz de Kil a mi espalda me tranquiliza y aprovecho que Abba está centrado en él para darle un rodillazo en sus partes nobles.

—¡Putita zorra! —suelta la dolorida legumbre mientras me acerco a Kil.

Le tiro un beso y guiño el ojo.

—¿Te ha gustado?

—Me las pagarás putita. Y tú, Miguel, ¿qué haces con ella?

—Eso no es asunto tuyo.

—Oh, sí lo es, pienso mataros a ambos, me habéis tocado demasiado los...

—¿Los aplastados huevos fritos?

—¡Naia! —dice Kil. Me encojo de hombros. Sabe que no me callo por estar frente a gallitos como ese.

—¿Por qué está con vosotros? ¿Por qué no tiene alas? ¿Quién es?

—¿Por qué haces preguntas cuyas respuestas sabes que no voy a ofrecerte? —Kil alza la ceja antes de señalar a las morenas. —Llévate a tus perras en celo, esto es entre tú y yo.

—Bueno, no hace falta llegar a las manos, podemos hablar como seres civilizados.

—¿Tú quién eres? ¿El poli bueno? —lo miro de arriba abajo mientras se dispone a responderme. Bueno está, sea poli o no.

—Soy lo que tú quieras belleza, mientras me digas lo que deseo saber. Te recompensaré dándote el mayor de los placeres bombón. No has probado nada igual, te lo aseguro.

—Está bien. Ven, te lo daré, guapo. Acércate y te lo diré al oído.

Lo veo acercarse. Este es mi momento. Espero que tantos films de luchas en tabernas me hayan servido para algo. Alargo mi mano hacia Matt, que se encuentra a mi lado, mientras el guaperas se acerca a mí poco a poco, sin apartar la vista un segundo de mí. Agarro el vaso de Matt sin desviar la vista y acerco mis labios a su oído.

—Esto es lo único que vas a recibir de mí —estampo el vaso de cristal, cóctel incluido, en la cabeza del chico mono, que se lleva la mano a esta, ahora ensangrentada, mientras miles de cristales centellean en el suelo gracias a las luces multicolor. Si no fuera un momento tenso me habría parado a contemplar la belleza que estos ofrecen, pero solo puedo escuchar gritar a la segunda morena, creo que su nombre es Samantha.

—¡Kleton!

La morena gritona corre hacia mí y me agarra el cuello con fuerza. Mierda... No había contado con ello.

Busco a Kil con la mirada, está demasiado ocupado encarándose al haba. Desvío la mirada hacia Raziel, que inmoviliza a su hermana mientras esta suelta todo tipo de palabras malsonantes y, finalmente, busco a los primos, que están siendo acorralados por un sangrante Kleton.

La furcia aprieta cada vez más y más mientras inmoviliza mis manos y me alza del suelo. No puedo respirar, me ahogo. Me duele, más de lo que puedo expresar. ¿Dónde está el gorila cuando se le necesita?

—Vaya, vaya, ¿hay una fiesta y nadie se ha dignado a avisarme?

Es inconfundible, no puede ser otro, es él, Azrael. Todavía recuerdo la conversación que tuvimos ayer como si estuviese sucediendo en este preciso instante.

Samantha no se gira, pero el amarre pierde fuerza hasta dejarme en el suelo, sin apenas presión. Azrael se acaricia entonces el mentón antes de hacer un ademán, provocando que mi estranguladora salga por los aires hasta chocar contra una de las paredes del local.

—Volvemos a vernos Naia. ¿Todo bien?

—Ahora sí, gracias —me masajeo el dolorido cuello.

—No hay de qué.

Seguro que deberíamos estar dando el espectáculo, pero al mirar al resto de personas que hay en la sala las veo continuar bailando sin prestar atención a lo que ocurre. Pero, ¿no hay música! Azrael parece leer en mis ojos las preguntas que me hago y sin que las haya verbalizado las responde.

—No pueden vernos ni oírnos, solo entre nosotros podemos hacerlo, como nosotros no podemos oír esas infernales canciones creadas para torturar el oído mundano.

—Entiendo, es uno de tus truquitos mágicos.

Veo como mira al resto mientras yo observo a Samantha volver de su "paseo".

—Dejadlo, ahora.

Pronto Kil y Raziél me flanquean mientras que Kil recomienda a los primos que se queden tras nosotros en la retaguardia.

—¿Qué deseas Azrael? —dice Killian.

—Hablar con la señorita, si no es mucho pedir.

—¿Sobre qué?

—Sobre un tema entre ella y yo que no es preciso que conozcas.

—Ella es mi protegida. ¿Puedo fiarme de ti? ¿Estás con los Bash?

—Yo no estoy de parte de nadie Miguel, el único lado que escojo y escogeré siempre es el mío, no lo olvides jamás. Es el único lado vencedor.

—¿Qué hay de ellos? —señala a las morenas, al de la brecha en la cabeza y a Abba.

—Mientras no me molestéis, no llevaré a cabo acción alguna, pero si me molestáis en mi cometido me acompañaréis todos a un viaje sin retorno, ¿queda claro?

Aquellas últimas palabras retumban por toda la sala, que ahora parece insonorizada.

Azrael, el pálido moreno de ojos azules, ofrece su brazo y tras cruzar una última mirada con Kil se lo rodeo con el mío.

—Vayamos a un lugar más privado para renegociar el trato, preciosa.

Nos acercamos a los Kazoos, o así los habían nombrado en todo momento, y Azrael habla directamente, sin preámbulos.

—No quiero alboroto, si os acercáis a los Bash o viceversa actuaré en consecuencia, advertidos quedáis.

Dicho esto, focaliza la vista en la morena estranguladora-voladora, ya que la otra morena no desvía su desafiante mirada de Raziel.

—Samantha, ya hacía mucho tiempo que no coincidíamos, todo un placer para la vista, sin duda.

—Siento no poder decir lo mismo —una mueca de asco se refleja en su rostro.

—Ansío poder llevarte al lugar que te corresponde, a mi humilde morada.

—Eso no ocurrirá. No se puede matar a algo sin vida.

—Oh, pero tú la tienes —se acerca a ella y golpea su pecho simulando el latido del corazón. Ella jadea en respuesta y se lleva la mano a este, presa del dolor. —Agradécelo a tu querido amo, aunque creo que seré yo el que lo haga cuando volvamos a vernos las caras...en mi hogar.

—Sabes que eso no ocurrirá. ¿O debo recordarte cuando te humilló ante tantos y tantos seres sobrenaturales?

—Cuidado con esa lengua, cambiante, o la perderás.

—No te tengo miedo.

—Deberías.

—No tengo nada que puedas arrebatarme.

—¿Estás segura de ello? —la mirada de Azrael se desvía hacia el guaperas que ya no sangra. Los labios de ella se convierten entonces en una fina línea —mucho mejor, calladita estás más bella.

Dicho esto, ambos nos giramos para encaminarnos hacia la barra. No consigo percibir sonido alguno que no sea el de nuestras respiraciones. Nos sentamos en los taburetes frente a la barra, uno al lado del otro.

—¿Pensaste en lo que hablamos?

—Sí, pero sigo opinando lo mismo, no aceptaré hasta saber las condiciones y/o consecuencias.

—Ya te lo dije, las sabrás cuando llegue el momento.

—He hablado con Kil, para ti Miguel, y me ha dicho que solo necesito creer en ellas para que aparezcan.

—No es tan sencillo —ríe— ¿No crees que con todo lo que has

visto es raro que aún no hayan aparecido?

—Tienes razón, pero...

—Nada de peros, yo puedo mostrarte el Edén y puedo enseñarte tu apariencia real con alas, la que poseías durante tu estancia arriba. Eso activará tu capacidad de aceptación y asumirás lo que eres. Los recuerdos. Solo así lograrás lo que deseas.

—Ya han intentado transferirme recuerdos, es demasiado doloroso.

—No conmigo.

—¿El coste será elevado?

—Tanto como lo es lo que te ofrezco.

—¿Y eso es mucho?

—Lo sabrás a su debido momento, pero recuerda, mientras dudes tus amigos están en peligro. Dos Bash luchando contra cuatro. No es muy equitativo, ¿no crees? Puede que alguno acabe muerto.

—Está bien.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que está bien. Acepto.

—Perfecto, buena elección.

—¿Acaso tengo otra?

—Siempre hay elección. Recuerda, siempre.

—Entonces decido que lo hagas sin esperar nada a cambio—. Lo veo reír.

—No cuela.

—Tenía que intentarlo —me encojo de hombros.

—Tengo una pregunta. Es pura curiosidad. No todos los días puede una hablar con la parka.

—Prefiero Azrael. No me agradan algunos nombres que los humanos se han empeñado en adjudicarme.

—Bien, Azrael. Quiero saber si eres el encargado de recoger a los Bash que mueren.

—No puedo acompañar por segunda vez a un alma o a un ser, si es eso a lo que te refieres. Cuando alguien muere, su alma se separa del cuerpo, siempre cápsula o carcasa. Me encargo de acompañar a dicha alma al árbol sagrado que decide su destino. Si dicho ser o alma es escogido como Bash o Kazoo y renace en otro cuerpo, eso ya no me concierne. Para mí esa alma ya dejó el mundo terrenal. Si

un Kazoo o un Bash muere por segunda vez, por tanto, su alma pierde un segundo recipiente, es el propio destino quien decide si es merecedor de ascender o de descender al más profundo de los infiernos. Yo ya cumplí con mi labor en primera instancia. Únicamente me alimento de la energía vital de esas almas, eso es todo.

—Entiendo. O sea, que si yo muero...

—Si mueres en segunda instancia no seré yo quien te acompañe ni decida tu destino. Y ahora no perdamos más tiempo con preguntas banales. Vayamos fuera, es la hora—. Chasquea los dedos y el barman aparece al instante. —Ahora él sí puede oírnos Naia. Tú, Mike, sírvenme algo fuerte, ya.

—Soy Shane, señor.

—¿Acaso crees que me importa?

—No, señor—. Lo veo preparar una mezcla, para mí explosiva, y se la sirve en un vaso. Lo toma todo de un trago. —Espero que le haya gustado señor. Son 14,20GBP[10].

Veo a Azrael apoyarse en la barra y echar el cuerpo hacia delante mientras los ojos del barman y los de él conectan.

—No vas a cobrarme.

—No voy a cobrarle.

—Vas a invitarme a mí y a la señorita a todas las copas que deseemos esta noche.

—Voy a invitarlos a ambos toda la noche.

—Así me gusta, Mike.

—Soy Shane, señor.

—Para mí eres Mike, ¿queda claro?

—Soy Mike, señor, muy claro.

El barman parecía una mezcla de zombie y Robocop repitiendo lo que Azrael le decía, cual loro.

—Vamos preciosa, tenemos algo que hacer que no puede esperar.

Salimos por la puerta, la gente del local no parece vernos. ¿Será otro truquito?

—¿Por qué salimos a la calle?

—Solo hay algo que no puedo soportar en este mundo y es el hedor humano. Aquello de allí dentro era demasiado para mis fosas nasales.

Asiento mientras cruzamos la puerta hacia el exterior y una bofetada de calor nos azota al instante. Este calor no es normal. Vale, estamos en pleno verano, pero jamás ha hecho tanto calor, debe ser a causa del cambio climático. Cada vez más contaminación gracias a la maravillosa labor del ser humano. Sí, el sarcasmo era un don que me corría por las venas. Pero hay que reconocer que somos poco limpios, sobre todo cuando se trata de hacerlo para el resto del planeta y no en beneficio propio. Una buena amiga del orfanato siempre decía: somos cerdos, sí. Al menos reconozcámoslo.

—Bien, ahora haz exactamente lo que yo te diga. Primeramente, necesito un mechón de tu cabello para sellar el pacto de reciprocidad de favores.

—¿En serio? —alzo la ceja. Esto parece un juego de niños, demasiado absurdo.

—¿Se burla de mí, señorita García?

Niego con la cabeza repetidas veces.

—¿Cómo voy a cortarlo?

Lo oigo resoplar y tras chasquear los dedos hace aparecer un ornamentado puñal, aunque algo más largo y grande que un simple puñal. Se trata de un arma de hoja negra con inscripciones de un idioma muy antiguo. La observo. Sumerio, estoy segura. Me dispongo a leerlo, puesto que mi habilidad para las lenguas antiguas siempre había sido notoria.

«La muerte es el comienzo de la inmortalidad».

—Pero esto es una frase de Robespierre, un revolucionario del siglo XVIII. Él hablaba francés, no sumerio.

—Lo sé, fue un gran amigo y me regaló estas hermosas palabras al llegar su hora. Decidí grabarlas en sumerio en esta hoja porque el idioma de los dioses y ¿qué hay más poderoso que la muerte?

Me encojo de hombros y corto un mechón de mi cabello. Procuro hacerlo de la parte de la nuca para que no se note mucho, no quiero parecer una loca que no sabe cortarse el pelo. Se lo ofrezco y lo acoge entre sus dedos. Hace desaparecer el mechón como si del mago Harry Houdini se tratase y me mira a los ojos.

—Llegó la hora, preciosa—. Asiento. —Deberemos sellar nuestros labios de tal modo que exista una conexión que me permita transmitirme las imágenes que deseas ver.

—¿En serio? ¿No hay otro modo? Sé que puede hacerse únicamente uniendo las frentes.

—No es suficiente conexión. ¿Acaso funcionó a la perfección? —. Niego con la cabeza. —Además, seguro que fue doloroso. Esta es la manera más rápida y segura de conectar, aunque si no te ves capacitada para besarme lo entenderé. Sería la primera vez que una mujer me rechaza...

—Lo haré, aunque eso de ir besando a cualquiera no va conmigo.

—Pero yo no soy cualquiera. Y recuerda, debes venir tú a mí, de otro modo la mente creará un muro al verse amenazada desde el exterior. Cuando quieras preciosa.

¿Cómo voy a besarlo? Aquella era una situación muy incómoda. Vamos, coraje Naia. Me acerco lentamente a él, su nariz se roza con la mía. Aprieto los dientes y tenso la mandíbula. Llegó la hora. Voy a acercarme más y gira la cara. ¿¡Pero qué...!?

—Se me olvidaba comentarte que solo yo podré parar el beso cuando te haya mostrado todo lo que deseo.

Asiento mientras él sonrío. Cabrón... Try again. Basta de tonterías. Lo agarro del cuello y tiro de él para hacer que nuestras bocas se unan, sin importarme que nos encontremos en la calle. Su respuesta es inmediata, deshace mi cola para enredar sus dedos en mi pelo mientras me hace caminar hacia atrás, llegando así a apoyarme contra la pared. Su lengua se enreda con la mía y me dejo. Todo sea por conseguir mi objetivo.

Las imágenes se agolpan en mi cabeza. Soy yo en un lago, rodeada de mucha gente, entre ellos Kil y Raziel. Reconozco al... no puede ser. Es el profesor Anderson. Parece que todos los que conozco no son lo que me quieren hacer creer.

Y entonces las veo, mi cuerpo abrazado por unas hermosas alas blancas. Es increíble, esto sobrepasa cualquier ley o teoría de la física.

El beso es más apremiante, me absorbe, lo noto. Ahora aparece una mujer, me susurra al oído, y toca mi frente con sus manos. ¿Qué hace?

Unas fuertes manos agarran mis mejillas y las sujetan mientras el beso se torna más salvaje, más hambriento. Su cuerpo aprisiona al mío y su rodilla roza mi sexo. Se está pasando de la raya. Eso ya no

es solo besar por “trabajo”, sino por puro placer.

Otra imagen, un ángel arrodillado mientras la lluvia cae sobre su cuerpo. No logro verle el rostro, pero sufre, lo noto, siento su dolor, estoy sufriendo con él.

Otra imagen más. Es Samael, masajea mi cuello, lo besa, yo me dejo. Gira mi rostro y besa mis labios. Le respondo. Me sorprende a mí misma de mis propias acciones pasadas... Acabo colocándome a horcajadas sobre él mientras acaricio su rostro y beso la punta de su nariz. Me tumba y se coloca sobre mí. Oh dios, no quiero ver esto. Me miro a mi misma, juraría que acabo de leer que de mis labios salía un te quiero., pero nunca se me ha dado bien leer labios y menos leérmelos a mí misma, no puedo estar segura. Coloco los ojos en blanco por la ironía; quiñen me diría a mí que acabaría intentando descifrar lo que mis labios susurran.

Las imágenes se apagan. Es como si hubiera visto *trailers* de mi propia vida pasada. El beso no se interrumpe. Creo que ya se ha dado un buen festín, del cual yo he tenido que participar activamente, aunque no por deseo. Lo veo morderme el labio y sonrío antes de apartarse de mí.

—Bonita marca —se refiere a la marca de la cara interna de mi labio, estoy segura.

—Es una marca de nacimiento, según me contaron.

—Seguro... ¿Qué te ha parecido?

—Que te has pasado de la raya y te has aprovechado de la situación, eso me ha parecido.

—Bueno, hay que disfrutar de las cosas buenas.

—Había otra manera que no comportaba besarse, ¿verdad?

—Por supuesto, pero si te lo hubiera dicho no tendría gracia, además tienes lo que querías, he cumplido mi parte del trato.

—Y yo la mía al besarte.

—Ah no, princesita, no te equivoques. Eso ha sido un placer para ambos, no un pago.

—No para ambos.

—Tú di lo que quieras, pero sé que los dos hemos disfrutado por igual, por mucho que lo niegues. Además, deberías agradecerme el hecho de que te enseñara más cosas de las que debía.

—Gracias, supongo. ¿Y ahora qué?

—Únicamente debes creer en ellas para que aparezcan. Desear mostrarlas. Ya sabes, creer es poder o eso dicen los humanos.

Lo hago, pero nada. Los esfuerzos son inútiles y casi dándome por vencida relajo mi cuerpo, dejando los brazos flácidos a los costados del cuerpo mientras el calor pega mi pelo sobre la piel en medio de aquella calle llena de gente que espera para entrar en el Ferus, individuos que según me ha asegurado Azrael no pueden vernos, pero nosotros a ellos sí, al igual que había ocurrido en el interior de la biblioteca.

Empiezo a notar un ligero ardor en los omoplatos que va intensificándose poco a poco. Maldita sea, ya no es un ligero ardor, es todo lo contrario, muy intenso y doloroso.

—Dijiste que no dolería.

—Dije que el proceso de recuerdo no dolería, de lo que venía después no hice mención alguna, pero puedes mitigar tu dolor.

—¿Cómo?

—Besándome.

Ya, claro... Una cuela, dos no. Seguro que es tan necesario como la vez anterior, ¿verdad?

—Esta vez es cierto.

Este se piensa que me va a engañar de nuevo y no, no jugará más conmigo, como que me llamo Naia García o Dina o lo que sea.

—Joder, eres un besucón, ¿has pensado en buscarte una novia?

—Cuide esa lengua, señorita. Esos temas no le conciernen.

Y ahora me habla de usted de nuevo. Este es bipolar. Aunque parece que si tanto le molesta u ofende es que tiene a alguien especial en su vida. ¿Quién podría ser pareja de la muerte?

Me duele, me duele demasiado. Cederé simplemente para paliar mi dolor, total ya lo he besado y no puede ser peor que la vez anterior, solo hay que poner unos límites y todo saldrá bien. Al menos eso es lo que me digo cada segundo y medio.

—Está bien. Acepto, —resoplo— pero deja tu lengua bien guardada, con candado.

—No prometo nada cielo.

Me quedo inmóvil a la espera de su arrebató de pasión mientras el dolor aumenta y me hace flaquear.

—Ah, no. Bésame tú, dado que eres la interesada en mitigar el

dolor.

Y no espero, quiero que desaparezca ese molesto ardor. Beso sus labios tirando de su cuello para obligarlo a acercarse a mí, el dolor disminuye considerablemente, apenas siento nada, solo unos leves pinchazos. Parece que por una vez Azrael ha dicho la verdad. Lo que sé con total seguridad es que lo está disfrutando como en la vez anterior, a diferencia de mí.

Su lengua acaricia entonces mi cavidad bucal. Oh no, eso sí que no. Agarro su sedoso pelo y tiro con fuerza buscando hacerle daño, pero parece que lo toma como una muestra de pasión contenida, puesto que su beso se vuelve más ferviente, más intenso, más sensual. Muerdo su labio con fuerza hasta hacerlo sangrar. Es entonces cuando para y se aleja.

—Eres una gatita salvaje.

No contesto puesto que mis ojos se han quedado clavados en el hermoso plumaje que me envuelve. Ríe nerviosamente hasta que barriendo la calle en busca de miradas indiscretas lo veo.

Frente a nosotros, al otro lado de la calle, Samael me mira con pura furia en los ojos. Miro a Azrael, que clava su vista en Samantha, que nos observa desde la puerta del Ferus. Oh, oh...

La imagen de mi cuerpo sobre el de Samael viene ahora a mi mente. ¡No! ¡Fuera! ¡Fuera! Pero no desaparece. Mierda...

Lo veo acercarse a mí con ira en la mirada.

—¿Qué coño haces Dina? Sabía que eras fresca pero no imaginé que tanto.

Mi mano se estampa en su mejilla y me encamino hacia la puerta, pero tira de mi brazo y encierra mi cuerpo entre la pared y el suyo. Busco a Azrael con la mirada, está demasiado ocupado discutiendo con la descarada morena. Vuelvo a mirar a Samael. En este momento me da miedo.

—Tú no te mueves de aquí hasta que no hayas respondido a todas mis preguntas, nena.

Capítulo 12

(...) El perdón se otorga a aquellos que lo merecen (...).
Anónimo.

—¿Acabasteis con ellos?

—Pensábamos hacerlo, pero apareció Azrael y lo estropeó todo, como siempre.

—Deberíamos acabar con él —veo a Abbadon reír a pleno pulmón.

—Es irónico, pero la muerte es el único ser que no puede morir.

—Tienes razón. Contadme, ¿qué ha ocurrido?

Tras explicarme detalladamente cada uno de los sucesos y conversaciones me quedo pensando. Demasiados Bash en esta zona y, ¿quién es esa chica?

—Nosotros tampoco tuvimos buenos resultados en casa de mi torturadora particular, aunque sí averiguamos algunas cosas, y si no estoy equivocado, por lo que dices puede que tu chica y la mía sean la misma persona dado que estaba acompañada de Miguel, era su protegida y no es una simple mortal. Mi chica, la torturadora, vive con Miguel en uno de los pisos de la calle Love Lane, a dos manzanas de aquí.

Voy en busca de la fotografía, que se encuentra en mi cuarto, y vuelvo a la cocina.

—¿Es ella tu angelito sin alas?

—La misma. Azrael tiene un interés especial en ella.

—Pues si Samael, Miguel y Raziel la protegen y además se les alía Azrael estamos jodidos.

—No estará siempre protegida las 24 horas. Aprovecharemos un momento de soledad para cazarla y nos encargaremos de que confiese todo lo que sabe y cure a Zackary antes de matarla.

—Perfecto, así se hará.

—Ahora, Zack, hablemos de los puntos débiles de los Bash, por si no quedara otra alternativa que enfrentarnos a ellos en una batalla.

Tras conversar largo y tendido en relación a los Bash mientras

todos los allí presentes atendían a las explicaciones, Kleton se levanta de la silla para hablar.

—Esa zorra tiene que pagar por todo lo que nos ha hecho o está haciendo. Propongo que vayamos ahora mismo a por ella.

—Lo haremos esta noche, es más probable encontrarla sola en su cama a esas horas —propongo. La voz de Abbadon suena grave y firme—. No creas ni por un segundo que eres el único que desea infringirle el mismo dolor que nos ha causado o incluso más.

Parece que a Lexy se le ocurre otra idea y la verbaliza.

—Deberíamos distraer a los Bash con algunos de nuestros truquitos y así asegurarnos de que está sola cuando vayamos a por ella. Podríamos escoger varias víctimas al azar e influirlas de tal modo que nuestros enemigos deban acudir en su auxilio, ya sea incitando al suicidio, actitudes temerarias, creándoles cualquier tipo de complejo u otra cosa—. Miro a Lexy, se podía haber quedado calladita. Ahora deberé hacer cosas que no deseo hacer, puesto que a Abbadon parece haberle encantado la idea. Mi ángel enfurecerá, pero por otro lado si me niego a participar en esa locura seré repudiado y no tendré ninguna posibilidad de hallar el mapa para volver con mi amada. Ellos no entienden, ellos no saben, pero mi alma Bash sigue intacta en mi interior, pues un alto precio tuve que pagar por ello. Ahora lucho día tras día por disimular las contradicciones internas que sufro al llevar a cabo acciones que mi mente rechaza. Colaborar con ellos sabiendo que va en contra de mi conciencia es algo difícil de conseguir, pero lo haré por ella, pues sería capaz de cambiar de credo por amor.

—Que así sea, al menos algunos tienes buenas ideas y usan el cerebro para algo —me mira directamente a los ojos mientras habla. —Marchad y cread algo de caos en esta paz aparente. Últimamente somos demasiado buenos.

Tras la orden de Abbadon todos subimos a nuestras habitaciones para prepararnos. Una vez listo, coloco a Doria camuflada bajo la tela del pantalón, justo por debajo de la rodilla.

—He repartido una copia de la fotografía a todos para que puedan reconocer a la chica o a Miguel con mayor facilidad —la voz de Abbadon me sobresalta, pero rápidamente recupero la compostura.

—Está bien, cuantos más la reconozcamos mejor.

—Te devuelvo a ti la original, puesto que tú la encontraste.

—Te lo agradezco Abbadon—. Una mierda te agradezco... después de cómo me has tratado en la cocina...

—Quiero hablarte sobre algo.

—Por supuesto, ¿de qué se trata?

—Cuando llegue el momento, si las cosas se ponen feas, seré yo quien me encargue de enfrentarme a Miguel. Kleton quedará al mando por si fracaso en el intento. Quiero que tú, que conoces tan bien a los Bash, te encargues de Samael. Entiendo quién es y lo que supone enfrentarse a él, ser su contrincante en batalla, pero sé que pese a todo estás a la altura y eres de los pocos capaz de encararlo sin perecer.

—Sabes que no puedo hacerlo, él tiene a Eve.

—¿Y qué?

—Pues que yo llevo a Doria.

Vienen a mí imágenes pasadas.

—Buenas, neófito. Mi nombre es Samael, aunque creo que habrás oído hablar de mí.

—Hablamos hace dos días, me recordaste que no me acercara a “tu chica”.

—Ah sí, ya te recuerdo. Reitero lo dicho entonces, no te acerques a mi chica, te lo advierto, de lo contrario puede que no vuelvas a sonreír —retira su blanca túnica y me enseña su puñal. Es exactamente igual que el mío. Palpo disimuladamente mi lateral. No, el mío está aquí. No puede ser coincidencia. Puede ser...

—¿Cuál es el nombre de tu daga?

—Esta es Eve, la encargada de poner fin a tu existencia si no haces lo que te he pedido.

—Eve...

—Sí, ¿acaso también eres sordo?

—Debo marchar.

—Será lo mejor, márchate y no vuelvas a dirigirme la palabra a menos que tus pocas neuronas se hayan activado y sirvas para algo útil, como ser mi esclavo, y sobre todo no te acerques a quien tú ya sabes o será lo último que hagas.

Salgo malhumorado en dirección a mi habitación. Él tiene a Eve. Si ella se la ha entregado es porque lo ama tanto o más que a mí. Me duele demasiado, apenas puedo soportarlo. Debo hablar con ella, averiguar si está enamorada de él y en qué posición quedo yo.

—¿Y bien? ¿Qué ocurre porque tú lleves a Doria y él a Eve? —
Abbadon alza la ceja y me mira serio.

—Eve y Doria son hermanas, forjadas a partir de fragmentos de hierro del astro padre.

—Entiendo. ¿Y qué piensas hacer? Ya sabes que el arma está inevitablemente enlazada a ti, no puedes desecharla o cambiarla por otra.

—Lo sé. Pensaré algún modo de vencer sin tener que usarla.

—Infórmame cuando tengas algo.

—Lo haré.

—Ahora marcha a torturar a algún alma inocente. Tenemos trabajo que hacer.

Asiento apretando los puños y la mandíbula. Debo pensar bien el objetivo que voy a utilizar, y sobre todo con qué voy a tratar de corromper su alma, obligarlo a resquebrajar esa bondad que refleja.

Camino por las calles londinenses mientras el ardor inunda mi cuerpo, no solo por el sol abrasador, sino por la constante quemazón que ocupa parte de mi cuerpo. Me acerco a Christchurch Greyfriars Garden y admiro el paisaje mientras localizo a mi víctima. He decidido escoger a una mujer mayor, alguien que ya haya vivido todo lo que la vida ofrece. Me acerco a una anciana que sentada en un banco da de comer a las palomas.

—Lo siento... —susurro antes de sentarme a su lado.

—Perdona niño, ¿qué has dicho?

—Señora, tengo que hablar con usted, es sobre su marido.

—¿Le ha pasado algo a mi Albert?

—No es lo que le haya ocurrido señora, es lo que ha hecho.

¿Recuerda a su mejor amiga?

—Sí, Sharon.

—Ayer lo vi juntos, paseando de la mano, mientras se profesaban todo tipo de caricias y se besaban. Después ambos entraron en casa de ella y temo decirle que no fue para jugar a las cartas.

—¿Y tú quién eres, chico?

—Yo soy el... nieto de Sharon. Tenía que contárselo, llevan casi quince años viéndose y no quería que la engañaran más.

—Pero no puede ser...

—Sí lo es. Mi padre es hijo de ambos. Ya sabe que ellos fueron pareja antes de que la conociera.

—No lo sabía.

—Más mentiras... Mi padre es un hijo secreto de ambos, por tanto, él es mi abuelo y usted es mi abuela postiza en consecuencia.

Las lágrimas corren presurosas por las mejillas de la anciana mientras a mí se me parte el alma en mil pedazos. Deseo decirle que todo es una farsa, que no puedo verla sufrir, pero si lo hago jamás volverá a reinar la paz en mi cuerpo y esta tortura permanecerá eternamente. *Eres un egoísta*. El eco de esa frase me retumba en la cabeza. Coloco esta entre mis manos mientras apoyo los codos en las rodillas. Noto una mano que acaricia mi espalda. No merezco compasión y menos de mi víctima, pero me permito sentirla por un momento mientras la anciana con voz rota y ronca me susurra.

—No te preocupes cariño, has hecho lo que tenías que hacer, lo correcto.

—No, no es cierto.

—Sí, lo es. Ese hombre no se merece mi amor, me ha tenido demasiado tiempo engañada, ahora lo pagará. No se engaña a una Smith.

Estoy tentado a decirle que nada de lo que le he dicho es cierto, pero la veo alzarse y besar mi mejilla antes de marchar. Me quedo estupefacto. Pese a todo lo que le había dicho había tenido la bondad de besar mi rostro. Sin duda aquella era un alma bondadosa y yo la había corrompido, jamás me lo perdonaría.

Miro al exterior del parque y veo a Raziél, que me mira entrecerrando los ojos y con la mandíbula prieta antes de ir tras la señora Smith. No cabía la menor duda de que se disponía a limpiar la mierda que había esparcido yo. Ojalá lo logre. Uno entretenido.

Me encamino hacia la calle Love Lane. Si hay suerte, la poca que debe quedarme, la encontraré sola en casa. Llego al portal número 11. La calle está desierta, en parte por el calor sofocante que azota sin piedad. Acojo a Doria entre mis dedos y la escondo a mi espalda

mientras fuerzo la puerta.

No parece haber nadie, puesto que no escucho sonido alguno. Voy directo a la habitación del pendiente, ya que aquella es la única que puede optar a ser la de la bruja. Me siento en la cama y es entonces cuando los oigo.

—Naia, Matt y yo vamos a ducharnos—. Matt debe ser uno de los frikis de la foto y puesto que esa no es la voz de la torturadora, es bastante probable que sea la chica también friki.

¿Dónde está mi chica?

—¡Vale! —Bingo. Ahí está.

Apoyo los codos en las rodillas mientras uno cada uno de los dedos de mi mano izquierda a la derecha, simulando la posición característica del Sr. Burns^[11], con una clara diferencia, apoyo mis labios sobre los dedos índice, y allí espero, quiero darle una sorpresa a mi nueva “amiguita”.

Oigo encender la televisión, cómo no la MTV, y empiezan a escucharse las primeras notas de la canción *Te perdiste mi amor* de Thalia y Prince Royce. La oigo canturrear mientras hace algún tipo de tarea en la sala principal.

Sonrío. Ya veremos quién será el último que cante... victoria. No hay ni rastro de Miguel, excelentes noticias. Estoy seguro de que, al igual que Raziel, ha salido en auxilio de algún alma descarriada.

Envío un mensaje a cada uno de los integrantes del clan. Solo dos de ellos contestan que están libres; Max y Kleton. Les envío la ubicación para que vengan y así podremos llevar a los dos corderitos y a la loba feroz con piel de corderito. Otra como Samael. ¿Que podría yo solo? Sí, pero les cederé algo de diversión.

Oigo como la canción llega a su fin y tras escuchar alguna del grupo Camila y Samo apagan el televisor. Unos pasos se acercan a la puerta y la abren dándome la espalda mientras menea el trasero la morena torturadora, plumero en mano.

—... dígame usted si ha hecho algo travieso alguna vez, una aventura es más divertida si huele a peligro...tatatarata... todo listo... si te parece prudente esta propuesta indecente... —su cuerpo se gira y me ve. Ahoga un grito mientras observa mi sonrisa.

—Deberías presentarte a The Voice, lo haces muy bien —en un abrir y cerrar de ojos estoy a su espalda inmovilizando sus manos y

tapando su boca. —¿Te acuerdas de mí? —le susurro al oído y ella asiente. —Tú y yo vamos a dar un paseíto, tenemos asuntos pendientes que tratar—. La repaso con la mirada. —No creí que fueras de las típicas que llevan top y shorts de esos que se te ve medio trasero, bastante bien puesto, por cierto, aunque un poco de ejercicio no te vendría mal. Mi amigo Onix estará encantado de ayudarte con eso.

La zorra me muerde la mano y ahogo mil insultos mientras aprieto sus mejillas con fuerza. Ahora parece un indefenso pez, un pez al que arrancaré las escamas una a una si es preciso para que cure mi quemazón y me diga dónde está el mapa.

—Si vuelves a hacer cualquier tontería como la que acabas de hacer mataré a tus amigos. ¿Queda claro? —veo que asiente. —Bien, así me gusta. Pensé que además de torpe eras sorda. Vamos—. Nos acercamos a la puerta cuando oímos unos pasos que se acercan a nosotros. La puerta se abre y Kleton y Max aparecen por ella. Nos sonreímos y muevo la cabeza en dirección a la puerta del baño.

—Ash Ketchum y Misty están dándose un refrescante baño. Traedlos como rehenes, así a esta se le aflojará más la lengua—. La veo removerse y acerco a Doria a su cuello. —Tranquila morenita rebelde. ¿Habéis traído la furgoneta? —los veo asentir. —Bien, llevad a esos dos en ella, nosotros iremos dando un paseo—. No espero respuesta, salimos por la puerta en dirección al infierno de mi acompañante. No existe un solo transeúnte por la calle un domingo a mediodía, mejor para mí, menos complicaciones. Estamos muy cerca del nuevo hogar de la perrita salvaje que llevo a mi lado amenazada por Doria.

—Disfruta del paisaje, será la última vez que lo veas—. Mi mano, que antes tapaba su boca agarra ahora con fuerza su brazo.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque debes pagar por el daño que me has hecho.

—Yo no te he hecho nada.

—Siempre con la misma cantinela. Empiezas a cansarme, sobre todo con tus mentiras y tu falsedad.

—No estoy mintiendo.

—Eso es justo lo que diría un mentiroso.

—¿Qué vas a hacerme?

—Eso es decisión tuya. Depende de tu grado de cooperación puedo ser más o menos benevolente.

—¿Y mis amigos?

—Serán tu motivación. A más colaboración menos daño recibirán y viceversa.

—¿Cómo puedes hacer esto? Eres despreciable.

—Gracias por el cumplido preciosa.

Apenas estamos a diez metros de la parroquia. Dos chicos se acercan riendo mientras miran a mi acompañante, la cual grita.

—¡Peter, Mike, ayudadme!

—Mala idea chica, acabas de condenarlos a muerte.

No quiero hacerles daño. Joder, ¿por qué han tenido que aparecer? Lo siento por ellos, no puedo desaprovechar esta oportunidad.

Tiro a la morena al suelo mientras guardo a Doria en la parte trasera del pantalón. No los mataré, no es necesario, con dejarlos inconscientes será suficiente. Corren hasta mi posición y antes de que se den cuenta he agarrado sus cabezas para chocarlas entre sí. Caen redondos al suelo mientras siento algo afilado perforarme la piel. Miro hacia mi pierna izquierda, es Doria. La extraigo y la herida se cierra al instante mientras veo a la chica correr y encerrarse en St Lawrence Jewry en busca de cobijo. Excelente. Acaba de meterse en la boca del lobo sin saberlo.

Entro tras ella y cierro la puerta.

—¿Dónde estás ratoncillo?

No oigo nada. Reviso cada uno de los habitáculos del lugar. No se encuentra en el confesionario y en ninguno de los recovecos del lugar por lo que solo puede significar una cosa, que ha entrado en la sacristía, en el inicio de nuestro laberinto. Me está poniendo las cosas demasiado fáciles, parece que hoy va a ser un buen día.

Bajo las escaleras y entro en el primer pasillo, no tiene puertas, así que no es posible que se haya escondido allí. Prosigo mi camino hasta casi el final de aquella trampa para intrusos.

Veo a Abbadon arrastrando a la bruja de los pelos.

—Parece que entró una cucaracha —dice él.

—No sabía que estuvieras aquí.

—No hace mucho que volví. Dejé a Miguel entretenido con un

pirómano en un centro comercial.

Solo esperaba que Miguel, con sus altas capacidades, fuera capaz de detener al pirómano antes de que fuera demasiado tarde o muchos perecerían.

Llevamos a la zorrita a la sala de torturas al tiempo que vemos aparecer a Max con el friki y a Kleton con la chica, también friki.

—Parece que el angelito ya tiene alas —dice Abbadon de improviso.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo veo y lo siento. Recuerda quién soy.

Colocamos a los rehenes sentados frente a la chica, en el suelo, vigilados por Kleton mientras Max va a darse una ducha. Abbadon prefiere maniatar a la muchacha frente a sus amigos con finas cadenas.

—Dejadlos, solo me buscáis a mí, ¿no? —dice la brujilla.

—Sí, pero así es más divertido, además así nos aseguramos de que haces todo lo que te pidamos —le contesto. —Y ahora debes hacer dos cosas, si las haces bien te dejaremos marchar. ¿Has entendido?

—¿Qué queréis de mí?

—Queremos saber la ubicación del dichoso mapa y que deshagas lo que me has hecho, solo eso.

—No sé de qué mapa me habláis ni sé lo que he hecho. Esto es una terrible confusión y os exijo que nos desatéis a los tres y nos dejéis marchar.

—¿Tú exiges? —la voz de Abbadon resuena entonces por todo el habitáculo. —Muestra tus alas ahora.

—No.

—Hazlo o tus amigos lo pagará caro.

—He dicho que no.

—Como desees —Abbadon se acerca a la chica friki y clava su puñal en la pierna de esta, en el centro del muslo, la cual grita a pleno pulmón.

—¡No, por favor, para!

—Pararé cuando obtenga lo que quiero.

—Pero es que no tengo idea de lo que habláis, lo juro.

—¿Te crees que me chupo el dedo niña? —la voz segura de

Abbadon se oye por encima de los gritos de dolor de la chica malherida.—El que no va a poder chuparse más el dedo ni nada más es tu amigo cuando le corte la lengua—. Se arrodilla frente al muchacho y pellizca su lengua bruscamente haciendo que la saque al exterior. —Abre bien la boca—. Acerca la afilada hoja a su objetivo al tiempo que la chica encadenada, la torturadora y ahora torturada, grita.

—¡Para! Haré lo que queráis, pero no los dañéis más.

—Eso está mejor, preciosa.

Aprieto los puños mientras miro la fea herida de la humana. Tiene mala pinta. Arranco un trozo de mi camiseta para taponarla.

—¿Qué coño haces? —dice el jefe con su oscura voz.

—Voy a taponar la herida de la chica. Muerta no nos sirve—. Veo a Abbadon pensarlo un momento y asiente. Ato la tela alrededor de su muslo y hago un nudo. No es suficiente, rápidamente se ha impregnado de sangre. Me quito la camiseta y desato una de sus manos, entregando la tela a ella. —Presiona la herida con ella, de lo contrario te desangrarás. ¿Me has entendido? —. La veo asentir con lágrimas en los ojos y apretando los dientes. Me parte el corazón.

Acaricio inconscientemente el símbolo de infinito que reside en mi pecho y protege mi corazón como si de una coraza se tratase. Nadie podrá entrar jamás, pues solo ella tiene la llave para abrir las puertas.

—Deja de sobarte Zack, tenemos mucho que hacer —dice Kleton con una sonrisa mordaz en el rostro. Lo desafío con la mirada.

—Zack, tú harás los honores, ya que tienes las manos manchadas de sangre y tantas ganas como nosotros o más de que esta perra pague —dice Abbadon.

Asiento mientras desvío la vista hacia la chica morena maniatada.

—Quiero que deshagas el mal que me has causado y además quiero que me entregues la localización del mapa, ¿ha quedado claro? —la veo con la cabeza gacha escuchando mis palabras mientras el pelo cubre su rostro. Habla sin alzarlo.

—No sé dónde está el mapa ni cuál es el daño que te he causado, pero sé que Azrael puede aliviarlo. Solo bésalo, puede que hasta te guste.

Abofeteo su rostro haciendo que un hilo de sangre corra por su labio, el cual se encarga de recoger con la lengua. Estoy duro,

mierda...

—Muestra tus alas, ahora, o ya sabes lo que le pasará a tu amiguito—. Miro a Abbadon. ¿Qué tendría pensado? ¿Para qué querría que expandiera sus alas?

La veo suspirar y cerrar sus ojos, como si tratara de concentrarse. Aprieta la mandíbula y en su rostro se refleja el dolor cuando un plumaje blanquecino a su espalda comienza a hacer aparición frente a los ojos de todos. Los humanos están boquiabiertos, la chica debía esconder bien su secreto.

Kleton chasquea la lengua y Abbadon sonrío de esa manera retorcida que me indica que lo peor está por llegar.

Cuando las veo completamente extendidas vienen a mi mente imágenes de mi vida en el Edén, de las alas de mi ángel acariciando mi piel mientras su plumaje se entrelazaba con el mío. Las alas de Dina eran diferentes, más hermosas, más perfectas y majestuosas, más brillantes, inmejorables.

—Parece que te gusta jugar ratita, vamos a ver si quieres jugar tanto con lo que tengo pensado —Abbadon me mira antes de seguir hablando—. Zack, te concedo el honor de torturar a nuestra invitada, dado que no está dispuesta a cooperar.

Asiento mientras desvío la mirada hacia la torturadora. Que empiece el juego.

—Sabes, si cooperas no le pasará nada a tus amigos ni tampoco a ti. No hagas las cosas más difíciles. Haz lo que te pedimos y podréis marchar en paz—. Miro a la chica tras mis palabras. Me devuelve la mirada con furia en los ojos y algo de altivez. —Tú lo has querido.

—Sabes Zackary, se me acaba de ocurrir algo con lo que seguro cantará este pajarillo —Abbadon y sus macabras ideas. Aquello no tendría buen final. Veo como se acerca a la chica y mirándola fijamente le sonrío. Menudo fanfarrón—. Sabes angelito, yo tenía una granja antaño, con muchos animales, entre ellos pollos. Siempre tan pequeños e indefensos, tan frágiles y estúpidos... como tú. ¿Sabes lo que les hacíamos a los pollos cuando les llegaba la hora? Comérmolos. Para ello debíamos arrancarles las plumas una a una, por supuesto después de muertos para evitarles más sufrimiento, pero tú has sido el pollito descarriado que no merece compasión, que

no merece clemencia. Hoy será el día en el que pagues tus pecados y no voy a matar al pollo para evitar que sufra —Abbadon se aleja de la chica y se acerca a mí—. Arráncale todas y cada una de las plumas hasta que nos de lo que queremos, y si no lo hace mácala, puede que si tienes suerte muerto el perro se acabó la rabia —señala la zona afectada por el encantamiento de la bruja—. Una a una, lentamente, que sufra. Hemos sido demasiado buenos y tolerantes con los Bash, la falsa tregua ha terminado. Ella nos servirá de advertencia para todos ellos. Con nosotros no se juega. Y tú —mira a la prisionera— despídete de tus nuevas plumas, vas a volver a ser mi angelito sin alas —veo a la chica escupirle mientras intenta soltarse, tarea inútil—. Kleton, llévate a los humanos y entretente un rato, yo voy a ver cómo siguen de entretenidos nuestros amigos. Dejemos que Zack se encargue de su amada putita alada.

La odio con todas mis fuerzas. No me importaría quemarla como a las de su clase, brujas como las que la Inquisición perseguía cuando yo vivía como humano en la Tierra. Aquellas que honraban al demonio con sacrificios de sangre, aquellas cuya servidumbre no tenía límites. *¿No haces tú eso también? No eres distinto a ellas.* Maldita conciencia. Maldita alma Bash.

—Lo siento preciosa, pero hoy tocan alitas de pollo para cenar — me acerco a ella y acaricio sus alas con pericia. Son suaves y tersas. Fuertes y a la vez sensibles al tacto—. Y recuerda, si las escondes mataremos a tus amigos. *¿Lo has entendido?* —No contesta— ¡¿Qué si lo has entendido?! —Asiente. Mucho mejor así. Sabía lo doloroso que era perder las alas, que te las arrancaran sin posibilidad alguna de defenderte. Era un tormento, no quería ni imaginar el suplicio que causaría arrancar una a una todas las plumas que la conformaban, pero así lo había decidido Abbadon y con dolor debía pagar el sufrimiento que me había ocasionado.

—Empecemos. Dinos, ¿cuál es tu nombre?

—Naia García.

—Bien. ¿Edad?

—18 años.

—¿Qué relación tienes con Miguel?

—Kil, que así es como yo lo conozco, es un buen amigo desde hace muchos años.

—Muchos... no me cabe duda. ¿Y los otros?

—Ellos no saben nada. Dejadlos, solo son un par de primos con los que entablamos una amistad ya hace años.

—¿Por qué estáis aquí en Londres? ¿Es aquí donde se ubica la puerta al Edén?

—No lo sé.

—Respuesta incorrecta —arranco una de sus plumas mientras un ensordecedor grito de dolor resuena por toda la estancia.

—Ahora sientes el suplicio que siento yo gracias a tu hechizo, bruja.

—¡Yo no te he hecho nada! —lloriquea mi presa.

—Parece que no has aprendido la lección—. Arranco otra de sus plumas a lo que le sigue un alarido y un llanto. —No debes mentirme, eso está muy feo. ¿No te lo dijo tu mamá?

—Yo no tengo madre.

—Oh, sí que la tienes. Todos la tenemos o tuvimos. Seguro que la tuya está con mi amo, en el infierno. Pronto te reunirás con ella pollito, muy pronto.

—Zackary, voy a ver cómo están los insignificantes insectos que trajisteis con ella. Habrá que darles de comer para que no mueran de hambre...o puede que eso sea lo que deseo—. Abbadon sonrío mientras mira a la prisionera. —Las agujas del reloj corren en tu contra mientras tu amiga se desangra. ¿Seguro que nos quieres hacer malgastar el tiempo y que ella pierda su vida? TIC, TAC, TIC, TAC...

Capítulo 13

(...) A veces hay que perder algo que deseas de verdad para ver la más cruda de las realidades (...).

—No tengo nada que contarle profesor.

—Por supuesto que sí, y no vas a irte de aquí hasta que no lo hayas hecho. ¿Ahora también juegas con la muerte?

—No es asunto tuyo.

—Claro que lo es. Tú eres mía, de nadie más y no consentiré que otro te bese o te toque. ¿No te das cuenta que estoy loco por ti? Loco de celos... Tanto que te besaría ahora mismo. Es más, voy a hacerlo, pienso marcar tu piel de tal forma que todos sabrán que eres solo mía.

Piensa Naia, piensa. ¿Qué vías de escape tengo? No muchas. Viene una idea a mi mente, es un tanto retorcida y vulgar, pero todo sea por evitar más situaciones que no deseo vivir.

—En relación a la locura tienes razón, estás loco, muy loco. En relación al beso...

—Sé que lo deseas tanto como yo.

—Déjame acabar. En relación al beso, ¿estás seguro de querer besarme después de que Azrael lo haya hecho segundos antes de manera ardiente y posesiva?

No pensaba utilizar aquellos adjetivos, pero al hacerlo habían propiciado una mueca de asco en la cara de Samael, que se aleja alzando las manos.

—Ni siquiera puedo tocarte, solo pensar que te has entregado a otro como he visto, me repugna.

—Entonces, si tanto te repugna, regresa por dónde has venido. ¿Qué haces aquí? Deberías estar arriba, ya sabes. ¿Por qué has bajado?

—Por ti, para protegerte. Cuando bajaste lo hiciste para protegerme cuando llegue el momento. Mientras tanto lo haré yo contigo y me encargaré de que no te falte de nada y seas feliz a mi lado.

—No te conocía hasta hace unos días, así que dudo bastante que puedas cuidar de mí y protegerme sin conocerme.

—Lo he estado haciendo desde que bajaste. Nunca te faltó protección, ni dinero, nada. Me encargué de que Raziel cuidara de ti en la distancia y que no te faltara una beca.

—¿Quieres decir que tú hiciste que me concedieran becas?

—Cada una de ellas era mía, yo cree una fundación e iba destinando siempre las becas para ti, para que solo tú las recibieras.

—Y si sabías quien era, ¿por qué no te acercaste?

—Tenía una misión que cumplir antes de volver a ti, pero ahora que estamos juntos no quiero volver a separarme de ti.

—Tú y yo no estamos juntos. Puede que allí arriba las cosas fueran diferentes y mantuviésemos un tipo de relación carnal pero ahora todo ha cambiado, yo no soy la misma, no soy Dina, soy Naia.

—No digas eso, nada ha cambiado. Tu corazón me pertenece, al igual que a ti te pertenece el mío. No puedo perderte, no lo consentiré.

Oímos la puerta del Ferus abrirse y salir de ella a los primos secundados por Kil y Raziel.

—Samael, ¿qué haces tú aquí? —Kil se acerca a nosotros y me mira directamente a los ojos. —Por Mithrael, has hecho aparecer tus alas.

—Azrael me ayudó —las manos de Samael se convierten en dos puños— me mostró algo que necesitaba para acabar de creer.

La cara de Samael es un poema. No parece entender lo último que he dicho. Quizás sea mejor así. Después de que en su despacho creyera que mi supuesta amnesia había sido fingida, lo último que necesitaba era tener que aguantar de nuevo sus locuras.

—Naia, debemos marchar. Aprovechemos que los Kazoos están distraídos con el espectáculo que Samantha y Azrael están montando ahí dentro para volver a casa. Ahora más que nunca debemos estar unidos y tener mucho cuidado. Samael, ven con nosotros, debemos hablar.

Miro a ambos y suspiro. Aquello era una locura des del primer momento y ahora que Samael se había unido a la causa podría acabar derivando en una locura mucho peor. Una pregunta ronda mi cabeza y cuando Killian y Samael se disponen a iniciar el viaje a casa

agarro al profesor del brazo, haciéndolo girar.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? ¿Me estabas siguiendo?

—Llevo observándote desde que tu avión aterrizó en Londres, pero no. Hoy simplemente paseaba por aquí. De no haber sido así jamás te habría expuesto de esta manera, a merced de los Kazoos.

Su mirada se focaliza en Kil. Hay ira, furia, desaprobación, decepción. Todo en unos simples ojos amarronados de un egocéntrico rostro.

—Nos vamos, se acabó —suelto.

—Nena, estarás cansada —mira mis tacones— ¿Quieres que te lleve yo? —lo veo extender sus alas. Son mucho más grandes que las mías, semejantes a las de Kil. Las admiro en silencio.

—No, gracias. Ya me ha quedado claro que te da asco tocarme. ¿Cómo me llevarás sin tocarme? —Aprieta la mandíbula y yo sigo. —Además no necesito que alcances el vuelo por ambos, puedo hacerlo yo sola.

—Ya veo, pero creí que podríamos dar un paseo y hablar de algunos temas.

—Eso podemos hacerlo caminando.

—Como gustes.

—Tú primero, profesor —le hago un ademán para que siga a Kil, que ya se encamina hacia casa con los primos y Raziel.

¡Los primos! ¿Nos habrían visto en todo nuestro esplendor? Samael parece leer la preocupación en mis ojos, focalizados en Matt y Luca.

—Ya me he encargado de ello. Solo verán todo lo que yo desee mostrarles.

—¿Y qué hay de las mías?

—También me he ocupado de eso, nena —otro con sus truquitos...

—Deja de llamarme así, yo ya no soy tu nena. Puede que antaño lo fuera, pero aquello se acabó. Como te he dicho, no soy la misma persona. La que tienes delante es Naia y tengo animadversión por los hombres egocéntricos como tú.

Dicho esto, me encamino hacia mi hogar junto a mi familia mientras Raziel y Samael nos pisan los talones.

Me quito los tacones en cuanto mis pies tocan el parqué de casa.

Los masajeo lentamente. Había sido un día complejo y desconcertante. Todavía estoy en shock ante la posibilidad de poseer este bello plumaje que lo cambia todo. Las acaricio. Son suaves y tersas, esponjosas y brillantes. Simplemente hermosas y aunque parezca inverosímil... mías. Deben marchar momentáneamente, no quiero que Luca o Matt sepan nada de esto o acabarán en peligro, tal y como dijo Azrael.

Cierro los ojos y me concentro en respirar pausada y acompasadamente mientras trato de repetirme una y otra vez que es hora de que queden ocultas, como si de mi mantra se tratase. Noto como van encogiéndose y desapareciendo al tiempo que siento cerrarse la carne a la altura de los omoplatos. Jadeo. ¿Va a ser siempre así? Alguien abre la puerta encontrándome en una mala postura; con el culo en pompa mirando a la pared mientras apoyo las manos en el colchón de la cama. Lo que suele llamarse dar el culo y no la cara...

—Dina, ¿estás bien? —una mano rodea mi cintura mientras siento esa electricidad, ese hormigueo constante que solo él provoca en mi cuerpo. Maldito profesor.

—Sí, es solo que es doloroso hacerlas desaparecer.

—Deja que te ayude.

—No es necesario—. Bajo mi vista hasta su mano, que reposa sobre mi vientre y pega mi espalda a su pecho. —No me gusta que los hombres me toquen y menos sin mi consentimiento.

—¿Ni siquiera tu esposo?

—¡¿Qué?!

—Shhh...baja la voz. Juramos estar siempre juntos, fusionando una de nuestras alas con el tronco del Ztuar, el Jomon Sugi—. El profesor estaba alucinando si pensaba que yo me casaría con él. ¿Lo habría hecho?

—Ya no somos aquellos Samael y lo sabes. Yo no soy ni seré tu mujer.

—Puede que tú no seas aquella, pero yo siento exactamente lo mismo por ti que el primer día. Te amo Dina. Lo hice cada maldito día desde que me embrujaste. Siempre estaré contigo y te cuidaré. Trataré de olvidar lo ocurrido hoy con Azrael. No sabes lo doloroso que me ha resultado ver como otro tomaba lo que era mío, solo mío.

Te gusta torturarme, ¿verdad Dina? Al menos esta vez solo han sido un par de besos, pero lo que pasó en el Edén... no permitiré que pase de nuevo.

¿Qué habría pasado? Preguntaría a Kil cuando tuviera ocasión.

—El pasado, pasado es y allí debe permanecer.

—Espero que no todo. Ahora cierra los ojos y no te muevas.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a procurar calmar ese malestar de la carne recién cicatrizada. Nada más.

—¿Y para eso debo cerrar los ojos?

—Así puedes notar mejor como hace efecto el poder en tu cuerpo.

Alzo las manos en señal de rendición.

—Está bien.

Retira con suavidad el azulado tirante izquierdo de mi vestido. Estoy nerviosa, no sé qué intenciones tiene en realidad. El roce de su piel sobre la mía me produce un escalofrío. El vello de mis brazos está de punta, lo siento. Procuro mantenerme impasible cuando la delgada tira de la tela se desliza por mi brazo. Repite la acción con el otro tirante. Acaricia con pericia mis brazos antes de entrelazar los dedos de sus manos con los míos. Suspiro. Creo que aquí de sanación hay cosa y de testosterona mucha. Siento su aliento sobre mi espalda y yo contengo el mío, olvidando respirar. Y entonces lo siento. Su lengua acaricia mi nuca y va bajando torturadoramente lenta hasta mi omoplato haciendo que ahogue un jadeo. Me reprendo a mí misma ante el erotismo de la situación que no interrumpo, sobre todo después de la escena tórrida que casi había contemplado por completo gracias a Azrael. La lengua se traslada a mi otro omoplato y tiemblo. Tiemblo de placer contenido. Maldito cuerpo traicionero.

—Será mejor que te vayas Samael.

—Todavía no terminé.

—Yo creo que sí.

Gira mi cuerpo y coloca su rostro frente al mío. Si piensa que va a conseguir que me rebaje como cualquiera de sus amantes va muy equivocado. Me aparto y vuelvo a colocar los tirantes en su posición.

—Buenas noches Samael.

—Buenas noches Dina.

—Naia, si no te importa.

—Naia, pues.

Me giro y voy hacia la estantería para coger uno de los libros. Psicología. Sigmund Freud.

—A ver si consigues aprender algo y dejas a un lado el egocentrismo.

—Voy a hablar con Miguel. Tenemos mucho de lo que hablar — agarra el libro antes de salir por la puerta.

Asiento y cierro tras su marcha antes de cambiar el azulado vestido por un veraniego pijama de lunares negros con fondo blanco. Me meto en la cama y me coloco los cascos para relajarme y tratar de olvidar. Mark Ronson y Mystikal se escuchan con su tema *Feel Right*. Cierro los ojos y me dejo llevar por las notas que envuelven el mundo de la subconsciencia.

Me levanto descansada y tras una ducha y un desayuno copioso me pongo a limpiar el balcón mientras los primos siguen con su particular homenaje. A estas alturas en anatomía debían tener como mínimo una matrícula de honor.

Tras limpiar el balcón entro en el salón y enciendo el televisor para escuchar algo de música, mi perdición, mientras limpio el polvo con el plumero sintético que en casa tenemos. Los amados primos hacen acto de aparición entreabriendo la puerta. Los exámenes finales parecen haber acabado.

—Naia, Matt y yo vamos a ducharnos.

—¡Vale!

Sigo limpiando mientras Propuesta Indecente suena en la MTV. Me dedico a tararear y cantarla mientras limpio los muebles y camino hacia mi cuarto. Me siento fresca, viva. Este domingo va a ser un buen día, de eso estoy segura. Camino de espaldas bailando mientras el plumero se mueve como una espada jedi. Joder... el frikismo de los primos me estaba afectando más de lo que creía.

Me giro y me encuentro al descerebrado y loco del callejón sentado en mi cama. ¿Cómo puede ser posible?

Me inmoviliza y amenaza antes de que siquiera reaccione. No entiendo lo que dice ni qué es lo que quiere hacerme, pero pronto camino sin rumbo por las calles londinenses con temor por los primos,

que se encuentran a merced de aquellos despreciables críos, Kleton y otro al que no conocía.

Las calles están desiertas, ni un transeúnte camina por ellas. Mierda... Camino bajo amenazas y es entonces cuando los veo. Los chicos de la biblioteca. Grito sus nombres en busca de apoyo y ayuda, pero acaba siendo mala idea, pues son noqueados por el moreno. Aprovecho para clavar el puñal que lleva en su pierna y salir corriendo. ¿Dónde ir? A pocos metros veo una parroquia. Mejor en un lugar supuestamente sagrado que esconderme en casa de alguien que pueda resultar herido.

Entro rápidamente en busca de un teléfono para llamar a la policía y auxiliar a los chicos, pero no lo encuentro. Me meto en la única cámara que hay, pero no pertenece a la sala principal, no me lleva donde había imaginado. Frente a mí se abre un amplio abanico de pasillos que conducen a... quién sabe. Camino en el más absoluto de los silencios procurando abrir puertas que están completamente selladas. Lo oigo. El desgraciado ha entrado en la parroquia. Me ha encontrado.

Avanzo a más velocidad sin hacer el más mínimo ruido hasta que vislumbro una habitación con luz. Puede que ahí haya alguien que pueda ayudarme. Parece una cocina. Entro.

—¡Por favor, ayúdeme! Me están persiguiendo y... —el individuo, de espaldas a mí, se mueve y al girarse veo que no es otro que Abba. No es posible... Lo oigo reír.

—Mira a quién tenemos aquí. ¿Me echabas de menos y has venido a hacerme una visita?

Intento salir corriendo, pero pronto soy atrapada del pelo por la legumbre y arrastrada sin compasión por aquellos pasillos solitarios mientras el suelo araña y enfría mi cuerpo sometido, doblegado y arrastrado por los suelos como un gusano. Siento gran dolor en la raíz del pelo mientras mi cazador tira de mí sin piedad hasta oír una voz. Mi vista se centra en el loco moreno. ¿Están todos *compinchados*? Lágrimas corren por mis mejillas por la impotencia. No cabe duda de que ambos se conocen y mucho me temo que ambos son Kazoos. Solo espero que los míos se den cuenta de nuestra ausencia y vengán a auxiliarnos, porque lo harán, ¿verdad?

De malas maneras soy trasladada a una oscura sala donde

puedo ver todo tipo de instrumentos de tortura. Joder, joder, joder...

Acabo maniatada a un par de postes en el centro de la habitación con unas finas pero resistentes cadenas. ¿Qué piensan hacer con nosotros? Temo por los primos, que se encuentran ya frente a mí, asustados. Están aquí por mi culpa. Jamás me lo perdonaré. Nunca.

Por más veces que les digo que no sé nada de aquello por lo que me acusan no atienden a razones, no me hacen caso. Todo cae en saco roto.

Ya estamos todos; los primos, Abba, el loco, Kleton, el chico nuevo al que no conozco y yo. Tengo miedo, pero no por mí, sino por Matt y Luca, que me miran sin comprender mientras los segundos pasan torturadores, mermando nuestras esperanzas de salir ilesos de aquí.

Amenazas y más amenazas lo único que oigo, hasta que Luca es dañada por mi culpa. No puedo soportarlo, no que sufra por mi culpa. El dolor en mi pecho es demasiado grande. Verla gritar de puro sufrimiento mientras las lágrimas corren por sus mejillas me tortura, me mata.

Lo insto a parar y no lo hace. ¿Por qué no entienden que no tengo idea de lo que me hablan o de lo que buscan conseguir de mí? No les doy lo que desean, lo sé, pero ¿acaso conozco yo el paradero de ese mapa que mencionan y he embrujado al loco? No. Bien es cierto que conozco la existencia de ese mapa que conduce a la puerta del Edén, pero no sé quién es su poseedor. Según me contó Kil solo yo lo sé al ser la protectora del mismo, pero los recuerdos se niegan a volver a mí. Ante mi negativa amenazan con cortar la lengua a Matt. ¡No! Se acabó, no voy a permitirlo. Haré lo que sea para que no vuelvan a dañar a ninguno de los dos. Si quieren que extienda mis alas lo haré. Todo esto es culpa mía. No puedo soportarlo. Todo menos esto.

—¡Para! Haré lo que queráis, pero no los dañéis más.

Veo al loco quitarse la camiseta para taponar la herida de Luca y suspiro. ¿Tendría un buen corazón en el fondo? Imposible.

Lo veo acariciarse la cicatriz que tiene en el pecho e inconscientemente rozo con la lengua la marca del interior de mi labio.

Mi comentario sarcástico parece molestarlo, pues abofetea mi

rostro sin contemplaciones haciendo que mi labio sangre. Recorro este con la lengua para recoger las gotas de sangre que se empeñan en abandonar mi cuerpo.

Me amenazan, me presionan, no sé qué hacer ni qué decirles. Me desespero. Abba le dice al loco que sea él quien se encargue de mí y se llevan a los primos. ¿Dónde se los llevan? ¿Qué les van a hacer? No, por favor... que acabe esta pesadilla. ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Kill!

¿De qué demonios habla Abba? ¿Pollos? Cuando lo comprendo me quedo ojiplática. No será capaz, ¿verdad? Trago saliva sonoramente y me preparo para lo peor aun cuando mi mente está en los primos. A saber las cosas que les estarán haciendo, y es entera y únicamente culpa mía.

El modelo de locura se coloca frente a mí. Asiento a sus explicaciones e inicia su particular interrogatorio.

—Empecemos. Dinos, ¿cómo te llamas?

—Naia García.

—Bien. ¿Qué relación tienes con Miguel?

—Kil, que así es como yo lo conozco yo, es un buen amigo desde hace muchos años—. Quizás si les doy lo que quieren dejarán a los primos en libertad y con suerte a mí.

—Muchos, no me cabe duda. ¿Y los otros?

—Ellos no saben nada—. Trato de exculparlos para que cese lo que están haciendo con ellos.

—Dejadlos, solo son un par de primos con los que entablamos una amistad ya hace años.

—¿Por qué estáis en Londres? ¿Es aquí donde se ubica la puerta del Edén?

—No lo sé.

—Respuesta incorrecta.

Al segundo siento un dolor insoportable en la espalda, en mis... alas. Grito por el daño que me produce mientras mis manos se aferran a las caderas y aprieto los ojos con fuerza. Todo a mi alrededor queda insonorizado. Un leve zumbido lo envuelve todo mientras jadeo. Todo explota en mil pedazos, el muro se derriba, ¿qué es esto? ¿Azrael? No, no hay nadie. Sin embargo, veo algo. Contemplo la breve escena tragando todo el dolor que siento al haberme arrancado una parte de mi ser.

—Sam, haz el favor de quitarme el pañuelo de los ojos, me harás caer.

—¿Confías en mí, Dina?

—Sabes que sí, pero sabes también que no me gustan estos jueguecitos.

—Merecerá la pena, te lo prometo.

Me dejo llevar por aquel colorido prado hasta lo que parece un invernadero, la puerta se cierra y el velo cae a mis pies. Me veo asombrada admirando la belleza del lugar.

— ¿Y esto?

—Es el invernadero de Bella —aprieta los dientes. —He adaptado una parte únicamente para ti, con el permiso de ella, por supuesto.

—¿Por qué la llamas por su nombre?

—Ya hemos hablado de ello, es mejor así.

—Es hermoso, Samael. Gracias. Nunca me habías dicho que existía este lugar. Tantos años como amigos y todavía me sorprenden muchas cosas que no se de ti.

—Ya sabes que no te oculto nada, puedes preguntarme todo lo que desees. Siempre saldrá la verdad de mis labios.

—Lo sé, eso es lo que me gusta de ti—. Sus dedos se entrelazan con los míos y me guía hacia uno de los recovecos del invernadero.

—Todo esto es ahora tuyo.

Beso su mejilla con cariño. Todo esto es muy confuso. ¿Así era yo en el Edén? ¿Por qué estoy recordando esto ahora?

Me veo acariciando una planta carnívora con pura curiosidad. Esta se cierra en mi dedo, apresándolo un nimio segundo.

—¿Te has hecho daño?

—Estoy bien, no te preocupes. Solo quería jugar.

Agarra mi dedo ahora liberado y se lo mete en la boca, succionándolo lentamente. Me mira, yo lo miro. ¿Tensión? Sin duda. ¿Excitación? No lo sé. La imagen se vuelve entonces borrosa, perdiéndose en el abismo del olvido.

—Ahora sientes el dolor que siento yo gracias a tu hechizo, bruja.

Maldito estúpido. Iba a arrepentirse de cada una de las cosas que estaba haciendo cuando consiguiera desligarme de mis ataduras.

—¡Yo no te he hecho nada! —lágrimas corren por mis mejillas. El dolor por la pérdida de una de mis plumas es intenso.

—Parece que no has aprendido la lección—. Arranca otra de mis plumas. ¡Dios! El daño, el suplicio que estoy viviendo no se lo deseo ni a mi peor enemigo, ni a él. Puede que a él sí. Que pague cada uno de los errores que está cometiendo.

No puedo mantener los ojos abiertos, me pesan, demasiado. Otro fragmento. Otra parte de mi vida, antes olvidada.

—Veo que te gusta leer.

—Sabes que sí, Samael —me sonrío.

—Casualmente tengo algo que puede interesarte.

Me veo avanzando hacia él en busca de lo lleva entre sus manos.

—Déjame verlo.

—No. Primero quiero mi beso —beso su mejilla—. Eso está mejor. Esta vez viene de Egipto, son unas losas.

—¿Bajaste?

—Sí, junto con Raziel. Las cosas se estaban descontrolando. Los pueblos del Mar atacaron Egipto al emigrar. No debería ser así. Ramses III librará sus batallas, pero no hoy.

—Está escrito. No puedes hacer nada. Belle ya ha vaticinado la Edad Oscura. Sea como sea pasará.

—Aun así, puede que estas finas losas entretengan tu reposo.

Lo veo entregármelas y al hacerlo acariciar lentamente mi mano con la yema de sus dedos. Sus ojos buscan los míos. Se encuentran. Él se acerca cada vez más. Yo carraspeo. Bien por mí.

—Muchas gracias, Samael.

—Solo intento complacerte en todo lo que me es posible—. Sonrío y acaricio su rostro.

—Lo sé y te lo agradezco.

Vuelta a la realidad. El dolor es insoportable, como si me arrancaran la piel a tiras. Con el rostro empapado por una mezcla de sudor y lágrimas me encaro al despreciable ser encargado de dañarme de aquel modo tan retorcido.

—No debes mentirme, eso está muy feo. ¿No te lo dijo tu mamá?
—miro al insensato con furia en los ojos.

—Yo no tengo madre.

—Oh, sí la tienes. Todos la tenemos. Seguro que la tuya está con mi amo, en el infierno. Pronto te reunirás con ella pollito, muy pronto.

La legumbre informa al tal Zackary de su intención de visitar a los primos. ¿Qué les estarán haciendo? Intento desatarme, tarea imposible, así que cuando se acerca a mí rostro sonriendo aprovecho para escupir en su cara.

—Vas a pagar muy caro lo que estás haciendo, me aseguraré de ello —lo veo limpiarse antes de retirarse y caminar hacia mi espalda.

De nuevo un dolor, insoportable, se adueña de mí ser mientras las imágenes se apoderan de todo.

—*¿Me has hecho llamar Mithrael?*

—*Sí, toma asiento, Dina. Tenemos que hablar sobre algo que llevo tiempo queriendo comentarte.*

—*¿Acaso mi cometido está mal ejecutado?*

—*No, tu enseñanza de las lenguas en la tierra es prolífera y no tenemos queja alguna, tu trabajo es excelente.*

—*Me alegra oírlo.*

—*Estoy preocupado por mi mujer. Sé que es buena amiga tuya y necesito que me ayudes a acercarme a ella. Lo es todo para mí, pero un gran abismo nos separa.*

—*Prefiero no meterme en cuestiones de pareja, pero creo que sabes perfectamente el motivo por el que es tan fría y ha creado ese abismo entre vosotros, como tú dices.*

—*Cuidado como me hablas Dina, ahora no está aquí Samael para defenderte.*

—*No necesito que nadie me defienda, puedo hacerlo sola.*

—*Niñita, no agotes mi paciencia. Sabes que únicamente necesito estornudar para que bajes tan rápido como has subido.*

—*¿Qué ocurre aquí? —es una joven hermosa de estatura media y achocolatado cabello— ¿Dina?*

—*No es nada Belle, solo hablábamos—. Mira a Mithrael. Sus ojos son puro hielo. ¿Qué pasará con esos dos?*

—*¿Quieres quedarte con nosotros esposa mía? —dice Mithrael.*

—*No, Dina y yo debemos mirar mi traje para la ceremonia. Hoy llega un nuevo guerrero.*

La escena cambia de improviso.

—Dina, escúchame. Estas son Doria y Eve. Son dagas hermanas y por tanto tienen particularidades similares y una conexión entre ellas. Son un regalo para ti.

—¿Para mí?

—Sí. Lo he visto, deben ser para ti. Llegado el momento deberás regalarlas a las personas más importantes en tu vida. Una de ellas, Eve, posee una hoja capaz de conseguir que aquel al que infrinja daño experimente un dolor insoportable durante un cierto tiempo, dependiendo de la fuerza del ser dañado, pero eso no es todo, cada vez que un simple mortal sea herido por ella perderá la capacidad de ver de un modo permanente.

—Eso es horrible. No la quiero. Poseer un arma que pueda hacer tanto daño... no la quiero en mis manos.

—Espera, escucha. Dependiendo del alma bondadosa del portador que la empuñe esas habilidades pueden volverse opuestas creando solo una hoja de defensa y no dañina. El portador decide y el arma obedece. Deberá llevarla alguien que posea un alma limpia, transparente.

—¿Y la otra?

—Doria es un arma especial. Su hoja es capaz de envenenar al adversario únicamente con un nimio corte. Estas habilidades por decirlo así, no afectan al portador. Ni Eve atormentará o cegará a su portador ni Doria envenenará al suyo.

—Entiendo.

—Son armas hermanas, por tanto, la una jamás dañará al portador de la otra. Juntas son invencibles. Lo he visto. Estaba admirando el estanque de casa y lo he visto claro. El sino de las dos está en tus manos y solo tú puedes decidir con tino los destinatarios de ambas y por tanto su destino. Lo harás bien. Confío en ti.

—Gracias Belle, supongo.

—Ahora prepárate, debemos asistir a la ceremonia para conocer al nuevo Bash.

—Belle, sabes que no es necesario ir.

—Te gustará ir, confía en mí.

—Está bien, iré.

—¿Por qué haces esto? No ganas nada, solo hacerme sufrir—.

Sus ojos parecen divertidos y las comisuras de sus labios se alzan.

—Me gusta hacerte sufrir, bruja, pero no es por eso por lo que estás aquí. Dime, ¿qué relación tienes con Samael?

—Él es mi profesor y yo soy su becaria.

—No creo ni una sola palabra de lo que dices. Habla y hazlo ya o seguiré con la diversión.

—Creo que no es buena idea.

—Yo creo que sí. Ya verás como lo es—. Acaricia una de mis plumas de arriba abajo. El contacto y el mimo con el que lo haces es calmante pero repulsivo a la vez por ser él. La pluma, segundos antes acariciada, es arrancada con fuerza mientras un alarido escapa de entre mis labios.

—¿Cuánto ha pasado Dina?

—1257 años desde que llegué.

—¿Eres feliz?

—Claro que lo soy. Contigo, con Miguel, con Belle, con Raziel, todos los días son un regalo.

—Nos conocemos desde hace 1257 años y desde ese día no me he separado de ti un solo día. ¿Quieres saber el por qué?

—No sé si quiero...

—Porque estoy enamorado de ti.

—Pero Samael... no me digas eso. Sabes que yo te quiero mucho, pero es un amor diferente, más fraternal.

—Tonterías. Lo veo en tus ojos. Sé que me deseas tanto como yo a ti. Que tus labios desean rozar los míos, que tu cuerpo añora ser acariciado por mis manos, que tu alma necesita ser abrazada con la mía.

—Pero no del modo que imaginas. Para mí tú eres un hermano, parte de mi familia, la que nunca tuve, y puede que sí haya deseado besar tus labios, pero no es lo correcto y lo sabes.

—Me da igual si es o no lo correcto. Yo solo sé que te quiero y haré lo posible para que me aceptes en tu corazón.

—Samael, yo... no sé qué decir. Tú eres tú y yo no soy nadie. Una más, una del montón.

—Tú eres alguien muy especial e importante y lo sabes. Concédeme una cita, solo una, e intentaré enamorarte segundo a segundo, hasta que veas solo al hombre que quiere robarte el

corazón y no más allá.

—Está bien, solo una cita, aunque creo que Mithrael jamás lo aprobaría.

—Eso déjame a mí. Tú prepárate, tenemos una cita en breve. Iré a buscarte a casa.

—Estaré lista.

—Te voy a hacer feliz nena, ya lo verás.

—No corras tanto Sam, solo vamos a salir una vez.

—Espero que sea la primera de muchas.

—El tiempo dirá.

—No hay problema. De eso me sobre mucho. Tiempo...

Otra imagen.

Una sala llena de finas telas de seda que caen del techo cual cascadas y esconden innumerables espejos.

— ¿Dónde estás, Samael?

—Estoy aquí.

Aparto las telas y acabo rodeándome de múltiples espejos que no reflejan mi persona, sino la suya.

—No te veo.

—Búscame.

—No me gustan estos jueguecitos y lo sabes. Muéstrate ahora.

Lo veo a mi espalda, casi podría jurar que siento su aliento en mi nuca como si estuviera allí realmente. Sus manos acarician mis brazos lentamente, de arriba abajo.

—Sabes, hay una leyenda de un guerrero maya enamorado de una princesa que no le correspondía. Ella lo quería, pero no del mismo modo que él lo hacía. Él se encargó de enamorarla cada día hasta que con el tiempo logró que lo amara tanto como él a ella. Querían estar juntos eternamente, pese a las negativas de los progenitores de ambos. Así que, a riesgo de cometer un acto de rebeldía, ambos decidieron visitar al brujo de la tribu para que este preparara un brebaje que hiciese de su amor y su alianza algo eterno e irrompible. El brujo le dijo al guerrero que para otorgarle aquello que deseaba debía viajar a la montaña más alta del lugar para cazar y traer de vuelta con vida al halcón más vigoroso, más fuerte y valiente de todos. Si lograba cumplir su cometido demostraría el amor que sentía por su amada. Después miró a la muchacha y le recitó las

mismas palabras, pero en su caso ella debía capturar al águila más fiera y cazadora de la montaña. Once días y once noches pasaron para cazar a las aves y tras ello volvieron a que el brujo los recibiera. El brujo, tras ver a las aves hablo:

—Son hermosas y fuertes estas aves, ¿verdad?

—Sí, las mejores que hay y nos costó mucho capturarlas —dijo el guerrero.

—¿Las visteis volar muy alto y muy veloces?

—Sí, volaban más alto y más rápido que ninguna —contestó la guerrera.

—Bien, pues ahora quiero que las atéis la una a la otra por las patas.

Los dos jóvenes así lo hicieron y siguieron las instrucciones del brujo y después las soltaron. Las pobres aves intentaron echar a volar, pero como estaban atadas la una a la otra se estorbaban y no pudieron hacerlo. Lo único que conseguían era tropezarse la una con la otra y hacerse daño cuando se revolcaban por el suelo. El brujo habló entonces:

—¿Veis lo que les sucede a estas aves? Atadas la una a la otra ninguna es capaz de volar mientras que solas lo hacían muy alto. Este es el conjuro que os doy para que vuestro amor sea eterno. Que vuestra alianza no sea atadura para ninguno sino fuerza y aliento para crecer y mejorar como personas. Que vuestro amor no os cree dependencia, sino que manifieste el cariño y la solidaridad de quienes comparten el mismo pan. Respetaos como personas y dejad que cada uno pueda volar libremente para ir aprendiendo a volar juntos por el ancho del cielo. Si actuáis así, vuestro amor podrá ser realmente eterno porque nunca será una limitación, sino un estímulo para que cada uno pueda crecer.

—Es una historia hermosa, Samael.

—Quiero ir poco a poco, enamorarte cada día para que un día podamos volar juntos sin limitaciones, siendo uno solo. Dame la oportunidad para demostrarte que puedo ser yo quien ocupe tu corazón. Dame la oportunidad que yo me encargo de que valga la pena. Sé mi guerrera y yo seré tu guerrero. Sabes, antes pensaba que era imposible encontrar el amor, nada ni nadie me llenaba, pero entonces te vi y me di cuenta de que nada es imposible.

Me veo acariciando la mejilla de Samael mientras asiento.

—Está bien, poco a poco. Voy a intentarlo. Ya sabes que eres la persona más importante aquí junto a Miguel para mí y que ocupas gran parte de mi corazón, pero ese amor sigue siendo amor fraternal.

—Haré que te enamores de mí nena, cada uno de los días que nos queden de vida.

—Una eternidad es mucho tiempo.

—No lo suficiente se trata de ti. Ahora debo atender unos asuntos, pero volveré antes de que te des cuenta. Sígueme.

Lo veo desaparecer entre aquellas telas inmensas que lo envuelven todo y mi yo pasado, en un intento de encontrar al profesor escurridizo, acaba enredado entre los tejidos mientras unos brazos la oprimen por la cintura. Me oprimen.

—Me has asustado.

—Solo pretendía sorprenderte. Ahora si debo irme.

Le ofrezco mi mejilla como parece que suelo hacer. Él sonríe y acerca sus labios a esta. En el último segundo hace girar mi rostro agarrándome de la barbilla y besa mis labios. Parece que me mantengo hierática, estática. Bien por mí. Oh, no, no. Le estoy respondiendo. Mis brazos se enredan en su cabello y el beso se vuelve más profundo y necesitado mientras cierro los ojos. ¿Qué estoy haciendo? ¿Esto es ir poco a poco? Menos mal...

—¿Te gusta nuestro juego pollito desplumado? ¿Lo estás pasando bien?

Lo miro con asco. Quiero partirle la cara y arrancarle a él uno a uno esos blanquecinos dientes de cuajo.

¿Por qué me ocurre todo esto a mí? Ni había pedido nada de esto ni tenía idea de nada de lo que me preguntaban. ¿Dónde estarían los primos? ¿Estarían bien? Desvió la mirada hacia la puerta y él la sigue.

—No te preocupes bruja, seguro que tus amigos también lo están pasando de maravilla. ¿Ahora también lee la mente? Gilipollas...

—Te juro que cuando salga de aquí lo que me estás haciendo a mí va a ser un juego de niños comparado con lo que te espera a ti.

Lo veo reír a pleno pulmón mientras mis puños se tensan, haciendo que las cadenas se claven en mis muñecas.

—Sabes pollito, me está gustando esto de desplumarte, así que si no quieres que siga pasándolo bien dime qué relaciones tienes con cada uno de los Bash y quién eres tú exactamente.

—Soy Naia, nada más. No puedo decirte nada más de lo que ya he dicho. Samael es mi profesor y jefe, Kil es mi mejor amigo y Raziel, un amigo.

—Qué pena... Creí que el masoquismo no era lo tuyo. Me equivoqué, sin duda.

Lo siento retirar mi coleta y acariciar mi nuca con su lengua. Es repugnante, repulsivo. Sus manos las acarician, mis alas. No, otra vez no, por favor. La arranca con ganas mientras mis intentos de retener un grito de dolor no surten efecto.

—Dina, habíamos dejado una conversación pendiente.

—Mithrael, ya dejé claro que no pienso ayudar en este tema. No me concierne.

—He visto que Samael está obsesionado contigo. Sé que quiere que seas suya y lo serás.

—Eso lo decidiré yo, no tú.

—Lo amarás porque lo digo yo, ¿o acaso quieres que le pasen cosas horribles a aquellos a los que quieres? Yo podría decirte quienes son tus padres. Quiero que lo hagas feliz, de lo contrario yo te haré muy infeliz. Te aseguro que hay cosas mucho peores que puedo hacer, el destierro y la muerte son nimiedades en comparación.

—Eres despreciable.

—No, solo busco engarzar todas las piezas en busca de un destino favorable. ¿Aceptas?

—¿Tengo opción?

—No, solo quería ser educado.

—No pretendas ser educado después de tus amenazas.

—Vas muy hermosa vestida.

—Es un vestido de Belle. Sí, esa que te desprecia, y la verdad es que no me extraña, también lo hago yo.

—Es mejor ser odiado y despreciado que ignorado, algún día te darás cuenta. Ahora voy a recibir y guiar al nuevo integrante del grupo, al nuevo Bash.

Desvió la mirada hacia el recién llegado. No puede ser... Joder... Imposible...

—¡Eres tú!

—Sí, eso me dicen cuando me catan, bruja. Que soy yo el que las ha dejado locas.

—¡Serás fanfarrón! Tú eres uno de los Bash.

—Lo era, zorra, lo era. Habla en pasado.

—¿Quién eres?

—Calla. Aquí las preguntas las hago yo y estás agotando mi paciencia. Soy tu peor pesadilla. Ahora dime, ¿Dónde está el mapa y la llave?

—El mapa lo tiene Dora la Exploradora y la llave estará dentro de su mochila.

Otra pluma más. Joder... ¿Ese es Kil? Sí, lo es.

—*¿Cuánto hace que lo conoces Dina? Dina.*

—*Un mes, puede... creo... no sé...*

—*En un mes no puedes saber que lo amas, es imposible. Y, ¿qué pasa con Samael?*

—*Sois la pareja perfecta. Os queréis. Se os ve muy enamorados. Joder Dina, te ha pedido que te cases con él y tú solo piensas en otro. ¿Te has acostado con Samael pensando en otro?*

—*No, no soy tan zorra, Miguel. No me he acostado con Samael, no puedo... ¡No te das cuenta de que estoy haciendo el papel de mi vida!*

—*¿El papel de tu vida? ¿Y por qué? ¿Por qué juegas así con él y sus sentimientos?*

—*Olvídalo, no lo entenderías.*

—*Explícamelo.*

—*No. Basta ya. Yo quiero a Samael, mucho. Siento cosas por él, pero luego veo a Zackary y no existe nada más, lo amo y no me avergüenza decirlo.*

—*Pues si lo amas deja a Samael antes de que le has más daño.*

—*No es tan fácil como lo ves todo. Te lo explicaré todo, pero este no es ni el momento ni el lugar.*

—*Está bien. Tú y yo tendremos una larga conversación más*

tarde.

—Zack, tú eres Zack.

—Muy bien, bruja, veo que te has informado bien o que tienes buen oído cuando los otros me han nombrado.

—¿Cómo he podido yo amar a un ser tan despreciable como tú?

—¿Qué demonios estás diciendo? ¿Tú amarme a mí? Ya te gustaría niñita patosa.

—Sí, sin duda es un error del subconsciente.

—Sí, sabía que eras tonta pero no sabía que hasta ese extremo. Ahora me apetece arrancarte otra pluma. Cada vez te ves más desplumada, pero te daré otra oportunidad. Si me curas la quemazón me comprometo a no arrancarte más plumas.

—Se nota que no sabes quién soy.

—Eso intento averiguar torturadora. Y lo haré, créeme que lo haré.

—Quizás cuando lo hagas sea demasiado tarde. Pero ahora, libérame y lo olvidaré todo—. Ríe.

—Aquí los tratos los propongo yo, no tú, y ese es absurdo, mi respuesta es no. Y ahora, ¿vas a liberarme de este dolor?

—No, principalmente porque ni sé cuál es el dolor que te aqueja ni cuál es la solución del mismo.

—Si esa es tu decisión...

Una pluma más cae al suelo y con ella siento romperse mi interior un poco más.

—¿Te apetece dar un paseo Zack?

—Claro. ¿Cuánto tiempo tenemos esta vez?

—Zack, por favor no hagas esto.

—¿El qué? ¿Preguntar de cuánto tiempo dispongo para estar con la mujer a la que amo, la mujer de mi vida?

—Sabes, el día que llegaste a aquí yo te observaba callada desde una esquina. Eras el ser más lleno de luz que jamás había visto y estabas enredado en aquellas raíces cual bebé acunado por su madre. Me sentí tentada a ir a por ti, cuidarte y ayudarte en todo lo que necesitaras, pero me frené, pues ya iba Mia a hacerlo.

—Ella llegó conmigo —mi yo ríe.

—No, ella lleva aquí mucho tiempo aquí, más del que llevo yo. Te ha mentado. Aquí todos dicen lo que les conviene y se mueven por sus propios intereses.

—¿Y tú?

—Eso deberás juzgarlo tú.

—Te conozco lo suficiente como para confiar en ti a ciegas.

—Solo han pasado tres meses...

—Suficiente. Contigo solo es necesario un día para quedarse prendado de ti.

Acaricio su mejilla con ambas manos y las bajo hasta hacerlas reposar en su pecho desnudo.

—Bésame.

—¿Estás segura?

—Nunca estuve más segura de algo.

—¿Y si nos ven? —lo oigo decir.

—Vayamos a tu cuarto.

Otra escena. Ambos en una habitación.

—Me he cansado de luchar cada día Zack, a aparentar sentir algo que no siento y a no sentir lo que sí siento. Me he dado cuenta de que simplemente eres mi todo, todo lo que necesito, todo lo que quiero en mi vida. Sabes, durante toda la vida conoces a cientos de personas y ninguna te deja huella, pero de repente conoces a una persona y te cambia la vida para siempre. Tú eres esa persona y yo...

No me deja continuar, sus labios acarician los míos con suma lentitud. Su lengua perfila mis labios y sus dientes los atrapan, tirando de ellos con delicadeza. Suspiro y aprovecho para colar su lengua en mi interior y acariciar cada recoveco de mi boca antes de saborear y succionar mi lengua. Puedo sentirlo de una manera tan vívida como si estuviera ocurriendo en este preciso instante. Me veo jadear, sin poder evitarlo. ¿Es necesario que tenga que ver esto? Mis manos rodean su cuello y lo aferran en busca de un beso más profundo. Sus manos recorren ese cuerpo que es mío aferrándose a mis caderas y acercando más mi cuerpo al suyo. Voy desabrochando los botones de su camisa con lentitud sin que nuestros labios se separen un segundo para colar finalmente mis manos por sus hombros y hacer resbalar la

tela hasta que se pierde en el suelo.

—¿Estás segura?

—Shhhhh, no hablemos más, sólo ámame como tú sabes hacerlo.

Sus manos bajan mi traje palabra de honor con una lentitud extrema mientras me deshago del cinto que usa para amarrar su pantalón. Atrapa la cinta entre sus dedos y sonrío juguetón. Ui, ui, ui. ¿De veras tengo que ver esto? Ella... quiero decir, yo, desnuda. Él desnudo. No hay que ser muy lista para saber qué va a ocurrir. Intento concentrarme en el montículo blanquecino de ropa que hay en el suelo, pero me puede el fisgonear.

Me veo acariciando la espalda de él mientras Zack besa mi cuello y mi hombro. Me acoge entre sus brazos como si de un frágil bebé se tratara y me acomoda en la cama con suma delicadeza. Besa mis labios lentamente y me insta a girarme. Hago lo que me pide. ¿Por qué cedo a todos sus deseos? Sencillo, parece ser que lo amo. Lo entiendo, todo lo que veo me aclara muchas cosas. Estoy empatizando con mi yo pasado, recordando, como si volviese a aquellos tiempos, como si mi corazón volviese a latir. ¿Por él? Están volviendo a mí todos los recuerdos y con ellos sensaciones, anhelos, sentimientos perdidos, deseo. Sigo observando.

Atrapa mis muñecas y las liga con la cinta que antes descansaba en su cintura. ¿Así que para eso la quería?

—Cierra los ojos, Dina.

La veo... me veo cerrarlos y descansar la cabeza en la almohada mientras él, con cara de dolor, arranca una de sus plumas. Su mano empieza a deslizar la pluma por mi nuca, pasándola por los hombros, recorriendo mis omoplatos, que esconden mis alas bajo la carne. ¿Por qué no están expuestas? ¿Acaso Mithrael también me prohibió eso? Debo averiguarlo. No dejo de pensar en la similitud del momento. Zack arrancándose las plumas para darme placer en el pasado y ahora él mismo arrancándose las mías para torturarme en el presente. Paradojas de la vida. Lo veo seguir el camino de mi espalda con un reguero de besos, acompañando el trayecto de la pluma, hasta llegar a mis caderas.

—Relájate y disfruta del momento. No pienses en nada más, no existe el tiempo, solo tú y yo.

Sigue acariciando mi cuerpo, ahora recorre mis glúteos con lentitud y pericia antes de llegar a mis piernas. En ningún momento deja de besar los lugares por donde la pluma pasa, y cuando sus labios acarician mi trasero me oigo jadear. Lo veo entonces abrir una de las cajoneras que enmarcan el cabezal de la cama y sacar un bote de ¿tinta? Sumerge la parte no emplumada de la pluma y empieza a escribir en mi espalda. No consigo distinguir las letras, pero al terminar me insta a mirarme al espejo. Una lágrima corre por mi rostro mientras le digo que lo amo. Veo sinceridad en mis ojos, como no vi cuando le susurraba un te quiero a Samael. Lo amé, amé a mi torturador, estoy segura de ello, pero no, yo ya no soy Dina, ya no soy esa y no puedo perdonarle lo que está haciendo conmigo. ¿Si tanto me ama por qué me lastima? Veo como me tumba y se coloca sobre mí mientras agradezco que la imagen se torne borrosa haciendo que vuelva a mi cruda realidad.

—¡Zack, para ya! ¿No te das cuenta de quién soy?

—Sí, bruja, sé quién eres. Una zorra que va a acabar desplumada. Acabaste con mi paciencia.

—Espera Zack, soy yo, Dina.

—No oses nombrar a mi ángel jamás.

—¿Pero no me ves? ¿No me reconoces? Soy yo.

—Creo conocer perfectamente al amor de mi vida y no, no eres tú.

—Mira más allá de lo que tus ojos ven.

—Quieres confundirme, maldita bruja, pero no lo lograrás.

—¡No!

—No volverás a mencionar el nombre de Dina en vano, jamás.

Arranca dos de mis plumas a la vez. Siento un pitido ensordecedor en los oídos mientras me dejo desfallecer y me mareo. Mi vista se nubla tras un alarido mortal.

Ve pasar toda mi vida en el Edén, repitiendo las mismas escenas de las anteriores visiones y otras muchas nuevas. Demasiada información para procesar... Mithrael, Samael, Belle, Zack, Mia, Miguel, Raziél, Doria, Eve... Todo me parece demasiado. Y, sobre todo, hay una escena que me intriga. Belle uniendo su frente primero con la de Zack y después con la mía antes de que este fuera

desterrado por amarnos demasiado. Desgraciado Mithrael. Siempre abusando de su poder para su conveniencia. O era de Samael o no sería de nadie...

Alguien golpea mi mejilla en repetidas ocasiones. El sonido de una voz hablando se hace cada vez más y más nítido.

—Eh, tú, despierta ya. Esto no ha hecho más que empezar.

Abro los ojos lentamente y focalizo la mirada en él. Lo odio, con toda mi alma. Si es capaz de hacerle todo lo que me hace a la mujer que se supone que ama, ¿qué no será capaz de hacer? Qué equivocada estaba. Al final ni los buenos eran tan buenos ni los malos lo eran tanto. Solo hay un último cartucho que gastar antes de darlo todo por perdido.

—Zack, soy yo, Dina. Siénteme. ¿Recuerdas el día que te regalé a Doria? Sellamos nuestra unión a sangre. En tu pecho reside mi marca, nuestro amor infinito.

—¿Cómo sabes tú eso, maldita?

—En mis labios la inicial de tu nombre para marcar que soy tuya por siempre. Si no me crees bésame y escucha con el corazón, no te engañes por lo que tus ojos te hacen ver.

—No te besaría ni por todo el oro del planeta.

—Bésame y te diré dónde está el mapa —miento.

—Solo un asqueroso beso y me das la ubicación, ¿queda claro?

Asiento esperando que vea la marca cuando me bese y acabe esta tortura. No lo perdonaré, jamás, pero al menos podré ser libre. Lo veo acercarse cauteloso y dubitativo con una mueca de asco en su rostro. Más asco me da a mí, chato... te lo aseguro. Te amo, pero te has ganado a pulso mi odio.

Sus labios se acercan entreabiertos peligrosamente a los míos hasta que atrapa los míos con hambre que me descoloca. ¿Estoy en el cielo o en el más profundo de los infiernos?

Capítulo 14

*(...) Una vez deseé que jamás te hubiera conocido, pero aun si pudiera dar vuelta atrás al reloj optaría por conocerte otra vez, volvería a enamorarme de nuevo de ti (...).
Anónimo.*

Un beso. Aquella despreciable bruja pedía un beso. Si aquel era el precio que debía pagar por obtener el mapa y así volver con mi ángel lo haría. La muy insensata había nombrado a Dina. Me encargaría de arrancarle esa lengua viperina con los dientes.

Me acerco cauteloso. Quién sabe si será otra trampa de esta arpía para embrujarme... Atrapo su labio inferior sin más dilación. Mejor que sea rápido, no deseo que disfrute ni un segundo de este contacto entre ambos. Ese sabor... no es posible... Me alimenta, me incita, me vuelve ansioso, me enloquece como jamás me había ocurrido desde... No, imposible. El beso se vuelve más apremiante. Mi lengua acaricia la suya, se baten en un duelo a muerte mientras succiono su labio inferior con un hambre voraz. Mierda... Estoy seguro que es otro de sus trucos para embaucarme. Debo parar, pero no puedo. No me quema el roce, al contrario, la quemazón incesante que me torturaba ha desaparecido. ¿Cómo es eso posible? ¿Acaso sus besos son la cura de sus hechizos? Estoy confuso. Con todas las fuerzas que poseo y las que no también, rompo el beso atrapando entre mis dientes su labio inferior y tirando de él deseando saborearla una vez más mientras mis ojos inconscientemente se desvían a su boca y la veo, la marca, la Z, perfectamente cicatrizada y en relieve.

Suelto la boca como si quemara. ¡No, no, no, por favor, no! ¿Acaso esto también es brujería? Imposible. Nadie conocía aquello, lo que pasó, únicamente mi ángel y yo. Caigo de rodillas frente a ella abatido con la cabeza gacha.

—Zack, mírame.

—No puedo.

—Soy yo. Suéltame.

Alzo la mirada y la veo. Más allá de aquel cuerpo, que

únicamente es la carcasa, está mi ángel. No, no quiero creerlo.

—No puedes ser tú. Este es otro de tus trucos bruja.

—No lo es y lo sabes.

Sí, es cierto, pero me rompe el corazón saber que me he dedicado a dañar una y otra vez al amor de mi vida. Estoy destrozado, avergonzado, muerto en vida. Aúno fuerzas para alzarme y desligar una de sus muñecas sin mirarla. Me avergüenzo de mí mismo.

—Lo siento, yo no sabía... yo creía que estabas arriba... no podía imaginar que... —la miro con ojos suplicantes. Deseo besarla y abrazarla para no soltarla jamás, pero después de lo que he hecho no creo ni que quiera mirarme a la cara.

—Perdóname mi ángel, perdóname.

—Yo ya no soy tu ángel y por mucho que te quiera jamás te perdonaré lo que me has hecho. Ahora eres un Kazoo, mi enemigo. Grábate estas dos palabras en la memoria: TE ODIO.

Un gran estruendo hace girar mi rostro hacia la puerta que se ha abierto de par en par, golpeando la pared. Con ambas manos apoyadas en el marco de la puerta y la cabeza gacha se encuentra Samael. ¿Cómo demonios ha entrado? ¿Dónde estaban Max, Kleton y Abbadon?

Alza la vista y solo tiene ojos para ella. Es mía. Casi gruño y me coloco delante de Dina, defendiendo lo que es mío.

—Te dije que desaparecieras. Te creía muerto, pero parece que te gusta que Eve juegue contigo. Será un placer volver a hacerlo, lenta y dolorosamente.

—No la tocarás, ella es mi ángel, mi mujer.

—¿Y así tratas tú a tu mujer? Curioso modo.

—No, yo no sabía que ella...

—Tú no sabías, tú no sabías... —se burla— Nunca sabes nada. Deja de hacerte el mártir siempre y espabila.

—Déjalo Samael, solo sácame de aquí —la voz de mi ángel suena débil, agotada.

—¿Qué le has hecho desgraciado? —con un movimiento leve de cabeza por parte de Samael es suficiente para hacerme volar por los aires hasta chocaren repetidas ocasiones contra la pared. Caigo al suelo y procuro flexionar las rodillas para levantarme mientras lo veo

desligar la cadena de su otra muñeca y acogerla entre sus brazos, acunándola, al tiempo que besa su frente caminando hacia la puerta. Voy tras él para que no me robe lo que es mío. Vuelve a lanzarme por los aires.

—Si vuelves a acercarte a mi chica te mataré.

Dicho esto, sale de la habitación mientras me levanto derrotado por Samael. Siempre por Samael...

Y me derrumbo. Lloro como un niño mientras la razón por la que mi corazón late me mira a los ojos y me dice que me odia una y otra vez. Mi mente no deja de revivir esas dos palabras, que son como puñaladas directas al corazón.

Corro en dirección a la salida. Ya han desaparecido sin dejar rastro. Las calles están desiertas, como no. Vuelvo dentro desesperado y voy en busca de Kleton. Quizás aún tiene retenidos a los frikis y con la excusa de soltarlos puedo volver a verla. Los chicos no están, solo dos cuerpos en el suelo. Max y Kleton yacen en los fríos azulejos que adornan el lugar. Me arrodillo frente a ellos y abofeteo sus caras con suavidad.

—Eh, chicos, despertad.

Veo a Max abrir un ojo y a Kleton removerse y tratar de enderezarse hasta colocarse de pie. Ambos ayudamos a Max a hacer lo mismo.

—Joder, ¿ese tío es el primo de Hulk o qué? Es invencible —alzo la ceja ante el comentario de Max.

—¿Dónde está Abbadon? —pregunto.

—Ni idea, creíamos que estaba contigo —ahora es Kleton el que habla.

—No, marchó para ver cómo os iba con vuestros prisioneros... perdidos. Vayamos a buscarlo.

Recorremos cada una de las estancias hasta que lo encontramos en el suelo de la cocina retorciéndose de dolor.

—Abbadon, ¿estás bien? —le digo.

—Sí, estoy genial. ¿No me ves? Ahora me iba a poner a bailar salsa.

—¿Qué ha ocurrido? —oigo preguntar a Kleton.

—Samael me pilló desprevenido. Me ha clavado su maldita daga y ahora este insoportable dolor no cesa.

Miro a Kleton y Max.

—Llévalo a la cama a que descanse y después volved.

Debemos explicar lo sucedido al resto.

No mencionaré que mi prisionera era mi ángel ni por todo lo que pudieran ofrecerme, ni aunque Azrael me devolviera el pago que le hice por conservar mi alma.

Cierro los ojos y suspiro. Jamás me perdonará lo que le he hecho, ni yo me lo perdonaré ni aunque pasen mil años.

Me odia y eso sí que no puedo soportarlo. Debo conseguir que me perdone, conquistarla cada día para tal vez un día poder recuperar el amor perdido que su corazón sentía por mí.

Cojo uno de los vasos del armario y bebo un poco de Tequila Sierra Silver, bajo el sobrenombre de *La piedra que muerde*. Tengo que recuperarla como sea. Oigo el eco en mi cabeza; te odio, te odio, te odio, te odio... Tiro el vaso con todas mis fuerzas contra uno de los armarios de la cocina. Esta situación es desesperante. Me consume. Me consume.

—¿Qué ocurre Zack?

Me giro y veo a Lexy y a Zenda entrar a la estancia.

—Nada. Eso pasa, nada. Nada va bien.

Mis manos se convierten en puños y me siento en una de las sillas a esperar al resto de integrantes del clan, que van llegando paulatinamente.

Debería ir por ella, pero solo contra Samael es un suicidio, y si está con los demás Bash de la zona también lo es, al menos si voy solo.

Una vez estamos todos congregados en la cocina, a excepción de Abbadon, que sigue en la habitación malherido, Max y Kleton explican su versión de lo ocurrido y tras ello yo hago lo propio con la mía. Con todo expuesto dejo caer la pregunta que lleva ya tiempo rondándome la cabeza.

—¿Cómo han conseguido localizar nuestro lugar de residencia?

—¿Por el móvil de la chica? ¿GPS? —dice Onix.

—Imposible, únicamente llevaban apenas unos trapos para cubrir sus cuerpos, lo comprobamos —le respondo. Yo mismo había comprobado que mi ángel no portaba móvil, al igual que los chicos habían hecho lo propio con los frikis.

Ninguno lográbamos dar con una respuesta coherente.

—Ahora ya saben dónde reposamos y por tanto estamos expuestos —Kleton y su lógica aplastante.

Tras no llegar a una conclusión miro a Kleton.

—Informa a Luther. Debo ir a mi cuarto a revisar unas cosas. Nos veremos más tarde —barro la sala con la mirada y salgo por la puerta.

Entro en mi habitación y cierro la puerta con llave antes de abrir el cajón de los calcetines para revolverlo hasta localizar el móvil y pruebo a llamar.

—*El número marcado no existe* —dice el contestador.

¿Cómo que no existe? ¿Ha estado contactando conmigo y ahora no existe? Imposible... Otro mensaje.

“No intentes contactar conmigo o dejaré de enviar información”.

¿Quién será? Cierro el cajón tras devolver el móvil a su lugar, giro la llave de la puerta para habilitar su entrada y suspiro. Otro callejón sin salida.

Mi ángel está aquí, en la Tierra, por fin. Soy un mar de contradicciones. La alegría choca con la decepción conmigo mismo, la desesperación y el rechazo.

Me giro al oír la puerta abrirse. Hugh entra por ella y cierra tras de sí.

—Tío, tienes que despejarte un poco, cambiar el chip durante unas horas. Jason y yo vamos a uno de los bares cercanos al Ferus. ¿Te apuntas?

—Hugh, te lo agradezco, pero no estoy para tragos ni celebraciones.

—Di que sí, tú siempre el alma de la fiesta... Vístete, nos vamos y no acepto un no como respuesta.

—Está bien. Quiero beber y olvidar.

Me pongo unos oscuros vaqueros y una camiseta gris de manga corta bajo la frase: ¿Why so serious[12]? , acompañada de la imagen del Joker. Era irónico que yo, estando tan serio que llegaba a dar incluso miedo, llevara esa camiseta.

Al salir vemos a Lexy preocupada por el estado de Max y a Samantha y Kleton discutiendo, para no variar.

Salimos por la puerta, no quiero ver más espectáculos por hoy.

Caminamos en dirección al Ferus entre las burlas y risas de Hugh y las tonterías de Jason, que buscan animarme. No hay nada que pueda hacerlo, solo ella, mi ángel.

Entramos en uno de los bares cercanos y nos sentamos en una mesa. Rápidamente somos atendidos por una camarera.

—Buenas tardes, mi nombre es Leirah. Soy la camarera que les atenderá esta tarde.

—Hola preciosa, tráenos algo de picar y unas cervezas—le dice Hugh comiéndosela con la mirada.

La chica lo mira con impasividad y apunta antes de marchar.

—Las tienes locas, ¿eh, Hugh? —Jason y sus comentarios, como no.

—Me gusta, mucho. Será mía, aunque tenga que beberme las reservas de todo el puto bar.

—Di que sí, Romeo —lo animo sin ganas.

La tal Leirah vuelve con las jarras de cerveza, unas patatas y olivas.

—Gracias muñeca.

—Yo no soy una muñeca y menos te permito que me llames así. Leirah, únicamente Leirah. ¿Queda claro?

—Vaya, estás siendo una camarera muy insolente, quizás debería hablar con tu superior —miro a Hugh y suspiro. Se estaba metiendo en la boca del lobo.

—Pues fíjate, da la casualidad de que la tienes delante. Sí, soy la dueña de este local, así que o te comportas o sales por esa puerta calentito, y no de la manera que seguro estás pensando.

Dicho esto, se marcha dando media vuelta.

—Joder tíos, como me pone. Mirad como estoy.

—No, gracias, te creemos —respondo.

Tras vaciar media despensa del bar y dejar una buena propina, Hugh se acerca a la dueña del bar con un billete en la mano. ¿Eso escrito es su número de teléfono? Este Hugh... parece que no se da por vencido.

—Toma guapa, esto es para ti.

La chica mira el billete con incredulidad antes de tirárselo a la cara con una mueca de asco. Tal y como me esperaba. Hugh va hacia la salida malhumorado mientras Jason trata de consolarlo.

—Tranquilo colega, el que sigue la consigue—. Hugh se encoje de hombros.

Nuestros pasos, inconscientes, nos llevan hasta la puerta del Ferus, donde decenas de personas se congregan para entrar. A mi señal, Dyson se aparta para que podamos pasar. Su figura impone y sus 123kg de peso aún más.

La sala está llena, no cabe ni un alfiler, nos cuesta incluso llegar a la barra. Es nuestro club, el que nos da beneficios económicos y nos ofrece los lujos que nos permitimos. Me siento en uno de los taburetes de la barra y me tomo un vaso hasta arriba Vodka. Las mujeres se me acercan, las rechazo o las ignoro. En el cristal de mi vaso veo reflejado el rostro de mi ángel. Ella es mi alma, mi vida, mi mundo, mi todo. Me bebo el vaso de un trago.

—Llévalo hasta arriba de nuevo, Shane.

—Claro señor, como ordene.

—¿Y Mary?

—Hoy es su día libre, señor.

—Bien. Escúchame, cuando veas que no puedo más no me llenes el vaso, aunque te lo pida. Mi ángel no querría verme así.

—¿Su ángel, señor?

—Calla y llena el vaso.

Desvío la mirada hacia Jason y Hugh, que bailan junto a dos morenas de media estatura y anchas caderas. Aquellas eran las mujeres de verdad, ni operaciones, ni cuerpos esqueléticos, ni búsqueda de una perfección inexistente. La naturalidad y sencillez de una mujer, el mostrarse tal y como son, es lo que las hace bellas y aquellas dos chicas lo eran.

Aquellos dos descerebrados tenían buen gusto, eso tenía que admitirlo. La mujer perfecta es aquella que puedes agarrar y llevarla al fin del mundo, no un saco de huesos llevado por el viento y que se escapa de los dedos.

Miro mi reloj de mano. Las tres de la mañana. Joder... ¿Cuánto llevo aquí absorto en mis pensamientos? ¿Cuántas copas llevo? ¿Dónde estará mi ángel? Debo encontrar a Dina, cueste lo que cueste.

Me levanto y camino algo mareado hasta la puerta, donde Dyson me despide deseándome que pase buena noche.

—Dile a esos dos que he vuelto a casa.

—Así lo haré, ahora a descansar.

Asiento y camino hacia la parroquia. Al entrar, el silencio es sepulcral. Camino hacia el cuarto de Abbadon y abro ligeramente la puerta. Está dormido y con la herida vendada. Mañana preguntaré por su estado y el dolor agudo de la herida.

Entro en mi habitación y cierro la puerta con llave antes de desnudarme y hacer unos abdominales en el duro y frío suelo.

Nada de lo que hago, ni siquiera ir al Ferus o el deporte me hace olvidar lo ocurrido ni un segundo. Apago la luz y me tumbo en la cama. Imposible dormir, cada vez que cierro los ojos la veo sufriendo, y por mi culpa, solo por mi culpa. Rememoro todos los momentos que he estado con ella sin saberlo. Aquella primera vez que choqué con ella, el día que casi fue atropellada. Aquel día con un roce de su cuerpo hizo arder al mío, pero no de deseo, sino de dolor. ¿Por qué pasó eso? Aquella vez que derramé el helado de coco en la camisa. Buscaba dañarla e incluso la agarré del cuello provocando ardor también en mi mano. Había querido estranglarla, arrancarle todas las plumas una a una, matarla... Jamás me perdonaría ni me perdonaría yo.

Ahora estaba frágil, con Samael protegiéndola, como aquella tarde en la parada del autobús.

Tengo que verla de nuevo, explicarle lo ocurrido. ¿Por qué? ¿Por qué no la vi hasta que la besé? ¿Por qué mi cuerpo arde cuando la toco? No entiendo nada. Solo hay alguien que pueda contestar a todas mis preguntas, Azrael, pero no tengo nada que ofrecer a cambio y él jamás da nada sin recibir algún tipo de beneficio.

Quiero respuestas. Necesito respuestas. Me coloco algo de ropa y salgo presuroso de la parroquia. No voy a quedarme sentado mientras mi ángel está siendo embaucada por él, con sus gestos, palabras, etc... No lo permitiré. Me coloco en el centro de la calle. No necesito buscarlo, si lo llamo él me encontrará. Siempre está en todos lados, expectante.

—Azrael, ven —alzo la voz para que se me oiga bien.

Me siento en medio de la desierta carretera y miro a un punto fijo mientras espero su llegada.

—Ya extrañaba que no me buscaras, amigo mío.

—Necesitaba verte.

—Ya lo sé. Sé lo que deseas y sabes que mis favores requieren un pago, ¿Tienes algo que ofrecerme?

—Sabes que te di lo único que tenía para ofrecerte la vez anterior.

—Ah, sí... ¿No te apena que todos tus compañeros de batalla tengan unas hermosas alas negras menos tú? —aprieto los puños.

—Vale la pena aguantar que mis compañeros rían a mi costa si con ello conservo lo que me otorgaste a cambio.

—¿Y qué me das ahora? Tengo tus alas en mi sala de trofeos. Coleccionarlas es uno de mis hobbies.

—Ya sabes lo que necesito de ti, pero no puedo ofrecer nada como pago.

— ¿Qué te parece lo que obtuviste a cambio de tus alas? Sería un excelente pago.

—No, no entregaré mi alma Bash, jamás, es lo único que me queda. Pienso aferrarme a ella pase lo que pase.

—Qué pena... Aunque creo que podemos llegar a un acuerdo, Zackary.

—¿Qué clase de acuerdo?

—A cambio de las respuestas que deseas obtener, quiero que le lleves un mensaje a Luther.

—No puedo hablar directamente con él, solo Kleton puede hacerlo.

—Pues entonces ya sabes a quien debes pedir el favor que seguro que te cobras más adelante.

—¿Qué mensaje quieres que le haga llegar?

—Quiero que le diga una única cosa y que no cambie ni una coma. Le dirá esto: Te compadezco, pues el destino que te espera es mucho peor que la muerte y yo lo observaré regocijándome, pues esa será la mayor de tus derrotas y la mejor de las venganzas. Disfruta de tu destino.

—Bien. Se lo haré saber mañana mismo.

—Ahora te entregaré la información que deseas. Mithrael es la razón por la cual tu apreciación había sido distorsionada. Tú veías a Dina tal y como es porque así lo deseaba Mithrael, pero al tener ella conciencia de quien eras todo se ha roto. La has besado, ¿verdad?

Asiento rememorando el beso, aquel que jamás habría buscado dar, pero ahora no dejaría de hacerlo. Ella era mi vida y sus besos mi droga. Prosigue Azrael.

—Tanto su pérdida temporal de memoria como el efecto que causaba el roce de su piel sobre la tuya nada tiene que ver Mithrael, sino que otra persona, también poderosa, dispuso así los acontecimientos. El reconocimiento de las almas y los corazones ha roto todo tipo de circunstancias impuestas. Ahora ya no controlan vuestro destino, sois vosotros y únicamente vosotros los que tenéis el poder de moldearlo.

—Me odia y la entiendo. Después de lo que le he hecho...

—Tú tienes el poder de repararlo o empeorarlo todavía más. Tu destino está en tu mano, en ninguna otra. Dicho esto, debes ser consciente de que llegado el momento si debo posicionarme con alguno de los lados no será el vuestro. Cada uno tenemos nuestro plan y nuestras estrategias.

—Eso es cierto. Cada uno tenemos uno motivos diferentes para ser como somos y hacer lo que hacemos.

—Como tú convertirte en un Kazoo para recuperarla, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y si te dijera que de hacer permanecido como humano en la Tierra cuando fuiste desterrado habrías podido estar con ella y no estarías en la situación en la que te encuentras?

—El mal hecho está y no puedo cambiar el pasado ni rectificando. Solo puedo vivir el presente y procurar que me perdone para tener un futuro a su lado.

—Pues que tengas suerte, amigo mío.

Estrecho Su mano cuando me la ofrece y me sonrío.

—La suerte es de los audaces. Adiós, amigo mío.

—Nos veremos muy pronto, Zackary.

Marcho en dirección a la parroquia y me encierro en la habitación. El silencio lo inunda todo.

Ahora tengo las cosas un poco más claras. Mithrael siempre metiendo las narices en el destino de los demás, no dejando que el libre albedrío actúe a su antojo. ¿Quién será la otra persona que ha intentado truncar nuestro amor? Azrael no había querido decirme su nombre, pero lo averiguaría.

¿Qué estará haciendo mi ángel? ¿Estará con esa rata repugnante que solo busca destruir todo el amor que sentimos el uno por el otro?

Cierro los ojos y suspiro mientras Morfeo me arrastra con su melodía encantadora.

—¡Estás aquí! —digo.

—Claro que estoy aquí amor mío, jamás te dejaré, pase lo que pase estaré a tu lado.

—No. No lo sé... Prométeme que no volverás a alejarte de mí.

—Jamás lo haré. Estaremos juntos eternamente. Ahora abrázame, quiero dormir entre tus brazos.

Desvío la mirada hacia la cama que no reconozco como mía. No importa, nada importa, solo estar con mi ángel.

—¿Eres real?

—Soy tan real como tú me dejes serlo.

—Entonces ven, quiero cuidarte y mimarte como no he podido hacer en tantos años de espera.

Me acuesto en la cama y extendiendo mis brazos invitándola a acercarse para que pueda abrazarla. Lo hace y la estrecho entre mis brazos para no volver a soltarla jamás.

—No te soltaré nunca más, no permitiré que te alejes un ápice de mí. Tú eres mi futuro, la razón de mi existencia y estaré siempre a tu lado.

—Ahora duerme mi amor, estás agotado. Yo siempre estaré contigo aquí, —acaricia mi cicatriz en forma de infinito y mi vello se eriza— porque te amo.

Abro los ojos abruptamente y no la encuentro entre mis brazos. La llamo, pero no me contesta. No está. Se ha marchado. No ha cumplido su promesa, no me ama.

Salgo por la puerta corriendo en su busca. La encuentro sentada en la orilla de la playa. Expulso el aire que no sabía que retenía y ahora más relajado camino hacia donde se encuentra mientras la arena se cuele entre mis dedos creando en ellos una sensación de hormigueo. La brisa acaricia su cabello que ondea al viento como si de una bandera se tratase. Nuestros ojos se encuentran cuando llego a su altura y acaricio levemente su espalda desnuda. Abrazo su cuerpo. Jamás me abandonó, está aquí conmigo y eso es lo único que importa. Uno mi frente con la suya sin romper el contacto visual.

Acaricio sus labios y barbilla con el pulgar y sonrío. Me aproximo, acerco mis labios a los suyos mientras le susurro mi única verdad.

—Yo soy... tuyo, por siempre.

Oigo un gran estruendo, el cielo se viene abajo, parece que avance inevitablemente para unirse a la tierra y arrasar con todo lo que encuentre a su paso. Mi ángel se torna borroso por momentos. No, por favor, no.

—¡No Dina, no!

Me siento sudoroso en la cama mientras me oigo a mí mismo gritando.

—¡No, no, no!

Golpeo con fuerza mi puño contra el colchón. El subconsciente me juega malas pasadas. Parecía tan real... Miro el reloj, las 7:30am. Es pronto. Vuelvo a tumbarme e intentar dormir de nuevo, al menos así estaré cerca de ella. Lo tengo decidido, hoy me presentaré en su habitación, haya veinte *Samaels* o treinta *Migueles*. Cierro los ojos y dejo que el sueño me arrastre hacia su más oscura profundidad. No hay nada, está todo negro, en silencio. No está mi ángel, pero la oigo, la oigo susurrar sin descanso dos palabras que me rompen el corazón: TE ODIO, TE ODIO, TE ODIO, TE ODIO, TE ODIO...

Mire donde mire todo es oscuridad, no veo, pero el eco se repite incesantemente. Caigo de rodillas y acojo mi cabeza entre mis manos mientras me encojo, derrotado y perdido. Ya no me ama, pero no me daré por vencido, lucharé por recuperarla hasta mi último aliento.

No puedo abrir los ojos. ¿Por qué no puedo despertar de esta pesadilla? ¿Y si esto no es una pesadilla sino la realidad y lo vivido es la pesadilla?

Me sobresalto al sentir agua congelada en mi rostro.

—Joder colega, un poco más y llamamos a Lexy para que traiga el desfibrilador. No había quien te despertara. Parecía que estabas muerto—. Focalizo la mirada en dos cuerpos que se van definiendo. Jason, el que habla, y Zenda a su lado, me miran preocupados.

—Siento haberos preocupado chicos, no podía despertar.

—Cada día eres más marmota. Espero que sea pasajero porque si no estamos arreglados contigo...— Sonrío antes el comentario de Zenda.

—Voy a darme una ducha para despejarme, si no me dormiré de

nuevo.

—Tira anda, koala. Si te pagaran por cada hora que pasas dormido serías millonario.

Los tres soltamos una carcajada al unísono antes de desaparecer por la puerta del baño en busca de una ducha refrescante que me hiciera olvidar aquella penosa noche. Debía espabilar para recuperar a mi ángel cuanto antes.

Salgo con la toalla rodeando mi cintura y abro el armario en busca de algo que ponerme. Vaqueros claros y camiseta grisácea cubren mi cuerpo.

Acaricio el tatuaje que nos marca como a reses. El tatuaje de los Kazoos, en mi antebrazo, se muestra en relieve, majestuoso, con líneas finas y seguras, poderoso.

Agarro a Doria con la mano contraria al brazo tatuado. Ella me desprecia no solo por lo que le he hecho, sino por convertirme en lo que ahora soy.

Acerco la afilada hoja de Doria al tatuaje y apretando puño y mandíbula me dispongo a desprenderme de él. Un corte limpio, será lo mejor. La carne empieza a separarse del cuerpo mientras reprimo un grito de dolor, para después unirse de nuevo y cicatrizar al instante.

—Maldita Doria...

Oigo abrirse la puerta y la escondo.

—Zack, ¿ya has dado de beber al canario? Tenemos que irnos. Emergencia, bla, bla, bla, irnos, bla, bla, bla, comprobar posible residencia.

—Sí, ya he hecho mis necesidades, gracias por tu preocupación, Onix. Necesito que hagas algo por mí.

—¿Qué necesitas?

—Déjame tu arma.

—Claro, pero ten cuidado. Esto no es un juguete como los vuestros, esta es una nena que hace daño de verdad.

Ofrezco mi mano para que me la entregue sin dejar de mirarlo a los ojos y cuando lo hace y la empuño siento un dolor insoportable.

—Te lo dije palomita, es demasiado para ti.

—No es eso. Estoy ligado a Doria, cualquier arma que no sea ella no puede ser empuñada por mí.

—Se siente pichón. Ahora vamos.

Caminamos al exterior. No tengo idea de hacia dónde vamos, tampoco me importa.

—Debemos ir al castillo de Warwick, puede que esa sea nuestra nueva residencia dado que los Bash conocen nuestro actual paradero.

—¿Y eso es una emergencia?

Onix se encoje de hombros y se pasa la mano por su afeitada cabeza.

—Solo cumplimos órdenes tío, y esta viene de Luther nada menos. Según él el castillo esconde muchos secretos. Ya sabes, siglo XI, Guerra de los cien años... Dicen que hay fantasmas de prisioneros, el fantasma de Greville que se dedica a asfixiar pintores, todo muy peliculero.

—Ya veo... ¿Ahora crees en fantasmas Onix?

—Por supuesto, estoy viendo uno.

Le doy un codazo al tiempo que se carcajea. No cambiará nunca... y ojalá no lo haga, esa es la esencia que lo hace único.

—Tengo que broncearme, solo eso. ¿Vamos en moto? —le digo.

—Claro. Está situado a las orillas del río Avon.

—Lo sé. Ya he estado allí en otra ocasión, y no hagas el comentario de *¿Vendiendo artículos de Avon*[\[13\]](#)? que te conozco.

—Sí, me conoces bien —ríe y yo lo hago con él.

—Anda, vamos grandullón antes de desatar la ira del jefazo.

Con las protecciones adecuadas ponemos rumbo al castillo para adecuarlo como nuestro nuevo hogar y expulsar a todo aquel que lo impida.

Al llegar entramos sin demora a analizar el estado de las infraestructuras y valorar si es factible como nuestro nuevo lugar de residencia. Sin duda promete, pero no es oro todo lo que reluce. Necesitará constante mantenimiento y arreglar muchísimas cosas. Así estaremos entretenidos.

Tanto cuadro de Guillermo el conquistador me marea y solo me relajo al llegar a una sala vacía únicamente decorada con una mesa de billar en el centro de la misma.

—Onix, he encontrado algo que nos será muy útil a diario—. Lo oigo acercarse a grandes zancadas.

—Joder palomita, pensé que era algo bueno.

—¿Y el billar no lo es? Venga, echemos una partidita. Debo contarte algo y jugando mantengo la mente ocupada —dijo apesadumbrado.

—¿Qué ocurre pichón? ¿Algún gatillazo que contar? —lo veo colocar las bolas en el molde triangular.

—La he visto Onix, he visto a mi ángel, está aquí.

—¡¿Qué?!

Capítulo 15

(...) *Donde hubo fuego, cenizas quedan* (...).

No, no lo perdonaría. Lo veía abatido y me dolía el corazón, ahora compungido. Ahora, en brazos de Samael, me siento a salvo mientras sus manos se aferran a mi cuerpo, transmitiéndome ese cosquilleo y esa electricidad que solo él es capaz de hacerme sentir.

Lo había visto allí, apoyado en el marco de la puerta, sudoroso y jadeante. Era la última persona que me hubiese esperado allí con el objetivo de auxiliarme. Sin embargo, allí había ido, se había deshecho de Zack con una facilidad sorprendente y lo peor es que no había sentido pena por aquel cuerpo flácida que yacía en el suelo antes de levantarse en busca de alcanzarnos. Las imágenes del Edén se repetían en mi memoria una y otra vez mientras mi vista se desvía hacia los primos, que vienen tras nosotros; Matt ayudando a Luca y está usándolo de apoyo mientras cojea por la herida en el muslo.

—Samael, ellos... —lo miro con ojos suplicantes.

—Shhhhhh, están bien, me encargaré de ellos, primero de ti. Tú Eres mi prioridad absoluta.

—Yo estoy bien.

—No. Te sientes mareada, dolorida, exhausta, humillada, vejada. Yo cuidaré de ti, nena.

—Ayúdalos primero a ellos, Sam. Yo te esperaré.

—Sam... Es la primera vez que me llamas así desde...

—Sí, lo recuerdo todo.

—Lo sé, me lo dijiste.

—No, lo he recordado todo ahora. Te mentí, jamás supe nada, pero así te mantenía alejado. Mentí para que no me agobiaras. Ahora entiendo muchas cosas, aunque eso no cambia que ya no soy Dina.

—Sé que han cambiado, no soy tonto y me doy cuenta de que ya no me quieres a tu lado, pero trataré de enamorarte cada día para que vuelvas a mí y pueda volver a entraren tu corazón. Ser tu guerrero y tú mi guerrera.

—Recordé la leyenda. La reviví.

—¿Algún día volveremos a volar juntos?

—Solo el destino lo dirá.

—Estaba tan preocupado por ti...me volví loco y entonces recordé... solo tuve que concentrarme y te encontré.

—¿Qué recordaste? ¿Cómo me encontraste?

—No importa el qué ni el cómo, lo esencial es que vuelvas a estar conmigo y a salvo.

—Ellos las vieron Sam, las alas —miro a los primos.

—No importa, ya lo... olvidaron.

—Vosotros y vuestros truquitos.

—Aprenderás a controlarte como Bash, yo te ayudaré.

—Yo no quiero ser Bash.

—No digas eso.

—Es cierto. Solo me han ocurrido cosas malas desde que este mundo me envuelve.

—Shhhhh...

Me abraza con más fuerza y besa mi frente. Me siento relajada, a gusto, en paz. Rodeo su cuello con mis brazos y él cierra los ojos suspirando.

—Gracias por salvarnos.

Beso su mejilla y siento como sus manos me aferran más a su cuerpo inconscientemente. En cualquier otro caso me habría apartado, pero dada la situación aquel gesto era reconfortante.

Llegamos a casa y tras pasamos y la puerta. No hay nadie. ¿Dónde está Kil? La respuesta a la pregunta que no ha tras pasado mis labios no se hace esperar.

—Fueron en tu busca. Ya los avisé y están de camino. Llegarán enseguida —retira el pelo de mis ojos y sonrío.

—Ve a ayudarlos, por favor.

Asiente y me sienta despacio en el sofá antes de ayudar a Luca y Matt, que ya se encaminan en dirección a la habitación de ella. Estoy preocupada. La busco con la mirada y me saca la lengua sonriente, pero con una mueca de dolor en el rostro. Puedo traducir perfectamente esa mirada de pilla. Ya tenía al futuro médico y ahora al enfermero particular, y se aprovecharía de la situación, de eso estaba segura.

Pongo los ojos en blanco y río levemente antes de tumbarme en

el sofá boca abajo y cerrar los ojos. Venga Naia, tu puedes. Que desaparezcan sin dolor, por favor. Las noto encogerse lenta y dolorosamente. Muerdo uno de los cojines presa del dolor, cerrando los ojos con fuerza, aferrando mis manos a los brazos.

Jamás había sufrido tanto como en el día de hoy, nunca en toda mi vida. Solo deseaba despertar de esta pesadilla, pues sentía que no solo me dolía el cuerpo, sino también el corazón. El odio y el rechazo lo inundaban todo unido al dolor y a la decepción.

¿Cómo había sido capaz de hacerme eso? Después de todo lo vivido... Ya no me ama. Se había abandonado a los Kazoos, nuestros enemigos. Lo odio, con todas mis fuerzas, pero mi corazón siente por él de una manera que jamás admitiré. Pese a todo lo ocurrido, el odio de mi cabeza no es suficiente para luchar contra el amor de mi corazón.

Pero no, él no me ama ya. Si lo hiciera jamás habría hecho lo que hoy he vivido. El haba lo había obligado, pero él era libre de decidir, siempre había opción, y él había escogido mal.

Siento mi cuerpo arder mientras las alas acaban desapareciendo en mi interior. Suspiro aliviada y suelto el cojín, que torturaba con mis manos como garras, además de con mis dientes.

Mi mente se va nublando hasta que la voluntad de o dormir flaquea y caigo en el más profundo de los sueños. Revivo la tortura una y otra vez mientras me remuevo incómoda. Alguien a mi espalda besa mis omoplatos con pericia y suma suavidad. Giro mi rostro poco a poco y cuando lo veo mi cuerpo se torna rígido y mi bello se eriza por la ira.

—¿¡Qué haces aquí, insensato!?

—Perdóname, por favor, solo intento arreglar lo que tanto he estropeado.

—Demasiado tarde. No te perdonaré jamás. Márchate. Para mí ya no eres nada, estás muerto—. Lágrimas resbalen por mis mejillas.

Estoy llorando, sí. Estoy llorando por él y me reprendo a mí misma por hacerlo.

—Mi ángel, por favor...

—Márchate, ahora.

—No. No me hagas esto.

—¡Fuera! TE ODIO.

Unos dedos recogen mis lágrimas y agarro su muñeca para que dejen de tocarme. No se merece ni eso.

—Shhhhh... Naia. Tranquila. Despierta. Soy yo. Te has quedado dormida. Balbuceabas palabras ininteligibles—. Veo que es su muñeca la que acarro.

—¡Kil! —me alzo para abrazarlo.

—Siento mucho por lo que has pasado, princesa. Ojalá hubiese podido evitarlo.

Rodeo su cuello y lo abrazo con ternura. Me hace mucha falta, más de lo que cree.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace unas horas. Raziel y yo te hemos buscado por todo Londres.

Desvío la mirada hacia una de las paredes del comedor, donde permanece apoyado Raziel con el semblante serio.

—¿Qué le ocurre?

—Está preocupado por ti y furioso, furioso con Zackary y conmigo.

—¿Contigo? —pregunto.

—Sí, considera que debí haber matado a Zack cuando tuve la oportunidad y no haberle salvado la vida.

—¿De qué hablas?

—Olvídalo. ¿Cómo estás tú? —los miro a ambos ante la respuesta de Kil.

—Estoy bien. Samael nos salvó a los primos y a mí. ¿Cómo están los primos?

—Perfectos. Me he encargado de curar y cicatrizar la herida de Luca.

—¿Ellos saben...?

—Sí. Es hora de que conozcan la verdad. Les he contado todo lo que es preciso que sepan y lo han asumido con entereza. Ya no es necesario que ocultarles nada más. Desean ayudar, aunque en un principio creía, como hiciste tú, que les tomaba el pelo y que todo era una broma de cámara oculta. Simplemente, al igual que contigo, les mostré lo que necesitaban ver.

—¿Y Samael? ¿Dónde está?

—Fue a darse una ducha y cambiarse de ropa. Debe ir al trabajo. Las tapaderas son esenciales para nosotros.

—¿Qué hora es?

—Las nueve de la mañana.

—¡Mierda! Voy a llegar tarde.

—¡Ah no, princesita! Tú no te vas a ningún lado.

—Sí lo haré Kil y no trates de impedírmelo. Sabes, lo recordé todo o al menos gran parte.

Lo veo asentir y mirar a Raziél, que se acerca a él para unir ambas frentes. ¿Por qué yo no puedo usar con él ese WhatsApp cerebral?

—Raziél te acompañará siempre allí donde vayas. Él es tu guardián y debe velar por tu seguridad. Se siente defraudado consigo mismo por no protegerte cuando más lo necesitabas.

Me levanto y abrazo a Raziél transmitiéndole todo mi cariño.

—Ei, tú no tienes la culpa de nada, ¿vale? No quiero que te fustigues ni te culpes. Todo está bien y yo estoy a salvo.

—Princesa, te han llamado varias de tus amigas españolas. Tienes los recados en un papel en la cocina —asiento ante el comentario de Kil y suelto a Raziél para encarar a aquel que siento como hermano.

—¿Volverán a crecer? —acaricio mis desnudos omoplatos. Bien cierto es que no las he perdido, pero es como si arrancaras cabello de tu melena, que te quedaban vacíos, lo que vulgarmente se conocía como calvas.

—No mientas estés en este plano. Solo si vuelves al Edén lo harás. Lo siento.

—No importa. No están tan mal, creo...

Me sonrío y camino en dirección a la habitación de Luca para ver cómo se encuentra, pero antes de abrir la puerta oigo leves gemidos y ruidos que conozco. Vuelvo al comedor.

—Sí que están bien, sí. Hasta han retomado las clases. Y hablando de clases... voy a prepararme rápido o llegaré tarde. Me doy una ducha y hago mis necesidades. Lista salgo con la toalla a la habitación y miro mi espalda frente al espejo para no ver nada fuera de lo común antes de abrir el armario. Parecía que allí no había nada. Los omoplatos me molestan constantemente. Trato de no pensar en

ello mientras me enfundo unos pitillos negros con zapatos de tacón, mismo color. Decido ponerme una de mis camisetas con mensaje. La había creado con la máquina que los primos me habían regalado para mi cumpleaños. Llevarla por una universidad de letras iba a ser un suicidio y posible pérdida de empleo. Bajo el lema "*La vida es demasiado corta como para aprender alemán*", la camiseta pretendía hacer sonreír a aquel que la leyese.

Salgo por la puerta, más segura de mí misma, y me tomo un microscópico vaso de zumo natural con una tostada antes de mirar a Kil y Raziel.

—¿Kil, tú que harás?

—Buscar una nueva vivienda ahora que los Kazoos saben dónde estamos.

—Una barata, tío Gilito, recuerda que los demás no tenemos las paredes forradas con billetes.

Sí, finjo estar entera. Todo es mucho mejor que admitir la verdad y hundirme en el más profundo de los abismos.

Salgo por la puerta, con Raziel pisándome los talones y pronto estamos en el interior del autobús, ahora conscientemente sentados uno al lado del otro. Lo veo tenso, con los puños prietos. Agarro su mano y la acaricio destensando sus músculos mientras nos miramos a los ojos.

—Tranquilo, estoy bien y no quiero verte así ni que te culpes más.

Le sonrío para transmitirse esa tranquilidad que la que en estos momentos yo carezco y se me ocurre una idea.

—¿Qué te parece si creamos códigos a partir del dedo que me muestres?

—El primero podría ser que estás bien o si lo estoy yo. Ya sabes, el OK. El corazón cuando te enfades contigo —río mientras lo veo colocar una mano en mi mejilla tras retirar un mechón de mi pelo que ocultaba uno de mis ojos. Señala mi camiseta y levanta el pulgar. Sonrío.

—Muy bien, parece que esta comunicación funciona. Ya asignamos una información a cada dedo. Ahora es hora de bajar. Descendemos del autobús y lo vemos desaparecer entre el tumulto de transportes de transitan un lunes por la mañana en la carretera.

Entramos en la facultad y vamos directos al despacho del

“profesor”. Raziel se me adelanta y es él quien toda la puerta.

—Adelante —se oye desde el interior del despacho.

Raziel entra con seguridad mientras yo lo sigo en la retaguardia.

—Naia, pero ¿qué haces aquí? Deberías haberte quedado en casa.

—Estoy bien y encerrada allí no hago nada útil.

Se levanta de su silla y se acerca a mí con semblante serio para después estrecharme entre sus brazos. Siento punzadas de dolor en la espalda a causa de su efusivo saludo, pero no digo nada. Le debo la vida y creo que puedo concederle un nimio abrazo después de todo lo que ha hecho por mí. Me había demostrado muchas cosas. Quizás me había equivocado al juzgarlo tan duramente, aunque nunca dejaría de ser el profesor egocéntrico. Después de todo lo que había visto tanto de mi yo pasado como el suyo podía justificar de algún modo su comportamiento de los días pasados. Quizás debería contarle lo que Mithrael me había obligado a hacer, pero prefería evitar ese innecesario sufrimiento. Olvidarlo todo sería la mejor opción, pero en mi cabeza se repiten incesantemente las palabras de Mithrael; *He visto que Samael está obsesionado contigo. Sé que quiere que seas suya y lo serás... Lo amarás porque lo digo yo, ¿o acaso quieres que le pasen cosas horribles a aquellos a los que quieres? Yo podría decirte quienes son tus padres. Quiero que lo hagas feliz, de lo contrario yo te haré muy infeliz. Te aseguro que hay cosas mucho peores que puedo hacer, el destierro y la muerte son nimiedades en comparación.*

Mi familia. ¿Alguna vez tuve una familia? Desecho la idea mientras Samael deshace el abrazo y mira a Raziel.

—Puedes retirarte, pero no te alejes mucho. Yo pasaré el día entero con ella y estará bajo mi protección—. Veo a mi mudo salvador asentir antes de salir por la puerta y Samael focaliza su mirada en mí.

—Siento haberme marchado anoche sin despedirme. Necesitaba despejarme, aplacar mi ira.

—No te preocupes, estaba allí Kil y Raziel, además me quedé dormida.

—Lo sé, te vi. Yo... intenté aplacar tu dolor. ¿No sentiste mis manos sobre tu espalda?

—La verdad es que no.

—No importa. ¿Estás mejor?

—Sí, y todo gracias a ti.

—No fue nada. Solo lo hice porque te necesito viva. Tú serás la que debas protegerme llegado el momento.

—¿Protegerte? ¿Llegado el momento? ¿De qué hablas?

—De nada, olvídalo.

—No. No quiero olvidar más cosas. Parece que es lo único que hago o me permiten hacer, olvidar.

—Bueno, tú eres... —lo siento dubitativo— la protectora de la llave y yo soy quien soy. Blanco y a tu espalda, alas.

—Ese ha sido un chiste de muy mal gusto, sobre todo después de lo que pasó ayer.

—Tienes razón, perdóname. Lo que es un chiste de mal gusto es el mensaje que tu camiseta proclama a los cuatro vientos, dentro de una universidad como esta. ¿Cómo se te ocurre?

—No cambies de tema. ¿Me estás queriendo decir que tú eres la llave que lleva al Edén y yo soy la encargada de protegerte?

—¿Quién mejor que yo para serlo?

Suelto una carcajada que seguro traspasa la puerta del despacho. No podía proteger ni a un cactus de su fatídico destino, y mira que aguantan de todo, iba a poder proteger al profesor egocéntrico de los Kazoos. No cabe la menor duda de que es una broma.

—¿Por qué ríes? Cuéntamelo y así podemos hacerlo los dos.

—Un recién nacido podría protegerte mejor que yo. Creo que con eso queda claro el motivo de mi risa.

Veo su puño acercarse a mi rostro. No me da tiempo a reaccionar, pero el puño acaba chocando contra la pared.

—¿Estás loco?!

—¿Lo ves? Te has apartado.

—No, no lo he hecho —miro a mi alrededor. Sí es cierto que me he desplazado. Apenas dos pasos sin darme cuenta. Increíble. Si al final me voy a creer que soy más que un torpe cerebritito...

Se acerca buscando golpearme de nuevo.

—Bueno, ya está, esto no es WWE[14].

No escucha mis palabras y empuja su pecho con una de mis manos. Su cuerpo se aleja del mío hasta que lo veo agarrarse del filo

de la mesa para no caer.

—¿Lo ves? Tienes más fuerza y más habilidades de los que crees.

Estoy sorprendida, sí, para qué negarlo. Todo lo que ocurre escapa de mi control y mis conocimientos ahora sobre física y sobre las realidades tangibles quedan ahora obsoletos.

Sí, debo creerlo porque lo siento, porque lo veo, aunque todo sea una locura, pero me cuesta asumir que de una semana a otra mi vida haya dado un giro tan brusco que no me ha dejado ni asumir lo ocurrido, ni respirar.

Esto no ocurre todos los días a cada persona del planeta, y si a eso unimos una mente cuadrículada y mi incredulidad respecto a fenómenos paranormales, el resultado es una Naia escéptica que no se cree ni una sola coma.

Tantas películas se habían filmado, tantas obras se habían escrito sobre el tema... La sociedad estaba dividida entre la incredulidad y la fe. Yo había estado en el primer grupo hasta que inevitablemente tuve que ceder a lo que los sentidos me gritaban, que a veces había cosas que escapaban a nuestro control y que cuando uno era partícipe de ellas dejaban de ser inverosímiles y había que asumirlas, aunque costara.

Me acerco a Samael y lo miro a los ojos.

—Quiero agradecerte de nuevo que vinieras en mi busca, aunque sea únicamente por conveniencia.

—No ha sido por interés. Quería salvarte porque te amo, porque eres mi vida y si te pasa algo yo me muero.

Acaricia mi pelo y agarro su mano inconscientemente para que pare. Aprovecha para entrelazar sus dedos con los míos mientras sus ojos reflejan la más pura de las ternuras.

—Deberíamos trabajar. En media hora empiezan las clases. Quiero ir a ellas.

—Ah, no... Tú no vas a salir de aquí con ese mensaje. Nos harás perder alumnos, por no hablar de que puedes perder el empleo si el rector te ve así.

—Es solo una camiseta. Me parece ridículo que estemos hablando de esto—. Pongo los ojos en blanco y resoplo.

—Shhhhhh calla nena—. Coloca su dedo índice sobre mis labios

antes de acariciarlos. La electricidad inunda aquellas zonas acariciadas. Su otro brazo rodea mi cintura. Se va a ganar un rodillazo en sus partes nobles... Veo como me suelta resignado al ver mi falta de respuesta y se gira para coger su americana.

—Ponte esto si quieres salir de este despacho.

—¿Estás loco? Bueno, ya sé que sí, pero esto ya sobrepasa todos los límites. ¿De verdad crees que me voy a poner una chaqueta con el calor que hace?

—Lo harás si quieres conservar tu trabajo.

Pienso en mis facturas y asiento a regañadientes. Me ayuda a colocarme ese infierno hecho tela y salimos por la puerta del despacho tras cerrarla y girarnos casi chocamos con el decano mientras abrocho el último de los botones de la americana. Buf, por los pelos.

—¿Le ocurre algo señorita García? —el decano mira la chaqueta extrañado. Samael toma la palabra—. ¿Estás enferma?

—Estaba destemplada y le ofrecí mi chaqueta —dice Samael.

—Pero si estamos a 32°... Si está enferma, señorita García, debería marchar a casa.

—No se preocupe señor Graham, estoy bien. Ya estoy entrando el calor —trato de disimular las gotas de sudor que siento aparecer en mi frente.

Asiente y se centra en el profesor. Aprovecho para pasar el dorso de la mano por la frente, eliminando las perlas de sudor.

—Profesor Anderson, todavía espero que firme la tutorización de la tesis de la señorita Lilianne Smith —dice el decano.

—Le dije que no autorizaría la tutorización de su trabajo, al menos como encargado yo de este.

—Me ha pedido insistentemente que sea usted que sea usted el encargado de tutorizarla.

—No. La respuesta es NO.

—Se hará lo que sea más conveniente para la universidad y el alumnado, no para usted. Recuerde, además, que la familia Smith es una de las más generosas en lo que a donativos se refiere. Al acabar su clase ella se pasará por su despacho y no hay réplica posible.

—Esto no quedará así Graham, y lo sabe.

Dicho esto, marchamos al aula; Samael inundado por una ira que

no comprendo, yo con un mareo que va en aumento a causa del calor excesivo que siento. Me apoyo en el marco de la puerta del aula antes de entrar y Samael se gira para encararme. Se lo ve preocupado.

—No puedo seguir así un segundo más. Voy a caer redonda al suelo si no me quito esto ya.

—Tú eres la que vas a hacer que caiga redondo de un infarto por los líos en los que te metes —me quito la chaqueta.

—Esto no es lío. Únicamente una frase graciosa en una camiseta. Nada más. Por cierto, ¿y esa alumna de la que hablabais antes? Vi que te pusiste tenso al saber de ella.

—Es una larga historia. Después de su marcha te contaré.

Entramos en el aula y los susurros no se hacen esperar. Barro la sala con la mirada en busca de Peter y Mike. Los veo al fondo del aula con aspecto muy desmejorado. Me los quedo mirando y los observo focalizar su mirada en mí como si nada ocurriera.

Miro a Samael, que me asiente. Cómo no... él tenía algo que ver, como siempre.

Al acabar la clase me acerco a los chicos, pero se excusan justificando sus prisas por llegar a la siguiente aula mientras miran a Samael. Genial... El ogro acecha de nuevo y sigue imponiendo.

Camino hacia el baño y Samael hace lo propio hacia su despacho. Estar, aunque fueran cinco minutos, separada de él me vendría bien, sobre todo psicológicamente. Si yo era su “protectora” mucho me temía que debería pasar muchas horas de mi vida a su lado.

Entro por la puerta y empapo mi rostro y mi nuca con agua bien fría del grifo. La puerta de uno de los baños se abre y de él sale una pelirroja con cara de ángel. Sus ojos verdosos atrapan los míos con una velocidad y una intensidad apabullante.

—¿Quién eres? Eres preciosa —alzo la mano para acariciar su mejilla, pero me la aparta de un manotazo.

—Tocarás lo que yo te diga cuando yo te lo diga —. Retira mi pelo y acaricia mi cuello con la punta de su nariz. —Una Bash. Deliciosa —. Su lengua recorre mi cuello y no puedo apartarme, aunque deseo hacerlo. ¿Quién es esa chica y por qué parezco su sierva zombi?

Su boca se acerca a la mía mientras sus manos agarran mi nuca y mi cintura. Muerde mi labio y tira de él con fuerza. Puag...

—Quiero que te desnudes aquí mismo y me des el máximo de los placeres. Ahora—. Sigue hablando.

Ni hablar. Esta ha fumado opio como mínimo. Mis ojos siguen atrapados en su mirada y haciendo acopio de toda mi fuerza consigo apartarlos.

—¡No! ¿Quién demonios eres?

—Puedo ser tu mejor aliada o la peor de tus pesadillas, lo que desees—. Ríe.

—No será ni una cosa ni la otra —limpio mi boca con el antebrazo eliminando sus repulsivas babas—. Ahora puedes volver al baño de donde saliste y jugar con el dedo a darte ese máximo placer que conmigo no vas a encontrar. Disfruta del momento.

—Mírame a los ojos.

—No, pero sí haré algo con ellos.

—¿Qué harás?

—Arrancártelos de las cuencas como no dejes de molestarme e hipnotizarme o lo que sea que hagas.

La oigo reír. No pienso mirarla de nuevo. Me giro para salir por la puerta y su mano agarra mi brazo.

—Te arrodillarás ante mí como todos.

La ignoro mientras me miro al espejo, soltándome de su amarre. Tengo las pupilas dilatadas. ¿Qué demonios ha ocurrido? ¿Por qué no podía controlarme ni era dueña de mis actos? Me siento rabiosa conmigo misma mientras camino hacia el despacho de Samael, aquí tratado como el profesor Anderson. ¿Realmente tendría titulación de docente? Coloco los ojos en blanco. Por supuesto que no. No necesita titulación. Él ha vivido todas las épocas de la historia y conoce todas las lenguas. Y el título... quién sabe... quizás ha manipulado uno para falsificarlo como suyo.

Cierro los ojos y suspiro antes de entrar. Quizás sería mejor contarle el episodio vivido en el baño, pero me avergüenzo de mí misma. Se lo mencionaré a Kil, él me entenderá.

Tras acercarme a la cafetería a por algo de cafeína, camino hacia el despacho y abro la puerta entrando por ella para encontrarme un Samael exaltado discutiendo fuertemente con la pelirroja del baño.

Me siento en la mesa mientras el profesor Anderson, al ver mi llegada, trata de calmarse y sentarse de nuevo en su mullida silla.

—No quiero que vuelvas a mendigar favores ni sobornar a nadie para conseguir lo que, sin duda, es un caso perdido. No quiero tener ningún tipo de relación contigo, ni siquiera estudiantil, ni corregir tus “trabajitos”. Ahora márchate —la oigo reír.

—¿Te crees que vas a rechazarme tan a la ligera? ¿Acaso te has olvidado de quién soy?

—A día de hoy no eres nada, al menos para mí, y no te esfuerces. Tu influencia ya no ejerce poder alguno sobre mí.

—Eso ya lo veremos. He vuelto rebosante de energía y voy a recuperar todo lo que es mío—. Atiendo atónita a la conversación.

—Que tengas suerte entonces. Ahora sal por esa puerta y no vuelvas.

—Sabes, me gusta tu esclava, es muy influenciable y muy servicial—. ¿Esclava?

—No te acerques a ella o lo lamentarás.

—Tú no pues hacerme nada —la veo mirarme—. Puede que la convierta en mi perrito faldero.

—Naia, sal un momento por favor—. Ahora es Samael el que habla.

—Está bien —salgo por la puerta y camino y aprovecho para ir al bar a tomar un tentempié.

Aprovecho para sacar el teléfono móvil de mi bolsillo y llamar a mis amados primitos. Parece, según me cuenta Matt, que Luca se encuentra perfectamente, al igual que él, y eso me tranquiliza. Si les hubiera pasado algo por mi culpa jamás me lo habría perdonado. No me preguntan nada en relación al “descubrimiento” que han hecho y lo agradezco en silencio. Tras colgar observo la rodaja de limón que flota en el vaso de Coca-Cola Zero que tengo frente a mí. Miro la bolsa de Lays, intacta. No tengo hambre. ¿Qué estaría haciendo Zack? No, Naia, no. Sacudo la cabeza y me tomo la bebida de un trago. Agarro la bolsa de patatas y me encamino hacia la puerta del despacho. Doy dos golpes secos con mis nudillos.

—Adelante —oigo decir.

Abro la puerta y entro. Encuentro a Samael de espaldas a la puerta, de pie con las manos apoyadas en la mesa color ceniza y la

cabeza gacha. Por un momento mi mente hace un símil entre la postura de Samael y la de un sumiso que espera ser azotado por su ama. Desaparezco esa idea de mi cabeza y cierro los ojos por un instante. No me gusta verlo mal, sobre todo después de todo lo que hizo por mí. Las palabras de Mithrael no dejan de martillearme la cabeza y sin darme cuenta lo acabo abrazando por la espalda. Sus manos acarician las mías, que ahora descansan sobre su duro pecho. Lo oigo suspirar mientras sigue acariciándome, ahora los brazos. Los separa de su cuerpo y se gira para encararme. Sus ojos están algo vidriosos. Me abraza con fuerza y yo vuelvo a rodear su cuerpo con mis brazos, transmitiéndole mi apoyo. Su nariz acaricia entonces mi pelo y baja poco a poco hasta colarse en el hueco de mi cuello, retirando mi pelo con una de sus manos, y deposita un húmedo beso en él.

—Samael, no.

—Por favor, te necesito —sus manos acarician mi espalda y bajan a mis caderas, acercándolas más a su cuerpo.

—Samael, para.

Sus labios recorren mi mandíbula y suben hasta mi oreja. Tira del lóbulo de la misma, ahora entre sus dientes, antes de susurrarme.

—Te deseo. Te necesito.

Sus labios siguen acariciando mi piel, pasando por mis pómulos llegando hasta la comisura derecha de mis labios y planta allí otro beso.

—Para ahora o atente a las consecuencias. Si sigues te aseguro que jamás volaremos juntos. Nunca seré tu halcón.

Para al instante, como si mis palabras hubieran accionado un interruptor o un resorte. Acaricia mi mejilla con lentitud mientras me sonrío antes de alejarse para sentarse en su mullido sillón.

—Perdóname. Es difícil controlar mis impulsos más primarios cuando te tengo cerca.

—¿Qué quería esa chica? ¿Por qué estás así?

—Es una larga historia. Te la contaré esta noche en mi casa. Tu piso ya no es seguro. Sobre todo desde que los Kazoos saben dónde vives.

—¿Y Kil? ¿Y los primos? ¿Y Raziel?

—Les he ofrecido mi segunda residencia.

—Iré con ellos entonces.

—No. Tu deber es proteger la llave, protegerme a mí, siempre.

—Ten por seguro que la llave de poco sirve sin un mapa que guíe hasta la posición exacta de la puerta—. Ahora tenía dos sobrenombres a añadir, protectora y mapa. Genial...

—Exacto. Por eso debemos permanecer unidos. Yo cuidaré de ti y espero que tú cuides de mí.

—Hice una promesa y la cumpliré, pero conociendo a Mithrael estoy segura de que el hecho de que yo sea la protectora de la llave no es casual.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada. Yo ya me entiendo—. Vaya si me entiendo...

—Esta tarde pasaremos por tu piso a buscar lo que necesites. Miguel y el resto de tus amigos ya se han trasladado a mi segundo hogar.

—Gracias por todo lo que estás haciendo por nosotros Samael—. Lo miro a los ojos con pura sinceridad.

—No me las des. Haría lo que fuera por ti, tú eres mi alma.

Me pongo rígida sin poder evitarlo, no me gusta que me diga esas cosas. A mi mente vienen de nuevo las palabras de Mithrael. Con seguridad está ojo avizor, así que me esfuerzo por sonreír.

—Deberíamos seguir con las clases.

—Todavía no me creo que por fin vaya a tenerte conmigo en mi casa, cada uno de mis días.

—Sí, seremos buenos compañeros de piso.

—Ya... sí... compañeros de piso...

Ignoro esa respuesta y me siento en mi mesa mientras preparo unas fotocopias para la próxima clase.

—Todavía no me has hablado de la extraña pelirroja. Yo estuve con ella en el baño y...

—¿Qué te hizo? —lo noto ansioso. Le explico lo sucedido—
Perra... me las pagará.

—¿Quién es, Samael?

—Adoro oírte pronunciar mi nombre, ¿lo sabías?

—¿Quién es?

—Veo que no te haré cambiar de tema.

—Sabes que no.

—Está bien. Puedes que hayas oído que se la nombraba Lillianne, pero su nombre real no es otro que Lilith. Su historia se remonta a mucho antes de mi existencia. Ella es un ser ancestral. Cuentan los escritos sobre su historia que Lil, que significa aire o aliento en sumerio, como bien conoces, era o es lo que se conoce en la mitología general un súcubo, de ahí el nombre, ahora traducido como susurros. Su objetivo es castigar a cualquier ser humano que haya cometido una falta con el sexo opuesto, además sus castigos suelen ser un tanto retorcidos. Se alimenta de la vitalidad de los seres vivos, de su chispa vital, su esencia. Únicamente necesita probar tus labios para condenarte. Lo último que sé de ella es que castigó a un hombre absorbiendo su energía vital y cortándole el miembro y haciéndoselo tragar entero.

—¿Por qué está aquí?

—Supongo que tiene hambre.

—¿De qué?

—De mí.

Capítulo 16

*(...) Quien quiere hacer algo encuentra un medio,
quien no quiere hacer nada encuentra una excusa (...).*
Anónimo.

Onix me mira negando sin ni siquiera parpadear mientras se pasa la mano por su rapada cabeza.

—Joder tío, te ha mirado un tuerto.

—Más bien un Mithrael.

—Sea como sea estás jodido.

—¿De verdad? —mi pregunta irónica le hace alzar las manos frente a mí en señal de paz.

—Ya sabes lo que te toca; luchar por ella.

—Pienso hacerlo hasta mi último aliento, aunque me odie, aunque no quiera verme. Ella lo es todo para mí.

—Gánatela como lo hiciste arriba.

Asiento y suspiro antes de levantarme y mirar a mi alrededor. Debemos prepararlo todo y adaptar el lugar a nuestras necesidades. Vamos arreglando todas y cada una de las habitaciones del gigantesco castillo de Warwick.

Todos van llegando poco a poco con la furgoneta repleta de mil cosas inútiles; como una lámpara de araña o una antena parabólica.

—¿De veras os creéis que el castillo no tiene lo que vosotros ya traéis? ¿Acaso pensáis que esto es un Ikea?

Me ignoran y siguen descargando múltiples aparatos, utensilios, armas... Aprovecho para ir en busca de mis posesiones a la parroquia y pronto tengo lo mío perfectamente ordenado en mi nuevo cuarto, más espacioso y sobrio que el anterior. Rechazo cualquier tipo de decoración que se me ofrece. Si una habitación mostraba el estado de ánimo de su dueño, sin duda aquella era la estancia perfecta para que un psicólogo la analizara.

Una vez instalados voy a visitar a Abbadon, que ya se encuentra como si jamás le hubiese ocurrido nada.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí, el dolor ha desaparecido y la herida ya se está cerrando.

Ahora solo queda esperar.

—Me alegra oír eso.

—¿Alguna novedad que deba saber?

—Ninguna.

—Perfecto. Esta noche iremos a dar un paseo por el teatro de Soho. Vamos a dar nuestra particular representación. Te quiero en Dean Street a las siete.

—Mi intención era ir en busca de la chica —omito cualquier alusión a su verdadera identidad.

—Me importa una mierda cuales sean tus intenciones. Estarás a las 19h en el Soho Theatre. ¿Me has entendido?

Asiento ignorándolo y marcho en dirección a las habitaciones. Había una promesa que todavía debía cumplir.

Entro en la nueva habitación de Kleton y lo encuentro ordenando sus camisetas perfectamente colocadas en los cajones. Kleton es muy meticuloso, demasiado, muy perfeccionista, todo lo contrario a Samantha. Menudo par. ¿Polos opuestos? Aquellos dos eran más que dos simples polos opuestos, eran la calma del agua contra el vendaval de los desiertos, pero sin lo primero uno no podía vivir en el segundo.

—Kleton, necesito pedirte algo. Es un tanto extraño y prefiero que no hagas preguntas, solo límitate a escuchar y ejecutar.

—¿De qué se trata, compañero?

—Necesito que le hagas llegar un mensaje a Luther. Un mensaje que no es mío.

—¿Y de quién es?

—De Azrael.

—Joder Zack, ¿en qué lío te has metido?

—Le debía una, simplemente eso, no hagas preguntas.

Lo oigo resoplar mientras acaba de colocar la ropa y se sienta en una de las sillas, bloc de notas en mano.

—Necesito que lo repitas tal y como yo te lo dictaré, sin modificación alguna.

— ¿Para qué crees que uso libreta y bolígrafo? Mi memoria no es tan lúcida como la de otros, como la tuya. Ahora dime, ¿cuál es el mensaje que debo transmitir a nuestro señor?

Se gira de espaldas a mí apoyando la libreta sobre su escritorio y

con el bolígrafo dispuesto a hacer correr tinta.

—Este es el mensaje: *Te compadezco, pues el destino que te espera es mucho peor que la muerte y yo lo observaré regodeándome, pues será la mayor de tus derrotas y la mejor de las venganzas. Disfruta de tu destino.*

Lo veo apuntarlo todo presuroso, concentrado en el folio que reposa frente a él.

—¿Y eso es todo?

—Sí, lo es.

—Es una amenaza.

—O una advertencia.

—Se la haré llegar hoy mismo a Luther.

—Gracias. Ahora voy a prepararme. Debo hacer una visita a alguien antes de que marchemos al teatro.

—¿Al teatro?

—Sí, Abbadon quiere jugar a ser actor de drama.

—Ya sabes lo que dicen, es muy teatrero.

Río sin ganas. Si realmente él supiera la historia de Abbadon no pensaría así. Tampoco la conocía yo, pero rumores habían llegado a mis oídos.

Tras despedirme, marchó a mi cuarto y me asomo a la amplia terraza. El sol acaricia mi rostro mientras los recuerdos hacen lo propio con mi memoria, rememorando el día de mi destierro.

Acaricio su espalda desnuda mientras la oigo respirar pausadamente. Verla dormir es un maravilloso espectáculo.

—*Despierta mi ángel, te quedaste dormida.*

Se remueve entre las sábanas, haciendo que estas resbalen por su cuerpo mientras ronronea.

—*Un poco más, solo un poco más.*

No abre los ojos, pero gira su cuerpo, quedando su rostro frente al mío. Su cuerpo, apenas cubierto d cintura para abajo por las marfileñas sábanas, clama por mis cuidados y ella no se da ni cuenta.

Beso sus ojos cerrados. ¿Cómo es posible que en un solo cuerpo resida tanta pureza, tanta bondad, tanta paz, tanta luz?

Mi mano la acaricia entera sin tocarla, es perfecta, hermosa y mía, solo mía, pues en su corazón, como bien me ha dicho, solo hay

sitio para mí, al igual que en el mío solo reside ella.

Mis labios bajan a su cuello y lo muerdo suavemente bajando por su clavícula hasta llegar al nacimiento de sus pechos. La miro a los cerrados ojos; sigue dormida. Recorro el contorno de sus pechos con suma lentitud usando mi lengua y estrechando cada vez más y más la zona acariciada hasta acabar atrapando su pezón entre mis labios y succionando de él como si de un infante deseoso de conseguir el alimento se tratara.

Mis manos acarician su desnudez. Es simplemente perfecta. La deseo como nunca desee a nadie y no me sacio de ella, al contrario, la necesidad se acrecienta cada segundo más y más.

Muerdo ligeramente su sonrosado pezón y tiro de él, provocando que de entre sus labios se escape un breve e inconsciente gemido. Sonrío mirando su bello rostro mientras con mimo y deseo me amamanto de ella, de su cuerpo, dando las mismas atenciones a ambos pechos.

Me coloco sobre su cuerpo y beso sus labios con pericia mientras acaricio su perfecto y porcelanoso rostro. Tengo más que claro que quiero vivir una eternidad con ella, pues me completa, es mi aire para respirar, la única responsable de que mi corazón bombee y la amo con todo mi ser.

Su cuerpo se gira boca arriba, dejando expuesta toda su belleza. Sonrío de lado mirándola mientras mi lengua recorre su vientre y mis manos y mis manos separan sus piernas con suma lentitud. El ambiente huele a la excitación de ambos y la condensación de calor va en aumento. Mi lengua continúa acariciando su piel hasta llegar a ese lugar sagrado al que considero mi hogar. Beso cada milímetro de sus caderas antes de rozar con mi lengua sus labios inferiores, los cuales abro con mis dedos para ofrecerle un mundo de placeres intensos e inigualables.

La oigo jadear y retorcerse mientras aumento la velocidad. Sus ojos se abren y me miran mientras gemidos traspasan la barrera de sus labios. Agarra mi pelo y tira hacia arriba mi cabeza para tumbarme y colocarse sobre mí, majestuosa. Antes siquiera de que me dé cuenta me introduce en su interior, aquel al que llamo mi guarida, mi refugio, mi hogar. Lo que mis ojos están viendo es un inmejorable espectáculo únicamente para mis sentidos.

Su cintura se mueve como si de una danza del vientre se tratase mientras nuestros labios se reconocen, demostrándose la devoción que sentimos el uno por el otro.

—Te amo, mi ángel.

—Y yo a ti. Tvayi anurágavân bhavâmi[15], más que a mi vida.

Hago girar su cuerpo colocándolo bajo el mío y entrelazo mis dedos con los suyos mientras acomodo sus manos sobre su cabeza y ambos demostramos con nuestros cuerpos el amor que nos profesamos.

Mi lengua acaricia su cuello antes de morderlo levemente preso de un deseo irrefrenable. Sus piernas rodean mi cintura y sus talones empujan mi trasero buscando profundizar mis acometidas. Me insta a girarme y queda de nuevo sobre mi cuerpo, permaneciendo sentada, rompiendo el contacto de nuestros labios y manos. La puerta de mi cuarto se abre entonces y tras ella aparecen Mia y Samael. Apenas nos da tiempo a reaccionar. Mia trata de frenarlo, pero este, consumido por la ira, avanza a grandes zancadas hacia nosotros mientras Dina cubre su cuerpo, yo no.

—Fuera de aquí. ¿No sabéis llamar antes de entrar? —mi voz suena altiva. Él ni siquiera me mira, tiene la vista clavada en mi ángel.

—Vístete, nos vamos —oigo como le dice a ella.

—No Samael, yo ya he escogido, asúmelo —la voz de mi ángel parece segura e imperturbable.

—Mithrael viene para aquí. Yo de vosotros me vestiría. Zackary, por favor... —Miro a Mia. Sus ojos suplicantes y dulces me enternecen y me hacen flaquear.

—Nos vestiremos, pero ello no significa que lo que acaba de ocurrir entre nosotros sea un acto prohibido ni que hayamos pecado ante los designios divinos, pues nos hemos encontrado y nos pertenecemos el uno al otro, en cuerpo y alma —sentencio a sabiendas que esto traerá consecuencias.

Pronto me encuentro rodeado de los que llamo siervos de Mithrael mientras se dicta sentencia ante una simple demostración de puro amor. Un amor que consideran prohibido defendiendo que Dina pertenece a Samael. ¿Desde cuándo? No se había atado a él, no como conmigo, o al menos ella así me lo había jurado.

A aquella rata asquerosa, también conocida como Samael, le

había faltado tiempo para ir a contárselo todo al supremo, y ahora sería juzgado por un acto que no merecía ser sentenciado. ¿Acaso el amor era un pecado? No, no podía serlo, dos personas que se aman tanto como nosotros no pueden estar cometiendo un error, y si volviera al pasado y tuviese opción de escoger a la persona amada con las consecuencias que ello comportara, mil veces escogería a mi ángel, porque no hay un amor más real, más fuerte y más puro que el nuestro.

—Zackary, se te acusa de forzar a Dina a mantener relaciones sexuales con la misma, maestra de las lenguas, de manera no consensuada. Este es uno de los casos en los cuales no mostramos clemencia, puesto que para los Bash el respeto prima por encima de todo—. Mithrael me mira con semblante serio y ojos oscurecidos.

—Él no ha forzado nada. Las relaciones fueron consentidas. También yo debería ser castigada con la misma pena que a él se le imponga —oí a Dina.

—Silencio Dina. Tus mentiras solo conseguirán que la pena sea mayor.

—No dejaré que asuma solo la culpa que es de los dos. Yo ofrecí mi cuerpo y corazón a este hombre porque estoy enamorada de él.

Mithrael golpea el rostro de mi ángel y al tratar de levantarme a defenderla una fuerza pesada me hace arrodillarme, preso del tormento al que Mithrael ha decidido someterme, mientras la lluvia empapa mi cuerpo y el dolor mi alma.

Gotas de agua cristalina resbalan por cada una de las plumas de mis alas como majestuosos diamantes acariciando el aire hasta tintinear en el suelo.

Sé cuál es el castigo por aquello que se me acusa y no permitiré que mi ángel corra el mismo destino que el que me espera a mí. Alzo la mirada y aclaro mi garganta antes de hablar mientras en silencio me despido de mis preciadas alas. Focalizo mi mirada un segundo en ella y sin emitir sonido alguno mis labios le hablan; TE AMO Y TE AMARÉ ETERNAMENTE.

La amaré, aunque el mundo deje de girar, aunque los relojes se paren, aun viviendo en mundos distintos, porque es la única que para siempre reside y residirá en mi corazón. La amaré porque no importa lo que pase, la distancia que nos separe, volveré a ella, aunque sea lo

último que haga, en mi último aliento. Será ella en quien piense cada día al despertar, a quien mande un beso antes de dormir, la que apretará mi mano en sueños para que no caiga, para que resista por los dos, pues ella es mi soporte, ella es mi todo, por ella vivo.

Desvió la mirada hacia Mithrael y hablo.

—Esta es mi confesión; soy culpable de forzar a la señorita Dina, a mantener relaciones no consentidas, a exhibir su cuerpo ante mí por placer ante mis exigencias, por besar sus labios cuando me negaba sus besos, por despojarla de sus ropas y dejarla a mi merced, por hacerla a mía. Yo, Zackary, he forzado a la maestra de las lenguas. Ella no es culpable de nada, es más, se negó y resistió en repetidas ocasiones y tuve que utilizar la fuerza. Soy culpable de los delitos por los que se me acusa.

—¡No, Zack, no mientas! Miente, lo hace para protegerme. Estoy diciendo la verdad. Soy tan culpable como él, pues yo consentí todo des del primer momento. Él es la persona con la que quiero estar y no me arrepiento de nada —mi ángel trata de defenderme, pero yo sé lo que pasará. Buscan una cabeza de turco y no dejaré que mi ángel comparta mi destino. Ella es importante para Mithrael, no la dejará ir. La quiere para Samael, lo sé. Maldito Samael...

—El reo ha confesado su fechoría y las palabras de Dina quedan en el olvido por falsedad —sentencia Mithrael. —Por tanto, Zackary, los Bash te declaramos culpable de todos los actos que has confesado y te condenamos al destierro en el mundo terrenal y a la pérdida de tus alas. Samael, ¿haces los honores? Samael se acerca a mi posición y se arrodilla con su daga en la mano, la daga hermana de la mía.

—Parece que al final la justicia siempre gana, ¿no crees? Estoy deseando arrancarte esas alas como tú arrancaste la inocencia de mi chica al forzarla a hacer cosas que no deseaba. Han sido muy benevolentes contigo, de ser por mí estarías muerto, aunque bien pensado, es mejor vivir eternamente atormentado que morir y quedar libre de culpa —me dice Samael.

—Estás consumido por el odio y la envidia. Lo veo en tus ojos. El rencor que me tienes por no ser el elegido es lo que te mueve, hace que esas despreciables palabras salgan por tu boca y que los actos que deseas llevar a cabo sean tan retorcidos y ruines.

Eve se clava en mi omoplato izquierdo y la hoja se retuerce rompiendo la prolongación de mi hueso. El dolor es insoportable durante el proceso, pero evito emitir sonido alguno por dos razones; no le daría el placer de verme sufrir un solo segundo, pues seguro era lo que deseaba ver, y no quería que mi ángel me viera demostrando flaqueza. La lluvia caía con fuerza sobre mis hombros. Otra puñalada, otro hueso partido, otra parte de mi ser desprendida de mi cuerpo, un paso más alejado del amor de mi vida. La oigo gritar negando que sigan torturándome. La ignoran. Prefiero sufrir mil humillaciones así a ver a mi ángel en mi posición.

Mis heridas cicatrizan al instante una vez que las alas son despojadas de mi cuerpo. No tengo tiempo de pensar el por qué, puesto que soy arrastrado al árbol sagrado, aquel que antaño me había traído al Edén.

Alzo la mirada y veo a mi ángel; presa del dolor al verme así, con el corazón roto, muerta en vida, mientras sus lágrimas se fusionan con las gotas de lluvia que empapan su rostro.

—Te amo mi ángel. Por siempre. Eternamente tuyo —no me dan tiempo a decir más. Hunden mi cabeza en el lago que rodea el árbol, inmovilizándome. Me relajo sabiendo que si me tensó y lucho contra lo que me depara, será mucho peor.

El fondo del lago me muestra a mi Dina, sonriéndome mientras me ofrece su mano. Extiendo la mía para aferrarme a ella, la única persona con la que quiero estar. El rostro, ahora acuoso, se difumina dando paso a la apariencia de Azrael, que sonrío de lado dándome de nuevo la bienvenida a su lado.

Tira de mi cuerpo con fuerza y acabo en las orillas del río Támesis, o eso parece, en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto.

—Bienvenido a tu nueva vida, amigo mío.

—¿No estoy muerto?

—No. Digamos que te han dado otra oportunidad o han decidido torturarte con una vida de soledad sabiendo que no podrás volver a estar con tu amada.

—No creo que haya sido para ofrecerme una nueva oportunidad.

—Tampoco yo lo creo. Solo trataba de ser cortés.

—¿Por qué estás aquí? —lo miro a los ojos esperando respuesta.

—*Simplemente porque iba caminando y te dejaste caer —lo oigo reír.*

—*Chistes ahora los justos. Quiero que me envíes allí arriba. Necesito volver con ella.*

—*Claro. Ahora mismo voy a contratar a William Morris para que te construya una escalera especial al Edén.*

—*¿William Morris?*

—*Déjalo. Veo que la ironía no va contigo, amigo mío.*

—*¿En qué año estamos en este preciso instante?*

—*1862, siglo XIX. Inglaterra.*

—*¿Puedes devolverme arriba?*

—*No, y aunque pudiera, que no es el caso, no deseo cambiar el curso de los acontecimientos, puesto que, sino todo quedaría alterado, incluso mi sino. Ahora tomemos algo, ha sido un cambio muy drástico para ti. Reflexionemos con alguna que otra copa.*

Camino siguiendo sus pasos hasta una taberna y al entrar puedo observar un ambiente sórdido y lúgubre, tal y como está mi corazón. Nos sentamos en una de las mesas y pedimos algo de beber.

—*Debo volver y recuperarla, Azrael.*

—*Eso no es posible y lo sabes.*

—*Nada es imposible.*

—*Si lo hubiera tampoco te lo diría.*

—*Te consideraba mi amigo.*

—*La muerte no tiene amigos, de lo contrario habría seres inmortales vagando por doquier en la Tierra y no puedo permitir eso, todo debe tener un equilibrio—. Lo veo alzar la mirada y sonreír a alguien que parece encontrarse a mi espalda. Un hombre, robusto y lampiño, se acerca con aplomo. —Este fue antaño un gran amigo, aunque ahora solo sea una rata de cloaca. Quizás él mitigue tu soledad—. Alzo la ceja mirando al hombre con cara de pocos amigos. —Su nombre es Onix. Espero que disfrutéis de una buena charla puesto que yo ya debo marchar.*

—*¿Qué quieres que haga con él, parca? —dice el hombretón desaliñado.*

—*Explícale quién eres —Azrael le sonríe de lado.*

Veo a Azrael alejarse, marchándose así del bar-taberna, y dejándome con este tipo, ¿Onix se llama? Tomo la palabra.

—Tú dirás. ¿Quién eres?

—Eso depende de quién seas tú. Si Azrael nos ha presentado es porque no eres un común mortal.

—Soy peor que eso. Soy un desterrado —lo veo examinarme lentamente.

—Eres un Bash —lo veo meter su mano bajo la túnica con una mueca de asco en el rostro.

—Era un Bash. Fue desterrado por enamorarme de una mujer y ahora lo único que deseo es volver a arriba a recuperarla—. Veo como sus labios, antes duros y serios, se convierten en una gran sonrisa.

—Ya sé por qué el viejo quería que nos conociéramos—. ¿El viejo? ¿Se atreve a llamar viejo a la misma muerte? Bien mirado tiene razón. ¿Qué hay más antiguo que la muerte? —Nos alegra tenerte entre nuestras filas y creo que tus conocimientos sobre los Bash nos resultarán muy útiles.

—¿Nos resultarán? ¿A quiénes? —esto no huele nada bien.

—Mi nombre es Onix, como bien sabes, y soy miembro activo de los Kazoos—. Me tenso al segundo con intención de empuñar a Doria. Los Kazoos eran nuestros enemigos mortales y debíamos acabar con ellos, exterminarlos.

—Debería matarte ahora mismo.

—¿Con qué? ¿Con ese palillo de dientes? —lo miro con furia en la mirada. —Me caes bien, chaval.

—No debería estar hablando con un Kazoo.

—No deberías juzgar tan a la ligera. No somos tan distintos como crees. A todos nos mueve algo, todos tenemos un objetivo, unos motivos, una historia. La tuya es recuperar a tu chica, según parece, y ojo, me parece genial colega, pero mírate. Tú contra el mundo. Demasiado “peliculero”. Puede que los Kazoos no sean perfectos, pero tienen un objetivo. Ser Kazoo no es solo acatar como un siervo aquello que nuestro señor Luther demanda. Hemos sido creados para localizar el mapa que conduce a la puerta de acceso al Edén y no para torturar al ser humano como los Bash creéis, aunque un poco de diversión nunca viene mal.

—Me importa bien poco qué seáis y el objetivo que persigáis. Yo solo deseo volver a arriba para recuperar a mi ángel y si esta es la

única manera lo haré—. Lo oigo reír y alzo la ceja.

—Si quieres ser un Kazoo deberás demostrar que serás fiel a nuestro credo y que no nos traicionarás, entregarte en cuerpo y alma a Luther y él decidirá si eres digno de convertirte en uno de sus Kazoos—. Todo sea por mi amada. Lo haré, aunque me condene por toda la eternidad, pues sin ella estoy muerto en vida y no existe esperanza alguna. Lo haré porque ella es la única que hace que mi corazón lata con tanta fuerza, y desde que me la arrancaron mis latidos son cada vez más débiles y apagados. Si no está a mi lado prefiero morir a sufrir así una eternidad.

—¿Qué debo hacer? —lo veo sonreír.

—Haz algo que enfurezca a Mithrael y a los suyos y después autodestrúyete o si lo deseas yo lo haré.

—¿Matarme?

—Para estar en presencia de Luther, debes abandonar el mundo mortal.

—Está bien. Nos encontraremos en esta taberna en un par de días. Habré acabado con mi misión y dejaré que acabes con mi vida —. ¿Qué pasaría si Luther me rechazaba? ¿Habría muerto en vano sin la posibilidad de recuperar a mi amada? Aunque, por otro lado, ¿qué sentido tenía seguir respirando día tras día sabiendo que ella jamás volvería a estar conmigo?

—Que así sea —dice Onix. Me levanto y salgo del lugar. Sé exactamente lo que debo hacer para enfurecer a Mithrael. Únicamente debo utilizar la influencia que todavía poseo sobre el ser humano para mostrarles el Edén, darles a conocer aquel paraíso de los seres superiores, que la información se fuera difundiendo como la pólvora, esfumando de un plumazo siglos y siglos de silencio en un intento de pasar inadvertidos.

El ejército inglés corre de un lado a otro mientras camino por las caóticas calles. Al preguntar a un transeúnte qué día nos encontramos, me informa que es 5 de mayo de 1862.

—Nuestro ejército auxiliaba al francés contra los mejicanos y han perdido. Debemos enviar más tropas para reforzar —me cuenta un joven.

Asiento y sigo caminando hasta llegar a la residencia de Eduardo VII. Pese a mi intento fallido de hablar con el rey, pues se encuentra

de viaje en Francia, consigo contactar con parte de la corte. Sonríó al pensar en cómo estará Mithrael, seguro que enfurecido. La comitiva del rey escucha incrédula mis palabras.

—Acérquense y yo les mostraré lo que con tanta duda intentan rechazar—. Y entonces lo veo. Un Bash en la comitiva. ¿Por qué no me he dado cuenta antes? Lo oigo hablar.

—Esto es una ultranza, una burla a la corona. Este loco debe pagar por sus mentiras y osadía en la guillotina.

—Antes debo confesarme, ¿no creen?

—No. Un hereje como tú no necesita confesor ni confesión alguna—. Los integrantes del consejo miran al joven que habla atónitos. —Guardias, apresadlo y llevadlo a la guillotina. Yo iré con ustedes para asegurarme de que cumplen con la orden que se les ha dado.

Antes siquiera de darme cuenta estoy arrodillado mientras la afilada cuchilla se asoma sobre mi cuello. Veo, entre los miembros del pueblo que se congregan en la plaza para observar el espectáculo, a un Azrael que niega poniendo los ojos en blanco. Se acerca con suma lentitud. ¿Es que acaso nadie lo ve?

—Volveremos a vernos amigo mío, mientras tanto debo cobrarme el último favor que te hice. Ya sabes, la posibilidad de recuperar a tu amada, o al menos volver a verla, a cambio de algo de igual valor, un valor incalculable que gustoso recibiré.

El tiempo se detiene a nuestro alrededor, solo existimos él y yo. Alza la ceja sonriente mientras su mano se coloca sobre mi frente.

—¿Cuál es el pago?

—Tu alma Bash. Prefiero arrancártela yo con mis propias manos antes de Luther.

—Si pierdo mi alma la pierdo a ella, pues es mi todo.

—Seguro que habrá algo que puedas ofrecerme a cambio de recuperarla. Tras tu visita a Luther volveré a hacerte una visita, si es que vuelves, y veremos si tu oferta me satisface. Si no fuera de mi agrado me quedaré tu alma. Es mi única oferta.

—Volveré a por lo que es mío, Azrael.

—Y yo te estaré esperando, amigo mío. ¿Tengo entonces tu consentimiento?

—Sí, lo tienes. Hazlo de una vez y acabemos con esto.

—Hasta pronto, Zackary.

Siento como mi cabeza explota en mil pedazos, como efecto del pago de Azrael, mientras trato de retener un grito de dolor que ansía salir de entre mis labios. Me aferro a la fría madera donde descansa mi terso cuerpo sintiendo gran suplicio únicamente mitigado por la afilada cuchilla que acaricia mi nuca limpiamente.

Ya no hay dolor, solo oscuridad. Oigo gritos, ruidos varios, caos. Algo o alguien golpea mi rostro. ¿Estaré soñando? Tengo calor, tengo sed, tengo hambre, ahora frío. Vuelven a golpearme y esta vez si consigo parpadear y acaban focalizando mi mirada en un robusto guardia. No es mayor que yo, sí más fuerte. Las venas de sus brazos son gruesas y se marcan en su morena piel.

Focalizo mi mirada en sus ojos, completamente blancos. ¿Es ciego?

—Rata repugnante, a la fila, ¡ya!

Su dedo señala el lugar mientras me levanto. Un gran número de personal forma una interminable cola. Ni siquiera veo el final. Miro a mi alrededor, grandes lámparas de luz tenue alumbran inmensos pasillos sin fin, salas y más salas a puerta cerrada por las cuales únicamente salen gritos de dolor y llantos. La sala donde me encuentro, de una extraña forma romboidal y las paredes, de un monocromo burdeos enmarcan un amplio habitáculo sin ventanas. Me sorprende a mí mismo juzgando lo que ven mis ojos. No me esperaba algo así. Las leyendas y los escritos afirmaban que se trataba de un lugar lúgubre, rocoso y en llamas, nada comparado con lo que mis ojos ven. En esta gran sala vacía solo falta la típica música ambiente.

Una patada en el abdomen me hace salir de mis reflexiones. Me levanto como puedo y me coloco en la fila. Maldito monstruo...

Delante de mí una muchacha rubia de largo cabello y baja estatura se gira.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunta.

—Zackary. ¿Y el tuyo?

—Yo soy Zenda. Encantada. ¿Por qué estás aquí?

—Por amar. ¿Y tú?

—Por matar.

—¿Por qué lo hiciste? —¿Realmente me interesa saberlo o es una simple pregunta de compromiso?

—Mi padre nos maltrataba a mi madre y a mí. Simplemente un

día me cansé —la veo encogerse de hombros.

—Entiendo—. Oigo un SIGUIENTE y la cola avanza en silencio. No sé qué decir con exactitud las horas o los días que se suceden hasta que llega mi turno después de avanzar por los interminables pasillos.

Alzo la vista ante aquel trono rojizo que corona la sala. Es majestuoso, grande y elegante. Sobre él descansa una figura imponente; ojos azulados, un cabello castaño alborotado, sombreado de barba de hace dos o tres días y unas cejas pobladas. Es simplemente una figura de autoridad que impone con una sola mirada. El influjo que tiene sobre los demás es poderoso, no me cabe duda.

—Siguiente —me coloco frente a él—. Nombre —veo al escribano a su lado, pluma en mano, que me observa impassible.

—Zackary Antikam.

—Así que tu nombre es Zackary, el marcado.

—Sí, así me hago llamar.

—¿Sabes quién soy yo?

—Me puedo hacer una idea.

—Grábate que jamás tendrás el derecho de llamarme Luther, para ti seré señor o amo. Ahora veamos si puedes serme útil—. Se levanta y camina a mi alrededor con el dedo en la barbilla. Reflexiona sobre algo o eso es lo que a mí me parece. —Interesante, ¿un ángel caído? —Me quedo callado— ¿Un repugnante Bash o un Balano[16]?

—Un... Balano.

—Bien, de lo contrario tu destino no sería tan agradable. Ellos son mis bufones, mis perros, mis esclavos—. Procuro mantenerme impassible. — ¿Y cuál es el motivo por el que estás aquí, Balano?

—Me revelé contra Mithrael.

—Interesante. Muy interesante —se acerca y coloca dos dedos en mi frente mientras cierra los ojos, antes de golpearme con fuerza—. Asquerosa rata Bash. Has cometido el peor de los agravios hacia mi persona, mentirme. He visto lo que ha ocurrido.

—Si sabes lo que ha ocurrido sabrás que odio a Mithrael tanto como lo odias tú y deseo acabar con su existencia.

—Te escucho.

—Podéis usar mis conocimientos Bash en vuestro favor para los

planes que tengáis contra ellos.

—Un traidor de su credo, me gusta. Pero si me traicionas a mí, te aseguro que el infierno, este pestilente cubículo donde me retienen, será un paraíso comparado con lo que te esperará a ti —asiento.

—Sabes que puedo serte de ayuda. Ambos compartimos el mismo deseo; liberarnos de nuestra penitencia y vengarnos.

—Tienes agallas muchacho, lo reconozco, no muchos se atreven a hablarme en ese tono de igual a igual, y menos con tanta desconsideración —acaricia mi pecho colocando su mano a la altura del corazón, que bombea sereno. No tengo miedo, solo quiero recuperarla a ella, mi ángel—. ¿Dónde está tu alma Bash?

—Fui despojado de ella cuando descendí.

—Qué pena. A partir de ahora serás uno de los míos, mi chivata. Me contarás todo sobre los Bash y a cambio yo te daré este regalo—. Aprieta mi mandíbula para hacer que abra la boca y cuando lo hago me mira sonriendo de lado. —Lex, tráela—. ¡¿Qué es eso?! ¿Una serpiente? Sí, es algo semejante lo que lleva ese misterioso e invidente muchacho. ¿Qué piensan hacer? —Esta es Starla. Ella te va a dar ese regalo del que te he hablado. Ahora relájate y ella te marcará con su particular veneno—. Miro a la negra serpiente que Luther se encarga de acercar a mi boca. Sus blancos ojos la hacen tener un aspecto fantasmagórico. ¿Acaso no tiene pupilas e iris? No es de gran tamaño, pero se retuerce con ferocidad. Parece incluso más peligrosa que una cobra real. Su piel casi roza mis labios mientras abre la boca mostrándome sus colmillos antes de escupir un líquido que aterriza directamente en mi lengua. Intento alargar mi mano para limpiar esa especie de líquido viscoso, pero no puedo moverme. Luther sonrío entonces. —El paralizante de Starla es muy potente e instantáneo, ¿no crees? —. Ni siquiera puedo contestar, mi cuerpo no responde y no consigo emitir sonido alguno. Me tumban en el suelo mientras Luther sigue agarrando mi boca para que esta no se cierre. ¿De veras cree que en estos momentos podría siquiera mover un músculo? Starla se cuela por mi cavidad bucal con suma lentitud mientras, supongo, inspecciona el terreno. Respiro agitadamente. ¿Qué va a ocurrir? La siento resbalar por mi garganta mientras procuro reprimir unas arcadas que sé que mi cuerpo no logrará reproducir. Se desliza lentamente, incluso puedo sentir su lengua

acariciando mis entrañas. Roza mis pulmones hasta llegar al corazón, que bombea desenfrenado. No sé qué está haciendo, ha dejado de moverse, he dejado de sentirla hasta que un dolor insoportable se adueña de mi corazón. Aquel pequeño y escurridizo reptil ha clavado sus colmillos en él.

El ardor al segundo es insufrible, recorre cada milímetro de mi ser haciéndome sentir como si las venas se retorcieran y se trenzaran las unas con las otras. Grito de dolor, pero el sonido no escapa por mis labios, quedando así retenido en mi mente. Ese tormento es casi insoportable y el corazón ralentiza sus latidos hasta niveles insospechados. Siento y veo como dan la vuelta a mi cuerpo mientras el dolor se acentúa, como mil brasas combustionando mi piel. Starla está subiendo. Ya la siento por mi garganta y sube acariciando las paredes de esta con su lengua viperina hasta salir serpenteando por mi boca.

—Buen trabajo, mi fiel amiga. Ahora me toca a mí—. Veo a Luther acariciar a la serpiente con sus dedos, curiosamente coronados por un esmalte oscuro, como oscura era su alma. ¿Sería esmalte negro? ¿Pero qué sandeces estoy pensando? Mi cuerpo sigue boca abajo mientras veo a Luther entregar el reptil al muchacho ciego, ese tal Lex, que se evapora con Starla. —Y ahora mi regalo.

Las negras uñas de ambas manos se clavan en mis omoplatos. Siento la carne desgarrarse milímetro a milímetro mientras se retuercen en busca del hueso que pronto encuentran, para arañarlo también.

Cierro los ojos y veo el cuello de Samael desgarrado por mi daga mientras se desangra a gran velocidad, a su lado una figura, que reconozco como la mía, sonrío triunfal.

—Veo tus pensamientos Zackary, eso es lo que puede llegar a pasar si abrazas tu alma Kazoo y te unes a nuestro credo. Abandona el antiguo y déjate guiar por aquello que con tanto ahínco defendemos.

El paralizante me impide contestar y solo puedo sentir como sus dedos y sus uñas se retuercen en mi piel antes de salir de ella. Se coloca frente a mí y se chupa los dedos manchados con mi sangre. — Enhorabuena, es un niño—. Lo miro sin saber de qué habla. — Podrías reírte un poco, que era una broma... Ah no, que no puedes

— Lo oigo reír con fuerza. — ¿Recuerdas tus preciosas alas amputadas? Pues ahora son más hermosas si cabe y de mi color predilecto, el negro. Míralas, —señala mi espalda— están esperando a que las admire su portador.

Intento moverme, pero no consigo que mi cuerpo responda. Lo oigo reír mientras manda a dos de sus invidentes a cogerme y llevarme a una de las habitaciones.

En la penumbra puedo reflexionar sobre lo ocurrido. Ya no siento dolor alguno. Una tibia luz rojiza alumbra la estancia mientras sombras informes y asimétricas se pasean por las paredes. Vislumbro con excelente nitidez una mota de algún tipo de partícula que se empeña en reposar en la punta de mi nariz. Intento deshacerme de ella, pero el cuerpo sigue sin responder. Procuro ignorarla mientras mi sentido auditivo capta cada uno de los gritos que se emiten a mi alrededor. Jamás, ni como Bash, mis sentidos habían sido tan agudos ni mi corazón había sentido tanta indiferencia ante las atrocidades que seguro se estaban cometiendo en aquellas salas contiguas a la mía.

Nada me importa, ni siquiera volver a moverme, volver a caminar. Un hormigueo se adueña de mis extremidades y poco a poco voy recuperando la movilidad que me había sido arrebatada. Retiro la mota de mi nariz agotado por unos días cargados de tensión, incertidumbre y vacío, pero a la vez me siento fuerte, poderoso, letal. Aun así, mi cuerpo pide reposo, descanso, aquel que solo puedo ofrecerle cerrando los ojos y dejándome abrazar por la oscuridad.

—¡Chivata, despierta!

Abro los ojos lentamente. ¿Cuánto habré dormido? No importa. Focalizo la mirada en Luther, que alza la ceja derecha mientras sonrío altanero. Aprieto la mandíbula buscando contestar de una manera correcta, pues de no ser así todo habrá sido en vano.

—Dígame, mi... señor.

—Aprendes rápido, chivata. Hoy empieza la fase uno de tu evaluación. Veremos si eres un Kazoo en potencia o será mi bufón y te quedarás aquí para servirme como el resto de mis esclavos. Levanta y ven conmigo, quiero mostrarte algo.

Me siento en la cama antes de incorporarme y seguirlo por uno de los innumerables pasillos a la espera de ver aquello que desea

enseñarme.

Entramos por una puerta negra y robusta cerrada con una cerradura muy antigua, a mi parecer.

—Esta sala es mi sala de reposo y deleite. Aquí puedo pasarme horas y horas contemplando mi pasado. Vamos a alimentar ese odio que tienes para demostrarme que realmente deseas tanto como yo la cabeza de Mithrael. Colócate frente al espejo y extiende tus alas. ¡Ahora!

Me encamino hacia la posición que me indica, frente al espejo, y muestro mis alas del mismo modo que tantas y tantas veces lo había hecho en el Edén. No duele hacerlo y ello me sorprende. Lo miro con sorpresa sin entender.

—Yo cuido de mis chicos —sonríe con el semblante bañado por la malicia, el rencor y el odio. ¿Hacia Mithrael? ¿Qué habría ocurrido entre ellos para que estuvieran así las cosas?

Focalizo de nuevo la mirada en el espejo. Son unas alas hermosas, de eso no cabe duda, pero no tan grandes y majestuosas como las que antaño había poseído.

El reflejo del espejo, que ofrecía una visión de mi cuerpo alado de nuevo, se transforma en una nebulosa que acaba originando otro escenario; el día de mi destierro, pero yo ya no estoy allí. Miro confuso a Luther.

—¿Cómo puede ser un recuerdo de mi pasado si no formo parte de él?

No emite sonido alguno. Con un ademán me insta a seguir mirando mientras sonrío.

Veo a los presentes abandonar el lugar del destierro en el espejo, quedando solos Mithrael y Dina. No consigo leer los labios de ambos y el espejo no emite sonido alguno, solo puedo observar como Mithrael agarra a mi ángel por un brazo hasta dejar sus dedos marcados, volviendo liliácea la piel de mi Dina. Ella trata de apartarse y él abofetea su rostro sin piedad. Tiene el pómulo hinchado y los labios prietos. Se mantiene firme. Esa es mi chica. El espejo cambia de imagen. Dina, apoyada en una de las paredes del castillo de Mithrael mientras este maltrata su cuerpo latigazo a latigazo. Corro hacia el espejo, procurando evitar que haya un tercero, y golpeo el cristal, haciendo que se rompa en mil pedazos. Mi ángel... ¡No! La

amo, pese a haber perdido mi alma y haberse marchitado mi corazón. ¿Cómo es eso posible?

—Prueba superada.

—Quiero subir y matarlo —siseo entre dientes.

—Para eso nos preparamos Zackary. Lo que has visto era solo una proyección de lo que podría haber pasado a tu marcha. Es lo que tu mente más teme, tu peor pesadilla. No muestra recuerdos, sino debilidades, por eso yo no tengo ninguna.

—Me mentiste.

—Chivata lista. De no haber sido así no hubiese podido valorar tu reacción del mismo modo. Sin acto real no hay reacción real, ¿no crees? Llamaré a mis perros para que recojan esto. Por suerte tengo miles de estos espejos, sino me saldríais muy caros.

—¿Dónde vamos ahora?

—A tu segunda fase. Sígueme. La fase uno, el reflejo de la venganza, ha sido llevada a cabo de manera satisfactoria.

Caminamos por otro pasillo, este ambarino, hasta llegar a una gran sala con una mesa en el centro y dos individuos sentados en dos sillas frente a ella.

—Míralos bien porque hoy los juzgarás como fuiste juzgado tú. Uno de ellos, como reconocerás, es uno de mis bufones —miro a un joven robusto de casi dos metros, anchas espaldas y cabello corto. Ojos blancos, por supuesto—. El otro es un anciano que se lo juzga como ladrón. Mi esbirro, un asesino de mujeres y niños, es muy eficaz, mientras que el anciano me es poco útil. Frente a ellos hay dos frascos; uno contiene veneno y otro solo agua. Juzga cuál de los dos merece bajar al más profundo de los infiernos y entrégale el frasco negro, otorgándole el rojo al individuo que consideres que debe ser salvado. Únicamente tendrás sesenta respiraciones para decidir, de lo contrario será tú quien tome el veneno. Decide bien y que empiece la segunda fase.

Miro a ambas víctimas, uno con el semblante serio y finos labios prietos mira sin ver hacia el horizonte, el asesino. El otro, un anciano que únicamente había cometido el delito de sustraer algo a alguien no merecía un castigo equiparable al del siervo de Luther. El anciano focaliza su mirada en mis verdosos ojos. Se lo ve triste, apesadumbrado, parece que se ha rendido mientras vislumbra un

destino lleno de dolor y tortura.

Observo ambos frascos y los acojo entre mis dedos. Rojo y negro. Vida y muerte. Sufrimiento y redención.

Reflexiono por unos instantes, no en quién es merecedor del premio y quién del castigo, sino en qué es lo que Luther espera que haga y lo que escogería un buen Kazoo.

Miro los frascos y lo tengo claro. Sé lo que haría como humano; sin duda el asesinato era un delito mayor al robo y merecía ser penado con un castigo ejemplar, el mismo destino que él había ofrecido a sus víctimas, la muerte. Pero no, con Luther frente a mí no podía pensar como humano, sino como uno de los suyos. El alma Kazoo me susurra la decisión que debo tomar, ¿o acaso es un simple eco de mi subconsciente? ¿Es real ese murmullo que recorre mi cuerpo acariciando cada recoveco de mi ser?

Observo detenidamente una vez más los frascos e incluso creo vislumbrar las siluetas de mis condenados. Sí, míos, pues yo soy o seré su verdugo. Sacudo la cabeza en un intento de que vuelva a mí la cordura y alzo la vista hacia Luther sabedor de lo que debo hacer.

—La decisión está tomada —digo.

—Así me gusta chivata. Rápido y sin remordimientos. Haz que ingieran el líquido y veremos si has superado la segunda fase.

Miro a los reos sentados en sus asientos con la mirada gacha mientras Luther sonrío disfrutando del espectáculo que contempla, sea quien sea el encargado de abandonar aquel nivel de falso confort para pasar a una tortura y un sufrimiento eterno en el más bajo de los infiernos.

Destapo los frascos y los miro a ambos.

—Alzad vuestras cabezas y abrid la boca. Ha llegado el momento.

Ambos se colocan en posición y yo camino hacia ellos, colocándome a sus espaldas. El líquido de ambos frascos se derrama por ambas gargantas, negro para el anciano, rojo para el siervo de Luther.

Capítulo 17

(...) No necesitas tener a alguien contigo para traer una nueva luz a tu vida. Está ahí fuera, solo tienes que hacer el gesto de agarrarla (...).
Anónimo

—A ver si entiendo lo que acabas de explicar. ¿La pelirroja es una feminista vengadora que quiere comerte?

—No es feminista, también castiga a mujeres.

—¿Y eso de que tiene hambre de ti? ¿En qué sentido?

—¿Estás celosa?

—No. Esa mujer no me da buena espina, eso es todo —lo veo acercarse y acariciar mi mejilla.

—Yo te protegeré, no te preocupes.

—No Sam, soy yo la que debo protegerte a ti y no dejaré que esa mujer se te acerque.

—No puedes con ella y lo sabes. Es un ser original.

—Entréname entonces.

No responde, coge su maletín y se encamina hacia la siguiente clase, siguiéndolo yo en silencio.

El día avanza con una rapidez aplastante y pronto me encuentro sentada en el asiento de copiloto de un Kia Rio. No me esperaba aquel coche sabiendo el dinero que Sam tenía.

—Vamos a casa, mi morena rebelde.

—Deberíamos pasar por mi piso para recoger algunas cosas que necesito.

—Lo que necesites, Dina.

Ignoro el modo en el que me llama puesto que debo empezar a acostumbrarme. Al llegar y aparcar, subimos a mi ahora antiguo hogar y recogemos todo lo necesario para trasladarme a mi momentáneo domicilio.

Entro en el baño para preparar el neceser. Enciendo el grifo para refrescarme, el sudor por el correr arriba y abajo empaquetando todo lo imprescindible había hecho que mi cuerpo se perlara por la transpiración del mismo. Recojo agua con las manos y empapo mi

cara cerrando los ojos por un instante.

—*Eres hermosa.*

Me giro y lo veo, imponente, con un brillo especial en los ojos. No debería estar aquí, apenas llevo ropa que cubra mi piel, pero me siento cómoda con su presencia.

—*¿Qué haces aquí?*

—*Estaba preocupado por ti.*

—*Estoy bien. Solo necesitaba un minuto.*

—*Uno y todos los que necesites, Dina.*

—*Sam, deberías salir de mi baño.*

—*Eso es lo que debería hacer, pero no lo que quieres que haga.*

No necesito apartar la mirada del espejo ni girar mi cuerpo y dejar de sostenerme en la pica, lo reconocería siempre; su voz, su perfume, su respiración, el calor que desprende su cuerpo, lo imponente y excitante de su voz.

Se coloca a mi espalda y acaricia mis hombros bajando lentamente por mis brazos hasta entrelazar sus dedos con los míos. Sus labios rozan mi cuello y suben hasta mi oreja. Su lengua la recorre mientras un escalofrío recorre mi cuerpo. Me gira sin miramientos y se relame mirando mi cuerpo.

—*¿Ves algo que te guste? —¡Seré descarada!*

—*Toda tú me gustas, de los pies a la punta de cada una de tus plumas, pasando por tu bello rostro.*

Enciendo el grifo como puedo y antes de que ni siquiera parpadear, tiro un buen montón de agua a su rostro, empapándolo.

Me río al instante, él me secunda y pronto rodea mi cuerpo entre sus brazos mientras me hace cosquillas. No puedo parar de reír un segundo.

—*Mentiroso. No soy bella, solo eres tú, que me ves con buenos ojos.*

—*Los que tengo, nena.*

—*Son hermosos.*

—*Un cumplido de la maestra de las lenguas, me siento honrado.*

—*No te burles —golpeo su pecho sin dejar de reír.*

—*Adoro verte reír, me llena de dicha.*

—*Tú lo haces posible, Samael.*

—*Vístete, Belle quiere verte y yo tengo trabajo. Tira —azota suave mi trasero.*

—*Oye... ¿Qué ha sido eso?*

—*No sé de qué me hablas —trata de disimular.*

—*¿Dónde vas esta vez?*

—*A África —asiento y me coloco uno de mis vestidos con mi marfileña túnica.*

—*¿Por cuánto?*

—*Poco. Un par de lunas.*

—*Bien.*

—*Estás preciosa. Eres el ser más bello que jamás ha existido — noto como mis mejillas arden y sonrío. Me siento tonta al comportarme de esa manera, pero procuro apartar ese pensamiento de mi cabeza mientras caminamos en dirección a la residencia de Belle. La encontramos en sus jardines conversando con Zack, mi Zack. Siento mi cuerpo tensarse al instante y Sam aprovecha para rodear mi cintura con su brazo para transmitirme seguridad y tranquilidad. Si supiera a qué viene debida la tensión...*

Cierro el grifo y seco mi rostro empapado con una toalla. ¿Por qué Zack había decidido convertirse en Kazoo? ¿Había sido repudiado y desterrado del Edén? ¿Por qué? Trato de concentrarme en busca de respuestas. Mi último recuerdo en el Edén es... Respiro profundamente y dejo la mente en blanco para centrarme en él. Veo imágenes tiernas. Zackary acariciando mi piel bajo unas suaves sábanas mientras nuestros ojos desprenden puro amor. Aprieto los dientes, es demasiado doloroso. ¿Por qué me dejó? ¿Por qué decidió cambiar de credo y abrazar a los Kazoos como un igual? ¿Acaso todo fue fingido? ¿Y si nunca me quiso y fue un papel que representaba para introducirse entre nuestras filas? Imposible. Jamás hubiera podido ascender al Edén si fuera así. ¿Qué habría ocurrido?

—*Nena, ¿estás lista?*

Samael me saca de mis pensamientos y reflexiones. Asiento mirando su reflejo en el espejo. Lo veo acercarse cautelosamente y coloca sus brazos en mis hombros para, seguidamente, deslizarlas por mis brazos hasta entrelazar sus dedos con los míos. *¿Dejavú?*

—*Deberíamos irnos, Samael.*

—¿Estás segura de que quieres que nos vayamos ahora?

—Sí. Quiero conocer el que va a ser mi nuevo y temporal hogar.

—Como quieras.

Desliga sus dedos de los míos y se encamina hacia la salida con un par de maletas que faltan por bajar mientras yo hago lo propio con el neceser, bolso y chaqueta. Una vez en el coche y listos para partir lo miro a los ojos.

—Samael, sabes que no podemos estar siempre juntos.

Trabajamos juntos y vivimos juntos y debemos permanecer unidos para que yo te proteja llegado el momento y tú me protejas a mí, pero yo necesito mi espacio, mi tiempo sin ti, relacionarme con otras personas o simplemente estar sola.

—Lo sé, pero me cuesta alejarme de ti —suspiro—. Procuraré hacer el esfuerzo.

—Te lo agradezco.

El sonido del motor me relaja más de lo que espero. Los nervios por conocer mi nuevo hogar se han evaporado, no tanto mi curiosidad. Desvío la mirada hacia el reloj del salpicadero del coche. ¿Dos horas desde que salimos de mi piso? No me he dado ni cuenta.

—¿Dónde estamos, Samael?

—En la calle Penthouse, exactamente en el número 127.

—Ajam... y ¿me puedes explicar por qué motivo vives a dos horas de la facultad teniendo recursos para hacerlo a dos pasos?

—Porque como ahora te darás cuenta, no hay vistas más magníficas que las del ático más caro y espléndido de Londres.

—A ver si lo he entendido bien, ¿pasas cuatro horas diarias al volante por las vistas?

—Así es, por eso y porque a ella le gusta.

—¿A ella?

—Ya la conocerás. Creo que os llevaréis bien.

Lo veo aparcar el coche en el garaje del elegante y lujoso edificio y lo miro a los ojos.

—¿Tu otra residencia es semejante a esta? —pienso en Kil, Luca, Matt y Raziel.

—No es tan excéntrica, pero podría decirse que, aun con los años, mis gustos no cambian, se mantienen intactos —me mira de arriba abajo y pongo los ojos en blanco. Hombres... quiero decir

ángeles...

Se acerca a mí y atrapa un mechón rebelde de mi achocolatado cabello para colocarlo tras la oreja. Entro en tensión inconscientemente y desvío la mirada hacia arriba. ¿Me estarán observando y analizando cada uno de mis movimientos? Es muy probable. ¿Y si comportarme de este modo dificulta la posibilidad de conocer la identidad de los que un día fueron mis padres? ¿Cómo poder saber si Mithrael me decía la verdad y realmente era y es conecedor de la identidad de mis familiares? No, no jugaría de nuevo con los sentimientos y el corazón de Samael, aquella Dina había muerto, ahora solo existía Naia y no usaría a las personas en beneficio propio.

Besa mi mejilla y cierra los ojos suspirando débilmente justo antes de que se aleje de mis maletas en sus manos, o al menos parte de ellas, al que será des de ahora mi nuevo hogar.

Puerta con código de seguridad y lector de tarjetas, no esperaba menos del señor fanfarrón-ostentoso. Salón a doble altura, cocina americana, acuario inmenso, vistas inmejorables de Londres, gimnasio muy completo, cuatro habitaciones de matrimonio, dos baños, uno de ellos con sauna y jacuzzi... Vamos, lo que suele llamarse un pisito básico de periferia. Pongo los ojos en blanco ante mi estúpido comentario irónico mental. Miro uno a uno los dormitorios. Cuatro. Lo observo entrecerrando los ojos.

—Sabes que aquí podríamos estar con Kil, Luca y Matt. Hay camas suficientes para todos, pues los primos duermen juntos.

—Por supuesto que lo sé, pero así estamos más cómodos, además mi seguridad no depende de ellos sino de ti, eres tú a quien necesito cerca.

—Eres imposible.

—Gracias, mi morena rebelde. Ahora escoge habitación.

Lo ignoro mientras reviso los cuatro cuartos. Cuatro estilos, cuatro tonos de color, cuatro temáticas, cuatro significados.

Una habitación verde rodeada de ventanales y diferentes elementos decorativos se presenta ante mí. Es bonita, transmite paz, pero hay algo que no me convence. Siguiendo cuarto. Tono salmón salpicado en cada una de las cuatro paredes adornadas con diferentes objetos del antiguo oeste e incluso de rodeos. Me giro y lo

encargo.

—¿Ahora también eres William H. Bonney?

—No, no soy Billy el Niño, simplemente quise ser algo original. Siempre se puede escoger, no hay que quedarse con lo que antaño gustaba, lo clásico. A veces escoger otras opciones es lo que nos hace felices a la larga.

—¿Seguimos hablando de habitaciones? —es obvio que no. No me contesta y vuelvo a girarme para visitar la tercera estancia. Me encuentro con una habitación de un liliáceo tenue donde priman los libros, el cine, la música y de más tesoros que hacen que mis pupilas se dilaten al instante. Sé al segundo que esta es la habitación que quiero, aunque por pura cortesía le echaré un rápido vistazo a la cuarta y última estancia. Rojo pasión, con todo tipo de elementos sugerentes que dejan poco a la imaginación. Esa, sin duda, sería la preferida de Luca. El teléfono de la mesita de noche llama mi atención, unos labios rosados. Puede que me lo agencie para la nueva habitación para romper un poco el clímax de don perfecto en sus cuartos estudiados milimétricamente.

—Creo que esta es perfecta para ti Dina, refleja esa pasión y esa sensualidad que siempre te ha caracterizado y que hacía que cualquiera cayese a tus pies de rodillas con un simple movimiento o una simple mirada.

—No. Ya decidí. Me quedo con la tercera sin duda, la lila.

—Perfecto. Dormirás conmigo entonces.

—¿Contigo?

—Sí, la violácea es mi habitación. Quería darte la posibilidad de escoger entre todas las posibles habitaciones, la más afín a ti y de entre todas las opciones me escogiste a mí.

—A tu cuarto, querrás decir.

—Sí... claro, mi cuarto.

—No importa, me instalaré en la primera, la verde, me gusta estar rodeada de naturaleza.

—Lo sé, me lo decías cuando estábamos en el Edén.

—Aquello ya es pasado y como te dije, yo ya no soy la misma persona que conociste arriba.

—Me he dado cuenta. Instálate en la verde si es lo que deseas, pero ya sabes que siempre puedes dormir conmigo si cambias de

opinión.

—Gracias por la oferta, pero no, preferiría dormir en la caseta del perro.

—No tengo perro.

—Mejor, pobre animal si así fuera —noto como me ignora y eso me exaspera.

—Pero sí tengo algo que algún día me gustaría enseñarte.

—El chiste de un gusano o una anaconda está ya muy usado.

—No es eso —lo veo resoplar—, olvídale.

Me giro y empiezo a deshacer el equipaje sobre la cama de la vercosa habitación. Se acerca a, lo que parece, ayudarme.

—Deja que te ayude —sus dedos chocan con los míos sobre una de las maletas y nos miramos a los ojos.

—Deja de hacer eso.

—¿El qué? —otra corriente eléctrica.

—Eso.

—¿Tú también lo sientes?

—Sí, así que haz el favor de parar.

—Yo no lo controlo, es algo que siempre nos pasó, no podemos evitarlo.

Me quedo en silencio, en estos casos es mejor dejar pasar el incómodo silencio. Él lo rompe al segundo.

—Ya sabes que siempre puedes mudarte cuando lo desees a alguno de los cuartos restantes, el cuarto rojo y sensual que esconde mil y un secretos, el salmón para cabalgar como en el salvaje oeste, o ya sabes, el mío.

Pongo los ojos en blanco por sus más que explícitas insinuaciones y acabo de colocar todas mis cosas en el que será mi nuevo cuarto. Al salir, un aroma delicioso invade mis fosas nasales. Me dejo guiar por él llegando inconscientemente al salón principal donde una mesa perfectamente decorada y con un par de velas aromáticas me espera con unos deliciosos platos que harían salivar al mismo Gordon Ramsay.

—¿Y esto, Sam?

—Quería preparar algo especial en tu primera noche como Naia a mi lado. Quiero que la recuerdes siempre. Para empezar, degustará el *rizzotto* de la casa seguido de langosta y de postre —me mira de

arriba abajo— Dome's Truffle Ice.

—¿Qué se supone que es eso?

—Helado de Trufa Perigord en capas y cubierta de chocolate, con hojas de oro bañado con una copa de Cognac Moyet Tres Vieille Grande Champagne n° 7.

—¿Tú has hecho todo esto?

—No. Lo encargué antes de que Lilith entrara en el despacho. Lo trajeron hace un rato, mientras ordenabas tu nueva habitación. Solo me encargué de colocarlo todo con buen gusto —me guiña el ojo.

—Y la definición del postre, ¿también la tenías preparada?

—Por supuesto, jamás dejo cabos sueltos.

—Ya veo.

—¿Cenamos?

—Claro, por qué no.

Ambos nos sentamos en la mesa, él, muy caballeroso, retirando mi silla, cosa que agradezco con una sonrisa. La verdad es que había sido una sorpresa agradable. Este es el Samael que me gustaba y no el profesor egocéntrico.

Vierte lo que parece Champagne en un par de copas.

—¿Más? —miro mi copa.

—No, gracias. Sam, quería agradecerte esto, la verdad es que no tenías por qué haberlo hecho y ha sido un hermoso detalle.

—Todo es poco para mi...protectora.

Sonrío y cenamos en silencio mientras Emeli Sande suena de fondo con su tema Read All About It. Nuestros ojos se encuentran a cada instante. Nos mantenemos la mirada sin pudor. Todavía recuerdo nuestras cenas a la luz de las velas en el Edén, mientras un manto de flores cubría nuestros pies y el sonido del agua de las cascadas caer lo inundaba todo con un suave y tenue cantar. Había llegado a enamorarme de Samael, sí, pero las amenazas de Mithrael habían apagado la llama. Era consciente de que él, mi Sam, no era culpable de nada, pero aun así mi corazón se había congelado, creando una coraza irrompible, una que solo había conseguido traspasar Zack, derribando todo a su paso. ¿Qué habría pasado? ¿Por qué había decidido abandonarme en pos de una vida de servidumbre a Luther? Y lo peor, ¿por qué no podía recordarlo? Las preguntas no cesan en su empeño de martillar mi mente, de

torturarme. Focalizo la vista en mi mano, que sostiene el tenedor con fuerza, convirtiendo mis nudillos en blanquecinos pedazos de piel. Lo suelto como si quemara, haciendo que caiga al suelo estrepitosamente.

—No te preocupes, te traeré otro —oigo a Samael alzarse de su silla y recoger el tenedor del suelo antes de marchar a la cocina para cambiarlo por otro.

¿Sería demasiado inadecuado preguntar a Samael por el tema que ronda mi cabeza desde que había sido liberada de las garras de los Kazoos? Quizás sería más apropiado hablar con Kil, pero esta situación me tortura en demasía. Lo haré.

Lo veo volver y entregarme de nuevo el tenedor antes de sentarse. Sin más preámbulos formulo la pregunta mirando directamente a los ojos de mi anfitrión.

—¿Por qué Zackary es un Kazoo ahora? ¿Qué ocurrió? —lo veo apretar los dientes. Estoy segura de que hablar de Zackary le incomoda, pero necesito saber, necesito respuestas.

—¿No lo recuerdas?

—No, no recuerdo lo que pasó. Esa parte está completamente vacía, como si de una diapositiva en blanco se tratase.

—Él nos... traicionó. Alguien estaba mandando información valiosa sobre los nuestros al enemigo, información que solo un Bash conocía, no únicamente relacionada con el mapa, sino de temas que afectaban directamente a Mithrael. Nunca hemos llegado a saber hasta qué punto son conocedores de ciertas informaciones, solo sabíamos que había un topo en nuestro clan y cuando descubrimos quién era fue desterrado. Después, como has podido comprobar, se unió a aquellos a los que ayudaba, sus amigos, sus queridos Kazoos.

—Zack no haría tal cosa.

—¿Todavía lo defiendes? ¿Después de lo que te ha hecho? Te creía más sensata, Dina.

—No te equivoques, no defiendo nada, es solo que conozco a Zack y me resulta imposible que traicionara a los Bash. Él habría hecho cualquier cosa por su credo.

—Pues parece que no es así. Las apariencias engañan, muñeca.

—Ya me estoy dando cuenta, y no solo con Zackary —alzo la ceja y termino la cena en silencio.

Pese a las negativas de Samael, consigo que ceda y me deje fregar los platos y recoger el comedor mientras se da una ducha. Acabo antes de lo que me esperaba y me quedo apoyada en el marco de la puerta mirando, sin buscarlo, la puerta entreabierta del baño. ¿Cómo he podido llegar a esta situación? Días atrás no conocía nada de esto y simplemente era una estudiante del montón que asistía a un seminario literario y había acabado en la casa del que consideraba mi enemigo. Irónicamente me viene a la mente la película de Julia Roberts, *Durmiendo con el enemigo*. Coloco los ojos en blanco ante mis pensamientos absurdos y entonces lo veo, tras la puerta entreabierta aparece el cuerpo desnudo de Samael. Su perfecto trasero y cuadrada espalda me saludan mientras él, ajeno a mi escrutinio, seca su pelo con la toalla y mira el empañado espejo. Tengo que reconocerlo, es simplemente un Adonis perfectamente esculpido, pero no, Naia. No volverás a mirarlo. No cumplo mi promesa y me permito echar un último vistazo para descubrir que, por suerte o desgracia, unos bóxer blancos ocultan sus partes más nobles. La blanca tela se pega demasiado a su húmeda piel, transparentando más de lo debido. No, no debo mirar, se acabó. Desvío la mirada y me dirijo a la terraza. El cielo está oscuro y parece que va a llover, la brisa es algo gélida y lo agradezco, el tiempo nos daba tregua después de tantos días de un sol abrasador. Un escalofrío recorre mi cuerpo y tiemblo justo antes de sentir unas cálidas manos sobre mis brazos.

—¿Estás bien? ¿Tienes frío? —el tacto no me molesta, pero la electricidad sigue haciendo acto de presencia. Giro mi rostro y encuentro su tierna mirada.

—Estoy bien —sonríó—. Creo que es tarde y deberíamos ir a dormir. Parece que esta noche va a haber tormenta y les tengo pavor, si no logro dormirme profundamente antes de que empiece, no podré descansar en toda la noche.

—Vayamos a descansar entonces, Dina.

Beso su mejilla en agradecimiento por la deliciosa y costosa cena y camino decidida a mi nuevo cuarto tras desearle buena noche.

La habitación es fresca, como el rocío en otoño, recorre cada recoveco de mi piel. Sí que es cierto que parece que la naturaleza me envuelva y eso me calma. Me quito la ropa después de un día repleto

de situaciones inverosímiles y acontecimientos variados. Me siento cansada, para qué negarlo. Miro la puerta que comunica la habitación con el baño y lo veo claro; un baño me vendrá bien. Y este deseo, casi necesidad, se acrecienta cuando veo una gran bañera hidromasaje. Sin duda Samael no escatimaba en detalles. La lleno a media altura, no es necesario derrochar más agua de la necesaria, y me meto quedando completamente cubierta. Apoyo la cabeza en la bañera y cierro los ojos lo que parece un segundo. Al abrirlos, completamente relajada, miro el reloj que reposa sobre una de las repisas del baño. ¿Ha pasado una hora? Para mí solo han sido como mucho diez minutos. Salgo y la vacío antes de secarme, entro en la que es mi nueva habitación y en mi poco fructífero intento de encontrar el pijama opto por un sostén y un *culotte* grisáceo antes de meterme bajo las suaves sábanas y volver a cerrar los ojos buscando un descanso merecido.

Las imágenes de una antigua era me arrastran como la marea, sumergiéndome en el más profundo de los océanos.

—¿No es hermoso?

—Sí lo es, pero jamás equiparable a tu belleza, Dina.

—Siempre regalándome palabras bellas, Zack. Me harás sonrojarme.

—Cuando tus mejillas se tiñen de ese sonrosado rubor siento como si no hiciera falta nada más que un chasquido de tus dedos para caer arrodillado a tus pies.

—Eso es lo mismo que siento yo cuando me dices esas cosas tan hermosas.

Lo miro a los ojos mientras acaricio su rostro perfilándolo con mis dedos. Agarro su mano sin decir nada y lo guio por el prado hasta llegar al lago. No hace falta decir nada, ambos sabemos lo que deseamos. Sus manos acarician mi pelo deshaciéndose del pequeño broche que mantiene mi recogido intacto, haciendo que este caiga acariciando mi piel repartiéndose por toda la espalda.

Cuelo mis manos bajo su camisa y se la saco lentamente por la cabeza llevándome con ella su aroma. Sus pantalones de lino desaparecen gracias a sus expertas manos. Las mías, siguen reposando en su cincelado pecho mientras, sin romper nuestra

conexión visual, deshace el nudo de uno de mis hombros haciendo que el vestido de corte griego resbale acariciando mi piel hasta cubrir mis desnudos pies. Un suspiro, de lo que parece ser deseo contenido, escapa de entre mis labios mientras nos abrazamos acariciando nuestros cuerpos hundiéndolos en las profundidades del mar Neeru Vidya[17]. Nos besamos sin prisa, con una ternura que refleja pura adoración, sin prisas, solos él y yo, nuestro mundo. Permanecemos horas abrazados, simplemente besando nuestros labios, mientras el rocío acariciaba nuestros rostros y el agua del lago bañaba nuestra piel. No necesitábamos más que eso, un momento en el que ambos nos sintiéramos juntos y en paz. Un simple abrazo o un beso lo era todo.

Cierro los ojos un instante y al abrirlos me encuentro sentada en la orilla de una playa, sola. ¿Esto no lo he soñado ya? Hace frío, el sonido de las olas del mar lo envuelve todo. No está, se ha ido. Me ha dejado como lo hizo antaño en el Edén. Unos cálidos brazos rodean mi cuerpo desde la espalda y sonrío aferrándome a ellos. Él sí es el Edén, mi Edén.

—No vuelvas a dejarme nunca más o jamás te lo perdonaré, ¿me oyes?

Me abraza más fuerte mientras pequeñas gotas, cada vez más constantes y de mayor tamaño nos acarician la piel. No, otra vez no. No volverán a separarnos de nuevo. Esta vez será diferente, cambiaré el final, cambiaré el destino que le espera a este ¿sueño? Relámpagos iluminan ya el cielo, cortándolo en mil pedazos, el gélido viento azota por doquier y el frío se cuele, calándose hasta en los huesos.

—No te vayas esta vez Zack, aférrate a mí, no dejes que te arranquen de mi lado.

Sus dedos se entrelazan con los míos mientras nos miramos a los ojos. Los rayos y los truenos nos envuelven, cayendo alrededor, como lenguas de fuego. Uno de ellos cae demasiado cerca y cuando intentamos alejarnos del lugar un gran resplandor ciega mis ojos mientras sacude mi cuerpo con fuerza.

Grito, pero el sonido no traspasa mis labios y cuando un gran trueno asola todo sonido que se encuentre alrededor, una luz

cegadora me ilumina. Jadeo acabando de despertar. Solo ha sido una pesadilla. El viento azota con fuerza mientras una lluvia torrencial limpia las calles de Londres, que esconden mucho más de lo que parece.

El reflejo de los rayos cayendo ilumina la habitación y los truenos se empeñan en demostrar su poder, imponiéndose a todo cuanto hay alrededor. Sí, algo recorre mi cuerpo, puede que sea miedo. No quiero estar en esta habitación, esa ventana es como una invitación a mi peor pesadilla, aquella en la que él desaparece abandonándome para siempre.

Iré a otra de las habitaciones, la salmón o la roja, otra que no esté tan expuesta al temporal, una en la que me sienta cobijada y pueda descansar en silencio.

Camino cual zombi a otra de las habitaciones. ¿La de *Far West* era la segunda o la tercera? Entro en la segunda puerta y trato de buscar el interruptor para encender la luz. Tarea inútil. Decido entrar a tientas y tumbarme en lo que parece una gran cama. Sí, lo es, y muy cómoda, además.

El silencio reina en aquel cubículo resguardado y seguro, y suspiro cerrando los ojos.

Abro los ojos, únicamente dos rendijas. Los primeros rayos de sol se cuelan por la puerta abierta. ¿No la cerré? Noto algo moverse arriba y abajo bajo mi cabeza y mi mano. ¿Las almohadas respiran?

Capítulo 18

*(...) No estoy diciendo que será fácil,
te estoy diciendo que valdrá la pena (...).*
Anónimo

El anciano, que me mira suplicante, traga el negro líquido que he vertido en su boca mientras que el siervo de Luther aprieta la mandíbula tras ingerir el contenido de su rojizo frasco.

Desvío la mirada hacia el dueño de este infierno particular, que se acerca con semblante serio. ¿Acaso no he hecho lo que haría un Kazoo? Si no es la decisión que él espera puede que sea yo el próximo en ingerir el ennegrecido frasco. No quiero mirar, no quiero ver como mato a un hombre posiblemente inocente. No muestran signo alguno de posibles efectos producidos por el veneno o la falta de él. Camino hacia otra de las mesas de la sala, dándoles la espalda, pero Luther me frena al segundo y me obliga a presenciar en primera fila lo que será la caída del anciano suplicante. Una incesante tos invade toda la sala y al observar a mis víctimas me doy cuenta de que no es el ladrón el que se ahoga, sino el asesino. ¿Qué le ocurre? ¿Se habrá atragantado?

Su cuerpo empieza a convulsionar hasta que, el siervo de Luther, exhalando lo que parece su último aliento, apoya las manos en la fría madera de la mesa y se deja caer cual peso muerto, descansando la cabeza en esta.

Miro a Luther sin entender lo que acaba de pasar aquí. Él me sonrío y se aclara la garganta.

—¿Sorprendido?

—Lo estoy. Yo vertí el frasco que contenía el veneno en la garganta del anciano y no en la de tu siervo.

—Lo sé y has completado la prueba con éxito, tal y como lo hubiera hecho un Kazoo, pero yo tengo mis propias elecciones. Has sido mi marioneta. Marco forzó a una de las almas penitentes, la obligó a compartir lecho con él en contra de su voluntad o de la voluntad de la que carece. Eso te suena, ¿verdad?

—Sí, de eso me acusaron en el Edén.

—Supuse que sentirías satisfacción al poder acabar con la vida de alguien que sí había cometido el delito del que a ti te acusaron.

Asiento mirando a ese despojo que ahora descansa sobre la mesa mientras sus blanquecinos ojos miran sin ver ya algún punto en la sala, ojos que jamás volverán a parpadear. Su alma había caído al más profundo de los purgatorios. Miro de nuevo esos ojos. ¿Tendrán posibilidad de ver pese a tener los ojos así?

—¿Qué pasará con el anciano?

—Volverá al nivel de donde ha salido y seguirá cumpliendo su penitencia.

—Bien. Tengo una pregunta. Pura curiosidad.

—Sí, ven. Ven más allá que un simple mortal y es difícil engañarlos, por eso son mis esbirros, y por eso únicamente yo puedo engañarlos y engañarte a ti.

—Lo hiciste. La verdad es que no esperaba cómo se han desarrollado los acontecimientos.

—Si no lo hiciera, no sería yo. Además, como bien sabes, nada es nunca lo que parece. Vayamos a la siguiente y última fase; Juicio & Foso. Esta fase podría decirse que es mi preferida. Veremos aflorar tu lado asesino. Esta vez matarás con tus propias manos. Nada de venenos, nada de espejos, mano a mano.

Bajamos unas escaleras iluminadas con una luz tenue que le daba un aspecto lúgubre y tenebroso a lo que parecía un sótano. Este nivel ya no es como los luminosos y decorados de las plantas y salas superiores. Según parece, nos adentramos en las entrañas del infierno de Luther.

—¿Dónde estamos?

—Bienvenido al nivel cuatro, también conocido como Caína. Aquí residen los traidores a su propia sangre o a sus parejas. Caína es conocido por ser el río congelado donde moran las almas adúlteras. Es el último salvoconducto antes de caer en el purgatorio.

Me asomo al filo de un gran acantilado bajo tierra y los veo; traidores de sus propios familiares y amados están inmersos hasta la cabeza en el hielo.

Oigo un carraspeo y me giro focalizando mi mirada en la de Luther, que pretende llamar la atención.

—Son mis mascotas, mis cabezas flotantes. Cada una de ellas

rememora una y otra vez el acto que los llevó a mi casa, esa es su condena. No solo visualizan la escena de manera repetitiva, sin fin, sino que también la escuchan y sienten como si estuvieran presenciándola y formando parte de ella. Creo que es un castigo justo, la muerte definitiva sería demasiada benevolencia, darles un descanso ante unos actos inapropiados no es lo correcto. Bien. Esta es tu última prueba. Vas a decidir entre dos almas cuál es merecedora del castigo que el río congelado ofrece, o de lo contrario merecen una penitencia menor—. Lo veo chasquear los dedos y uno de sus siervos de ojos blancos se acerca con dos individuos, agarrándolos por la nuca hasta plantarlos frente a mí, en el borde del acantilado intraterreno. Un hombre y una mujer con un avanzado embarazo. —El sujeto uno es una mujer que engañó reiteradas veces a su esposo con otro individuo, el cual la dejó en estado. Ella, conocedora de que el padre del hijo que esperaba era del amante, engañó a su esposo haciéndole creer que el hijo que esperaba era suyo. Que no te engañen las apariencias Zackary, no reside hijo alguno en su interior. Se trata de una representación de la apariencia del individuo en el momento de su muerte, así aparecen siempre las almas. El crío estará bajo la supuesta protección de la sabandija de Mithrael. El sujeto dos es un hombre que violó y maltrató a su mujer en diferentes ocasiones. Tú eres el encargado de decidir sus destinos. Decide quién es merecedor de dicho castigo y empújalo al río con tus propias manos, condenándolo una eternidad, mata su alma.

—¿Y qué ocurrirá con el que no caiga al Caína?

—Eso no es de tu incumbencia. Tu prueba es decidir a quién condenar, no conocer lo que le deparará al otro sujeto.

Asiento y los miro a los ojos, inexpresivos. Ambos deshonraron a sus parejas, aunque uno de forma más salvaje y cruel. Tengo claro a quién condenaría yo por encima de todo, pero, ¿es lo que escogería un Kazoo? Me devano los sesos sin saber qué debo hacer. Ambos merecen un castigo puesto que cometieron actos inmorales y traicionaron o abusaron de sus seres queridos y su confianza. Ambos merecen un castigo ejemplar. Me acerco más a ellos. Apenas debo extender mis brazos para tocarlos, estoy muy cerca. Parecen autómatas sin un solo cable que conecte el cerebro con el resto de su

cuerpo. No expresan emoción alguna, ni siquiera miedo ante lo que se les avecina, muy diferente a los niveles superiores. Recuerdo al anciano ladrón. ¿Qué habrá sido de él?

—Chivata, el tiempo corre en tu contra. Si eres tan dubitativo y lento puede que no me interese tenerte entre mis filas.

—Estoy decidiendo, amo.

—Apresúrate pues.

Miro a los dos repulsivos seres que tengo frente a mí. Ante todo debe primar la justicia, y justa es la penitencia para ambos.

—Está decidido —digo mientras cierro los ojos para ejecutar mi elección.

—Abre los ojos y visualiza cómo matas en vida —hace un gesto para entrecomillar la palabra Vida— a una de estas dos almas.

Vuelvo a abrirlos y decidido avanzo un paso más antes de empujarlos a ambos al vacío. Ninguno de ellos merece perdón ni redención. Mis manos han ejecutado sentencia y con ello he rematado dos almas penitentes. Mis manos no están manchadas de sangre y, muy a mi pesar, empiezo a sentir cierto deleite ante el poder que Luther me ofrece. Tener el destino de un ser y decidir lo que deseas hacer con él, neutralizando así el libre albedrío del devenir de los acontecimientos hace la adrenalina correr por el cuerpo desenfrenadamente. Es el alma Kazoo, estoy seguro de ello.

—Lo has disfrutado, ¿verdad?

—Sí, mentiría si dijera que no. No voy a engañarte.

—Tampoco podrías, aunque lo intentaras. Es parte del encanto de tu regalo; el alma Kazoo.

—¿He completado la prueba, amo?

—Me ha sorprendido tu elección, Zackary. La mayoría de mis esbirros acata mis órdenes pasando así la última prueba, dado que fui muy claro al exponerla. Uno debía caer y no ambos. Bien es cierto que yo hubiese hecho lo mismo, ambas situaciones eran repulsivas y mi experiencia y recuerdos influyen en ese rechazo y apatía respecto de lo que les depare el destino a ambos en mi mundo. Respaldo y apruebo tu elección, pero no tu insubordinación. No has acatado las normas básicas de la prueba y la pena por ello es correr el mismo destino que los seres a los que has castigado.

Antes siquiera de darme cuenta de lo que ocurre a mi alrededor,

me veo empujado por Luther al vacío mientras escucho una sonora carcajada. Caigo en aguas heladas y al sacar la cabeza de ellas para poder respirar quedo completamente paralizado de cuello hacia abajo. El agua líquida que segundos antes me envolvía se ha vuelto una sólida masa de hielo, como si mi cuerpo se hubiese transformado en un bloque. No puedo mover un solo músculo, únicamente gesticular, parpadear o emitir sonidos, además de tragar saliva. Y eso hago, tragar sonoramente mientras contemplo el resto de cabezas que, sin párpados, contemplan con caras de pavor las escenas que los llevaron a donde se encuentran ahora.

—Te amo.

Sonrío mientras giro mi rostro. Es la voz de mi ángel, la reconocería en cualquier lugar. Ha venido a cuidar de mí para que no pierda la cordura y con ella me suma en la oscuridad.

—Y yo.

¿Qué? Ese no soy yo. No he dicho nada, esa no es mi voz. Focalizo mi mirada en lo que parece ser un borroso reflejo de mi ángel. A su lado, el maldito Samael le sonrío mientras acaricia su piel. Rechino los dientes, incapaz de mover un músculo para apartarlo de ella. Es mía y estoy cansado de verla entre sus brazos, aunque sea una ilusión.

Los veo recrear escenas de sexo, escucho todo tipo de palabras de amor, como acaricia esa piel marcada por mi cuerpo, lo oigo prometer amor eterno a la persona a la que amo. Se juran amor incondicional y no puedo hacer nada, se atan para toda la eternidad y no puedo hacer nada para impedirlo, lo besa como me besaba a mí y solo puedo permanecer inmóvil mientras la ira recorre mis venas. Cierro los ojos, pero es inútil, sigo escuchando sus parloteos dañinos que perforan cada recoveco de mi malherido corazón.

No siento frío, no siento nada más que el dolor y la ira en mi corazón. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya? ¿Días? ¿Horas? No lo sé. De pronto todo sonido cesa y solo oigo un zumbido molesto.

—Despierta chivata.

Abro los ojos. ¿Dónde está el hielo que cubría mi cuerpo hasta casi ahogarme en él?

—¿Dónde estoy?

—En el nivel uno. Has pasado tres días en Caína. He sido

benevolente contigo porque me caes bien, por eso estás aquí. He sido demasiado compasivo contigo. Todos los condenados del Caína se ven obligados, a causa de la ausencia de párpados, a revivir una y otra vez las escenas que los trajeron a aquí y escuchar los reproches ajenos. Tú has tenido la posibilidad de cerrar los ojos para no visionar lo ocurrido. Además, solo has pasado allí tres días, a diferencia de aquellos que reposan en él, que deben hacerlo toda una eternidad. Todos esto lo he hecho como justo castigo por tu desobediencia, pero a partir de ahora pasas a ser uno de mis fieles guerreros en la Tierra. Busca a los Kazoos, únete a ellos y demuéstrame con tus actos que no me he equivocado en mi decisión.

Asiento y me incorporo. Mis piernas flaquean, todavía entumecidas, pero me sostengo como puedo mirándolo directamente a los ojos.

—Entonces, ¿ahora qué debo hacer?

—Ven conmigo. Te haré volver a arriba, y que no se te olvide a quién debes lealtad y cuál es tu cometido.

—No lo olvidaré.

Bajamos unas inmensas escaleras forradas con telas de rojo terciopelo, que neutralizan el sonido de la madera al ser pisada. Lo sigo sin mediar palabra, deseoso de saber qué me deparará tras las interminables escaleras que bajan al más profundo de los subsuelos.

—Nivel tres. Uno de los que más aborrezco. Odio el calor, simboliza el ardor, la pasión, y a mí me la arrebataron, pero no quiero hablar de ello. ¿Ves este mar de lava? Es Un salvoconducto para los que yo deseo menos, para todos menos para mí. No sabes el tiempo que llevo aquí encerrado, aguardando mi liberación, aquella que me permita vengarme, pero solo puedo lograrlo si me conseguís ese dichoso mapa.

Sus manos empujan mi cuerpo y pronto caigo siendo pasto de la lava entre alaridos de dolor, mientras Luther se aleja con semblante serio. La tortura es insoportable, me quema por fuera y por dentro sintiendo un sufrimiento indescriptible.

—¡Lutherrrrrrrr! —grito con todas mis fuerzas cerrando los ojos por el dolor.

—Adiós chivata. Qué pena, hubieras sido un buen bufón para mi corte.

Abro los ojos y veo a un anciano algo desaliñado mirándome con preocupación. Me examino a mí mismo. ¿Y la lava? ¿Ha desaparecido?

—¿Dónde estoy? ¿En qué año?

—Está en Farringdon Road, Londres. Año 1912. Debería ir a un hospital, señor. ¿Se ha golpeado la cabeza? Yo le acompaño.

—Quizás sea mejor —¿Y si fue una pesadilla? Pero, ¿1912? Es imposible. Apenas he estado unos días allí abajo si no ha sido un sueño.

No sé cuánto tiempo camino bajo la guía del anciano, pero entramos en un gran edificio de rústica fachada.

—Debo dejarle señor, mi esposa me espera y se estará preguntando dónde estoy. Seguro que el doctor lo atenderá enseguida.

—Muchas gracias por todo. Vaya tranquilo, buen hombre. Gracias por todo —me despido de él y al girarme lo veo.

—Así que doctor, ¿eh? —miro a Azrael de arriba a abajo.

—Es aburrido vagar sin una mundana ocupación en la vida. Así si su hora llega no debo ir a buscarlos. Ellos vienen a mí. Es más... —veo que se piensa la palabra que desea decirme— ... práctico.

—Si tú lo dices... Vengo a recuperar mi alma.

—Ya sabes que exijo un pago equivalente a lo que entrego.

—¿Qué es lo que deseas? Ya no tengo nada.

—Claro que tienes algo. Quiero tus preciosas alas negras para añadirlas a mi colección. A cambio de ellas te devolveré tu alma.

—Ahora que vuelvo a tener aquello que me arrebataron quieres arrebatármelo tú.

—Ese es el pago. ¿Lo tomas o lo dejas?

—Lo tomo.

Vuelvo a la realidad. Sin ella. Cada maldito día que paso sin ella me voy marchitando por dentro. Voy a arreglarlo. Conseguiré que me perdone todo el daño que le he causado. Me ganaré su corazón, aunque me cueste la vida.

Me pongo en marcha, quiero verla, aunque sea un instante entre las sombras. Cojo la moto y antes siquiera de darme cuenta estoy frente a la universidad. Debo conseguir, aunque sean cinco minutos,

quedarme a solas con ella, procurar que me escuche y me perdone. Todavía siento sus dulces y esponjosos labios sobre los míos, apropiándose de mi aliento, fusionando nuestras salivas, acariciándonos el alma. Un traidor dice que soy. Si supiera todo lo que hice y hago por volver a su lado, por su amor, por mi ángel.

Aparto esos pensamientos mientras un Kia Río acaricia el asfalto. Ella está dentro, la veo, ella y el maldito... Samael —digo entre dientes.

Se la ve hermosa, a gusto, ¿ruborizada? No debería haber venido. Esa imagen me quema como las llamas del mismísimo infierno. Más que cuando ella rozaba mi piel. Había sido mi maldición y a la vez mi cura.

Me subo en la moto malhumorado y pongo rumbo al teatro a toda velocidad en busca de busca de descargar adrenalina. ¿Qué tendría planeado Abbadon en el teatro? Cualquier cosa podría pasarse por esa mente tan retorcida. Algo le había ocurrido o eso se comentaba, algo atroz que había marcado un antes y un después en su manera de pensar, actuar y sentir. Aparco y camino hacia la puerta donde Zenda y Lexy me sonríen con ternura.

—Ladies, estáis preciosas.

—Tú no —se burla Zenda.

—Gracias... supongo —respondo alzando la ceja—. ¿Qué pretende Abbadon?

—Dice que está cansado de ver tanta falsedad en las obras teatrales. Él los llama “malos actores”. Quiere realismo como antaño, y ya que están representando *Cita con la muerte* de Agatha Christie, quiere que los enfrentemos por algún motivo real y que todos crean que los demás son sospechosos. Quiere ver realismo —oigo resoplar a Zenda.

—¿Qué os parece por el dinero? Por su salario. Parece que a la sociedad actual es lo único que les importa, el dinero. Por él están incluso dispuestos a matar.

—Me parece una buena idea —oigo a Lexy.

—Y a mí —sonríe Zenda.

—No quiero más muertes, después de lo de aquellos niños de la escuela... A Abbadon se le está yendo de las manos, está perdiendo la cabeza.

Las veo mirarme y asentir ahora serias. Entramos en el gran teatro y lo analizamos lentamente. No cabe un alfiler. Todos miran los folletos con curiosidad, ansiosos por que empiece la función. Los tres nos colamos por los pasillos inferiores hasta llegar a la zona de los actores, en la parte trasera del escenario. La seguridad nos prohíbe el paso, pero usamos nuestro “don de gentes” para persuadirlos y propiciar nuestra entrada en el camerino de actores. Se trata de una puerta de robusto roble, a diferencia de las que podían contemplarse en las películas Hollywoodienses.

Sin más demora la traspasamos y cerramos tras nosotros. Los actores, con el vestuario a medio poner, nos miran confundidos. Sabemos lo que tenemos que hacer. Paseamos los tres por la sala en busca de algo inexistente, pero ellos no lo saben.

—Buenos compañeros. Veníamos a informaros de que en este camerino se había colocado una bolsa con la recaudación obtenida de la función y ha desaparecido. Estamos seguros de que ha sido uno de ustedes, puesto que nadie más ha entrado ni salido de esta habitación, por lo que mientras que no aparezca el dinero ninguno de ustedes cobrará el salario. Ahora salgan al escenario, ya que el público no se merece un desplante por culpa de un ladrón —dice Zenda, seria.

Todos se analizan de arriba abajo, acusándose con la mirada. Sus palabras acusatorias no se hacen esperar mientras los vemos caminar hacia la parte trasera de la cortina del escenario para iniciar una obra que estoy seguro de que estará llena de realismo, más verosímil que nunca, tal y como pedía Abbadon.

Miro a las chicas y los tres nos encojemos de hombros.

—¿Nos vamos a casa? —les propongo.

—Sí, será lo mejor, no quiero ver como acaba esto. Ya se enterarán de que todo ha sido una farsa tras la obra. Nosotros sembramos la semilla, que Abbadon vea como germina —sentencia Lexy.

Ya en casa, en ese solitario y frío cuarto. Lo agradezco, el calor me molesta. Primera noche en mi nuevo hogar. Gotas de lluvia golpean el cristal de la ventana, acompañadas de truenos y algún que otro rayo.

Me siento en el filo de la cama y reflexiono un momento. El día de

hoy había sido un cúmulo de sensaciones, una vuelta al pasado, un recuerdo olvidado y algún que otro acto desalmado.

La tenía, no estaba arriba, estaba a mi alcance, casi podía acariciarla, es más, la había besado, rozado, torturado... Coloco mi cabeza entre las manos. Soy un ser despreciable. Yo no sabía que era ella... Aun así... Merezco todo lo malo que pueda ocurrirme. Solo espero que me perdone y que me deje hacerla feliz eternamente. El sonido de un mensaje de texto me hace desviar la mirada hacia la cajonera de los calcetines. Debe de ser más información sobre el mapa, mapa que yo ya no necesito, puesto que, ¿para qué necesito subir al Edén cuando la razón por la que deseaba hacerlo se encuentra aquí y ahora? ¿De qué me sirve ya el mapa? De nada.

Abro la cajonera y cojo el pequeño móvil. Hay un nuevo mensaje.
«Si el perdón deseas alcanzar, mucho deberás sacrificar».

Aquellos mensajes sin duda eran de alguien que tenía pleno conocimiento de lo que estaba sucediendo. Ciertamente era que aquella manera de redactarlos era digna de compararse con el habla de Yoda, pero tenían mucha razón; haría y haré lo que sea por recuperarla. Suprimo el mensaje y releo el anterior.

«No existe tema parecido que resida en ninguno de los folios semejantes, el alma es marcada a fuego, la memoria lleva a la luz».

La última frase, la memoria lleva a la luz, me ha llamado la atención desde la primera vez que la leí. Si se supone que la luz es el Edén, parece que la manera de llegar al lugar donde se encuentra la entrada no es mediante un mapa, sino mediante la memoria de alguien, pero, ¿de quién?

Pese a que la búsqueda del mapa ha pasado a un segundo plano, habiendo ya encontrado al motivo por el que existo, mi alma Kazoo y mi juramento a Luther todavía me empujan a encontrar el mapa para localizar esa puerta que los lleve a arriba, allí encontrarán o encontraremos al ángel que tiene la capacidad de abrir las puertas del abismo infernal en el que se encuentra recluido Luther, solo él puede enfrentarse a Mithrael y salir victorioso. Encontraré el mapa para poder presenciar ese momento, cuando Luther arranque el corazón al querido Dios del Edén, como Mithrael arrancó el mío. Ojo por ojo, Mithrael, aunque no sea el ejecutor de dicha venganza, ayudaré a que se lleve a cabo.

Miro al cielo y sonrío mientras látigos de electricidad parten el cielo en mil pedazos y los gritos del Dios Mithrael se escuchan como truenos, haciendo que la sociedad los confunda. El Dios supremo dicen...

Me meto en la cama, no tengo hambre, y cuando mis párpados empiezan a flaquear solo puedo mirar hacia la ventana, hacia un cielo ennegrecido, y hablarle directamente a él.

—¿Qué te pasa Mithrael? ¿Tienes miedo?

Capítulo 19

(...) Me gusta la gente capaz de entender que el mayor error del ser humano es intentar sacarse de la cabeza aquello que no sale del corazón (...).
Anónimo

Vuelvo a repetirme la misma pregunta, ¿las almohadas respiran? Oh, no, mierda. Con miedo alzo la vista y lo veo sonriendo con uno de sus brazos doblado como cojín tras la nuca. Me aparto cual resorte y miro las paredes. Lila. Joder...

—Buenos días mi morena rebelde. Extrañaba dormir contigo y ser tu almohada.

—No te equivoques, yo pensé que esta era la habitación de Billy el Niño. Solo buscaba un lugar más recogido que la habitación en la que estaba.

Me mira desde la punta de los pies hasta el más despeinado de mis cabellos, apenas cubierta por un sostén y un culote.

—¿Estás segura de que no buscabas entrar casualmente aquí y no ha sido una equivocación?

—Estoy muy segura de que ha sido un error.

—¿Y si lo convertimos en un acierto? —vuelve a analizar cada recoveco de mi cuerpo con la mirada, muy lentamente. Me cubro como puedo, con las sábanas, y me levanto de la cama yendo hacia la puerta.

—Voy a vestirme. Debemos ir a trabajar.

Me aseo y cambio lo poco que llevo por una elegante camiseta con mensaje y unos tejanos negros pitillo, coronados por unas sandalias blancas. Preparo algo de café y unas tostadas con beicon y huevos fritos. No hay nada como rellenarse, cual pavo de Navidad, con calorías y grasas para empezar un día lleno de, seguro, muchas sorpresas. Estos desayunos me matan, acostumbrada a tomar un triste café matutino con unas galletas en España, la típica alimentación londinense es como dice Kil, too much[18], pero todos lo hacen y yo no voy a ser menos.

Echo de menos a Kil y a los chicos. Suspiro. La mañana no podía

haber empezado peor. Vale, tampoco era tan grave, pero, ¿dónde quedaron aquellos días en los que me levantaba como una simple mortal ajena a todo lo que ocurría a mi alrededor? Extrañaba eso, y siendo justa y sincera conmigo misma, soy consciente de que no los recuperaré, de que ya nada volverá a ser igual, nunca más.

Lo veo salir de la habitación. El porte y la seguridad que refleja, y ese aplomo que lo caracteriza, me deja sin palabras. Es imponente y atractivo. Mis ojos se encuentran con los suyos.

—¿Está listo, profesor? —mi voz suena segura, pero es solo pase.

—En cuanto tome una taza de café junto con el exquisito menú que preparaste estaré listo para marchar contigo, mi becaria —sonrío.

Tomamos el desayuno sin prisa, pero sin pausa. Aún tenemos dos horas de trayecto hasta la facultad y no podemos demorarnos indefinidamente. Por suerte, entrábamos más tarde hoy. El trayecto a la universidad es más tedioso de lo esperado, únicamente paliado por novelas ilustres como la que tenía entre mis manos en este preciso instante; El conde de Montecristo, de Alejandro Dumas y Auguste Maquet. No es ni mucho menos la primera vez que acaricio las páginas entre mis dedos. Recuerdo que Samael me trajo una copia de la obra manuscrita por el mismo Alejandro. Lo miro de soslayo y sonrío de nuevo. Últimamente el poco modesto profesor me hace sonreír demasiado. Siempre había cuidado de mí y me había consentido todo tipo de caprichos.

—¿Qué ocurre morena? Te veo pensativa.

—No es nada, solo recuerdos.

—Espero salir en todos ellos.

Resoplo. Él y su egocentrismo. Su egocentrismo y él. Eternos amigos inseparables.

—Para aquí —le oigo mirando las calles londinenses.

—No. Aún quedan dos manzanas hasta llegar a nuestro destino.

—¿Y ya tienes explicación para el decano cuando empiecen a contarle que venimos juntos en el mismo coche?

—Puedo decir que te encontré de camino y te acerqué.

—No, gracias. Quiero pasar inadvertida, no ser la comidilla de la universidad por tener favoritismo del profesor Anderson.

—Dudo que puedas pasar inadvertida con esas camisetas que te

pones.

—Te encantan y lo sabes.

—Puede, nunca lo sabrás.

Veo como para en un lateral y me bajo en silencio agradeciéndole que por una vez me haga algo de caso.

—De nada, morena. No tardes mucho o deberé amonestarte—. Me guiña el ojo antes de proseguir su viaje a cuatro ruedas mientras que yo lo hago a pie.

Camino en silencio mientras reviso en mi teléfono móvil posibles mensajes de Kil o alguno de mis aislados amigos. Nada. Solo algún que otro mensaje de amigas de la facultad que me invitan a una charla, café en mano, o en este caso té. Les contesto rápido que iré donde me digan y prosigo mi camino. Solo una calle más para llegar a mi empleo. Este aire fresco y estos minutos sin Samael son una bendición, un momento de paz.

Alguien tira de mi brazo y me rodea con los suyos, abrazándome con fuerza mientras besa mi pelo. ¿Pero qué demonios...? Alzo la vista y me separo de su cuerpo. Mis palabras habían dado en el clavo; un demonio.

—Suéltame, Zack.

—No, ya lo hice una vez y no volveré a repetir el mismo error. No te soltaré de nuevo.

—Demasiado tarde, ¿no crees?

—Nunca es demasiado tarde cuando se ama de verdad.

—Y tú, un repugnante Kazoo, ¿tienes la capacidad de amar? Solo te amas a ti mismo, a ti y a tu amo.

—Eso no es cierto. Tú no sabes nada.

—Yo nunca sé nada Zack. No sé que te vendiste al señor del infierno, no sé que eres un Kazoo, mi enemigo, no sé que me abandonaste y sobre todo no sé que me torturaste sin piedad como si no fuera nada para ti, ¿verdad? Yo no sé nada.

—Si me dejas explicarte entenderás muchas cosas.

—No, Zack. Estoy cansada de explicaciones con el único objetivo de confundirme, de que creáis que me las voy a tragar como una niña inocente. Se acabó. Te odio Zackary, ¿todavía no lo has entendido? Parece que el convertirte en Kazoo ha mermado tu capacidad de razonar. Pues, ¿sabes cuál es mi razonamiento? Mi razonamiento es

que todo lo que pasó entre nosotros fue una farsa, que tus palabras y actos eran mentira, que sol querías encandilarme, pero tu alma siempre fue de Luther. ¿Me quisiste alguna vez? ¿Cómo pudiste subir si no era un alma pura? —suspiro. — Ya no importa, supongo.

—Jamás fingí nada, Dina, lo que pasa entre nosotros es lo más real que jamás he sentido. Si estoy donde estoy es por culpa de tu querido Dios y de Samael. Siempre he sido un alma pura. Aun ahora quedan resquicios de ella.

—No te creo. Samael no te ha convertido en lo que eres, no haría tal cosa, el único capaz de convertirte en lo que eres ahora eres tú mismo.

—¿Ahora lo proteges y confías en él?

—Nunca me ha abandonado ni me ha hecho daño, tú sí.

—Yo no sabía que eras tú. Tu apariencia no era la misma, eras otra persona. Tu olor a jazmín me confundía, pensé que era un truco, que tratabas de confundirme, pero cuando tus labios besaron los míos sentí el éxtasis en todo mi cuerpo y aunque mi mente me repetía una y otra vez que se trataba de otro truco de bruja para confundirme y volverme loco, en el fondo yo sabía que eras tú. Oí a mi corazón volver a palpar de nuevo. Tanto tiempo dormido en tu ausencia y ahora, por fin, me sentía vivo, me siento vivo, y es por ti.

—¿Por qué me dejaste Zack? ¿No era suficiente para ti?

—Yo nunca te dejé. Ellos me arrojaron a la Tierra. ¿No lo recuerdas?

—No. Todavía tengo lagunas de mi vida en el Edén.

—Samael nos encontró, desnudos y amándonos como solo tú y yo sabemos hacerlo. Dio conocimiento de nuestros actos a Mithrael, el cual me juzgo por un crimen que no había cometido, violación, y fui desterrado. Samael se encargó de cortar mis alas con la hermana de Doria. Una vez en la Tierra busqué la manera de ascender de nuevo, solo deseaba volver a tu lado, pero la única posibilidad era unirme a los Kazoos. El mapa me llevaría a la puerta, al Edén, y de ese modo podría recuperarte. Lo que yo no sabía era que tú habías descendido también, supongo que tiempo después.

—No deberías haber cambiado de credo por mí, Zackary.

—Un día te prometí que bajaría al mismísimo infierno por un beso tuyo, y, desde allí, juré arrastrarme para suplicarte que tus labios

rozaran los míos una vez más.

Una lágrima recorre mi mejilla, él la atrapa con su dedo sonriendo con pesar.

—Zack, yo...

—Te dije que lucharía por nosotros y que nadie podría separarnos jamás —lo miro a los ojos.

—Me has hecho daño y no solo físico. Dejaste que dañaran a mis amigos. Has sido cruel y despiadado.

—¿Todavía me amas?

—Nunca he dejado de hacerlo, pese a todo lo que ha ocurrido, pero ahora eres uno de ellos y mi credo me imposibilita estar contigo.

—¿Serías capaz de cambiar de credo por amor?

—No es tan sencillo.

—Yo lo hice para poder estar contigo, porque es lo único que me importa.

—Hay cosas que me atan a mi credo, cosas que no puedes imaginarte. No es fácil...

—No te estoy diciendo que será fácil, te estoy diciendo que valdrá la pena.

—Debo irme Zack, Samael me espera y estará preocupado.

—Así que es eso. Me rechazas porque estás con él. Siempre fue él, ¿verdad?

—No puedes estar más equivocado.

—¿Estás viviendo con él?

—Sí—. Lo veo rechinar los dientes.

—¿Te has acostado con él?

—No —bueno, técnicamente sí.

Me arrincona contra una de las paredes de la calle y me inmoviliza con su cuerpo.

—¿Qué pasa si me dejas llevar por lo que siento aquí y ahora?, si te llevo a Fly Geyser, en Nevada, y te traigo de nuevo para llevarte a tu antigua casa con un coche que no tengo, te pido el teléfono, me lo das, como una pareja humana, te llamo, volvemos a salir, cenamos bajo la luz de las velas, tomamos champán, bailamos, vemos las estrellas, y en ese momento, y no antes, te pido un beso. ¿Qué pasa si empiezo por el final?

Lo miro sorprendida. Ese era el Zack del que yo me enamoré, el

que nunca dejaba de sorprenderme, el que me encandilaba con sus palabras, el que hacía que mi corazón latiera desbocado con cada una de sus respiraciones sobre mi boca, mientras el calor de su aliento acariciaba mis labios.

—Zack...

No puedo decir más, sus labios se fusionan con los míos, cumpliendo lo que sus palabras sugerían. Nos besamos con un hambre contenida durante cientos de años. Sus manos se colocan en mi trasero y lo amasan mientras me pega más y más a él, como si esperara que nos convirtiéramos en una sola persona. Las mías acarician su cuerpo hasta llegar a su cuello y rodearlo con mis brazos. Me bebo el sabor de sus labios, su aliento, su mentolado elixir mientras mis manos se aferran a su pelo, profundizando el beso. Su lengua acaricia la cicatriz con la inicial de su nombre y lo veo sonreír.

—Eres mía, cada uno de los recovecos de tu cuerpo está marcado por mí, por mi sabor, por mi olor, por mi amor, por mi nombre —susurra en mi oído antes de morder el lóbulo de esta, provocando una punzada ardiente en cierta zona húmeda de mi cuerpo. —Te amo mi ángel, siempre lo hice y siempre lo haré.

—Te amo, mi esperanza.

Sus besos se suceden y los acepto gustosa. No existe el tiempo, solo él y yo.

—¿Dónde está, mi ángel? —succiona mi lengua.

—¿El qué, mi amor?

—El mapa, dímelo vida mía.

Me aparto al segundo y mi mano se estampa contra su mejilla, dejándosela roja.

—¿Así que esto era lo que querías? Engatusarme, contarme mil mentiras y hacer que mis sentimientos por ti afloren de nuevo, derribar mis barreras únicamente para los intereses de tu señor. Eres despreciable. Por un momento he llegado a creer en las palabras que decías, pero, ¿qué puedo esperar de un miserable Kazoo? No volverás a engañarme Zack, jamás. No te diré dónde encontrar el mapa o la llave. Púdrete en la Tierra mientras te dedicas a buscarlos. Olvídate de mí y desaparece de mi vida o la próxima vez que te vea será con un cuchillo en la garganta y seré yo el que lo empuñe.

Lo empujo haciendo que se tambalee mientras me separo de él y

camino hacia la facultad. No me sigue, parece que ha entendido mis palabras. Dos son las que siento yo ahora mismo; dolor y decepción.

Me giro un segundo, sabiendo que me escucha perfectamente.

—Y sí, sucio Kazoo, Samael y yo compartimos cama anoche. Ni los truenos pudieron paliar mis gemidos de placer.

Prosigo mi camino sin mirar atrás hasta entrar en la universidad. Me refresco un poco en el baño antes de entrar en el despacho, donde Samael me espera apoyado en su escritorio con los brazos cruzados y una cara que asustaría hasta al mismo Luther.

—¿Dónde estabas?! —me grita una vez cierro la puerta.

—Me encontré con alguien. Eso es todo, no te alteres.

—¿Con quién?

—Eso no es de tu incumbencia, es mi vida, es personal. No te permito que te inmiscuyas en ella. Ya te avisé, aunque trabajemos juntos y residamos en el mismo domicilio hay cosas que son solo nuestras. Yo no me meto en tu vida, no te metas tú en la mía.

—Estaba preocupado por ti.

—Lo siento, debí haber avisado de que me retrasaría.

—¿Era un hombre?

—Samael...

—Está bien.

—Me marchó.

—¿Dónde te crees que vas? Acabas de llegar. Tenemos que preparar el próximo seminario.

—Tengo otros asuntos que atender.

—¿Qué asuntos? —alza la ceja izquierda.

—El profesor Howell me ha invitado a su clase sobre el origen de los romances en la literatura universal y el decano aprobó mi ausentismo el par de horas que dure la clase.

—¿Y yo no pinto nada?

—Eso discútelo con tu jefe. A mí me dieron la oportunidad y no voy a desaprovecharla, recuerda que después de todo no dejo de ser una alumna más.

—Haz lo que te dé la gana, como siempre.

—Eso es lo que voy a hacer, Samael. Eres demasiado absorbente, me viene bien pasar ratos sin ti.

—Joder Dina, no sabes lo que me pone que seas así, tan...

¿rebelde? Ya sabes que no me gustan las cosas fáciles.

—Tampoco te las iba a poner así.

—Sabes que voy a conquistarte, ¿verdad?

—Lo sé, aunque si antes ya era complejo cortejarme, imagínate ahora.

—Has cambiado, ahora eres tan cerrada..., pero también yo lo he hecho, ahora soy más insistente.

—De eso no me cabe la menor duda.

—Cuando quiero algo voy a por ello, y no hay nada ni nadie que pueda impedírmelo, y yo te quiero a ti.

Unos golpes en la puerta nos hacen desviar la mirada hacia la fría y dura manera.

—Adelante —dice Samael.

La puerta se abre y el decano asoma la cabeza focalizando su mirada en mí.

—Malas noticias señorita García, el profesor Howell ha anulado la charla, él se encuentra indispuesto. Lo he mandado para casa, no podía permanecer más de cinco minutos seguidos en el aula.

—Pero, ¿es grave?

—Creo que se trata de un virus estomacal. Estará bien.

—Perfecto. Seguiré aquí, entonces.

—No. La señorita Lilianne Smith ha solicitado ayuda para su tesis y dado que es la tutorizada del señor Anderson ha pensado que quizás usted podría ayudarla con la bibliografía.

—¡No! —la voz de Samael suena imponente.

—La señorita Smith ha sugerido que sea Naia concretamente la persona que le ayude, si es que ella lo desea.

—¿Y si no lo deseo? —pregunto.

—Eso no estaría bien. Ella es una de nuestras mayores benefactoras en lo que ha donaciones a la institución se refiere. No querrá usted hacerle este feo a la facultad, ¿verdad señorita García? Su predisposición será bien recompensada y todos queremos que esto llegue a buen puerto.

Miro a Samael dándole a entender que estaré bien. Le sonrío, pero él me mira serio, apretando la mandíbula. Miro al decano.

—Está bien. Lo haré —le informo.

—No, no lo harás Naia —se acerca a mí y se coloca delante. —

No hay discusión posible, dije no y es no.

—Señor Anderson, no intimide a su becaria ni la obligue o consideraré que está siendo coaccionada y será revelada de su cargo como su becaria.

—Eso no pasará —sentencia Samael. Esto parece una partida de pin-pon desde hace rato.

—Por supuesto que no pasará, ya que su becaria aceptó y se viene conmigo hasta la sala B de estudio, donde se encuentra la señorita Lilianne.

—¿Estás segura Di... Naia?

—No te preocupes. Recuerda que soy una experta en lengua y tengo conocimientos suficientes sobre este tema en concreto, gracias a su incalculable información sobre la tesis de esta estudiante en particular.

—Lo sé, la mejor experta que puede encontrarse en este departamento, después de mí, por supuesto.

Coloco los ojos en blanco justo antes de guiñarle uno. La mujer antorcha no me hipnotizaría con su poder y palabrería. Mi paciencia y mis buenas formas e habían evaporado cuando Zack me había apuñalado por la espalda mientras encendía mi piel, así que más valía que la pelo antorcha se controlara o su cabello iba a arder, literalmente.

Llego a la sala B, las también llamadas salas de estudio, insonorizadas, por supuesto. Abro la puerta y la antorcha me mira y sonrío mientras que el decano y yo entramos.

—Aquí le dejo a la becaria estrella, señorita Smith. Puede parecer joven, pero su conocimiento es digno de compararse con cualquiera de nuestros catedráticos.

—Estoy segura de ello —contesta la pelirroja.

—Bueno señoritas, me retiro, hay asuntos que requieren mi atención. Tienen un par de horas, aprovéchenlas.

—Descuide decano, lo haremos —dice la aspirante a convertirse en parte del elenco de los cuatro fantásticos.

—Gracias por todo, señor Graham. Le mantendré informado —despido al decano.

Sale con una sonrisa en los labios y nosotras finjimos una para aligerar su marcha. Cuando sale miro a la antorcha.

—Hola Lilith —sonríe con malicia.

—Hola Naia García, ¿o debería llamarte Dina? También yo he hecho los deberes.

—No muy bien cuando reclamas mi ayuda.

—¿Acaso crees que yo necesito tu ayuda para hacer un mísero trabajo de literatura? He estado vagando por este mundo mucho antes de que ni siquiera el ser humano supiese escribir, así que este trabajo no es un reto para mí.

—¿Qué haces aquí?

—Ya lo sabes, no vayas de inocente, maestra de las lenguas.

—Hasta donde yo sé, parece que te aburres demasiado y has decidido venir a amargarle la existencia a Samael, pero pierdes el tiempo, él no volverá contigo.

— ¿Y cómo estás tan segura?

—Porque me ama a mí.

—Eso tiene solución. Hay un dicho que dice: muerto el perro, se acabó la rabia. ¿Te suena?

—Así que me has llamado porque quieres matarme.

—¡Eureka! Parece que después de todo no eres tan lenta como pensaba.

—Nunca fui lenta, eso te lo dejo a ti.

—Bueno, no perdamos más el tiempo. Será rápido porque me gustas, incluso si no te entrometieras entre la historia de Samael y yo, incluso podríamos ser amigas como te dije, pero no. Eres una piedra en mi camino y voy a destruirte.

—Dudo mucho que eso le agrade a Samael, a Mithrael o a todos y cada uno de los que residen en el Edén. Serás una apestada, una repudiada, la vergüenza del Dios del Edén.

—¿Crees que me importa lo que piensen ellos? Antaño algunos de ellos fueron parte de mi vida, los consideré hermanos, pero cuando vi tanta maldad en el ser humano y quise erradicarla me tacharon de asesina, y no se equivocaban —sonríe. —Ahora mírame, que voy a emplear una vez más esa palabra por la que tantas veces se me ha asociado en el Edén y fuera de él, asesina.

Evito mirarla, pero oigo sus tacones acercarse decididos hasta colocarse frente a mí. Su respiración es pausada, tranquila, silenciosa, como la mía. No le tengo miedo.

—¿Sabes lo mejor de todo esto, Lilith? Que matándome no ganarás nada. Seguirán llamándote asesina, te repudiarán más si eso es posible y sobre todo jamás conseguirás estar con él. ¿De verdad piensas que Samael va a querer estar con la asesina de la mujer a la que ama? Creo que estás muy equivocada si piensas que va a ser así.

—Le obligaré a amarme. Será mío.

—Sabes que tu influencia no funciona con él. No podrás obligarlo jamás y lo peor de todo es que lo único que lograrás matándome es que te tenga más asco y no quiera volver a verte o estar contigo jamás.

—No en vano te llaman maestra de las lenguas, sabes buscar las palabras exactas para hacerme dudar, pero, ¿sabes una cosa? Yo no dudo, actúo. Soy una diosa y una niñita no va a venir a darme lecciones. Mírame a los ojos.

—No me das miedo Lilith —la miro directamente. —Están vacíos, como es espacio donde Samael guarda sentimientos hacia ti, vacío.

—Eres una zorra, niñita, de esas que me gusta despedazar viva mientras escucho los gritos de dolor viendo cómo se les apaga la vida.

—Esa vida que a ti te falta, ¿no? Pues entérate de una vez, Samael no te va a devolver esa chispa, esas ganas de vivir. No vas a amargar su vida como si fuera una de tus marionetas. Yo me encargaré de que de que eso no ocurra.

—Tienes ovarios niñita, pero sabes que no puedes hacer nada contra mí. Soy una original, para mí tú eres un simple mosquito al que puedo aplastar con una sola mano.

—Pero yo no —ambas desviamos la mirada hacia la puerta, sorprendidas.

—¡Kill! ¿Qué haces aquí?

—Hola princesa, vine a ver cómo estabas y Samael comentó que estabas aquí. Parece que la Universidad está infectada de cucarachas —mira a Lilith.

—No lo dirás por mí, Miguel. Tú y yo siempre hemos sido buenos amigos— contesta la antorcha.

—Tú y yo nunca hemos sido amigos, no te confundas. Jamás podría tener ningún tipo de amistad con una asesina.

Vaya, parece que di en el clavo con el término. Kil me abraza y me coloca tras él, un gesto de protección que no pasa desapercibido para Lilith.

—Parece que tienes buenos amigos, niña. Te codeas con lo mejor de lo mejor, pero no siempre van a estar ahí para protegerte, y en ese momento en el que tus defensas flaqueen, yo estaré ahí para desmembrarte muy lentamente.

—¿Eso es una amenaza? —pregunto.

—Advertencia, amenaza... Más bien es un hecho, niña estúpida.

—Será mejor que te vayas Lilith, si es que aún aprecias tu vida, claro —las palabras de Kil se escuchan con seguridad.

—Soy más vieja que tú, Miguel. Aunque no sea por mucho tiempo, lo soy. Sabes que no puedes conmigo.

—Quizás yo solo no, pero... —abre la puerta e invita a alguien a entrar. Raziél aparece serio y concentrado, pero aun así dedica unos segundos para lanzarme una mirada tierna seguida de un asentimiento.

—Vaya, ¿qué haces para que lo mejor del Edén desee protegerte? —me pregunta la pelirroja.

—Ser algo que tú nunca podrás ser, una buena persona.

Me ignora y dirige la mirada hacia los dos hombres que ahora inundan la sala con su poder y seguridad.

—Puede que frente a los dos esté en inferioridad de condiciones Miguel, pero no siempre será así y pronto verás los pedazos de tu querida amiga esparcidos por el asfalto de las calles de Londres mientras su sangre escribe tu nombre. Pasad buen día, mis queridos enemigos.

—Fin de la clase, Johnny Storm[19] —le digo mientras desaparece por la grisácea puerta.

Me giro para encarar a mis ángeles, nunca mejor dicho, y los abrazo con fuerza.

—Os he echado tanto de menos... ¿Cómo estáis? ¿Y los primos?

—Estamos bien. La cuestión es, ¿lo estás tú? —Raziél me mira preocupado mientras Kil me pregunta.

—Sí, estoy bien. La *Lilithputiense* solo quería matarme. Parece que todos desean matarme, es mi pan de cada día.

Ambos sueltan una sonora carcajada ante el juego de palabras

para nombrar a la antorcha. Es la primera vez que oigo reír a Raziel. Su risa es hermosa, es el único sonido que parece permitir salir de su boca.

—¿¿Qué?! Es Lilith y puta. ¿Qué esperabais?

—De ti me lo espero todo, princesa.

—Sentaos y contadme. ¿Dónde estáis viviendo?

—En un palacio comparado con nuestro piso. La verdad es que Samael nos ha ofrecido una más que generosa residencia.

—Me alegro de que estéis a gusto —me enseñan las fotos del lugar des del móvil de mi mudo salvador. —Es casi más lujosa que la nuestra.

—¿Y tú como lo llevas? ¿Es... soportable?

—Sí. La verdad es que anoche se portó como un caballero y me preparó una cena especial. El piso es inmejorable y creo que poco a poco va asumiendo que debe dejar de lado al Samael celoso y controlador cuando está conmigo.

— ¿Estás domando al león? —me encojo de hombros.

—La voluntad está ahí, conseguir o no ya es otra cosa.

—Podrás princesa, siempre puedes con todo.

—Eso espero. ¿Cómo se han tomado los primos lo sucedido?

—Muy bien. Creen que están viviendo en uno de sus animes fantásticos —ríe. Mis locos... los quiero tanto... Son mis hermanos—. Quiero verlos. Extraño sus locuras, su frikismo e incluso sus disimulos para tener clases privadas de anatomía.

—Ellos vendrán esta tarde a verte aquí, no te preocupes.

—He visto a Zack —cambio de tema radicalmente—. Quiere saber dónde está el mapa. Si supiera que yo soy el mapa...

—El cometido de Raziel es proteger al mapa como guardián del mismo, ya lo sabes, y el mío evitar que se abra el acceso, pero por encima de la misión que se nos ha asignado y lo que representamos, está lo que somos. Para mí tú no eres solo el mapa, tú eres Dina, o Naia ahora.

—Lo sé. Necesito que, llegado el momento, si debéis escoger, protejáis a la llave y no al mapa. Lo entendéis, ¿verdad? Puede bajar otro Bash que tenga el mapa grabado en su memoria, pero solo existe una llave, la única e inimitable.

—Compartiré tu destino Naia, te ayudaré en la protección diaria

de la llave a cambio de una promesa.

—¿Qué promesa?

—Prométeme que olvidarás el pasado, que mirarás hacia el futuro, sin miedo. Que no cometerás los mismos errores, que te enfrentarás a cada obstáculo que aparezca en tu camino y lo vencerás. No queremos verte sufrir, ninguno de los dos. Deseamos ver a la Dina de antaño, la Dina feliz.

—Seré feliz cuando me dejen serlo. Lo prometo. Cuando acabemos con los Kazoos y nadie desee matarme ni me impida avanzar, lo haré.

—¿Estás seguro de que quieres acabar con todos los Kazoos? — recalca la palabra TODOS.

—Sí, después de lo que ha ocurrido hoy ya no hay nada en ese credo que me impida hacerlo.

—¿Qué ha ocurrido con Zackary, Naia? Cuéntamelo—. Le Explico lo ocurrido omitiendo alguna que otra cosa. —Entiendo. Y, ¿dónde está realmente la puerta?

—Lo siento, prefiero que nadie posea esa información. Cuanta menos gente lo sepa menos oportunidades tienen ellos de conseguir la información.

—Soy yo, Kil. Puedes contármelo todo, princesa.

—Es mejor así, hazme caso.

—Como gustes.

—Lo que está claro es que los Kazoos no tienen ni idea de nada relacionado con el mapa y ese es un punto a nuestro favor.

—Sí lo es. Esperemos que siga así. Debemos marchar princesa, debemos tener vigilados a los primos y protegerlos ahora que ellos los conocen.

—Sí, y yo debo volver con Samael. Se quedó preocupado y nervioso cuando vine para reunirme con Lilith.

—Traeré a los primos esta tarde, sobre la hora del té.

—Bien. Quiero que os llevéis a Samael unas horas. Voy a preparar una cena para agradecerle la que él me hizo y su hospitalidad. La verdad es que no le he puesto las cosas muy fáciles.

—Vaya princesa, a ver si ahora te me vas a enamorar —. Coloco los ojos en blanco mientras se levantan y me abrazan, despidiéndose antes de partir.

—Tened cuidado chicos y no os separéis.

—Descuida, lo tendremos. Tenlo tú, sobre todo con los Kazoos y con Lilith suelta.

Asiento mientras los veo marchar. Miro la hora. Es hora de comer, pero no tengo hambre. Aun así, viajo a la cocina de la facultad, arrastrando mis pies, para conseguir un par de platos de pasta y vuelvo al despacho de Samael para que comamos juntos y así paliar un poco su enfado. Un hombre con el estómago lleno es un hombre contento.

Abro como puedo y entro en el despacho. Lo veo enfrascado en la lectura de unos papeles y al alzar la vista se levanta como si el asiento le quemara. Consigo dejar los platos en mi mesa antes de que llegue a mi posición y me abraza como si le fuera la vida en ello, para examinarme después detenidamente.

—Estoy bien, Sam.

—Eso lo decidiré yo. Eres una inconsciente. ¿Sabes lo mal que lo he pasado? He estado a punto de ir a por ti, pero el hecho de perderte, de que te arrancaran de mi lado, ha hecho que permaneciera aquí, paciente, muriéndome por dentro mientras observaba como los minutos pasaban torturándome y burlándose de mí. No vuelvas a hacerlo jamás, ¿me oyes?

—¿Por qué es tan importante no perder tu empleo?

—No es el empleo lo que me importa, eres tú. Sé que te encanta estudiar, que quieres estar aquí, y a mí me gusta ser profesor, me hace sentir bien, útil, como una persona normal. También sé que te gusta las cosas por ti misma, incluido el dinero, y que no me dejarías mantenerte. No quiero que pierdas tu empleo ni yo quiero separarme de ti, así de sencillo—. Nos miramos a los ojos un instante, pero parece que por ellos se proyecta una larga vida y mil palabras que no nos decimos. Beso su mejilla mientras sonrío.

—Shhhhhh... estoy bien. Quiero que comamos juntos, después te contaré lo sucedido. Esta tarde vendrán Matt y Luca a verme a aquí y después los chicos quieren dar un paseo contigo. Yo debo hacer unos recados y quedé con las chicas de la facultad, pero estaré bien, no quiero que te preocupes por nada.

—No te dejaré sola, y menos ahora.

—¿Me quieres, Sam?

—Más que a mi vida, ya lo sabes.

—Entonces déjame marchar sin reproches o explicaciones.

—Eso es chantaje emocional, Dina.

—Llámalo como quieras, pero necesito hacerlo, me hará bien, me hará feliz.

—Quiero que seas feliz, pero no si ello implica ponerte en peligro.

—No soy una niña tonta que no sabe defenderse y no voy a dejar de vivir mi vida por las amenazas de unos descerebrados con ganas de pelea. No te estoy pidiendo permiso Samael, recuérdalo, solo te informo.

—Está bien. ¿Dónde se supone que iré con los chicos?

Sonrí y beso mi dedo antes de posarlo sobre sus labios.

—Te lo has ganado, guapetón—. Ríe sonoramente y nos sentamos a comer mientras le cuento lo sucedido con la señorita antorcha.

—¡La mataré! —sentencia mientras golpea con fuerza su escritorio haciendo que este se tambalee.

—No, espera y escúchame. Creo que nos puede interesar más de lo que crees. Es un ser poderoso, una original, tal y como ella bien dice. Sé que no es muy ético pero podríamos aprovechar su debilidad en nuestro favor.

—¿Cuál es su debilidad?

—Tú.

—¿Qué se te ha ocurrido? Cuando pones esa cara es que tramas algo.

—Nos vendría muy bien su poder como ser primero para enfrentarnos a los Kazoos llegado el momento, pero para ello debemos atraerla, como la luz atrae a las polillas.

—A ver si lo he entendido. ¿Quieres que finja que la deseo para tenerla de aliada contra nuestro enemigo?

—Piénsalo. Es perfecto. Va a probar de su propia medicina. Ella rechaza y castiga el engaño de los hombres a las mujeres y viceversa, esta vez será ella quien lo sufra en sus propias carnes. Su orgullo de mujer la cegará. Qué mejor satisfacción para su ego que creerse ganadora cuando escuche de boca del hombre que ama que no está enamorado de mí, sino de ella.

—Dina, a veces me das miedo. Me asombra cuan retorcida

puedes llegar a ser.

—Estoy cansada de que me crean débil, de que deseen acabar con mi vida, de que me busquen y me persigan, de que me maltraten. Si quieren jugar, jugaremos.

—¿Y qué hay de mí? ¿Y si desea ir más allá en nuestra falsa historia de amor?

—Sugiere ir despacio, tu corazón está herido por mi rechazo y necesitas estar seguro para dar el paso. Tú sabes cortejar a una mujer, sabrás cómo dilatar el momento. Si llega el momento en el que nos encontremos en esa situación, la afrontaremos con sabiduría.

—No la tocaré, me repugna.

—Lo sé, pero debemos interpretar bien nuestros papeles si queremos aprovecharnos de ella y de su poder. Será una manera de vengarnos de ella. Enamórala hasta volverla loca por ti y así la caída será más dolorosa cuando se tope con la cruda realidad. Pero, solo tú puedes decidir si esto se lleva a cabo o no.

—Hagámoslo, quiero que sufra tanto como me ha hecho sufrir a mí.

—¿Qué ocurrió entre vosotros en el pasado?

—Eso es un tema de mi vida privada que guardaré siempre bajo llave.

—Entiendo. No importa.

Acabamos de comer y me quito la fina chaqueta que llevo puesta.

—Veamos que perlita nos traes puesta hoy. Sonríó mientras le enseñó el mensaje de mi camiseta: *Necesito un donante de sueldo, urgente!*

Ríe y asiente mientras alzo el mentón, muy orgullosa de mi creación.

—Sin duda, con el dinero que debes gastarte en camisetas básicas blancas y lo mal que va la economía europea, creo que es la frase más acertada que se ha dicho jamás.

—¿Ves cómo te encantan mis camisetas?

—Más me encanta quien las lleva.

Pasamos media tarde trabajando codo con codo.

—Debería matricularme en materias que no sean las tuyas, sino notarán favoritismo, además de que me saldrán canas esperando a que tú impartas todas las clases de la carrera.

—Puedes presentarte solo a los finales, algo me dice que obtendrás matrícula dada tu experiencia con las lenguas aun no habiendo asistido a las clases.

—Lo sé, pero no se trata de eso. Para mí lo importante es que los docentes me transmitan su pasión por la lengua, su modo de analizarla, su ejecución a la hora de usarla. Ya sabes lo que dicen, mientras un solo hombre use el don de la palabra, la lengua no morirá, y por ende, tampoco lo hará la maestra de las lenguas.

—*Istu alik im*, Dina[20].

—Algún día pereceré, como lo haremos todos y cada uno de nosotros, pero no pensemos en ello ahora. Me matricularé en más clases cuando todo este caos se restablezca.

—Me parece bien.

—Sam, necesito pedirte algo.

—¿El qué, mi morena rebelde?

—Necesito un arma para defenderme de aquellos que desean matarme. Quiero a mis niñas.

—Lo haremos en casa, aquí es peligroso, podrían vernos. Allí las llamaré y haremos que asciendan.

—Gracias.

—No hay porqué darlas, morena mía.

—¿Te ha poseído Miguel Bosé? —le pregunto.

Soltamos una sonora carcajada justo cuando pican a la puerta. Tosemos para disimular y Samael da paso. Esta se abre de par en par y la sonrisa vuelve a mi rostro cuando veo dos conocidos cuerpos abalanzándose sobre mí para abrazarme con fuerza.

—Chicos, ¿queréis que muera de asfixia? —reímos. ¿Ya eran las cinco? El tiempo pasaba volando entre aquellas cuatro paredes. —Os he echado tanto de menos...

—Y nosotros a ti, angelita —dicen al unísono.

—¿Angelita? Lo tenías ensayado, ¿verdad? —asienten riendo sin parar— Sois un caso perdido.

—Hola señor Anderson, queríamos agradecerle de y nuevo que deje que nos hospedemos en su hogar —oigo a Luca mientras Matt estrecha la mano de mi profesor egocéntrico.

—No hay nada que agradecer, consideradla vuestra casa — contesta Samael con un tono tranquilo y dulce a la vez. A veces me

sorprende el hecho de que pueda pasar de ser el más creído y caradura que conozco, al más altruista de los seres. Quien sabe, quizás con los años se ha vuelto bipolar. Me encojo de hombros inconscientemente y oigo hablar a Matt.

—Anderson, Kil y Raziél te esperan en el coche, parece que quieren hablar contigo en privado sobre un asunto.

—Perfecto, gracias —se gira para encararme—. ¿Puedo confiar en que si te dejo diez minutos sola estarás bien?

—Sí, papi —contesto como una niña pequeña.

Se acerca a mí y besa mi mejilla a modo de despedida antes de susurrarme muy suavemente al oído.

—Este papi está deseando castigar a su niña contestona, así que no me provoques.

Besa la mejilla de Luca y estrecha la mano de Matt antes de salir mientras intento volver a encajar la mandíbula ante un comentario tan descarado, tan Samael. Al menos parece que los primos no han oído nada.

—¿Y cómo te trata mister mundo?

—Bien. ¿Mister mundo? —respondo a Luca.

—Si no lo es debería presentarse, atributos no le faltan—. Coloco los ojos en blanco.

—¿Y vosotros? ¿Estáis bien o todavía conmocionados después de lo ocurrido?

—Después de hablar con Kil, o Miguel, ya ni sé cómo llamarle, las piezas encajaron y lo entendimos todo —responde Matt—. ¿Cómo están tus...?

— ¿Alas? Siguen como las viste la última vez, con alguna que otra calva —trato de restarle importancia y ellos me sonríen con pesar. —Siento mucho lo que os pasó por mi culpa. Jamás me lo perdonaré.

—¿Otra vez con eso? Deja de culparte por algo que no puedes controlar Naia —contesta Luca—. ¿Has vuelto a ver a tu amigo el torturador?

—Sí.

—Tú eres masoca —suelta Matt.

—Solo buscaba engatusarme para sacarme información. No volveré a caer en sus redes.

—Deberías ampliar horizontes. Samael es un buen chico, te quiere y se preocupa mucho por ti —¿Desde cuándo Matt se ha vuelto un casamentero?

Lo sé, pero Samael y yo... es complicado.

—¿Y lo nuestro no? —Luca se señala a sí misma y después a Matt— Somos familia, cuando se lo contemos a nuestros respectivos padres el coloso en llamas va a parecer una cerilla encendida al lado de la que se va a montar, va a ser el acontecimiento del año, superando a 50 sombras de Grey. Ve pensando qué dirás en nuestro funeral.

—Podría ser algo así como: eran dos aspirantes a doctores que, al ser rechazados como elenco de Anatomía de Grey, protagonizaron su propio spin off.

—No te pases —dice Matt mientras los tres reímos—. ¿Os habéis dado cuenta de que hay “Greys” por todas partes? Qué obsesión. Suerte que soy mucho mejor amante que él y mejor médico que ella.

—¡Fantasma! —gritamos las dos para mirarnos y partirnos de risa de nuevo.

—Echaba de menos estos momentos, chicos —acabo confesando.

—Y nosotros. Toma —Matt me ofrece un papel—. Es nuestra nueva dirección. Queremos verte mínimo tres o cuatro veces por semana. ¿Capisci?

—Sí, amo Grey —contesto conteniendo la risa.

—La verdad es que hoy más que nunca me hacían falta estos momentos.

—¿Estás bien, cariño? —Luca acaricia mi pelo.

—Sí, es solo que hoy Zack me decepcionó tanto... Se me pasará.

—Olvídate de él, es pasado. Mira hacia adelante, te mereces ser feliz y estás a dos pasos de un hombre que desea hacerte muy dichosa—. Luca se pone seria.

—¿Os ha pagado Samael para que me incitéis a caer rendida a sus brazos? —alzo la ceja.

—Nunca nos dejaríamos comprar, —contesta Matt— pero si sí que hemos podido presenciar cómo Samael se volvía loco por encontrarte, curarte, salvarte, que se le llenaba la boca de palabras hermosas, todas dirigidas a tu persona. Que nos ofreció todo lo que

estaba en su mano para que estuviéramos a salvo, y lo hizo por ti, porque sabía que eso te haría feliz y estar más tranquila. Ese hombre te quiere Naia. Tendrá sus defectos, no te lo niego, entre ellos su sobreprotección hacia ti, pero nadie da tanto por nada si no está perdidamente enamorado de alguien, y estoy seguro de que haría lo que fuera por ti, lo que fuera —las palabras de Matt me dejan sin habla, nunca me había hablado así, exponiendo de un modo tan claro y directo todo lo que mis ojos no se atrevían a ver, cubiertos por un velo que yo misma me empeño en ponerme. ¿Y si tiene razón? ¿Y si la felicidad siempre estuvo al lado de Samael y no de Zackary? Echo mi pelo hacia atrás sin saber qué decir y la puerta se abre lentamente.

—¿Interrumpo? —Samael entra y se sienta en su escritorio.

—Claro que no. Nosotros ya nos íbamos —contesta Luca.

—¿Ya? No es justo, apenas habéis estado veinte minutos —me quejo.

—Así te dejamos con el mono y vienes pronto a vernos —Luca y sus ocurrencias. Los abrazo fuerte a ambos y prometo visitarlos pronto mientras veo como se alejan de mi lado, acompañados por Samael a la salida. Aprovecho y mando un mensaje a Charlotte y Kristin, dos de mis amigas de la facultad. «Mis lunáticas, ¿os parece bien si nos vemos mañana en el bar de la facultad de Lenguas a las cinco?». La respuesta no se hace esperar y mis lunáticas confirman gustosas, así podré dedicar la tarde a comprar y preparar la cena para mi nuevo compañero de piso mientras él, ajeno a todo, se entretiene con Kil y Raziel.

Al acabar el turno de trabajo me despido de tres mister mundo, en este caso Kil, Raziel y Samael, tal y como dice Luca, y decido acercarme a Westfield Stratford City, a media hora en metro. Un gigantesco centro comercial aparece imponente frente a mí, incitándome a entrar y consumir mi sueldo en multiplicidad de artículos.

Voy directa a la sección de alimentos y cojo lo necesario para preparar un suculento banquete.

Llego a mi antiguo piso, pues ir hasta casa de Samael y entrar con unas llaves que no tengo es tarea imposible.

Preparo unos más que aceptables platos típicos de Londres pese a mi inexperiencia en la cocina y poco extenso recetario. Dos platos y

un postre aparecen frente a mí; Wellington Beef de primero, también conocido en España como Lomo de ternera cubierto de paté, Lancashire Hotpot de segundo, carne de cordero con patata al horno y Custado de postre, una natilla con sabor avainillado.

—Si no fueran platos de comida podrían pasar perfectamente por apellidos de personajes de Juego de Tronos —me digo a mi misma. Estoy loca, lo sé.

Mando un mensaje a Samael. «Estoy en mi antiguo piso. Ven cuando puedas». Coloco el primer plato sobre la mesa decorada y coloco un disco de Bryan Adams mientras descorcho la botella de un vino tinto de importación, la Rioja, por supuesto, y lo coloco sobre la mesa. Pasan los minutos hasta que oigo sonar el timbre. Ahí está mi egocéntrico profesor. Abro la puerta decidida y me sobresalto al no encontrar lo que esperaba ver.

Capítulo 20

*(...) Quien te ama, acepta tu pasado sin juzgarte,
vive tu presente sin señalarte, y sueña el futuro sin
cambiarte (...).
Anónimo*

La mañana se presentaba soleada cuando abrí los ojos. Me puse unos vaqueros y una camiseta negra cubierta por un tenue dibujo de calavera. Había desviado la mirada varias veces hasta la cajonera donde, entre los negros calcetines, residía el teléfono móvil oculto. Lo acogí entre mis manos y caminé decidido a la cocina llamándolos para que todos se congregaran en ella. Una vez allí, les había mostrado los mensajes relacionados con el mapa, los que habían sido enviados directamente para mí habían sido eliminados. Muchos me reprocharon el haber ocultado tan valiosa información, otros, entusiasmados y optimistas vieron un rayo de luz en el mensaje, un camino que los llevara hasta el mapa. Otros, sin embargo, recelosos, dudaban de la veracidad del encriptado texto, pero a mí poco me importaba ya. Solo quería verla y estar con ella. Esperaba que ella, si todavía me quería, me diera la ubicación del mapa para poder ver con mis propios ojos como Mithrael parecía a manos de Luther por todo el mal que había causado y todas las erróneas decisiones que había tomado para su conveniencia y la de su familia. Decidido a encontrarla, en el único lugar en el que sabía que podría encontrarla. Cogí mi moto en dirección a la universidad, aparcando oculto por la zona para no ser descubierto por el resto de los Bash. Y entonces la vi, caminaba sola, sin su ya más que habitual escolta, era mi oportunidad de explicarle lo ocurrido y de recuperarla, si es que ella estaba dispuesta a que nuestro amor tuviera una nueva oportunidad después de los errores cometidos.

Todo había salido mal, muy mal. De nuevo mi error lo había estropeado todo. Le había contado la verdad y pese a sus reproches me había creído. Había podido besarla como en estos últimos tiempos no había podido. Pero todo se rompió en mil pedazos cuando le pregunté por el mapa. Ella había creído que era en beneficio de

Luther, pero solo lo hacía en busca de la venganza por nuestro amor truncado. Había sido un inconsciente, aquel no era el momento apropiado, pero al tenerla entre mis brazos recordé la traición y falsas acusaciones tanto de Samael como de Mithrael y mi instinto de vengarme de ellos se encendió como la mecha de la dinamita a punto de explotar. Aquel había sido el punto de inflexión que había provocado que volviera a detestarme más, si es que eso era posible.

Ahora, todavía en esta solitaria calle golpeo la fachada de uno de los edificios haciendo que mis nudillos sangren, gritando de pura rabia. De nuevo la he defraudado y eso me mata, al igual que el hecho de que el maldito Samael la haya tocado. ¡Es mía!

Cojo la moto y corro, como nunca antes lo he hecho, por las calles londinenses en busca de despejar mi mente. ¿Por qué todo es tan complicado? Envío un mensaje a Max y Kleton.

«Entrenamiento. En media hora en el Rebel. St. Mary Axe. ¿Queréis que os de una paliza?»

Las respuestas aparecen de inmediato asegurando cada uno de ellos que será el vencedor. Necesito una buena pelea para liberar tensiones y esta rabia que me recorre lentamente.

Entro por la puerta del equipado gimnasio, no existe otro igual en todo Londres, es perfecto. Solemos ir de vez en cuando a entrenar con el equipamiento que poseen las instalaciones, y así evitar acabar destrozando mobiliario o alguna habitación de la casa.

Leslie me mira desde recepción y sonrío falsamente mientras me entrega la llave de nuestra sala privada. Camino por el pasillo central cruzándome con algunos clientes que miran mi tarjeta, que abre la sala a la que me dirijo, también conocida como llave, como si se tratara de un boleto premiado con miles de lingotes de oro. Entro en la sala de entrenamiento y admiro el saco negro de boxeo. Había sido diseñado especialmente para nosotros, relleno de D30^[21] para evitar que destruyamos uno con cada golpe. Me pongo uno de los pantalones anchos que encuentro en mi taquilla, dejando allí los tejanos y es entonces cuando oigo a los chicos entrar y saludarme. Los saludo mientras Kleton cruje sus nudillos acompañando la acción con su típica frase.

—¿Estás preparado para para morir? —Max y yo sonreímos maliciosos.

—¿Y tú? —le digo.

—Pues yo no, solo quiero pasarlo bien, darle al saco de lo lindo y patear vuestros fofos traseros —oímos a Max.

—También yo echo de menos boxear, —reconoce Kleton— pero después dejaremos de jugar y peharemos como hombres, no como nenazas. Por cierto, Zack, tenemos que hablar de cierto mensaje que ya ha sido entregado y viene con respuesta.

Asiento y camino hacia uno de los sacos. No necesitamos guantes, al contrario, es el propio saco, que de no ser por el material que lo recubre, acabaría mal parado. Golpeamos los sacos una media hora antes de subir al ring, colocado en un lateral de la sala.

—Que empiece el juego —dice Kleton visualizando a su primer contrincante, Max. Me reserva para el final, me tiene ganas. Max sonríe mientras hace restallar sus nudillos. No será una pelea boxeando, por supuesto, será una pelea al uso donde puede que hasta corra algo de sangre, de algún labio partido o tabique nasal. Max corre para golpear a su adversario con el puño cerrado, pero este lo atrapa con la mano, apret ndola con fuerza. Casi puedo oír el crujir de los huesos de Max, pero este da un rodillazo en la entrepierna de Kleton, haciendo que este lo suelte y retroceda.

—Justo en el blanco, Max —le digo.

—Se me da bien jugar a los dardos Zackary, siempre le doy a la diana —dice mientras abre y cierra la mano dañada en busca de recuperar la movilidad completa y paliar el dolor. La respuesta de Kleton al rodillazo es una patada que Max consigue detener con el brazo para cogerla al vuelo y hacerla girar. Kleton cae al suelo, no sin antes desequilibrar a su contrincante para que ambos besen el frío suelo. El intenso entrenamiento les dura diez minutos más, donde claramente el mensajero de Luther se proclama vencedor ante un Max desmejorado.

—La próxima vez será mejor, compañero —palmeo su espalda cuando Max sale del ring. —Mi turno.

Entro en el cuadrilátero mientras Kleton, algo recuperado, me incita a iniciar la pelea con un leve movimiento de dedos. Sonrío de lado, haber sido Bash no me da más técnica en la lucha, pero sí me había ofrecido un amplio abanico de movimientos y herramientas que me vienen como anillo al dedo ante este fanfarrón. Nos acercamos el

uno al otro lentamente, sin romper el contacto visual un solo segundo, hasta que mi brazo toma impulso para estampar mi puño contra su cara. Agarra presuroso mi muñeca justo antes de que mi puño tatúe su barbilla con una hermosa cicatriz, pero mis dedos se estiran como afilados cuchillos hundiéndose levemente su nuez, como si de un botón se tratara. Me suelta tosiendo mientras se agarra el cuello y respira con algo de dificultad.

—Fin de la lucha. Yo gano —sentencio. No estoy de humor para estar de cachondeo después de lo que ha ocurrido hoy con Dina, estoy hecho polvo y no quiero dañar de verdad a mis compañeros, ellos no pagarán por mis errores o mis sentimientos. Me giro para salir del ring y algo impacta sobre una de las cicatrices de mis omoplatos. Ha sido una patada, ahora lo sé. Una punzada me atraviesa por completo y caigo de rodillas, no por el dolor que siento, sino porque esa cicatriz, juntamente con la otra, fue el principio del fin. Cientos de imágenes inundan mi cabeza y me agarro a una de las cuentas del cuadrilátero para levantarme. La necesito. Mi ángel... Iré a verla mañana y aunque no quiera saber nada de mí, aunque me odie, lograré que entienda por qué he hecho lo que he hecho y porqué sigo haciéndolo aún ahora. Doy algunos golpes más, recibo otros, lo necesito, y cuando mi mente ya no puede más, que no mi cuerpo, coloco mis dedos en el hombro de un despistado y confiado Kleton para presionar en unos puntos particulares, haciendo que se desplome en el suelo, dormido. Miro a Max, que alterna su mirada entre el cuerpo de Kleton y mi rostro.

—Nadie dijo que había que jugar limpio —contesto a la pregunta no formulada.

—Tío, ¿cómo has hecho eso? ¿Me enseñas?

—Es mi arma secreta, si lo hago pierdo parte de mi esencia. Es un movimiento de lucha que solo utilizo yo, al menos bien ejecutado. Algunos lo intentan y acaban contracturas, dislocaciones y hombros morados. Yo no —me encojo de hombros. —Por cierto, solo puedo desertarlo yo, así que dime, ¿despertamos a la Bella Durmiente o dejamos que pase aquí la noche?

—Si lo dejamos aquí, su princesa azul Samantha se pondrá hecha un basilisco y paso de gritos, por no hablar de cómo se lo puede tomar Abbadon. Hagamos algo, llevémoslo a casa y

metámoslo en la cama de Samantha, lo despiertas y el destino dirá. Es como darles un empujón.

—No despertará al momento, puede que tarde un minuto —le contesto.

—Mejor, así te da tiempo a salir por patas —coloco los ojos en blanco mientras sonrío.

Todos sin excepción estaban locos, aunque la locura de Max estaba relacionada con su pasado, sus actos y su familia. No lo juzgaría, puesto que ya había sido castigado por sus pecados, pero si la sociedad conociera realmente su identidad puede que ya no existiese en este mundo. Suerte tenía de que solo los seres sobrenaturales tuviéramos el poder de ver la apariencia del alma y no del cuerpo, la que había tenido antes de morir, su verdadero yo, de ese modo la sociedad no podría reconocernos jamás.

Ser visto con la misma apariencia, retratado, fotografiado o pintado por los seres humanos durante cientos de años nos hubiese traído muchos problemas. ¿Cómo justificarse sin desvelar quiénes somos? Es mejor así.

Volvemos a ese castillo al que llamamos casa, Max en su coche con un dormido Kleton en la parte trasera, y yo en la moto. Al llegar, dejo a la falsa Blancanieves en el cuarto de Samantha mientras Max trae una manzana de la cocina y se la deja en la mesita de noche.

—¿En serio? —lo miro sin creer lo que ven mis ojos. —Conmigo no ha necesitado manzana.

—Es por si le entra hambre después del... —sonríe pícaro— entrenamiento extra.

—Anda, tira para la cocina.

Vuelvo a presionar los puntos exactos antes de salir por la puerta y encontrarme con Samantha.

—¿Venías a verme, nene?

—Sí, pero parece que se me han adelantado. Pasadlo muy bien — fuerzo mis labios para que no reflejen una sonrisa y me despido caminando hacia la cocina. Zenda, Roberta, Lexy, Hugh, Jason y Onix están charlando con Max animadamente. Los saludo y Onix se acerca preocupado, me conoce bien.

—¿Todo bien, compañero?

—No, nada está bien. He vuelto a cagarla.

Le explico lo ocurrido. Confío en él más que en nadie, es casi mi hermano. No compartiremos sangre, pero jamás he conocido a nadie tan noble, fiel y buena persona como él. No entiendo por qué su destino lo llevó hasta el infierno, a manos de Luther, pero no desea contármelo. No lo presionaré. Cuando esté preparado él mismo vendrá a mí para explicármelo todo, como hice yo, estoy seguro de ello.

—Joder palomita, no sales de una y te metes en otra.

—Solo quería la ubicación del mapa para hacer pagar a Mithrael de una vez por todas el daño que nos ha hecho a mí y a mi ángel, pero ella no se lo tomó así.

—Sé paciente. Aún no lo recuerda todo, como te ha dicho, cree en la inocencia de Samael por encima de todo y además no le explicaste para qué querías el mapa. ¿Qué esperabas? ¿Un te amo y un besito de paz? Las mujeres son más listas de lo que crees pichón, ella se acabará enterando de todo, por no hablar de que, si sus recuerdos le llegan poco a poco, llegará un momento en que ese se le aparezca como una visión. Debes tener paciencia, cuidarla desde la distancia. Sé que la amas más que a nada en el mundo, pero ponte en su lugar y entiende sus reacciones. Ella te ama y te lo ha demostrado hoy antes de que lo jodieras todo. Una mujer es un tesoro, lucha por ella, reconquistala, no la pierdas, no dejes que se esfume como la bruma y ya no puedas hacer nada por recuperarla —asiento. Son palabras ciertas y muy sabias, no cabe la menor duda. Las últimas palabras de ella vienen a mi cabeza retumbando como un eco dentro de ella, incesantemente.

—Ella ha intimado con él.

—Recuerda que ahora es libre de hacer lo que desee con su vida y con su cuerpo, no tiene dueño.

—¡Seréis cabrones! —Kleton entra hecho una furia rompiendo la conversación privada entre Onix y yo y haciendo que todos los de la sala se giren para mirarlo. Max y yo nos miramos y él toma la palabra.

—Vaya, la Bella Durmiente se tornó Chucky —todos reímos mientras se acerca a los dos.

—No sabéis la que me habéis liado con Miss Transformer.

—Entonamos el mea culpa, Kleton —digo riendo por el mote que le ha puesto a Samantha.

—Me la pagaréis, pero, mientras tanto... Zack, tú y yo tenemos una conversación pendiente.

Asiento y nos vamos al gran salón. Está desierto. Nos sentamos cada uno en un sillón de piel negra y lo miro con atención.

—¿Cuál es el mensaje? —nunca me ha gustado perder el tiempo y dar rodeos antes de llegar al meollo del asunto.

—Luther manda un mensaje a Azrael también. Quiere que se lo entregues en cuanto sea posible. El mensaje es el siguiente:

«Cuando todo ser viviente sea erradicado de la Tierra y no tengas ama de la cual alimentarte, recuerda que yo seguiré teniendo el mismo poder y miraré triunfante tu derrota, pues seré yo al único al que la muerte no haya vencido. Volveré a humillarte de nuevo parca, solo prepárate para tu final».

—Bien, se lo haré llegar.

—Quiere que se lo entregues tal cual te lo he dicho.

—Tranquilo, no cambiaré ni una coma. Tengo buena memoria.

—Eso espero.

—¿Algo más?

—Nada más por ahora. Nuestro señor está molesto por tus asiduos encuentros con Azrael.

—Puras coincidencias.

—Seguro...

—Voy a entregarle el mensaje entonces —me despido saliendo por la puerta.

Salgo al exterior de la mansión y empiezo a caminar cuando oigo que me llaman. Me giro y veo a Hugh.

Zack, Jason, Onix, Kleton y yo vamos a ir al bar de mi borde camarera. Me muero por verla, tío. No sé qué tiene, pero me pone loco, cardíaco. ¿Te vienes?

—Está bien, pero iré más tarde, debo resolver unos asuntos. Tardaré una hora a lo sumo.

—Bien, entonces nosotros cuatro saldremos para allá en unos tres cuartos de hora.

Asiento y me despido para proseguir mi camino. Debería haber ido al baño, tengo unas terribles ganas de sacar a pasear a la anaconda, como dice Onix. Me coloco tras unos arbustos para poder desahogarme antes de reventar por dentro.

—¿Necesitas ayuda con eso, amigo mío?

—No, gracias, puedo solo —coloco todo en su sitio—. Todavía no te he llamado.

—Lo sé. Casualmente pasaba por aquí.

—Casualmente, ¿eh? —Azrael me guiña el ojo.

—¿Cómo le ha sentado a tu amo mi mensaje?

—Pues supongo que con el efecto que esperabas que surtiera.

—Excelente.

—También él tiene un mensaje para ti.

—Soy todo oídos, Zack. Sorpréndeme.

—El mensaje es el siguiente: *«Cuando todo ser viviente sea erradicado de la Tierra y no tengas ama de la cual alimentarte, recuerda que yo seguiré teniendo el mismo poder y miraré triunfante tu derrota, pues seré yo al único al que la muerte no haya vencido. Volveré a humillarte de nuevo parca, solo prepárate para tu final»*.

—Hermosas palabras —se seca una ausente lágrima—.

Desconocía que ese insecto abrasado por las llamas supiera escribir poesía.

—No insultes a mi señor, Azrael.

—Vaya, acabas de perder un punto en mi escala de la amistad.

—Escúchame, yo no soy el mensajero o intermediario de nadie, si queréis dedicaros a mandaros cartas de amor pedídselo a otro. Estoy cansado de todo esto.

—¿Ahora tampoco quieres ser la paloma mensajera, Zackary? Y, ¿qué quieres ahora?

—Solo quiero ser un hombre que vive feliz con la mujer que ama.

—Ah sí, con esa que te odia, que no quiere saber de ti y a la que torturas. Yo lo sé todo, Zack. Por cierto, ella besa muy bien.

—Eres un cabrón. No te atrevas a tocarle ni un pelo.

—Tranquilo, yo solo tengo ojos para una persona, aun así, disfruté de ese beso más de lo que confesaré. Y ahora me despido, en diez minutos me espera un infarto.

Cierro los ojos y aprieto la mandíbula. ¿También se había besado con Azrael? ¿Con cuántos más? Ahora, más calmado, abro los ojos. Ha desaparecido, como siempre.

Camino hacia el castillo y tras coger mi moto pongo rumbo al bar de la chica que tiene loco a Hugh, tal y como él afirma.

El cartel de Welcome me da la bienvenida antes de entrar. Localizo cuatro cabezas, una de ellas sin pelo alguno, en uno de los laterales del bar.

Me siento en la silla que queda libre y los saludo.

—Ya estoy aquí, chicos —me ofrecen una cerveza y la acepto gustoso—. ¿Ya has visto a tu chica, Hugh?

—No es mi chica, todavía...pero lo será. Y no, nos atendió otra camarera, pero no me evitará tan fácilmente, soy persistente —me contesta.

—Lo sabemos —decimos Jason, Onix, Kleton y yo al unísono. — Te conocemos demasiado bien.

—Pues eso. Después de la cena iré a pedirle una cita y el teléfono, por supuesto —se lo ve decidido y eso me hace sonreír.

—Di que sí, a por todas galán —le anima Jason.

La camarera que nos atiende merece el Oscar a la más sosa y arisca. Toda una joyita. No sé cómo habrá conseguido un trabajo de atención al cliente con esa actitud.

Le pedimos cuatro bocadillos de calamares y unas tapas mientras nos mira con un asco inconmensurable.

Comemos sin prisa, hablando de todo tipo de temas hasta llegar a uno peliagudo, al menos para mí, mi oculto teléfono móvil.

—Zack, tío, tenías que haberlo enseñado desde el principio — dice Jason y yo asiento.

—Abbadon está cabreado y decepcionado —le sigue Onix.

—También lo está Luther. Me preguntó acerca de las novedades y tuve que contárselo. Ha sugerido un castigo, del cual Abbadon ya ha sido informado. Él decidirá si te lo impone en su totalidad o no. Después hablará contigo —sentencia Kleton.

—Que seas así, pues —contesto. Después del día que he pasado hoy, lo que ha ocurrido con Dina y Azrael, lo último que necesito son las reprimendas de Abbadon. Veremos lo que me depara el destino.

Terminamos los deliciosos bocadillos y los aperitivos que rodean el centro de la mesa. Miro cómo Hugh se levanta decidido y camina en dirección a Leirah, que atiende las mesas del otro extremo del bar. Lo vemos hablar con ella, cortejarla como solo él sabe hacerlo. Ella sonríe, pero es más una sonrisa de malicia, de esas que fingen complacencia, pero de la que deberías esperar cualquier cosa, y no

precisamente buena. Ella saca el bolígrafo de apuntar comandas y escribe algo en un folio de su bloc de notas antes de entregárselo. Hugh regresa a la mesa con una sonrisa de oreja a oreja mientras guarda el papel en el bolsillo y paga la cuenta dejando una succulenta propina.

—¿Nos vamos? —pregunta.

—Se te ve contento —dice Onix.

—Parece que la reina del hielo empieza a descongelarse —le sigue Jason.

—Sí. Hemos estado hablando, le he propuesto una cita y ha aceptado.

Coloco los ojos en blanco mientras suspiro, pues me temo lo peor. Kleton nos mira sin comprender y Jason le va contando la historia mientras me encaro a Hugh, Onix a mi lado.

—Deberás llamar a ese número ahora.

—Todavía no, tío. No quiero ser el típico pesado que la agobia cada minuto. Esta vez lo haré bien, dejaré que respire y asuma que esta con un dios del sexo con un cuerpo que ni Chris Hemsworth.

—Tú prueba. Tengo la ligera sospecha de que te ha tomado el pelo y ha apuntado un número falso para reírse de ti y que la dejes tranquila. Espero equivocarme, pero no estaría de más que lo comprobaras, y si es ella siempre puedes decir que estabas guardando su número en el teléfono móvil y llamaste sin buscarlo.

—Claro que será ella. No me mentiría, ella no es así, no la conoces.

—¿Y tú sí? Apenas hace... ¿una semana que la conoces?

—¡Cállate!

—Me pides que me calle porque sabes que es cierto —caminamos por la solitaria calle.

Todos, en cierto modo, estamos jodidos. Hugh por Leirah, Kleton por Samantha, Onix por esa mujer especial que no encontraba o que había perdido, Jason por no hallar ese complemento afín y yo por mi ángel, mi Dina.

—Voy a demostrarte que no se está riendo de mí o jugando con mis sentimientos Zackary, y deberás tragarte tus palabras.

—Ojalá sea así, Hugh. De veras que lo deseo —le contesto mientras veo como marca el teléfono y lo pone en manos libres, para

que todos oigamos la voz de su querida Leirah. Primer tono, segundo tono...

—Estará liada en el bar, por eso no lo coge —trata de justificarse.

Tercer tono. Antes de que el cuarto suene alguien descuelga el teléfono y la esperanza inunda el rostro de mi amigo, la cual se hunde cual roa en el mar cuando la voz de un hombre se oye cubana alta y clara.

—Has llamado a tu bombero, que te va a apagar todo el fuego, maricón. ¿Quieres que Lucky te caliente lo que hay dentro de la bragueta? Seguro que ese culito está deseando que llame a la puerta y meta la llave—. Hugh cuelga al segundo, encolerizado.

—Pobre Lucky, lo has dejado a medias —se burla Jason.

—Lo siento amigo —aprieto su hombro.

—Esta no me humilla más, os lo aseguro. Ha abierto la veda, ahora que se prepare para la guerra.

—¿Y no es más fácil obligarla a que te dé su teléfono y tengo una cita contigo? —sugiere Kleton.

—No. No me gusta que me lo den todo hecho, sino no tiene gracia. Pero a la que no le va a hacer ni pizca de gracia va a ser a ella a partir de ahora. Va a conocer al verdadero Hugh.

Volvemos con un Hugh más que cabreado. La casa está en silencio, los demás habrán salido como nosotros. Entramos y vamos cada uno a nuestros cuartos. Algunas heridas todavía no han cicatrizado del todo, pero están en proceso, un regalo de Luther. ¿Cómo ser unos soldados efectivos si morimos por un rasguño? Se encargó de fortalecer el cuerpo, olvidó la mente. Decido bajar a tomar un vaso de agua y los veo a todos allí congregados; parece que sí estaban en casa.

—Hola chicos —me sirvo mi vaso y lo bebo de un trago. Todos me miran serios—. ¿Qué ocurre?

—Zackary, Luther ha hablado y por ende sentenciado —asiento a las palabras de Abbadon. Tal y como había asegurado Kleton. —Tus actos serán castigados. Se te acusa de ocultar información crucial para el objetivo principal de la misión, localizar el mapa. Además, Luther considera que tu falta de servidumbre y de obediencia tanto a él como a la causa ha favorecido a los Bash y perjudicado no solo a él sino a la existencia de cada uno de nosotros en la Tierra.

—¿Acaso podéis deducir, por un acertijo incierto y palabrería barata de un desconocido, que el mensaje puede llevarnos a algún lugar? Yo os contestaré. No. He pasado muchas noches leyendo una y otra vez cada una de las palabras que contiene el texto, muy lentamente, y solo he averiguado que aparece escondida la palabra mapa y que no es el mapa el que puede conducirnos a la puerta que lleva al Edén, sino la memoria de alguien, alguien que, lógicamente, no he descubierto quién es. Todas estas suposiciones están sujetas al hecho de darle veracidad al mensaje, por supuesto. ¿Os habéis parado a pensar por un momento que la persona que los manda puede ser uno de nuestros enemigos que solo busca despistarnos, desviarnos del camino? Decidáis lo que decidáis hacer hoy conmigo, recordad que puede que no dar a conocer esta información fuera error mío, pero fallo vuestro será si me juzgáis por suposiciones o falsas pistas sobre algo que no se ha localizado ni una sola vez desde tiempos inmemoriales. Os gusta juzgar a la gente, sentir ese poder corriendo por las venas, —los miro a todos —pero a veces lo hacéis con demasiada rapidez, sin pararos a pensar en todo lo que lo envuelve, sin ver más allá. Quizás, si vierais, y no solo mirarais, os daríais cuenta de que si no desvelé antes el contenido de este mensaje fue porque quería comprobar antes tanto su veracidad como su contenido. Me he pasado horas analizándolo para poder ofreceros algo de información, —suspiro —pero, como siempre, aún poseemos rasgos humanos, en este caso uno demasiado común, juzgar antes de escuchar. Este era el momento de mostrarlo, no antes, pues ahora podía aportar un análisis más profundo del contenido, sea o no una información verdadera.

—¿Has terminado Zackary? —dice Abbadon mientras los demás todavía me miran en silencio.

—No queda más que decir. No hay más sordo que el que no quiere escuchar, ni más ciego que el que no quiere ver.

—Si es así, te condeno, en nombre de Luther, a quedar recluido en una de las mazmorras de este castillo únicamente con un colchón, una manta, un vaso de agua y un trozo de pan al día. Así pasarán tres semanas si es que nuestro señor no considera oportuno prolongar la penitencia por tus actos. Se siente traicionado y defraudado contigo, al igual que yo. Espero que con estos días de

reflexión te quede claro a quién debes lealtad y como debe comportarse un verdadero Kazoo.

—Que así sea entonces, —contento— pero recordad que aquí no hay nadie que no se guie por sus intereses además de servir a Luther. Todos deberíais miraros al espejo antes de juzgar a los demás.

—Onix, bájalo a los calabozos —concluye Abbadon.

—Lo siento palomita —dice Onix mientras caminamos escaleras abajo. —Entiendo por qué lo entiendes y este castigo es desmedido. Siento no poder hacer nada para ayudarte, son órdenes de abajo.

—No te preocupes, en esta vida todo se paga. Yo he pagado muchas veces el precio de cosas que no he hecho. Necesito que hagas algo por mí —le digo serio.

—¿Qué es lo que necesitas?

—Quiero una foto de ella. Consíguemela. Ya sabes dónde trabaja. Fotografíala y tráemela, sino me voy a volver loco por no verla, y si eso pasa haré trizas esta jaula para osos para que mis ojos la acaricien por completo, aunque sea desde la distancia, de ese modo sí que podrán juzgarme por algo que haya hecho, pues habré desobedecido una orden directa de Luther.

—Está bien, te la traeré, pero si lo descubren tendré problemas yo. No puedes tener nada.

—La guardaré en un lugar seguro —asiente.

—Mañana iré a la universidad y me convertiré en paparazi por un día—. Sonríó con pesar y lo abrazo agradeciéndole su infinito altruismo y ayuda antes de que cierre la puerta de ese putrefacto lugar, conmigo dentro.

—Gracias hermano. Adiós.

—Te visitaré cada día, palomita. No quiero que tu cordura eche a volar—. Asiento y se marcha. Me tumbo en el incómodo colchón.

503 horas, 59 minutos, 58 segundos...

Capítulo 21

(...) *A veces el problema es que tu corazón no quiere admitirlo que tu mente ya sabe (...)*

Esto es lo último que me esperaba. Frente a mí se encuentra ella, tan delicada pero agresiva a la vez. Mi pequeña mordedora, a la que siempre había cuidado desde que atrapó mi dedo entre su verdosa hoja, mi carnívora.

—No es posible... ¿Es...? —el rostro de Samael aparece tras la planta.

—Sí, Dina, es tu amada *comeinsectos*.

Pero, ¿cómo la has conseguido?

—Ya sabes, mis trucos.

—Entiendo.

La acojo entre mis manos. El tiesto es pequeño y seguro que está incómoda. La trasplantaré. Siempre había adorado a las plantas, esos seres indefensos e incomprensidos que eran mutilados para que una mujer sonriera durante cinco segundos cuando un hombre le regalaba un ramo. Lo que hacían los hombres por conseguir un beso o una cita...

Acaricio sus hojas y vuelve a atrapar mi dedo, hiriéndolo levemente, como la primera vez. Una sonrisa se dibuja en mi rostro. Sigue igual de juguetona.

Samael se acerca entonces y libera mi dedo llevándolo a la boca y retirando una minúscula gota de sangre con su lengua, acto que provoca que un escalofrío recorra mi columna vertebral de arriba abajo. Trato de expulsar el aire de mis pulmones lentamente mientras las sensaciones se intensifican. Esto ya lo vivimos arriba, la misma situación, él lo sabe, la está recreando, yo le dejo, ¿por qué?

Lo miro a los ojos y sonrío antes de volver a mirar a mi vieja amiga.

—Gracias Sam. Es hermoso. Tenerla de nuevo es increíble. Puede que para todos sea solo una planta, pero para mí es mucho más.

—Lo sé, por eso está aquí, sabía que te gustaría la sorpresa.

—Me ha encantado, y como recompensa a todo lo que has hecho por mí y lo mal que yo me he portado contigo, te he preparado una bonita cena —le señalo la mesa—. ¿Me haría el honor de cenar conmigo, profesor Anderson?

—Estaré encantado, señorita García —responde—. Sobre todo de pasar el tiempo con una mujer tan bella que cuando me llama así hace que mi cuerpo arda como una hoguera.

—¿Así cómo, profesor Anderson?

—No juegues con fuego o te quemarás, Dina.

—Naia —le rectifico.

—Naia —se corrige.

—¿Cenamos? —asiente y retira mi silla para que pueda acomodarme en ella. —Gracias, caballero.

—De nada, bella dama—. Se sienta frente a mí y miro la bandeja donde descansa el primer plato de comida.

—Estará frío. Voy a calentarlo un par de minutos al horno —asiente mientras se afloja el nudo de la corbata y la desliza bajo las solapas de su camisa hasta hacerla desaparecer de esta y haciéndola reposar en el reparto de la silla.

Marcho con la bandeja y la caliento. Me agacho para ver cómo va la comida en el horno. Después del tiempo y el esfuerzo que me ha costado prepararla y sobre todo que tenga buen sabor, lo único que quiero es que se me queme. Mi bolsillo del pantalón vibra y al sacar mi móvil veo un mensaje de Samael. Pongo los ojos en blanco. ¿Por qué no ha venido a decirme lo que sea en persona? Abro el mensaje de texto y leo lo siguiente: «Creo que ese culo respingón está provocando incesantemente a mi mano para que le dé un azote. Desde aquí tengo unas vistas perfectas».

Me giro y lo veo apoyado en el marco de la puerta.

—Sam, creo que deberías omitir esas vistas si deseas conservar tus ojos y que no te los saque de sus cuencas —cojo el fundererele y me acerco a él con una sonrisa en los labios. Intercepta mi mano y la coloca a mi espalda pegándome a su cuerpo.

—Todavía no hemos hablado de lo que pasó anoche —la electricidad se cuela en cada célula de mi piel.

—No hay nada de lo que hablar. Me confundí, eso es todo.

—¿Estás segura? —pasa la punta de la nariz por mi cuello. No rompo el contacto visual ni un segundo.

—Muy segura —su pelvis deja de presionar mi cintura. O está contento de verme o el cuerpo que ahora posee está muy bien dotado.

Suelta mi mano despacio y besa mi mejilla antes de separarse.

—Gracias por la cena, mi morena rebelde.

—No me des las gracias. Tú has hecho muchas cosas por mí, era lo mínimo que podía hacer.

—Sabes que no lo hago para que me ofrezcas nada a cambio.

—Lo sé, aun así, quiero hacerlo—. Volvemos a sentarnos en la mesa, ahora con la comida caliente.

—¿Cómo fue hoy con los chicos? ¿Lo pasasteis bien?

—Fuimos a visitar algunos lugares que antaño protegimos y nos sentamos a lo alto de The Shard mientras contábamos experiencias vividas y recordábamos el pasado.

— ¿Lugares que antaño protegisteis?

—Sí, estuvimos visitando el HMS Belfast. En su día fue un buque de guerra, ahora convertido en museo flotante. Incluso llegamos a reconocernos en alguna que otra imagen—. Sonríe y sigo hablando.
—Miguel me contó porqué habíais descendido.

—¿Ah sí? Me encantaría saberlo puesto que mis recuerdos siguen siendo limitados.

—Recuerdas quiénes son nuestros enemigos, ¿verdad? — asiento. —Mithrael descubrió que uno de los nuestros pasaba información a Luther y sus esbirros.

—Entiendo.

—No, Dina. No creo que comprendas la gravedad del asunto. Mithrael te hizo descender porque creía que eras tú la que entregaba información al bando contrario, perjudicando a los tuyos.

—Pero, ¡yo jamás haría tal cosa!

—Lo sé nena, lo sé. Pero eso no es todo. Mithrael consideró que si descendía la llave sin que el topo supiera quién era de verdad estaría más segura. Por eso estoy aquí abajo. Lo que no sabía era que tú eras la persona de la que él sospechaba. Miguel me contó que tras muchas conversaciones con Mithrael logró hacerle entender que era imposible que tú traicionaras a los nuestros. ¿Para qué iba el

mapa a delatar a su llave si su misión era protegerla y no revelar su ubicación? Además, y en esto debo decir que aquí Mithrael jugó sucio, te hizo descender para observar tus movimientos, para constatar si realmente estabas en el bando opuesto y me habías delatado. De ser así hubiera acabado contigo, pero ni los Kazoos saben quién es la llave ni han recibido información nueva en relación a su objetivo, puesto que, de ser así, habrían venido a por nosotros dos. Ni los Kazoos ni el topo saben que nosotros somos quienes somos.

—Eso por no hablar de que mi memoria es algo parecido a la de Dory de Buscando a Nemo en rehabilitación.

—Sí, eso no ayuda. Es cuanto menos extraño.

—A veces es mejor no recordar, ¿no crees?

—Depende de los recuerdos que poseas y de quién los poseas.

—Los recuerdos van llegando poco a poco. Supongo que algún día vendrán todos a mí, y ese día será el momento de decidir muchas cosas.

—Brindo por ello —chocamos suavemente nuestras copas antes de beber un poco de vino.

Cenamos bajo un ambiente tranquilo, acompañados de Bryan Adams. La verdad es que la comida está más deliciosa de lo que imaginaba y los platos acaban sin una sola muestra de lo que ha habido en ellos. Recogemos no solo la mesa, sino la casa por completo. Cojo mi carnívora y algunos pijamas y de más cosas que olvidé la vez anterior. Volvemos a casa tras un viaje largo, donde hablamos de todos aquellos recuerdos que junto con Kil y Raziel, Samael había rememorado.

Una vez llegamos a la que ahora es mi casa, guardo los pijamas en el armario y coloco la planta en la mesita de noche de mi habitación. Voy al baño y tras darme una ducha, asearme y hacer lo que el cuerpo me pide, salgo a la sala central y enciendo mi portátil. Respondo a algún que otro correo y ojeo las redes sociales antes de colocarme los auriculares y disfrutar de la música actual, que entra por mis oídos como cantos de sirena. Me dedico a realizar las tareas varias relacionadas con la facultad. Samael se sienta a mi lado y enciende el televisor. Lo miro de soslayo y sonrío. Jamás lo vi frente a un televisor y es una situación que me resulta graciosa.

—¿De qué te ríes, Naia?

—Me hace gracia la situación. Nunca te vi frente a un televisor.

—Eso es porque arriba no habían, pero ya sabes lo que dicen; actualízate o muere.

—Sin duda. Deberé hacerte una camiseta con ese lema.

—Deja las camisetas quietas, suficiente tenemos con las tuyas.

—Pufff... Antiguo.

—Lo soy, demasiado.

Lo veo desviar la vista de nuevo hacia el televisor y yo hago lo propio hacia la pantalla del ordenador hasta que pongo el punto y final a todo el trabajo que tenía pendiente.

—Quiero que lo intentemos de nuevo, —sus palabras me sorprenden —pero no como Samael y Dina, sino como Samael y Naia. Tú y yo. Déjame que vuelva a entrar en tu corazón una vez más, pero esta vez será para no salir jamás.

—Samael, yo...

—No digas nada, piénsatelo. Ahora ven, quiero enseñarte algo.

Extiende su mano y se la tomo mirándolo a los ojos. No veo en ellos dobles intenciones, ni atisbo alguno de deseo u otra cosa que no sea adoración y una pizca de nerviosismo. ¿Y si me he equivocado? ¿Y si ha sido él todo el tiempo? Decido no repetir incesantemente las mismas preguntas, preguntas que no es la primera vez que me hago. Caminamos en silencio hasta la buhardilla. El sonido de algo moverse me pone en alerta, pero Samael parece tranquilo y seguro de lo que hace. Tira de una cuerda encendiendo la bombilla y un gran espacio acristalado se ilumina apareciendo ante mí. Es simplemente hermoso, como si se tratara de un pequeño jardín.

—¡Sam, es precioso!

—Shhh... Dina, ven.

—Estoy aquí —lo miro sin entender y vuelve a mandarme callar.

—Dina, ven, quiero presentarte a alguien. Algo se mueve en el floreado jardín y tras un fugaz aleteo aparece en su brazo un halcón.

—Quiero que volvemos juntos Dina, siempre lo he deseado. Ella me ha hecho compañía muchos años —no tengo palabras, estoy ojiplática observando el pájaro que me representaba en la leyenda que Samael me contó. —Quiero ser tu águila y que tú seas mi halcón. Sin prisas ni presiones, sin reproches ni ataduras. Paso a paso, para

que en sincronía podamos volar como si fuéramos uno.

Me acerco al majestuoso animal y extendiendo mi mano para acariciar su plumaje, brillante y blanquecino, moteado de manchas negras.

—Acaríciala sin miedo, no te hará daño, lleva mucho tiempo esperándote, como yo. Acaricio al ave lentamente, con respeto, mientras permanece inmóvil en el brazo de su dueño. —No es la primera Dina que tengo —se encoje de hombros—. Los halcones apenas viven veinte años en cautiverio y yo llevo más de eso sin ti. He tenido varias Dinas y todas ellas me han acompañado en mi soledad, aunque ninguna ha llenado ni una pizca del vacío del que has llenado tú al volver a mi vida, ahora me siento completo.

Acaricio su mejilla y la beso. Nadie jamás me había demostrado tanto desde mi llegada a la Tierra. Se había desnudado ante mí, mostrándome sus sentimientos y demostrándome el amor que me profesaba. Aquel halcón, la simbología que representaba, el hecho de que Samael los cuidara como una representación de mi persona, me encoge el corazón y a la vez lo llena de una ternura inconmensurable. Seco una lágrima que recorre mi mejilla y lo miro a los ojos.

—Sam, no sé qué decir. Esto es mágico.

—Tú eres la magia que lo hace posible, Dina, solo tú. Dame una oportunidad y si no sale bien que no sea porque no lo hayamos intentado.

Asiento mientras veo al ave izar el vuelo y colocarse sobre la rama de un pequeño árbol del hermoso jardín. Sus brazos abrazan mi cuerpo y los míos su cuello.

—Gracias por enseñarme algo tan hermoso, Sam.

—Gracias a ti por darnos la oportunidad de conocernos poco a poco.

—No prometo nada, Samael, solo que intentaré abrirme más a la posibilidad de relacionarme con los hombres de una manera... cómo decirlo... más cercana. A día de hoy el sexo opuesto no es algo que me atraiga.

—Nada de “con los hombres”, solo conmigo. Y, ¿a qué viene esa animadversión hacia los hombres?

—No lo sé, siento un rechazo inexplicable hacia ellos. Debe de ser que son tan superficiales y egocéntricos que esperan que todas

caigan a sus pies. Yo no soy así.

—Lo sé, tampoco yo soy de ese tipo de hombres.

—El egocentrismo supura por cada poro de tu piel, Samael.

—Lo siento, mi morena salvaje, eso viene de fábrica.

Bajamos de nuevo al salón y encendemos unas velas, el reflejo de los elementos que conforman la habitación, las sombras que proyectan, ese juego de luces y el olor que desprenden me relaja y llena de paz.

—Es la hora, Naia.

—Me gusta cómo dices mi nombre. ¿La hora de qué?

—¿Tú no deseabas volver a tener algo entre tus dedos?

—Mis armas —lo veo asentir y ambos nos sentamos en el sofá.

—Cierra los ojos y concéntrate en ellas, visualízalas.

—¿Seguro que esto servirá? No quiero hacerme falsas ilusiones.

—Confía en mí, ellas vendrán a ti, tú eres su dueña y ese lazo no se rompe con facilidad, por mucho tiempo que pase.

—Bien.

Entrelaza sus dedos con los míos y cierra los ojos. Yo le sigo sin saber exactamente lo que estoy haciendo. ¿Surtirá efecto? No lo veo muy convencido...

El silencio nos inunda. Me concentro en ellas, relucientes y perfectas, moldeadas y afiladas, doradas y letales. Casi puedo acariciarlas, el recuerdo es muy vívido. No sé cuánto tiempo permanecemos así hasta que Samael rompe el silencio existente.

—Las veo.

—También yo —me aprieta las manos con más fuerza.

—Voy a hablar con él, para que me las entregue —me dice.

—¿Y si no lo hace?

—Confía en mí—. Una suave brisa acaricia mi rostro. No me muevo durante unos interminables minutos, concentrándome en mis armas. Las manos de Samael vuelven a acariciar las mías.

—¿Las tienes?

—No. Debemos intentarlo de nuevo.

—Sam, si no ha funcionado es porque no quieren que las tenga.

—No me subestimes, Dina. No hay nada que yo no pueda conseguir. Intentémoslo de nuevo.

—Está bien. Solo una vez más.

Entrelazamos nuestros dedos, esta vez más fuerte, y nos concentramos de nuevo en la imagen de aquello que deseo obtener. Sus dedos acarician mis palmas animándome y aprieto los dientes sintiendo punzadas en la nuca. Me estoy mareando, lo noto. Me dejo caer hacia atrás mientras un cojín amortigua la caída.

—Hola Dina —escucho a mi espalda. No necesito girarme para saber quién es.

—¿Dónde estoy?

—No estás en ninguna parte y estás en todos lados. Inconsciente para los demás, conmigo aquí —señala su cabeza.

Alzo la vista hacia sus azulados ojos y no respondo. Aquellos trucos de los que tanto alardeaba solo lo hacían parecer más vomitivo.

—Devuélveme allí, Mithrael. Tú y yo no tenemos nada que hablar. Llévame con Samael ahora.

—Trátame con más respeto si quieres seguir existiendo.

—Recuerda que también a ti te interesa que siga con vida. Ahora devuélveme mis armas y retórneme a allí para que pueda proteger a tu llave.

—¿Por qué tanta prisa? Tenemos tanto de lo que conversar...

—Lo dudo mucho.

—Belle te envía abrazos y vela por ti.

—Espero que la estés tratando como se merece, con el mayor de los respetos y con cariño.

—Descuida, nadie mejor que yo sabe cómo cuidar a mi mujer. ¿Y tú? ¿Estás cuidando a Samael como se merece? Recuerda tu promesa.

—Recuerdos... ¿Esos que te empeñaste en borrar por creerme traidora, espía, y por eso me desterraste?

—Yo no anulé tu memoria. No te equivoques y sobre todo no me acuses de algo sin tener una seguridad plena de aquello que dices. Yo no borré tu memoria. Si te hice descender fue para ver si me traicionabas y eras la informadora de los Kazoos. No tiene sentido que te borrara los recuerdos. ¿Cómo iba a cazarte entonces? —sus palabras tienen sentido, pero eso solo provoca que mi ira se acrecenté.

—¿Entonces quién fue?

—Eso es un enigma que muy pronto averiguaré, mientras tanto estás aquí para recordar cuál es tu cometido y tu promesa. Olvídate de todo lo que no sea proteger a la llave. ¿He hablado con la suficiente claridad?

—Descuida, habré perdido memoria, pero no oído.

—Y recuerda tu promesa con respecto a Samael o jamás conocerás tus orígenes, entre otras muchas cosas que pueden ocurrir si rompes tu palabra.

—Lo estoy intentando, pero no por ti, sino porque realmente es lo que yo quiero. Por cierto, Mithrael, yo siempre cumplo mis promesas.

—Bien. No me falles. Si tú cumples tu parte, yo cumpliré la mía.

—Ahora dame mis armas. Quiero volver.

—Samael ya las tiene en su poder. También me encuentro con él en este momento. Ya sabes... omnipresencia.

Evito soltar una de las mías. Al fin y al cabo, es mi superior.

—Hazlo entonces.

Me coloco frente a él esperando que su “divina gracia” me haga volver al piso con Samael. Avanza hacia mí con decisión y rodea mi cuello con su mano.

—Te he dicho que aquí las órdenes las doy yo. Estoy cansado de tu osadía.

—¿Vas a matarme? Hazlo y después cuéntaselo a Samael y al resto. Les complacerá saber la noticia. Puede que no sea la única pérdida Bash que sufras en tus filas.

Lo miro desafiante, con cara de asco, mientras me empuja haciendo que caiga al... ¿vacío? Algo acaricia mi rostro con impaciencia, retirando el cabello de mi frente. Me llama con un ansia que me perturba.

Abriendo los ojos con dificultad y tosiendo como si me ahogara en un tanque sin oxígeno, vuelvo a la realidad.

—Dina, ¿estás bien? —no puedo articular palabra, mis cuerdas vocales no responden, solo asiento mientras me abraza preocupado.

—¿Qué ha ocurrido? —vuelve a preguntarme.

Trago con dificultad y al darse cuenta va en busca de un vaso de agua. La bebo despacio. Es fresca y me sienta bien. Me esfuerzo por hablar y sorprendentemente lo consigo.

—Estoy bien, Samael. Solo ha sido un desmayo tonto.

—¿Un desmayo tonto? ¿A esto lo llamas desmayo tonto?

—Simplemente me concentré tanto que mi cabeza se sobrecargó y decidió descansar unos segundos—. Acaricio su mejilla y sonrío. — Voy un momento al baño.

—¿Quieres que te acompañe? —finjo sonrojarme— Entiendo. Ve tranquila, aquí te espero.

No sé qué entendía, pero cualquier cosa me vale. Entro en el baño y cierro la puerta tras de mí. Abro el grifo y empapo mi nuca y parte del cabello que la cubre. Están pegados a mi cuello y cuando los retiro los veo. Los dedos de Mithrael marcados en mi piel. Mis manos lo cubren inconscientemente. No puedo dejar que Samael lo vea. Serían demasiadas preguntas que no podría responder, al menos con la verdad y creo que no podría encontrar una buena excusa, ni aunque lo deseara. No le mentiré. Si lo descubre todo se acabó.

Me coloco un pañuelo que me había traído del otro piso y salgo al salón, donde se encuentra él.

—¿Nuevo look post-desmayo? —sonrío y asiento.

—Me duele un poco la garganta. Me habré resfriado. Unos días con el pañuelo 24h y curada.

—¿Seguro que estás bien? Me has dado un buen susto, señorita.

—Lo siento profesor Anderson, no volveré a dormirme en sus clases... de meditación.

Lo veo sonreír y beso su comisura. Abre los ojos como platos sin creer lo ocurrido.

—¿Qué pasa? ¿No te ha gustado mi beso?

—Al contrario. Quiero más.

—Gánatelo, pues.

—No dudes que lo haré, Dina.

—Naia.

—Sí, Naia —coloca las manos a su espalda mientras sonrío pícaro—. Tengo algo para ti.

—Creo que tengo una ligera idea de lo que es —le sonrío. Para qué nos vamos a engañar, sé qué va a enseñarme, como también sé que Mithrael nos estará observando en este preciso instante. ¿Me cubrirá el pañuelo todo el cuello?

—Tus niñas —en cada una de sus manos y apareciendo tras su

espalda, mis sais de plata emiten un brillo tenue llamándome para que los acaricie de nuevo. Sonríó y los rozo viendo mi reflejo en las hojas. Por fin en mis manos, por fin en casa.

Los cojo y me siento completa, las inseguridades se esfuman por un segundo, dando paso al poder.

—Lo sientes, ¿verdad? —asiento— Es lo mismo que siento yo con Eve, es la conexión, los hilos que nos atan inevitablemente a ellas.

Es cierto. Cuando las tenía en mis manos el poder fluía como el agua del río, se sentía en las venas, el arma era una prolongación del cuerpo, éramos una.

—Siempre las he sentido, ellas son parte de mí desde que mis dedos acariciaron sus hojas por primera vez, y ahora están otra vez en mis manos, su hogar, y todo gracias a ti, Samael.

—Ya sabes que haría cualquier cosa por ti—. Nos miramos a los ojos mientras hago reposar a los sais en el sofá para poder acariciar su mejilla. La electricidad del contacto es instantánea. ¿Y si es él? Mi rostro se acerca cauteloso al suyo sin que el contacto visual se rompa en ningún momento. Sus manos se colocan sobre las mías y resiguen el camino de mis brazos hasta llegar a mis hombros y bajar por mi espalda, empujando ligeramente mi cuerpo contra el suyo. Mis labios acarician la comisura de los suyos y cierro los ojos dejando que las sensaciones inunden mi ser. No separo mi boca de su comisura hasta que la boca me arde inexplicablemente. No, no es la boca, es la cicatriz, la inicial de... Su rostro aparece perfectamente cincelado tras mis párpados cerrados, los cuales abro de inmediato separando mis labios de él.

—Perdóname Sam, no debí...

—No digas nada. Dijimos poco a poco y voy a esperar el tiempo que sea necesario. Déjame hacer algo que llevo queriendo hacer demasiado tiempo —lo miro recelosa. Conocía bien ese algo que los hombres solían proponer, y siempre terminaba con ambos desnudos y sudorosos, esclavos del deseo carnal, el éxtasis del cuerpo. Lo veo mirarme alzando la ceja y niega con la cabeza. —Sé lo que estás pensando y no es ni mucho menos una proposición de ese tipo. Quiero que me concedas un baile.

—¿Solo un baile? —asiente y yo afirmo.

Camina hasta el reproductor y selecciona la canción número 5. En cuanto escucho los primeros acordes, mientras se acerca a mí, sé de qué canción se trata; Llévame despacio de Paulina Goto. Le sonrío, esta canción, esta letra, me transmite tanto en solo cuatro minutos y medio... Me tiende su mano y se la cojo. Acerca mi cuerpo al suyo, pegándolo a él y rodea mi cintura con sus brazos mientras yo hago lo propio con los míos, enredándolos en su cuello, acariciando su pelo. Todavía un resquicio de tensión recorre mi cuerpo. Un contacto tan íntimo con alguien, con un hombre, me cuesta... *No te costó tanto cuando besabas a Zackary, como si fuera tu aire para respirar.* Maldito subconsciente, cállate. Lo aparco por un momento, excluyendo todo lo que no sea Samael, Paulina Goto y yo. Consigo relajarme entre sus brazos y disfrutar de este momento tan mágico mientras retira mi pelo a un lado y me susurra al oído algunos fragmentos de la canción.

*Llévame despacio,
quiero estar contigo sin equivocarnos,
saltar al vacío, pero sin soltarnos
sin apresurarnos
cuidándonos siempre los dos.*

El mundo nos envuelve en su manto y solo existe este momento, él y yo y la música de fondo con esa letra tan profunda que me traspasa el alma. Sus manos se deslizan por mi espalda y lo miro mientras sus ojos me atrapan buscando no liberarme jamás. Una de sus manos prosigue su camino hasta llegar a mi mejilla y retirar el cabello que la cubre para pasar con mucha delicadeza su dedo por mi piel desnuda. Cierro los ojos al notar esa eléctrica sensación evitando soltar un leve jadeo. ¿Qué le ocurre a mi cuerpo? O arde o un corriente eléctrico lo inunda. ¿Por qué únicamente con ellos dos? Uno es la llama, el otro la chispa. ¿Qué soy yo?

Me permito apoyar la cabeza en uno de sus hombros mientras los últimos acordes de la canción resuenan en la sala.

- ¿Estás bien, mi morena rebelde?
- Sí, quedémonos así un poco más.
- Claro, todo el tiempo que desees.

Una nueva pista de audio se inicia y Pablo López con su tema Te espero aquí. Permanecemos estáticos, abrazándonos, mientras la canción nos deleita con una letra que dice mucho más de lo que parece.

—Sam...

—Tuve que separarme de tu piel una vez, te prometo que no volveré a hacerlo.

—El destino ha hecho que nuestros caminos se entrelacen de nuevo.

—No ha sido el destino. Estuve años buscándote por todo el mundo cuando supe que estabas aquí.

—Pero Sam...

—Lo hice porque te amo, porque no puedo vivir sin ti, porque tú lo eres todo, Porque cuando tú me miras mi corazón deja de latir por mi vida y empieza a latir por la tuya.

Alzo el rostro para mirarlo a los ojos y beso sus labios sin prisa, con pericia, deleitándome con ese momento tan íntimo, tan nuestro. En sus ojos veo todo ese sentimiento que sus palabras me transmiten. Es un sentimiento tan real, tan intenso, que hace que se me erice la piel. ¿Llegaré yo a sentir con la misma magnitud algún día? Lo hice, pero el dolor al sentirme traicionada ha podido más. Maldito Zack.

De nuevo esa molestia ardiente en la cicatriz, más que antes, se ha intensificado, pero no, esta vez yo seré más fuerte que el fuego, será el propio Samael el que lo apague con sus besos.

Acoge mi rostro entre sus manos y profundiza el beso mientras un leve jadeo escapa de entre sus labios. Le respondo, aun sabiendo que estamos sobrepasando con creces ese poco a poco y ese beso tímido pero cargado de sentimiento al que, en un principio, aspiraba este momento. ¿Qué puedo perder?

Acaricio su rostro y rompo el beso al tiempo que sus dientes atrapan mi labio inferior, tirando levemente de él. Nuestros corazones bombean más rápido, las respiraciones se escuchan rápidas y jadeantes. Sin duda alguna había sido un beso de película, digno del mismísimo Ryan Gosling y de Rachel McAdams en el Diario de Noa, aunque menos salvaje.

Me separo tras besar su frente, mirándolo a los ojos.

—Es la primera vez que tú me besas a mí, Naia.

—Shhhhh... no digas nada—. La boca me quema como si cientos de brasas se hubieran adueñado de ella.

—Ya lo sé. Ir despacio... —Sonrío ante su comentario y asiento antes de ir a por un vaso de agua. Tal vez calmara la cicatriz que clamaba toda mi atención, como si buscara que en mi pensamiento solo tuviera a una persona. A ÉL.

Miro a Samael disimuladamente. Aquellas últimas palabras habían ahondado tan profundamente en mí que mi cuerpo había tomado el control de la situación y se había adueñado de sus labios para fundirlos con los míos.

Decidimos recoger la sala y yo me pongo uno de esos pijamas rescatados de mi antiguo hogar, en particular el básico blanco con el dibujo de un arpa cubriendo la espalda.

Entro en el baño para lavarme los dientes y me encuentro a un Samael que sale de la ducha completamente desnudo.

—¡Perdón! —cubro mis ojos con una mano— No sabía que estabas aquí.

—No importa. No Me avergüenza que me veas desnudo, al contrario, espero que nos acostumbremos a ello, pues deseo tenerte siempre así a mi lado.

—No quieras correr cuando aún no has caminado, Samael.

—Está bien.

Sin quitar la mano que cubre mis ojos me giro y a tientas busco la salida y cierro la puerta. A mi mente viene el día de mi cumpleaños, cuando habían entrado sin avisar encontrándome en una situación comprometida.

Vuelvo al cuarto, miro a mi niña y veo que está disfrutando de un tentempié que habrá cazado mientras la presa volaba disfrada.

—Que aproveche, mordisquitos.

Me gustaban las carnívoras por una razón. Son pacientes, parecen inocentes, pasan inadvertidas, pero cuando su presa menos lo espera ataca saliendo siempre victoriosa. Lo que se puede hacer es confiar en su bondad y piedad, pues su instinto no deja de ser como el de cualquier depredador, alimentarse a costa de otros, salir vencedor en la batalla. La ley del más fuerte.

Samael entra entonces en la habitación y me sonrío sentándose

en el borde de la cama.

—Se mimetiza bien con el paisaje, ¿no crees? —señala a mordisquitos.

Es cierto, el verdor lo envuelve todo. Incluso las puertas de los armarios están decoradas con grandes cristales que simulan reflejar cañas de bambú.

—Sí lo es. Gracias de nuevo, Sam.

—No quiero que me des más las gracias o te obligaré a pagarme con un beso por cada gracias que salga de tus labios—. Ríe sin poder evitarlo.

—Estás loco.

—Por ti.

—Deberíamos dormir, es tarde y mañana es día de seminario.

—No me lo recuerdes. No me apetece lo más mínimo, en mi mente solo hay cabida para pasar el día a tu lado y no entre alumnos frente a un atril.

—Recuerda que hoy seré una de esas alumnas aplicadas.

—La más aplicada de todas —me mira de arriba abajo con deseo.

Coloco los ojos en blanco y le deseo una buena noche antes de meterme bajo las sábanas. Paso incesante e inconscientemente la lengua por la cicatriz en busca de calmar la abrasadora sensación, tarea inútil. Cierro los ojos y solo lo veo a él, a mi traidor. Solo él tiene la capacidad de hacerme daño, de hundirme en el más profundo de los abismos y es lo que ha conseguido. *¿Y Samael? ¿Es un parche en busca de una rápida desintoxicación de Zack?* ¡No! Odio estos momentos en los que mi subconsciente toma la palabra para abofetearme y ponerme entre la espada y la pared. Samael no es el clavo que saca al primero, él no se merece eso. Lo he besado porque quería hacerlo y no porque alguien me obligara a ello. Por una vez estaría bien que me dejara por lo que siento para tratar de ser feliz, ¿no?

Me quedo mirando el techo de la habitación mientras siento una gran opresión en el pecho antes de caer rendida a Morfeo después de un día plagado de sorpresas, decepciones, trabajo, revelaciones y sentimientos encontrados.

Siento las alas de un águila rodear mi cuerpo, y me siento protegida y me siento en paz. Sueños traicioneros, siempre escogen

multiplicidad de formas cuando menos me lo espero. ¿Por qué no soñaré con ser falsamente forzada sexualmente como hace la mayoría de mujeres, pero jamás se atreve a admitirlo?

Capítulo 22

*(...) Si la amas hasta casi volverte loco,
ella se volverá loca por ti (...).
Anónimo*

Tres semanas habían pasado ya. Veintiún días de condena en aquella celda mohosa donde el ejercicio, la cama y la ración de comida diaria era mi único contacto con la realidad. Había esculpido el rostro de mi ángel en la piedra de las paredes con filos de minúsculas rocas y algún que otro clavo en un intento de sentirla más cerca, pero la peor prisión no era la física, sino la mental. La tortura de no poder verla sabiendo que estaba tan cerca era insoportable. Un calvario que casi me había vuelto loco.

—La prisión no tiene barrotes, ni vallas, ni guardas ni muros, nuestra propia prisión está en la mente —susurra Kleton con un manojo de llaves en la mano.

—Lo sé, pero a veces es más complejo derribar las barreras de esta que de la propia realidad.

Abre la puerta y salgo por ella estirando los músculos y huesos con una única idea en la cabeza; verla y poder aclarar tanta confusión que había quedado pendiente en nuestra anterior conversación.

Miro a Kleton con desprecio. Él había sido el causante de mi reclusión, el ojo derecho de Luther, su mensajero en la Tierra, el único intermediario entre nuestro señor y los Kazoos. ¿Qué habría hecho para merecer tal honor?

Camino decidido hasta mi habitación y me doy una ducha relajante. A mi espalda siento un dedo delinear mi columna vertebral. Huelo a ella y sonrío mientras me dejo hacer colocando mis manos abiertas contra la fría pared.

—¿Te haces una idea de lo mucho que te amo? —no me contesta y me asusta la idea de que ella ya no sienta lo mismo que yo, lo mismo que antes. El agua cae sobre mi rostro cubriéndolo cual cascada. Me giro con ese velo acuoso y veo su borrosa silueta. Alargo mi mano para atraparla y no volver a soltarla jamás, pero solo atrapo aire mientras la imagen se evapora. Seco mis ojos para

focalizar de nuevo la mirada en esa dirección y poder contemplarla en todo su esplendor. No hay nada. ¿Me estaré volviendo loco? ¿He llegado a la fase de las alucinaciones? ¿Qué me queda ya?

Acabo de asearme y me coloco algo de ropa dispuesto a marchar en dirección a la universidad para poder explicarle a la razón de mi existencia todo aquello que yo sé y los demás ni se imaginan, por qué hice lo que hice y por qué sigo haciéndolo aún ahora.

Voy a salir por la puerta cuando Abbadon me corta el paso con su imponente cuerpo y me invita con tono serio a acompañarlo para una, según él, charla, de las que él llama instructivas, en el gran salón. Asiento y tras cerrar la puerta nos sentamos en dos de los sillones de piel negra que decoran la estancia.

—Espero que hayas aprendido la lección en estas semanas de aislamiento como castigo por tu falta, Zackary.

—Lo único que he aprendido en estas tres semanas es que no me puedo fiar de nadie y de que aquí cada uno se mira su propio ombligo, les da igual el resto. Pues así haré yo también a partir de ahora.

—Recuerda a quién debes lealtad. Con tus compañeros puedes comportarte como te parezca, es cosa tuya, pero Luther no es uno de tus iguales, sino tu superior, tu señor, y debes cumplir aquello que ordene.

—¿Ya habéis descifrado el acertijo del mensaje con esas mentes privilegiadas que Luther os ha dado?

—No te burles de su poder o serás pasto de las llamas. Y no, todavía no hemos descubierto más de aquello que tú descubriste en su momento y no compartiste en su momento—. ¿Qué curioso? Tanto castigo y tanta palabrería... Tanta fanfarronería para no encontrar nada nuevo. Quizás su inutilidad sí debería castigarse con unas noches en la mazmorra.

Me levanto del sillón y camina hasta la puerta antes de escuchar de nuevo su voz.

—¿Dónde crees que vas?

—A disfrutar de mi libertad, Abbadon, y quién sabe, quizás hasta encuentre información de utilidad para encontrar al mapa por el camino.

Salgo del castillo y me coloco el casco que descansa en uno de

los manillares antes de poner rumbo a la universidad.

Una gran manifestación oculta la puerta del gran edificio. Cientos de estudiantes se rebelan ante un sistema explotador que acrecienta de manera desorbitada cada año el precio de las matrículas, según leo en las diferentes pancartas que sostienen. Había tenido la posibilidad de vivir en diferentes etapas de la historia de la humanidad y podía asegurar sin lugar que la corrupción, el egoísmo, la avaricia y el afán de acaparar el mayor poder adquisitivo posible a partir de la sobre explotación de otros, estaba en su momento más álgido. Tengo que entrar sea como sea, ya he tenido que estar separado de ella tres semanas, no esperaré un minuto más.

Me meto entre el tumulto de gente buscando encontrar un espacio por donde acceder a la puerta a mi salvación, la puerta donde ella se encuentra, mi esperanza y cordura.

La puerta está cerrada a cal y canto y si ejerzo más fuerza de la humana puedo llamar demasiado la atención. Estoy seguro de que estarán atrincherados en el interior a la espera de que la policía metropolitana de Londres, también conocida como Scotland Yard, sofoque la manifestación. Me giro para buscar una entrada trasera. Un policía alza su porra para golpear a una joven embarazada. No me lo pienso dos veces, si eso es justicia y ley, prefiero pertenecer al lado que consideran de la oscuridad. En cierto modo ya pertenezco a ese credo, ¿no?

Agarro su brazo impidiendo que el movimiento hacia la joven prosiga y golpeo al agente con su propio mecanismo de defensa, aquel burdo instrumento alargado de plástico duro recubierto de caucho.

La chica me lo agradece y le sonrío.

—Deberías volver a casa o podrían haceros daño a los dos.

Por un momento la veo luchar consigo misma ante sus ideales y la vida que crece en su interior. Finalmente, tal y como yo esperaba, decide priorizar la vida de su hijo, ya defenderá mañana lo que no ha podido hacer hoy.

Busco la puerta trasera y no encuentro acceso alguno, pero un pedazo de papel tras el cristal me da la información que necesito.

«La Universidad permanecerá cerrada esta última semana de octubre con motivo de las vacaciones otoñales. Gracias y disculpen

las molestias».

—Mierda —aprieto los puños mientras asqueado vuelvo al lugar donde he dejado la moto y me encamino a mi siguiente destino. Su piso. Quizás allí pueda encontrarla o al menos hallar alguna pista de dónde se encuentra.

La conducción es algo agresiva, estoy ansioso por llegar, ¿Y si la encuentro allí?

Dejo la moto en el primer hueco que encuentro y subo al piso forzando de nuevo la puerta. Reviso cada uno de los recovecos del lugar sin escuchar más allá del eco de mis pasos. Nada, no hay nada. Cajones vacíos, mobiliario de la vez anterior, el mismo olor a ella impregnando las paredes.

Entro en el que ya reconozco como su cuarto y reviso algún indicio de dónde puede estar. Hay libros, ropa que un día acarició su sedosa piel y un libro entre las telas. Las solapas son suaves, casi aterciopeladas. ¿Será un diario? Lo abro. En efecto. Leo en diagonal una vida entregada a los estudios, a los amigos, a la música y a la lectura. Tiene palabras hermosas para los suyos y oscuras para los hombres que han querido aprovecharse de ella. Llego a unas páginas que me dejan sin aliento.

«Otra vez el mismo sueño. Me atrapa, aferrándose como si jamás quisiera soltarme, como si buscara retenerme eternamente. El sonido de las olas del mar al romperse en mil pedazos sobre la orilla, que atenúa el choque, relaja mi ser. Noto unos cálidos brazos rodear mi cuerpo y me siento en paz. ¿Quién será? Nuestros momentos son mágicos, cada uno de ellos, pero cuando la lluvia empapa nuestros cuerpos y el cielo empieza a rugir invadido por la ira, lo arrancan de mi lado y una parte de mí queda vacía. Me siento incompleta y es entonces, en ese preciso instante, cuando despierto de mi propia utopía. Aquel cabello moreno y sedoso...aquellos labios creados para ser besados, para el pecado...Pero al despertar su rostro se desvanece en el olvido, quedando solo vagos recuerdos. ¿Quién es? He decidido que, a falta de un rostro definido y completo, y de un nombre, voy a sustituirlo por el de Jared Leto, vocalista de uno de mis grupos de música estrella; Thirty Seconds to Mars».

—Soy yo, mi amor —acaricio las páginas mientras mis ojos se empapan de lágrimas.

También yo había tenido el mismo sueño, pero no era en absoluto un sueño, éramos ella y yo, no ella y Jared Leto. Maldita sea, ¿por qué todo aquello relacionado con nosotros era tan difuso para ella?

Decido guardarme el diario, quizás si avanzo en la lectura puede haber información en relación al mapa. Debo localizar el acceso al Edén, solo de ese modo Mithrael pagará por todo el dolor que ha causado y por buscar sus propios intereses aun teniendo que pasar por encima de los demás y arrebatárselos su felicidad.

Salgo del piso y mi Ducati 1199 Superleggera negra toma vida propia hasta parar frente a Westfield Stratford City, uno de los centros comerciales más grandes de Europa. Nunca está de más dar una vuelta en busca de algún que otro artilugio que quizás jamás usaría, pero que la sociedad consumista y derrochadora te animaba a comprar.

Aparco y entro en los grandes almacenes sin un claro rumbo. Veo su apariencia en cada escaparate, en cada rostro humano que se cruza en mi camino, en cada puerta. Me estoy volviendo loco, soy consciente de ello. Cierro los ojos y huelo su perfume. Alzo la vista, sé que aquel que pronto veré frente a mí, aquel que no tiene corazón, aquel que no lo tendrá cuando Luther se lo arranque como si se tratase de una simple bellota, y le susurro sabiendo que nadie me escucha, únicamente él.

—Te estás divirtiendo, ¿verdad? También lo haré yo cuando vea tu hermoso palacio bañado con tu propia sangre. No habrá mayor deleite que ese.

Prosigo mi camino y tras comprar algún que otro capricho para mi fiera de carretera, me siento en una de las mesas que una pequeña coctelera del lugar.

Las féminas me miran, algunas me guiñan el ojo, incluso algún que otro hombre desvía la mirada de su mujer para analizarme de arriba abajo. Me acabo la cerveza y camino hacia una tienda de antigüedades. Hay algo que ansío conseguir, sobre todo después de saber que ella está aquí. Puede que jamás deje de odiarme, pero espero que acepte este presente como una parte de mí en su vida.

Camino hacia la tienda cuando el sonido de una risa me paraliza por completo.

—Dina, ¡cuidado! —una voz masculina la alerta. ¿Está en

peligro? Me pongo en guardia. ¿Será Dina realmente?

Sigo el sonido de esa voz entrando en una sala de recreativos y mi cuerpo reacciona al instante tensándose para mirarla. ¿Puede ser posible o es una ilusión de mi creciente locura? Todos se empeñan en torturarme de una u otra manera. Llamándola, mostrándome su rostro, recordándome el pasado únicamente para verme sufrir como aquellas hormigas a las que un desalmado apunta con una lupa a pleno día de verano, bajo un sol abrasador, mientras su cuerpo se va calcinando inevitablemente hasta encogerse de dolor y quedarse en nada. Así me encuentro, perdido en la nada.

—¡Que no me llames así! Sé que lo haces para cabrearme, que me desconcentre y ganarme, pero no podrás conmigo —escucho la voz de Dina, que sujeta una falsa pistola apuntando a una pantalla.

—Eso ya lo veremos, pequeña amazona.

—¿No era Lady Croft hace un momento?

Es ella, es su voz, su rostro, su cuerpo, su olor... Tiene que ser ella, no una ilusión generada por mi mente.

Me paro frente a ella y esta me mira sin creer lo que ven sus ojos. Este sí es real, no una alucinación, esta sí es mi Dina.

—Tengo que hablar contigo, por favor —le digo suplicante.

—Matt, será mejor que vuelvas a casa. Recuerda recoger aquello que hemos encargado y vete.

—Pero Naia...

—Hazme caso —lo veo asentir.

—¿Estarás bien? —¿Por qué pregunta eso? ¿Acaso cree que podría dañar a mi razón de existir?

—Por supuesto. Soy Lady Croft, ¿recuerdas?

Lo veo caminar en dirección a la salida y vuelvo a posar mis ojos en ella.

—Quiero que te marches de aquí ahora. No montemos el espectáculo —sus palabras me hieren demasiado.

—No me marcharé hasta que escuches lo que tengo que decirte.

—Ya dijiste todo lo que tenías que decir. Pensé que en estas semanas habías desaparecido porque te había quedado claro que no quiero volver a verte. Veo que estaba equivocada.

—Dame la oportunidad de explicártelo todo sin espectáculos, solos tú, yo y un café.

—Que sea una coca cola zero y una breve conversación — suspira y yo asiento mientras mis músculos se destensan al segundo. Me está dando una oportunidad y no pienso desaprovecharla. Le contaré toda la verdad, cada minúsculo detalle, el porqué de todo lo que he hecho y sigo haciendo solo por ella, por nuestro amor.

Nos sentamos en la misma mesa donde minutos antes lo había hecho yo en solitario.

—No tengo mucho tiempo Kazoo, así que sé breve.

—No me llames así, siempre he sido Zack, tu Zack.

—No desde que me traicionaste.

—Cuando escuches mi historia comprenderás muchas cosas.

—¿Y a qué esperas? Ya te he dicho que no tengo mucho tiempo.

—Ya sabes el motivo por el que descendí, aunque no me creas, pero eso no es todo. Cuando puse los pies en la Tierra busqué mil maneras de volver al Edén para recuperarte. No fue fácil, había pocas opciones, muy pocas, tanto que todas se reducían a una. Me la ofreció Azrael. El único modo de volver algún día a pisar los cielos era uniéndome a los Kazoos. Ellos, liderados por su señor Luther, ansiaban localizar el mapa para su amo. Pronto descubriría que ese no era el único interés de cada uno de ellos, pero no me importaba nada que no fuera volver a tu lado.

La parca me presentó a uno de ellos y esta me explicó cómo llegar hasta Luther, pero aquello no era más que la base del iceberg y yo necesitaba llegar a la cima. Tuve que provocar a Mithrael con desvelar el secreto de vuestra existencia ante los londinenses del siglo XIX, concretamente en el año 1862, para que uno de los Bash que vagaron por la Tierra acabara con mi vida. Era la manera más rápida y segura de ir directamente. Pero no todo es tan sencillo, si pretendía convertirme en un Kazoo para poder localizar el mapa y ascender en tu busca había cosas que sabía que perdería por el camino. Entregué parte de mi alma Bash a Azrael, pues sabía que de no hacerlo la perdería y con ella todo sentimiento y amor hacia ti. Prometió conservarla. Si regresaba como Kazoo me la devolvería, de no hacerlo el pago estaba hecho. Un alma Bash es más poderosa que una común. Quizás fuese despojado de mis alas, pero no de todo mi poder. Te ahorraré la parte en la que me decapitaron, será menos desagradable —bebe un sorbo de la coca cola que ha pedido y yo

hago lo propio con mi Blend Black antes de proseguir. —Conocí el infierno Dina, lo bueno y lo malo. Pasé un seguido de pruebas y fui castigado, pero, finalmente, parece que Luther creyó que podía serle útil y me convirtió en parte de su ejército de guerreros. Los Kazoos, aunque no lo creáis, hemos sido creados para liberar a Luther y darle acceso al Edén, no pasa asesinar a Bash o seres humanos, aunque a alguno se le vaya a veces de las manos.

—Continúa —asiento.

—Volví a ascender a la Tierra, ahora como Kazoo. De nuevo poseía esas hermosas alas que antaño fueron mías, ahora ennegrecidas. No tardé mucho en encontrarme con Azrael, el cual pidió un nuevo pago a cambio de devolverme mi alma Bash. Ya sabes que no da nada sin recibir algo a cambio.

—¿Y cuál fue el precio?

—Mis alas. Parece que existe una fijación por mutilar esa parte de mi ser que me hace especial. Fue un regalo de Luther, pero al igual que entregué en el pasado mis alas por ti, lo volví a hacer sin dudarlo un instante. Le ofrecí mis alas a Azrael y sé, aunque no lo confesará, que se adueñó de una parte de mi alma Kazoo. Digamos, para ser claro, que no soy Bash al completo, pero tampoco Kazoo.

—Media alma de cada credo —me mira boquiabierto. Asiento mirándola a los ojos. Si se hiciera una idea de cuánto la amo...— Pero eso no es posible.

—Cada acto que tengo que llevar a cabo y que va en contra de mis principios, es muy doloroso, me crea un debate interno entre mis ideales y lo que debo hacer, y los remordimientos...

—Pero lo haces.

—Sí, debí fingir ser un completo Kazoo, incluso ante los ojos de Luther, o jamás podría ascender al Edén en tu busca. Pero, cuando te secuestramos, cuando yo fui la mano ejecutora de tu tortura... No me lo perdonaré jamás. No te reconocía, no veía más allá de la apariencia humana, no te sentía mía. No entiendo el motivo, pero cuando el velo que cubría mis ojos cayó me sentí el ser más miserable del mundo y a la vez el más afortunado, pues tenerte aquí conmigo era mi sueño hecho realidad. Estas tres semanas he estado recluido como castigo impuesto por Luther.

—Y ahora, ¿qué has hecho?

—He estado recibiendo una información que podría favorecer a los míos —entrecomillo las palabras favorecer a los míos— y la he ocultado en mi favor para poder estar contigo. La entregué ahora que estás aquí y mis prioridades han cambiado. Mi intención era localizar el mapa para volver a tu lado, pero ahora que estás aquí mi prioridad eres tú. Solo espero que me perdones por el daño que te he causado y me des otra oportunidad para que volvamos a ser los de antaño y estar como siempre. Olvidemos el pasado y miremos hacia el futuro.

—Puedo perdonar lo que me hiciste a mí, pero no a mis amigos. Además, ¿cómo sé que esta vez puedo fiarme de ti? Recuerdo que hace unos días solo buscabas engatusarme para sacarme información sobre el portador del mapa.

—Es cierto que te la reclamé, aunque en mal momento, pero con ello no buscaba traicionarte sino vengarme de aquel que ha hecho de nuestras vidas y nuestro amor un infierno. Puedes fiarte de mí, te amo y jamás te traicionaría. Tú eres mi vida, mi todo.

—Así que quieres al mapa y la llave para ascender al Edén y matar a Mithrael.

—Exacto —afirmo buscando que el muro invisible que nos separa se derrumbe, aunque sea un solo instante.

—Lo siento, pero no puedo ayudarte.

—Te conozco Dina, más de lo que te conoces a ti misma, y sé que sabes dónde está la llave y el mapa. Dame nombres y haré pagar a ese Dios, que se cree con poder de jugar con todos como se le antoja, todo el daño infligido.

—Y, ¿qué les pasará a esas personas? ¿También los mataréis o torturaréis?

—¿Ambas son personas? ¿Vasijas humanas?

—No, solo era una expresión.

—Nadie hará daño a nadie. Solo buscamos una manera de cumplir nuestro cometido, nada más. A veces los métodos no son los más adecuados y no los comparto, pero llevaba tanto tiempo sin el amor de mi vida que hubiese hecho cualquier cosa, me hubiera aferrado a un hierro incandescente, hasta quemarme por completo en vida.

—Yo ya no soy la Dina de la que te enamoraste, Zack. He cambiado, y no solo de nombre. No me fio de los hombres y menos

de los Kazoos.

—Pero de Samael sí te fías, ¿verdad? Te ha comido la cabeza con su modestia y su falsa generosidad, pero es como todos. Mira por sus intereses y tú eres ese interés. Siempre ha deseado arrebatarme lo que es mío, tu corazón.

—Mi corazón ya no es de nadie, solo mío y está protegido con una coraza blindada para que no puedan herirlo nunca más.

—Dime que todavía hay alguna posibilidad de que pueda colarme por alguna grieta.

—He escuchado tu historia, he asumido tus palabras y respeto tus decisiones, pero ya no confío en que sean ciertas, sinceras.

¿Quién me dice que todo esto que me has contado no es un cuento chino para que flaquee y así poder aprovecharte de mí?

—Todo esto es por Samael, ¿verdad? Da igual lo que te diga, que me sincere y me abra a ti. Tú ya has hecho tu elección, desde que te metiste en su cama y él te encandiló con su poesía barata.

—Se acabó Zack, no te permito que me hables de ese modo ni a mí ni a los míos. No quiero volver a cruzarme contigo jamás. Los Kazoos se han cavado su propia tumba y tú caerás con ellos. Eres patético, —me mira con desprecio— me das asco.

La veo levantarse y dirigirse al ascensor. No reacciono. Sus palabras se han grabado en mi corazón mediante la punta de un afilado cuchillo. Yo solo buscaba amarla y cuidarla para toda la eternidad. Lo he sacrificado todo por volver a tenerla a mi lado, pero no es suficiente. Nunca es suficiente. ¿Qué he hecho mal? ¿Amarla demasiado hasta casi volverme loco?

Dejo una buena suma de dinero sobre la mesa y la sigo. Esto no va a quedar así. Tanto amor, tanto sentimiento, no puede haberse borrado en un segundo. La línea entre el amor y el odio es tan fina como el papel de seda.

Entro en el ascensor cuando las puertas ya se están cerrando ante una Dina que pasa de tener un rostro sorprendido a uno encolerizado.

—¿Acaso no me he explicado con la suficiente claridad? —su voz suena firme y esos labios acompañan la melodía que sale de su boca. Freno mis instintos primarios para no acorralarla contra la pared y devorar esa boca que clama un beso mío.

—Sabes Dina, no te creo cuando me dices que ya no sientes nada —doy un paso hacia ella mientras el ascensor sigue descendiendo. Aprieto el botón rojo de Stop y el ascensor se detiene en seco. —No te creo cuando me dices que me odias, —me pego a su cuerpo, que se amolda al mío a la perfección. —No te creo cuando me dices que no lo notas, cuando acaricio tu piel, —mi dedo resigue su mejilla hasta delinear sus labios —cuando nuestras almas se vuelven una sola, —entrelazo mis dedos con los suyos sin apartar un ápice mis ojos de los suyos —cuando beso tus labios.

Mi cuerpo se pega más al suyo y coloco nuestras entrelazadas manos a su espalda adueñándome de su boca sin previo aviso. Su rechazo es instantáneo, pero conforme me adentro más en su boca, su cuerpo se destensa y sus labios me responden entreabriéndose y dejándome invadir cada recoveco de su interior. La necesito, no puedo vivir sin sus besos, sin tu tacto, sin su calor, sin su ternura, sin ella. Paso lentamente la lengua por la cicatriz que antaño selló nuestros destinos, entregándome parte de su ser, a Doria, para que me protegiera ante la adversidad.

Un jadeo escapa de sus labios cuando la resigo con suma lentitud, deleitándome en ello. Tres simples líneas demostraban tanto, que era mía, que siempre había sido mía.

Hago que sus manos rodeen mi cuello y yo bajo las mías por su espalda, recorriéndola mientras los labios del otro acallan el silencio de nuestras palabras, esas que sobran decir y se necesitan sentir.

Acojo su trasero alzándolo y Dina rodea mi cintura con sus piernas. La apoyo con fuerza contra la pared volviendo el beso más febril, más exigente, más ardiente. Ella es fuego para mí, llamas que me recorren por completo haciendo que entre en combustión con cada caricia. Es mía, está hecha a mi medida.

Nuestros jadeos se unen, fusionándose como tantas veces lo habían hecho en el pasado.

El sonido de una voz por el interfono del ascensor interrumpe nuestro momento y Dina se separa de mi lado al segundo.

—¿Están bien? Parece que ha habido una avería o han pulsado accidentalmente el botón de Stop —dice el interlocutor.

—Hemos sido nosotros —respondo.

—Les agradecería que reanudaran la actividad del ascensor para

que el resto de usuarios puedan hacer uso de él.

Pulso el botón de Planta Baja mientras se oye un *Thank you Sir* antes de colgar.

—También yo debo darte las gracias —oigo su aterciopelada voz acariciar mi oído.

—¿Por qué?

—Por haberme hecho probar cómo sabe el beso de un Kazoo. Ahora ya lo sé. A podredumbre y a muerte.

Aprieto la mandíbula con fuerza. Todo lo que había hecho y desvelado no había servido para nada. Seguía teniendo el mismo odio y la misma repulsión hacia mí.

Recuerdo el momento en que Samael la sacó de entre sus brazos después de que yo, por orden e Abbadon, me hubiese divertido a su costa, mancillando su honor, torturando su alma. Jamás me lo perdonará, ahora lo sé.

Las puertas del ascensor se abren tras un tintineo.

—No te vayas —acaricio la tela que cubre su cuello, un delicado pañuelo de seda, y me deshago con él. Deseo acariciar su cuello con mis labios, pero unas marcas de agresión me hacen volver a la realidad.

—¿Quién te ha hecho eso?

No media palabra alguna conmigo y cuando trato de retener su brazo, lo sacude con fuerza, haciendo que se resbale de entre mis dedos. Ella desaparece entre el gentío, llevándose mi corazón.

No tiene sentido que siga aquí parado, en medio de la nada, de cuatro paredes de un ascensor que me ha hecho probar la miel de sus labios para después arrebatármelo todo.

Compro aquello que deseo regalarle, se lo haré llegar a la universidad mediante un mensajero, nunca sabrá que fui yo, ya qué más da, nada importa.

Salgo al azoto de un sol abrasador comparable a las llamas del infierno, que yo he probado. Me coloco los cascos del Iphone y le doy lo enciendo dejando que la música me envuelva. El sonido de Axel cantando su nuevo tema ¿Y qué? en solitario hace que mi cuerpo se mantenga estático mientras la letra va recorriendo mis venas y grabándose en mi piel. Jamás la había escuchado, ahora sé que esa canción refleja todo lo que soy y todo lo que lucho cada día por

recuperar el amor de lo que parece ya perdido. Ojalá ella pudiera escucharla como si yo se la susurrara al oído para entender que por ella daría mi vida, que aunque su amor durara solo un día siempre escogería eso a no volver a tenerla jamás y repetiría ese día una y otra vez para no perderla jamás. La amo. Cuánto deseo que algún día se dé cuenta de que nada de lo que le digo es mentira... Y la veo, acompañada de Samael con un semblante serio, ni siquiera lo mira. Sus ojos se encuentran con los míos y una lágrima recorre su mejilla. Se me parte el corazón. Siento como si me la estuvieran arrancando para encarcelarla en otro corazón que no es el mío, a un mundo donde no pueda volver a verla. Pronto ato cabos. ¿Y si ha sido él quien la ha dañado? Su cuello...Ha tenido que ser él. No ha sido ninguno de los nuestros y Miguel y Raziel jamás le pondrían la mano encima. Lo pagaré mi caro. Reuniré a los Kazoos, solo aquellos en los que confío. Ha llegado la hora de enfrentarnos a un momento inevitable. Si hacen daño a la razón de mi existencia me las pagarán. Samael me las pagará. No debió tocarla, este será su final, aunque también conlleve que sea el mío. Tras apretar los puños y tomarme unos segundos me siento en mi fiero para volver a mi hogar.

Vuelvo al castillo tras comprar lo que deseo regalarle, se lo haré llegar a la universidad mediante un mensajero, nunca sabrá que fui yo, ya qué más da, nada importa.

Dejo la moto en la puerta del castillo bajo un sol castigador y voy directo al único lugar que siento mío, mi rincón, mi paraíso, mi refugio. Cambio mi ropa por un holgado pantalón y una camiseta blanca, me tumbo en la cama con el diario en mano y me dispongo a seguir con el escrutinio al que voy a someter a la lectura en busca de algo que me sea útil.

Profesor Anderson, seminario, autobús, hombre mudo, ese debe ser Raziel, insinuaciones de hombres, revelaciones, casi atropello, cancelación de beca, trabajo de becario para Samael. Lo cierro furioso, en la mayor parte de las páginas sale él, no ha parado hasta tenerla a su lado. La ira inunda cada recoveco de mi ser, pero sigo leyendo. Cumpleaños, charla con Kil. Bash y Kazoos. Detengo la lectura. Parece que es el punto donde se reveló su naturaleza, aunque por sus palabras me temo que su incredulidad pudo más.

La lectura sigue y con ella puedo comprender cómo ha sido su día a día desde que ha sido conocedora de su pasado, todas y cada una de las insinuaciones y de las estrategias de Samael por conseguir lo que desea, a mi ángel.

Llego a la parte donde describe detalladamente cómo mis manos torturaron su cuerpo. No sé si quiero leerlo. Sí lo sé, no deseo hacerlo, pero una parte de mí me anima a ello, únicamente para torturarme un poco más, la otra parte para saber si, después de todo, ella tenía todavía un resquicio de amor o sentimiento por mí, después de todo lo que he hecho.

Leo con detenimiento lo que viene a continuación. Cada palabra perfora mi corazón como si de sus saís se tratase.

Una lágrima cae en el centro de la última página de la tortura que le infligí, y que se explica tal y como ella la vivió. Miro al techo, pero no, son mis ojos los que la derraman. El cielo ya no llora por nadie, únicamente los corazones.

Prosigo con la lectura. Los sentimientos son contradictorios, a veces al alza, otras hundidos. Entre las páginas de ese mundo particular que construía con tan solo papel y pluma, encuentro un resquicio de esperanza. Ella me ama y cada día batallan el amor y el odio en un pulso donde el azar escoge ganador.

La última página es coronada por una única frase, una frase que esconde mucho más de lo que parece.

*«Por si en otra ocasión pierdo todo lo que un día fui,
siempre debo recordar que el inicio de todo es el lugar al que
debo volver.»*

La leo una y otra vez sin lograr entender qué es lo que quiere decir. Lógicamente es algo que no quiere olvidar, pero la información es demasiado difusa, no para ella, estoy seguro.

Cierro el pequeño diario y va directo al cajón de los calcetines, donde un día estuvo el móvil. ¿Me condenarán de nuevo por ocultar el diario de una Bash? Qué más da ya.

Unos nudillos golpean la dura madera de la puerta. No tengo tiempo ni a darle a la persona que aguarda al otro lado cuando se abre y sonrío ante la persona que se apoya en el marco.

Capítulo 23

(...) Hay un tiempo para dejar que sucedan las cosas, y un tiempo para hacer que las cosas sucedan (...).
Anónimo

Estoy sudando como si fuera un luchador de sumo en una sauna. Necesito agua urgente o puede que muera de deshidratación, o no, pero así queda más trágico.

El camino a la cocina se vuelve un eterno recorrido laberíntico en busca de algo que todo ser vivo necesita para sobrevivir, agua.

—¿Qué haces, Dina? —oigo a Samael a mi espalda y me giro.

—Necesito agua.

—No, no es eso lo que necesitas —se acerca a mí con esa seguridad que lo caracteriza. Coloca su dedo bajo mi barbilla y la alza para que lo mire a los ojos—. Esto es lo que necesitas —su boca choca con la mía con fuerza, como dos imanes atrayéndose inevitablemente a la electrizante pasión, transmitiéndome esa necesidad de mí, ese anhelo de necesitar mi oxígeno para subsistir.

Cierro los ojos mientras sus dedos se deslizan por mi nuca haciendo que mi vello se erice. Ahora ya no existe nada más que mi sed por él. ¿Por qué? Mi beso se vuelve más necesitado, cosa que le complace, y entre suspiros y jadeos tira de mi cuerpo en dirección a mi cama. Siento como sus manos acarician la silueta de mi cuerpo con delicadeza al tiempo que succiona mi lengua con hambre. Mis dedos se clavan en su piel cuando nos hace caer en el colchón. Abro los ojos sorprendida y aprovecha mi flaqueza para colocar mis manos sobre mi cabeza y mantenerlas ahí sujetas con una de las suyas.

—Sam... —susurro entre jadeos. ¿Por qué me comporto así? El sonido de mi teléfono móvil al sonar me hace desviar la mirada.

—No lo cojas.

—Puede ser importante —el sonido no cesa y es entonces cuando ruedo como puedo en la cama en busca de ese maldito aparato.

Abro los ojos encontrándome en el suelo. Parece que he besado literalmente el parqué moviéndome cual lagartija. Estoy sudorosa,

pero no sedienta. No me lo puedo creer, yo soñando con Samael, y no precisamente un sueño apto para todos los públicos. No puede volver a ocurrir y, sobre todo, no puede enterarse o su ego ascenderá a niveles estratosféricos y creará que lo deseo de ese modo. ¿Lo deseo de ese modo? A veces creo que hubiese preferido quedarme amnésica. No, espera, no es a veces, es siempre.

Agarro mi teléfono móvil. Parece que sí había algo real en el sueño y es este mensaje de Matt.

«Necesito que nos veamos hoy en Westfield Stratford City. Quiero que me ayudes con algo, es una sorpresa. Solos tú y yo, no quiero que a tu ferrito faldero—guardaespaldas se le suelte la lengua. Lo aprecio mucho, una cosa no quita la otra. :P Nos vemos en un par de horas?».».

Le contesto con un gran y exclamativo Sí. ¿Qué habría tramado ahora Matt?

Voy al baño y tras asearme de ese sudor que perla mi cuerpo como una segunda piel, camino hacia la cocina con una blusa crema y unos tejanos, peep toe, que no falten. Dejo mi cabello que ondee al viento cual bandera y tras colocarme una pizca de maquillaje *nude* estoy más que lista.

—Buenos días dormilona. ¿Todo está bien?

Mi cuerpo se tensa cuando siento el calor que irradia su cuerpo a mi espalda. Trago saliva rememorando la noche... ¿cómo decirlo?... calurosa.

—Sí, todo bien. Acabo de hablar con Matt y hemos quedado un rato. Tenemos una misión que cumplir.

—¿Tú y él solos? ¿Qué misión? —resoplo.

—Me necesita como consejera en unas compras y sí, él y yo solos. Es mi hermano, puede que no de sangre, pero es parte de mi vida, acéptalo.

—No puedes ir. ¿Quién cuidará de la llave?

—La llave sabe cuidarse sola.

—La verdad es que no me siento a salvo por las calles londinenses con tanto Kazoo suelto —envío un rápido mensaje a Kil.

—Vaya, parece que perro ladrador poco mordedor, y en este caso con el rabo entre las piernas —sonríe.

—Lo último que has dicho sí es cierto —coloco los ojos en blanco.

Realmente es cierto lo de la ubicación del cerebro masculino.

—Bueno, y ¿qué quieres que hagamos, Samael?

—Voy a llevarte a un lugar hermoso. ¿Te atreves a vivir una aventura conmigo? —asiento sonriendo nerviosa, las dichas imágenes no abandonan un segundo mi mente. —Iremos a pasear por Hyde Park. ¿Quieres?

—Sí, vamos ya, porque en un par de horas he quedado con Matt y tú con Kil.

—¿Ahora programas también mis citas con compañeros?

—Soy tu secretaria, ¿recuerdas? —río mientras cojo un bollo para el camino y bajamos al parking para poner rumbo a Hyde Park.

Una vez allí, y tras aparcar el coche, nos esperan dos blancos caballos. Su majestuosidad es abrumadora.

—Pero, ¿y esto?

—Dije que iríamos a dar un paseo, no cómo lo daríamos.

Sonrío. Es listo, no se le pasa ni una. Subimos cada uno de nosotros a uno de los animales más bellos y con más sentimiento que jamás se ha creado. Su empatía con el ser humano es máxima. Avanzamos en silencio por el camino habilitado para el paseo en caballo, el sonido de la herradura al chocar contra el suelo queda atenuado por el canto de los pájaros, los dueños del lugar, mientras el sol brilla con fuerza abrasando con todo lo que se encuentra a su paso.

—Gracias por esta cita tan hermosa, Sam. Realmente me has sorprendido.

—Soy todo un gentleman, mi morena salvaje. Esto es solo el principio. Pienso conquistarte cada día hasta que un día, cuando menos te lo esperes, te robaré un beso, y ese día será el inicio de mi eterna felicidad a tu lado.

El tiempo pasa mientras observamos el paisaje a lomos de nuestros blancos corceles, pero pronto llega la hora de partir. Bajo del caballo y me coloco frente a él. Nuestros ojos se encuentran y sonrío acariciando su crin.

—Gracias por haberme regalado el placer de montarte —lo noto sediento. Tras el paseo bajo el sol abrasador debe estarlo. Me acerco a una de las fuentes y, colocando mis manos a modo de cuenco, las lleno de agua acercándome de nuevo a él.

—Bebe, bebe de mis manos y te sentirás mejor—. La relación del animal es instantánea, no duda un segundo. Aguanto la risa mientras su hocico cosquillea mis manos. —Sam, deberías darle de beber al tuyo también. Ellos hicieron mucho por nosotros, es hora de devolverles el favor, aunque no sea comparable.

—Pensaba hacerlo, pero una hermosa imagen me ha distraído. Una bella joven hablaba con un caballo como si siempre se hubieran conocido. Existía una conexión muy fuerte y cuando la vi dándole de beber sus manos deseé ser yo el caballo para besar sus palmas con adoración.

Sonríó y coloco los ojos en blanco.

—Da de beber a tu caballo, Shakespeare, tenemos que irnos.

Poco después llegamos al centro comercial. Cientos de personas circulan dentro de este de un sitio a otro portando bolsas y más bolsas. En la puerta no debería poner *Welcome* sino Bienvenidos al consumismo socioadictivo. Quizás desecharon la idea por ser una frase demasiado larga y la recortaron.

Localizo a Kil y corro hacia él tirándome en sus brazos.

—Hola princesa —me saluda entusiasmado.

—No te haces una idea de lo que te extraño y de la falta que me haces.

—Y tú a mí, —suspira— y tú a mí.

Matt aparece tras él y nos fundimos en un fuerte abrazo.

—Aquí están dos de los hombres más importantes de mi vida y que encima me caen bien, sentíos honrados —los oigo reír. Echo de menos esos momentos—. ¿Cómo están Luca y Raziel?

—Perfectamente, cuidando del fuerte —dice Kil.

—Luca me dio un mensaje para ti, Naia —prosigue Matt.

—¿De verdad? ¿Cuál?

—Que hagas una camiseta donde ponga, y cito textualmente: Pendón, o vienes a verme o te arrastraré de los pelos, y no he dicho de qué zona.

Me echo a reír sin poder evitarlo. Luca y sus “lucuras”. Solo a ella se le ocurrirían estas cosas.

—Bueno chicos, os dejamos. Parece que tenemos que hacer trabajo de campo hoy —dice Kil.

—¿Trabajo de campo? —interviene por primera vez Samael.

—Sí, quiere que encontréis la guarida de Batman—. Matt y yo reímos al unísono por el comentario del primito, pero por dentro el temor me inunda. Es demasiado peligroso. Solo son dos y los Kazoos agrupados mucho más. Mi deber es proteger a la llave, no dejar que los buitres atrapen la carnaza.

—Morena, te leo el rostro. No te preocupes, estaremos bien. Solo buscaremos posibles lugares, no queremos pelea, al menos hoy—. Sam y su templanza, la cual saca a relucir cuando le interesa.

—Está bien. Tened cuidado —asienten y tras besar mi mejilla y despedirse de Matt salen por la puerta en busca de eso que ellos llaman entretenimiento. Me encaro a Matt con un escrutinio en la mirada nada disimulado.

—Explícame esa misión tan importante que nos ha traído aquí hoy.

—Pero esto no puede salir de aquí.

—Que sí, venga. Dilo antes de que me salgan canas.

—Necesito que me ayudes a escoger un anillo. Voy a pedirle a Luca que se case conmigo.

— ¿De verdad? —exclamo emocionada abrazándolo. —
¡Felicidades!

—Gracias, angelita —le doy un codazo.

—Shhhhhh.... calla. Anda, Don Juan, vamos a buscar un buen pedrusco que conquiste a tu dama.

Caminamos sonriendo, cogiendo yo su brazo con los míos, hasta la joyería más importante del centro comercial. La ocasión lo requería, debía ser especial y perfecto. Eso como mínimo. Luca no se merecía menos.

Entramos en Tiffany y miramos los diferentes anillos que una más que predispuesta joven, casi sacada de un catálogo de Victoria Secret, nos enseña los modelos de más altos precios. Cómo no, la han enseñado bien. Mientras Matt contempla con detenimiento cada uno de ellos, yo me paseo por las diferentes vitrinas, barriéndolas lentamente con la mirada. Veo un fino aro sencillo, con un precioso diamante de un acristalado azul, apenas apreciable.

—Matt, ven. Creo que he encontrado el anillo perfecto para Luca y del color que más adora. La chica lo saca y lo posa sobre la palma de su mano. Él me mira y sonrío.

—No me enseñe más, me llevo este. Medida diecisiete, por favor.

—¿Está seguro de que no quiere que le enseñe más modelos? —
insiste la dependienta.

—No.

—Está bien. Voy a preparárselo todo y en unos veinte minutos lo
tendré todo listo. Voy a abrillantarlo, colocarlo en una aterciopelada
caja con nuestro sello característico cubierta por un lazo.

—Bien.

—¿Qué te parece si vamos a jugar un poco para celebrarlo? —le
digo.

—¿Lees mentes también, angelita?

Reímos y llegamos al lugar deseado. Nos miramos como niños
entusiasmados y corremos hasta alcanzar la máquina de las pistolas.
Siempre jugamos a la misma desde que vivimos en Londres;
Resident Evil.

—Ahora qué Naia, ¿vas a imaginar que los zombis son Kazoos?
—le doy un codazo mientras inserto la moneda.

—Que empiece la cacería.

Iniciamos la cuarta partida, saliendo de todas ellas victoriosos
hasta que Zack aparece frente a nosotros. No me importaría que la
pistola fuera real cuando se coloca frente a mí. Fue mi cielo, ahora mi
infierno. Por él lo di todo, ahora nos ha dejado sin nada. ¿Qué hace
aquí? Matt debe irse, si esto se pone feo no quiero que resulte herido.

Quiere hablar conmigo, o eso dice. ¿Para qué? ¿Para
engatusarme de nuevo en busca de información que no voy a darle?
Lo escucharé, quiero saberlo todo, conocer el porqué de que se
encuentre en la posición en la que ahora está, al lado de Luther,
caminando de su mano. Pero pese a todo, y aunque me cueste
admitirlo, siento algo todavía, quizás resquicios, cenizas de lo que un
día fueron grandes y fieras llamas. No me puedo permitir amarlo de
nuevo, no después de lo que ha ocurrido, además si Mithrael fuera
consciente de esto... no quiero pensarlo.

Escucho atenta su confesión bebiendo un refrigerio.

Entonces, ¿todo lo que ha hecho, lo que ha sufrido, ha sido para
poder volver a mí? Pero, ¿cómo creerlo? ¿cómo estar segura de que
no es otro de sus sucios trucos para sonsacarme información que los
Kazoos necesitan para localizar la puerta? Si supiera que tiene

delante al instrumento más codiciado por su clan. Si supiera que soy yo, junto con la llave, la única posibilidad de señalar el lugar exacto de la puerta...

Termina la conversación. Es demasiada información y debo procesarla con tranquilidad. Todavía siento el ardor de su cicatriz, han pasado ya tres semanas y la molestia no ha desaparecido o se ha atenuado. Ni las frías bebidas me calman. Pero no es lo único que arde en mi cuerpo, la furia inunda mi ser con sus últimas palabras. ¿Con qué derecho me habla así? No puedo quedarme un segundo más aquí o lo mataré. ¿A besos? Cállate. Dichoso subconsciente... Me levanto para no montar ese espectáculo que tanto deseo evitar y pongo rumbo al ascensor esperando que Matt haya recogido el anillo antes de marchar. Entra conmigo en el ascensor. ¿Acaso busca pelea? Si sigue así la tendrá

—Sabes Dina, no te creo cuando me dices que ya no sientes nada —se acerca y mi mente lo rechaza mientras mi cuerpo lo reclama como suyo. Su mano se desliza sobre uno de los botones del ascensor, haciéndolo parar. Está loco, ahora lo veo claro. —No te creo cuando me dices que me odias—. No lo odio, no puedo hacerlo. El amor no se borra en un momento, pero los sentimientos contradictorios me inundan. Su cuerpo se pega al mío y siento el calor de su piel. Siempre fue cálido. Despertaba muchas mañanas de invierno abrazada por sus brazos, transmitiéndome su calor, cobijándome y protegiéndome. Trato de mantenerme impasible ante ese contacto que, por supuesto, no me resulta indiferente. —No te creo cuando me dices que no lo notas cuando acaricio tu piel—. Sus dedos perfilan mi piel hasta adueñarse de mis labios, los cuales acaricia lentamente. El contacto hace que mi mente viaje un instante a algunos momentos mágicos entre ambos en el pasado. No puedo evitar las ganas de tocarlo, pero me abstengo. No debo, por Samael, por mí y por mi corazón, hecho pedazos, por no hablar de mi cordura. —Cuando nuestras almas se vuelven una sola —nuestros dedos se entrelazan inevitablemente como si hubiesen esperado toda una eternidad para poder encontrarse. Me arde la sangre, la cabeza, el cuerpo. Soy fuego, llama, vida. Mi cuerpo sigue traicionando a mi mente, que pierde la batalla por momentos. —Cuando beso tus labios—. Esos labios, que me atraen como el primer día, se adueñan de los

míos como antaño. Esto está mal, muy mal, y así acabará. MAL.

Aprieto los labios y me separo de él para romper el beso, pero no parece entender mis intenciones, o si las entiende las ignora, y vuelve a probar el sabor de mis rosados labios con más dureza, adueñándose de mi ser. Sé que debo parar, puedo parar, pero no lo hago, y ¿por qué? Porque es lo que deseo. El cuerpo ha ganado a la mente. Como dice siempre Luca: de perdidos está lleno el río. Locuras como estas son las que mueven el mundo.

Nuestro beso se vuelve más necesitado, más ardiente, como mi boca. Mi respiración es más rápida de lo normal, pero solo cuando su lengua acaricia lentamente la cicatriz que da inicio a su nombre, que nos une, es cuando mi boca emite un sonoro jadeo. Tengo que parar esto, pero no, no paro.

Me estoy quemando, literalmente, con el enemigo, pero ya no soy dueña de mí, como él ya no es dueño de su control. Rodeo su cintura con mis piernas, las cuales acaricia antes de llegar a mi trasero y amasarlo. Cuando nos unimos somos magia, de esa que cuesta tanto encontrar, de esa que pasas buscando una vida y a veces no encuentras.

Una voz que sale del interfono rompe el momento. No sé si darle las gracias por parar lo que podría haber pasado o maldecir que nos haya interrumpido. El dolor de la cicatriz ha desaparecido dando paso a un hormigueo y un delicioso sabor en los labios.

Cuando Zack reanuda el movimiento del ascensor veo en qué nos hemos convertido. Dos enemigos, dos credos, amándose en un ascensor, a escondidas. No, yo no quiero esto. No quiero volver a sentirme así jamás. Lo miro a los ojos y le hablo sin emitir sonido alguno. *Estoy destrozada por ti, por lo que me imaginé de ti, por verte así.*

—También yo debo darte las gracias—. Calmaste el ardor de mis labios y encendiste el de mi corazón. —Por haberme hecho probar cómo sabe el beso de un Kazoo. Ahora lo sé. A podredumbre y a muerte—. Es mejor así, que me odie y se olvide de mí. Necesita ser feliz y también lo necesito yo, lejos de luchas, celos, venganzas y muerte.

No digo más cuando pregunta quién me ha hecho las marcas del cuello. Joder, no debía haber cogido el pañuelo. Todo va de mal en

peor. Me alejo cuando el sonido de las puertas al abrirse me informa que ya puedo salir de este paraíso infernal.

Adiós mi Zack. Vive por ti, sé feliz. Las palabras no salen de mis labios sino de mis pensamientos antes de marchar.

Salgo al exterior y un Kia Rio me espera con una sonrisa en los labios de su conductor. Cuando me acerco lo suficiente baja la ventanilla y silva ante lo que ve.

—Las bellezas morenas tienen pase vip en mi carruaje.

—Cuando veas una, móntala —me siento en el asiento de copiloto y le sonrío. Él no me devuelve la sonrisa, al contrario. Acaricia mi cuello y lo examina con detenimiento.

—¿Quién coño te he hecho esto?!

Mierda. Zack se había quedado con mi pañuelo.

—Nadie.

—Así que nadie... ¿Ahora te autolesionas?

—Sam, para. No quiero hablar de ello.

Ahora mismo vamos a volver a casa y me lo vas a contar todo, y cuando digo todo es todo.

—No hace falta llegar a casa. Quisieron robarme en el centro comercial —miento—. Me cogieron por sorpresa. Eran varios y uno de ellos quiso estrangularme. Les pateé el trasero. Fin de la historia.

—¿Y uno de ellos era el primo de Hulk?

—Eso parece. No le des más vueltas Samael.

—¿Que no le dé más vueltas? ¿Acaban de agredir a mi mujer y quieres que me quede impasible?

—¿Tu mujer?

—Perdona, lo dije sin pensar.

—Samael, he tenido un estupendo día, no lo estropees, ¿vale?

—Lo averiguaré. ¿Dónde está tu amigo? ¿No te ayudó con los ladrones? ¿Hay que llevarlo a casa?

—No, él se fue hace rato.

—Tampoco vas a contarme lo que hicisteis, ¿verdad?

—No —le guiño el ojo—. Solo te diré que maté a algunos zombis y ahora, según Matty, soy Lady Croft —ríó.

—Lo siento, el cabreo y la preocupación no me permiten reír en estos momentos—. Lo sé. Estoy intentando desviar el tema, no puedo decirle la verdad, es demasiado insistente. En su lugar yo también lo

sería. Continuamos el camino a casa en silencio.

Pongo la radio y Axel suena junto con Vanessa Martín con su tema ¿Y qué? Desvío la vista a los transeúntes que pasean por las calles y entonces lo veo allí parado, con una bolsa en la mano y con los auriculares puestos mientras aprieta la mandíbula. Cierro los ojos y limpio una lágrima que acaricia mi mejilla. Su historia, la letra de esta canción... No, amarme no le costará la vida, no lo permitiré. Escucho toda la letra detenidamente.

Y qué si el amarte me cuesta la vida
y qué si aunque siempre te pienso tu olvidas
y qué si esperando me quedo sin días
si probarte es un acto suicida
¿Y qué? ¿Y qué?

Y qué si mi karma es tu boca prohibida
y qué si hasta el alma por ti vendería
y qué si mi cielo se llena de espinas
si probarte es un acto suicida
yo prefiero morir a tu lado a vivir sin ti

Y qué si es veneno lo que hay en tus besos
y qué si mi amor para tí es solo un juego
Y qué? Ya no puedo cambiar lo que siento
yo no puedo elegir porque...
Te amo...
Yo te amo...

Y qué si tu amor hacia mí dura un día
y qué si ese amor en verdad me asesina
y qué si el tocarte al infierno me envía
si probarte es un acto suicida
yo prefiero morir a tu lado a vivir sin ti

Y qué si es veneno lo que hay en tus besos
y qué si mi amor para ti es solo un juego
Y qué? Ya no puedo cambiar lo que siento

yo no puedo elegir porque...
Te amo...
Yo te amo...

Y qué si el amarte al infierno me envía
y tu amor hacia mí dura un día
y qué, y qué, y qué...

Y qué si te amo y arriesgo mi vida
si tus besos me quitan la vida
y qué, y qué, y qué, y qué...

Le envío un mensaje a Kil. En estos momentos necesito a mi hermano más que a nadie en el mundo. Nadie me aconseja mejor que él. Le escribo un escueto mensaje: «Kil, te necesito. Ven esta noche a casa de Samael. Quiero el consejo de mi hermano».

Llegamos al piso-mansión de Samael. Su semblante es serio, no lo culpo, de encontrarme yo en su situación también querría saber. Pero, ¿cómo contarle algo que puede hundirlo para siempre? Ahora estamos bien, y no porque alguien me obligue a nada, sino porque empiezo a darme cuenta de que solo busca darme todo ese amor que reprime cada día por mi rechazo. Recuerdo, por un momento, mi sueño matutino y las mejillas me arden. ¿Qué me pasa? Yo no soy así. Nunca me permito esas cosas, y lo peor es que en ese momento desee que fuera real.

—¿Qué ocurre, Naia? —sonríó y muevo mi dedo dándole a entender que quiero que se acerque.

—Qué te parece si tú y yo nos olvidamos del mundo por unas horas y... —se humedece los labios. Su cuerpo es traidor, me incita, pero el mío tiene un control absoluto y cuando ve que la táctica no funciona se va acercando lentamente.

—Dime nena, ¿qué es lo que deseas?

—Quiero ver una película y, lógicamente, hacer el “concurso palomitero”.

—¿El concurso palomitero?

—Sí, yo tiro al aire palomitas y cuantas más atrapes más posibilidades tienes de conseguir algo.

—Y, ¿cuál sería el premio?

—Fregaré los platos tres días —niega con la cabeza.

—Quiero un beso tuyo.

—Sam, no. Poco a poco.

—Está bien, te prometo ganar para ver ese delicioso trasero moverse mientras friegas la loza. ¿Qué película quiere ver?

A mi mente viene una canción que se repite una y otra vez. See you again, de Wiz Khalifa y Charlie Puth, canción que pertenece a la banda sonora de Fast and Furious 7 y no me lo pienso dos veces antes de contestar.

—Fast and Furious 7.

—Estás de suerte, porque aún no la he visto pero está en mi estantería de nuevas adquisiciones—. ¿La estantería de nuevas adquisiciones? ¿No va todo en la misma estantería? Está loco.

—Eres un bicho raro, ¿lo sabías?

—¿Yo? Qué va... Algunos dirían que soy un angelito.

No puedo evitar reír ante el comentario. Voy a preparar las palomitas mientras él lo dispone todo para una sesión de cine en casa. Tres minutos y medio después el sonido del microondas me da la señal de que ya tenemos el objetivo del juego. Samael se ha encargado de prepararme un vaso de coca cola zero con una rodaja de limón y una normal para él.

Nos sentamos en el sofá, cada uno con nuestro bol de popcorns y visualizamos la película en silencio. Coloca su brazo sobre mis hombros, pero no me importa. Ambos estamos a gusto y creo que sabemos hasta qué punto podemos avanzar y las limitaciones que nos hemos impuesto. Correr nunca fue un buen consejo en este ámbito. Procuero guardarme algunas palomitas para el juego viendo que su cuenco ya está vacío.

—Venías con hambre, eh...

—Yo siempre tengo hambre —me mira con esos ojos penetrantes.

—Lo siento, Don Juan, demasiado usado.

—Otra vez será, entonces —asiento sonriente.

—¿A jugar?

—A jugar.

Cojo una de las palomitas mientras abre la boca y la cuelo dentro.

Sonríó mientras se la traga.

—Bien hecho, Samael.

—Me toca.

Coge una de las palomitas de mi bol y la cuela en mi escote.

—¡Oye! Pero, ¿qué se supone que haces?

—He modificado el juego en mi conveniencia y he decidido modificar el lugar donde tengo que colar la palomita —niego con la cabeza.

—Si no sigues el juego tal y como es, te haré tragar literalmente el cuenco.

—Sabes que no puedo más, ¿verdad?

—¿No puedes más?

—Sí, no puedo más —deja el bol en la mesa frente al sofá y su rostro se acerca al mío. Puedo sentir su aliento acariciar mi rostro.

—Ya hemos hablado de esto, Sam.

—Me da igual. Cuando he visto lo que te han hecho... Me siento impotente y para colmo no quieres decirme quién te lo ha hecho.

—Dejemos el tema si no quieres que ese poco a poco se esfume en la nada. No me presiones, es un tema mío y yo lo solucionaré—. Aprieta los dientes, haciendo lo propio con la mandíbula.

—Sabes que lo averiguaré —se acerca a mí.

—Que tengas suerte, Sherlock.

—Lo siento, no puedo más, voy a besarte.

—Sam, eso es pisar demasiado el acelerador... —no me deja terminar. Su boca se adueña de la mía buscando una reacción que no puedo darle. En mis labios todavía siento los de Zack y no es justo que él deba asumir sin saberlo el segundo lugar. Él no lo sabe, pero yo sí, y no me siento cómoda. Aun así, le doy un casto beso intentando apaciguar ese momento de febril deseo. Puede que, en otro momento, o de no haber pasado lo que ha ocurrido hoy con Zack, me hubiera permitido abrir unos minutos la coraza y dejarlo entrar en busca de sentir esa conexión que antes sentíamos de nuevo, pero no es buen momento, no es buen día.

El sonido del timbre sonar nos interrumpe y lo agradezco, salvada por la campana. O quizás esa expresión ya está un poco pasada, debería renovar mis expresiones.

—Voy a abrir la puerta.

—No, iré yo —parece molesto y alicaído.

Me duele verlo así, pero no quiero que sea el segundo plato, o en este caso, el segundo beso.

—Como quieras —le digo.

Abre la puerta y da paso a un Kil sonriente que estrecha su mano antes de correr a abrazarme.

—¿Qué pasa, princesa? ¿Problemas en el paraíso? —ríe. Está loco. Es mi loco. ¿Qué haría yo sin él? Tenemos un vínculo tan fuerte, nos queremos tanto, que si uno se mueve el otro lo hace también, en la misma sintonía, inevitablemente.

—Nada de eso. Solo extrañaba a mi hermanito.

—Os dejo, tengo una cita —dice Samael.

—¿Una cita? —pregunto sorprendida, pero pronto me recompongo. Ya ha empezado a cortejar a la antorcha. Parece leer mi mente y asiente.

—En realidad es la cuarta. Nos estamos... conociendo.

Kil me mira sin entender y lo cojo de la mano mientras lo arrastro a mi cuarto, el verde. Esta vez nada de lila. Echo un último vistazo a Samael mientras se prepara para salir.

—Ten cuidado Sam, por favor.

—Siempre lo tengo, mi morena rebelde. Solo vamos a dar un paseo.

Asiento y me despido cuando sale por la puerta. Entro en mi habitación y veo a Kil o Miguel, ya no sé cómo llamarle, tumbado sobre la cama. Me tumbo a su lado y acaricio su rostro.

—¿Cómo lo haces? —le susurro sonriéndole.

—¿El qué, princesa?

—Relajarme con tu sola presencia.

—Es innato, mi encanto particular —me guiña el ojo—. Ahora hablemos de ti. ¿Qué ocurre? Algo te preocupa y ronda por esa cabeza loca que tienes.

—No te lo he contado todo y creo que necesito mostrarte todo lo que sé y he vivido desde que mi mundo se puso patas arriba, desde que tú lo pusiste así.

—Yo solo te mostré el camino, tú fuiste la que decidiste caminar por él.

Soy muy consciente de ello y aunque hay días en los que me

arrepiento, no puedo eludir mi destino.

—Sabias palabras, Miguel.

—Es la primera vez que me llamas así —ríe—. Enséñame lo que te preocupa y trataré de aconsejarte lo mejor que pueda.

Acaricio sus mejillas con ternura y uno nuestras frentes cerrando los ojos y concentrándome en todo lo que deseo mostrarle. Omito el chantaje de Mithrael con respecto a Samael y a la información sobre la identidad de mis supuestos padres.

Casi puedo sentir la magia transmitiéndose de un cuerpo a otro, como una aurora boreal acariciando nuestra piel e iluminándola mientras nos envuelve la más colorida de las brumas.

—Joder princesa, qué vas, ¿de oca en oca y tiro porque me toca?

—No es eso. Estoy hecha un lío. De veras quiero intentarlo con Sam, es más, lo estamos haciendo, poco a poco, pero cada vez que doy un paso Zack está ahí, no sé si para sonsacarme información o para recuperarme. Estoy cansada, mareada, y como decía Sócrates; solo sé que no se nada.

—Mi consejo es que busques en tu interior lo que a ti te haga feliz, olvídate de los demás, de todo lo que te rodea, encuentra tu felicidad y no trates de contentar a todos, pues nadie puede hacerlo. Tú y solo tú tienes el poder de cambiar tu destino. La elección es tuya. Es de las pocas cosas que todavía nos queda —si él supiera que mi destino está atado al de Samael inevitablemente, como llave o como promesa a cumplir...Pero esa información la llevaré conmigo cuando exhale mi último aliento.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo, princesa. Por cierto, me gusta tu nuevo look parisino.

—¿Lo dices por el pañuelo? —Asiente. Suerte que me lo había puesto tras llegar a casa.

—Como siempre digo: renovarse o morir.

—Deberías aclarar las cosas con Zack si no crees sus palabras y pretendes alejarte de él. Por lo que me has mostrado, parece que todavía alberga esperanzas de recuperarte, esa escena en el ascensor me lo ha demostrado, y para cortarlas de raíz debéis sentaros juntos y hablar. Por cierto, ¿por qué me cortas las imágenes y por qué Samael está enfadado contigo? Dices que os estáis

conociendo, pero queda con otras mujeres...

—No es nada. Y sobre las mujeres, no te preocupes. Ya sabes que siempre guardo ases sobre la manga —suerte que omití las partes donde se me veía el cuello al descubierto y mi encuentro con Mithrael. Es mejor así.

—Tú sabrás lo que haces, princesa.

—Quédate conmigo esta noche, abrázame como cuando nos quedábamos dormidos en las noches de verano bajo un manto estrellado en la terraza. Extraño nuestros momentos fraternales, es como si me hubieran arrancado una parte de mi mundo y hubieran dejado que el viento la alejara de mi lado.

—No digas eso. Yo siempre voy a estar a tu lado y te cuidaré y protegeré siempre, porque tú eres mi princesa. Todavía no hay ser en el universo que me prive de dormir contigo en la terraza —sonríe.

—Prométemelo, di que siempre estarás conmigo. No sé qué sería de mí sin ti.

—Siempre. Soy Miguel el invencible, o Kil el *killer*—. Coloco los ojos en blanco.

—Tantas horas con los primos te está pasando factura.

—Ni que lo jures. El único que mantiene mi cordura intacta es Raziel.

—¿Cómo está?

—No muy bien. El tema de su hermana, Roberta, lo tiene destrozado. Verla mirarlo con desprecio, convertida en un Kazoo después de todo lo que ha hecho por ella es duro. Y no poder protegerte siendo tu guardián lo mata.

—Sé cuidarme sola. Él es fuerte, podrá con ello, y quién sabe, puede que si juega bien sus cartas logre la redención de ella. ¿Te la imaginas como Bash?

—Ni en la peor de mis pesadillas. Jamás.

Sonríe mientras abraza mi cintura con sus brazos y cierro los ojos exhausta.

—Es hora de dormir, Kil.

—Sí, princesa. Déjame entrar en tus sueños para protegerte de todo mal.

—Demasiado tarde, el mal ya inunda nuestras vidas. Es el inicio del fin.

Beso su mejilla mientras relajo mi cuerpo aún preocupado por la cita de Samael y de la “dragona pechugona”.

—Kil, ¿cómo fue la búsqueda del nuevo hogar de los Kazoos?

—Infructífera. No encontramos na...

Dejo de escuchar y me abandono, cayendo por el abismo de la inconsciencia mientras cientos de plumas grises giran a mi alrededor. Las palabras salen de mi boca sin pensarlo, aunque no sé si ya en el sueño o aún en el mundo real.

—Ni lo blanco es tan blanco, ni lo negro es tan negro. En la vida todo es gris.

Capítulo 24

(...) Hay que perdonar y perdonarse (...).

Anónimo

Ella es así, entra sin esperar respuesta alguna. La realidad es que ya me he acostumbrado a ello.

—Hola Roberta.

—Hola Zeta —lo paso por alto de nuevo.

—¿Ocurre algo?

—La verdad es que me gustaría hablar contigo de algo. Conoces a los Bash, fuiste uno de ellos. Quiero recuperar a mi hermano, pero para hacerlo necesito que me expliques si hay forma de sacarlo de allí.

—No se puede obligar, Roberta. Yo decidí ser Kazoo para vengarme y para recuperar al amor de mi vida, no por obligación, pero siempre puedes provocar a Mithrael con descubrir el secreto de los Bash para que sea desterrado o neutralizado como hice yo.

—Sabes que no podemos hacerlo, también nos descubriríamos nosotros. Además, solo conseguiríamos que mi hermano me odiara más. Tengo que recuperarlo, está viviendo una mentira.

—Sé paciente, las cosas caen por su propio peso y se acabará dando cuenta de todo lo que ocurre a su alrededor. Tú solo espera —la abrazo y acaricio su pelo.

—Gracias por todo, Zack.

—No he hecho nada.

—Sí, más de lo que te imaginas. Ahora cuéntame, ¿qué te pasa? Te veo alicaído.

—No es nada.

—Eso no te lo crees ni tú.

¿Debo contárselo? ¿Confío en ella lo suficiente como para hacerlo? Si la batalla es inminente debo reunir a las personas en las que más confío para que sean mis aliados en la batalla.

—Ella está aquí.

—¿Ella?

—Mi ángel.

—Lo sé, nos conocimos en el Ferus.

—¿Y por qué no me lo dijiste?!

—Samantha no quiso.

—Maldita...La ha herido. Samael la ha herido. Voy a ir a por ella mañana.

—Iré contigo. No puedes ir tú solo.

—Es peligroso.

—¿Cuándo no lo es? Te lo debo por haberte ocultado que la vi.

—Nadie debe saberlo, solo los que yo decida —asiente.

—Debo irme Zack. Lexy y yo vamos a ir al cine.

—¿Y Samantha y Zenda?

—Zenda no lo sé. Sam tiene ronda con Kleton. Eso puede ser muy divertido. Mejor que la película —sonrío.

—Avisa a Onix, Hugh, Jason y Max. Quiero hablar con ellos.

—¿Ya tienes decidido quienes serán tus escoltas en la batalla?

—Sí.

—¿Y Lexy, Zenda o Samantha?

—Samantha está demasiado a la defensiva por lo de Kleton, puede cometer algún error. Necesito que Lexy siga rastreando el mapa, y Zenda, teniendo tan cerca a Max...

—Sí, el amor nos nubla el juicio y en una batalla puede ser un error fatal. ¿Y si va ella y no él?

—Él tiene experiencia, recuerda su pasado.

—Tienes razón, aunque sea una desagradable experiencia.

Ahora te los mando. Hasta luego compañero, y gracias por confiar en mí—. Sonrío mientras se marcha por la puerta en la que minutos antes aparecía.

Samael va a pagar muy caro lo que le ha hecho a mi ángel.

Aunque sea lo último que haga. Lo juro por mi vida.

Poco después, aquellos a los que he hecho llamar acuden a mí.

—¿Qué pasa, tío? —oigo a Jason.

—Tenemos que hablar. Ha ocurrido algo. Cerrad la puerta.

Hugh la cierra mientras que Onix y Max me miran preocupados. Una vez solos y repartidos por la habitación, los miro.

—Mi ángel está aquí, en la Tierra. La tienen los Bash. Es una Bash, como ya sabéis.

—Joder Zack, sales de las mazmorras y te das de bruces con la cruda realidad. Pero, me alegro de que la hayas encontrado tío —dice Max.

Todos sonrían, yo no. Lo que viene ahora no es motivo de celebración o alegría.

—Samael la maltrata. Tenía marcas en el cuello de un intento de asfixia. Solo ha podido ser él, nadie más que él.

—Menudo cabrón. Vamos a por él, ¿no, Zack? —oigo decir a Jason.

—Aún no. Debemos pensar en la estrategia. Ya sabéis quiénes son y el poder que tienen, un falso movimiento podría ser nuestro fin y nada de esto habría tenido sentido.

—Zack, cuenta conmigo hermano —mira al resto y todos asienten—. Si he de perecer que sea en una batalla a tu lado, pues no hay mayor satisfacción que caer por un hermano que lucha por recuperar al amor de su vida —dice Onix.

Les explico detalladamente quién es cada uno de los que la rodean, escuchan atentos.

—No debemos subestimar a ninguno de ellos. Si se sientes atacados se reagruparán. Miguel y Raziel son arcángeles con una antigüedad casi equiparable a la de Mithrael. Jamás han perdido una batalla, han sido entrenados para ser letales. Siempre luchan juntos, al menos desde que yo los conozco. Hay más Bash repartidos por la Tierra, pero en caso de ser avisados no llegarían a tiempo para auxiliar a sus compañeros, un punto a nuestro favor. Del que debemos preocuparnos es de Samael. Todos sabéis quién es. No es solo un Bash, no debéis perderlo de vista ni un momento o será vuestra perdición. De Samael me encargaré yo y no permito reproche alguno. Onix, creo que tú y Max, junto con Roberta, podríais ocuparos de Miguel, y Hugh y Jason de Raziel. No es necesaria muerte alguna. Solo distracción. Al único que hay que borrar del mapa es a Samael. No volverá a ponerle sus sucias manos encima a mi Dina. El resto, Bash o no, no ha hecho daño alguno. Los conozco bien y son honrados, eran mis amigos...

—Evitaremos dañarlos de muerte siempre y cuando no nos veamos en una situación de vida o muerte. Necesitamos ver a tu chica, si se encuentra en la batalla podemos confundirla con el

enemigo y eliminarla sin desearlo.

Miro a Onix, que asiente y enseña la foto que le encargué hacer cuando estaba preso.

—La he visto alguna vez en el bar de mi futura chica, tío —la información de Hugh me sorprende.

—¿De verdad?

—Sí, el otro día fui a molestar a mi camarera y escribir una hoja de reclamaciones por sus deliciosos platos. Pienso molestarla hasta que se rinda ante mí. Tu chica estaba en una de las mesas con unas compañeras tomando el té.

—Quizás estaría bien engañarla para que acuda a una falsa cita en el bar y así mantenerla ocupada mientras le rajo la garganta a Samael. No quiero ponerla en peligro. Si está lastimándola sin importarle nada, podría usarla de escudo en la batalla.

—Podría funcionar —oigo a Zenda desde la puerta. ¿Qué hace aquí?

—Es una conversación privada, Zenda —digo.

—Voy a ayudar Zack, te guste o no.

—¿Por qué no hemos oído la puerta abrirse?

—Porque soy sigilosa —sonríe—. Escucha, ella frecuenta el bar, ¿no?

—Eso parece. Es estudiante en la facultad de letras.

—Perfecto, me haré pasar por una alumna de intercambio que necesita urgentemente ayuda sobre algún tema, casualmente me encontraré con ella.

—Gracias Zenda, para mí es importante que no aparezca en el momento clave. También puedo distraerme yo buscando su protección y acabar visitando de nuevo a Azrael.

—Ah sí, la parca. Parece que sois grandes amigos, veremos si eso te sirve para librarte de morir —entra en conversación Max tras mirar a Zenda.

—Nadie se libra de la muerte, por muy amigo que sea. Solo la muerte puede librarse de ella misma, es paradójico —sentencio—. Bueno, si todos tenemos claro qué debemos hacer y queréis participar en este cometido que nos ha traído a esa pequeña y secreta reunión, vayamos a prepararnos. Mañana será el día. Puede que alguno esté realmente en peligro, si la cosa se pone fea quiero

que os marchéis. Yo solucionaré la solución y moriré en el intento.

—¿Tú qué te fumas? Pásame la dirección de tu camello, anda —suelta Jason—. Si piensas que vamos a dejarte solo en medio de una batalla es que no nos conoces en absoluto. Yo sangro y muero por mis hermanos, que no se te olvide.

—Gracias a todos —todos asienten—. Ahora debo envolver un regalo y llevar a la oficina de correos para que mañana sea entregado.

—¿Me has comprado un regalito, Zack? —se burla Hugh mandándome falsos besos al aire, burlándose de mí.

—No, es para tu novia. Mañana he quedado con ella.

—Será cabrón, como se las gasta el pipiolo.

Abrazo a cada uno de ellos. Van a arriesgar su vida por mí, por darme la oportunidad de recuperar, de las garras de un maltratador, a la mujer de mi vida. Pocos amigos realmente se ofrecerían a ciegas a actos tan arriesgados y nobles como este.

Los chicos marchan a sus habitaciones y yo saco el Phorminx de la bolsa. Una antigüedad de la gracia clásica. Instrumento que ella tocaba como los ángeles, nunca mejor dicho. Lo envuelvo con delicadeza con delicado papel de seda azulado y bajo al gran salón en busca de las llaves de uno de los coches que poseemos, llevar un artículo de tal valía en la moto sería un suicidio. Conduzco hasta la oficina de correos y doy varias vueltas a la manzana hasta encontrar aparcamiento. Cojo el instrumento con cuidado y camino hacia el lugar. Unos murmullos conocidos se hacen mirar hacia una de las calles y veo a Raziel y Miguel. Miguel se encuentra apoyado en la pared y Raziel, demasiado cerca, tiene colocadas sus manos a ambos lados de la cabeza del otro. Se miran a los ojos y la complicidad es tan grande que me impide romper el momento. Estoy en inferioridad si se desarrollada algún tipo de enfrentamiento entre los tres. Decido seguir mi camino sin mirar atrás, dejando a los Bash en una situación demasiado personal e íntima.

Entro por los grandes pórticos y tras dejar el paquete, el cual prometen entregar a la mañana siguiente con el mayor cuidado posibles tras entregar una cuantiosa suma de dinero, decido marchar, pues la hora de cierre de la oficina está por llegar.

Vuelvo al coche y me dirijo de nuevo a mi hogar cuando algo

llama mi atención. No es posible. Parece que hoy los Bash están destinados a cruzarse en mi camino, pero esta estampa me sorprende más de lo que hubiera imaginado. Samael y Lilith juntos paseando por las calles de Londres. Si no supiera que todo esto es cierto, pensaría que estoy dentro de una retorcida novela donde se suceden situaciones que no creerías posibles. Por un momento pienso en pasar los neumáticos sobre sus cabezas, pero me reprimo. No iré por la espalda, lucharé como el hombre que soy, siempre de frente. Los veo cogerse de la mano y me entran arcadas. No entiendo qué hace él con ella. ¿Y Dina? ¿Es solo un juguete para él? ¿Le hace daño para después alardear con otras mujeres? La ira me inunda. ¿Qué tramará con Lilith? No es una niña a la que pueda engatusar con palabras hermosas y regalos. Está jugando con fuego y espero que arda, pero en el infierno. Esto deben saberlo los Kazoos, Abbadon y sobre todo Luther. Mandaré a Kleton a informar a nuestro señor, quizás pueda beneficiarnos.

Llego al castillo y tras dejar las llaves en la entrada, entro en el salón, donde me encuentro a Abbadon y Kleton tomando una copa de algún caro vino mientras revisan unos papeles.

—Tanta insistencia por encontrar el mapa, pero aquí estáis, sentados tomando una copa en vez de salir en su busca.

—Estamos revisando el mensaje —me mira Abbadon.

—En el papel no está el mapa y la llave, sino fuera, en el mundo real.

—Tú eres el menos indicado para hablar del tema —oigo decir a Kleton.

—No vengo a pelear sino a exponer una información interesante. Acabo de cruzarme mientras volvía hacia aquí con el coche con, sorpresa, Samael y Lilith juntos, como una pareja. No sé si alguno de los dos trama algo o se han aliado por algún motivo, pero creo que es algo reseñable y deberíamos informar a Luther de esto.

—Bien Zack, parece que empiezas a enmendar parte de tus errores.

—Mi error fue haber accedido a la posición que tengo y no a la que se me ofreció.

— ¿De qué hablas?

— Luther me ofreció ser el segundo al mando de los Kazoos pero

me negué. Mi tiempo debía ser usado para encontrar el mapa y la llave, no para cuidar a unos niños de guardería.

Abbadon me mira entrecerrando los ojos mientras Kleton se levanta cual resorte y camina hacia donde estoy.

—Ve a informar a Luther, pues ese es tu único trabajo —lo miro mientras la furia se adueña de su mirada y me empuja antes de salir por la puerta.

—Si sigues con esa actitud vas a perder lo poco que tienes —sigue Abbadon.

—Yo tengo a mi alrededor a las personas que necesito en mi vida, al igual que tengo muy claro las que no me importa dejar por el camino.

—Recuerda que no somos tus enemigos y que si sigues con ese pensamiento cuando nos necesites no estaremos para apoyarte.

—¿Algo más?

—Nada, por ahora.

—Bien, me marcho entonces.

Salgo por la puerta y marcho a la habitación. Ha sido un día difícil. La necesito, quiero volver a tenerla conmigo, rozar su piel y besar sus labios. La salvaré, aunque sea lo único que haga. Me la imagino su cara de sorpresa cuando le llegue el paquete. La rememoro tocando el Phorminx como lo hacía antaño, bajo las estrellas mientras el sonido del agua caer de las cascadas lo envolvía todo.

—Tócala de nuevo, mi ángel.

—Ya es la cuarta vez, Zack —ríe.

—Nunca me canso de oírte.

—Pero esta es la última vez.

—No, es la primera del resto de nuestra vida.

—Ven, tócala conmigo.

Sonrío. Es una diosa. Con aquel blanco vestido griego cubriendo su cuerpo, delineando cada una de sus curvas, mostrando al mundo la perfección de su cuerpo. Me siento a su espalda y entrelazamos nuestros dedos acariciando el instrumento con suma lentitud mientras mis labios recorren su cuello. La luna ilumina nuestros cuerpos y un escalofrío de placer recorre su cuerpo. Aprieto sus manos con fuerza para no soltarla jamás mientras las notas se apoderan del lugar y

disfrutamos de nuestra propia canción, la de dos amantes que viven por el otro, que lo entregarían todo el uno por el otro, que son una sola persona.

—Zack, tú eres todo para mí, te amo.

—Tú eres mi vida, el motivo por el que me levanto cada mañana, mi razón de existir, mi mundo, mi esperanza, mi felicidad, solo tú. Te amo.

Suelto sus manos, desenredando nuestros dedos y paso mis manos lentamente por sus brazos, ascendiendo con ternura y delicadeza hasta llegar a su cuello y retirar el pelo, entregando a esa zona uno de esos besos más dulces.

La giro y dejo el instrumento musical a un lado, haciendo que me mire directamente a los ojos.

—Dina, hace bastante tiempo me preguntaba cómo era posible amar a una persona por encima de todo en tampoco tiempo. Me lo pregunté muchas veces, porque no llegaba a entender como una persona te puede llegar a cambiar la vida en un solo minuto. Hoy puedo decir que ya lo comprendí. Mi amor hacia ti es tan grande que desde el primer instante en que entraste en mí vida impregnaste mi ser de tu esencia. Era pura magia. Fue una unión tan poderosa que en pocos días nos hicimos ambos uno. Fue la cosa más hermosa que nos pudo pasar. Cuesta tanto encontrar a la persona perfecta para ti y yo ya la he encontrado. Amarte es amar a través del tiempo, sin horas ni fechas. Es amarte a distancia, no importa si esa distancia es eterna o si no estás conmigo. Sigues siendo mía por qué eres parte de mi piel de mí ser, de mi vida misma. Amarte es amar lo que tú amas por encima de mi voluntad. Es tener la fuerza de buscarte entre la multitud, aun sabiendo que no estarás ahí. Amarte es alejarme de mi realidad para adentrarme en una fantasía, es adentrarme en un mundo donde jamás te iras de mi lado, donde sólo existimos tú y yo. Amarte es sentirte sin tocarte, es sentir tu aliento, tu olor, es dormir con la completa sensación de que estas a mi lado. No puedo darte soluciones para todos los problemas de la vida, ni tengo respuesta para todas tus dudas y temores, pero puedo escucharlas y compartirlas contigo. No puedo cambiar el pasado, pero cuando me necesites estaré junto a ti. No puedo evitar que tropieces, solamente puedo ofrecerte mi mano para que te sujetes y no caigas nunca. No

juzgaré jamás las decisiones que tomes en la vida, solo me limitare a ayudarte, a estimularte y a apoyarte si me lo permites. No puedo trazarte límites dentro de los cuales debes actuar, pero si te ofrezco ese espacio necesario para crecer. No puedo evitar tu sufrimiento cuando alguna pena te parta el corazón, pero puedo llorar contigo y recoger los pedazos de tu corazón para poder reconstruirlo de nuevo. No puedo decirte quién eres ni quien deberías ser. Solo sé que eres mi todo, y solamente puedo amarte y estar junto a ti cuando más me necesites. Seremos protagonistas de cada guion escrito, autores de cada párrafo vivido, de cada nota en las canciones del corazón, y poetas de cada verso sentido por nuestra alma. Toma mis manos y vamos a recorrer el mundo, ese mundo de fantasías que día a día nos llama, un destino incierto de querer conocer el más allá, ese mundo nuestro del amor infinito que nos atrapa poco a poco. Seremos sonrisas de nuestros propios labios, lágrimas de nuestros propios recuerdos, seremos sólo dos en este camino que acabamos de comenzar. Sé mi esposa, hazme el ser más dichoso del universo y juro dedicar mi vida a hacerte feliz.

Veo lágrimas recorrer su mejilla antes de rodear mi cuello con sus brazos y besarme con tanta ternura que me deshago completamente entre sus sentimientos.

—Sí, mi amor, quiero ser tu esposa y atarme a ti de todas las mane-ras posibles en este y en mil mundos más. Te amo.

—Yo sí que te amo, mi ángel.

Vuelvo al presente. Prometí hacerla feliz, prometí todo aquello que lo dije, y lo cumpliré, aunque sea lo último que haga.

Acaricio una de sus fotos y sonrío.

—Voy a cuidarte mi vida, te protegeré y haré que cada uno de tus días te levante con una sonrisa en los labios.

Mañana es el gran día y voy a llevarme al infierno a todo aquel que desee dañarla o impedirme llevármela. En pocas horas se decidirán nuestros destinos. Las cartas están sobre la mesa, la suerte está echada. Que gane el mejor.

Capítulo 25

*(...) En días de oscuridad es bello recordar
que hay luz en algún lugar (...).
Anónimo*

Abro los ojos y ya no está. Se ha marchado. Todavía puedo oler su perfume, que ha quedado impregnado en las sábanas. Kil se ha ido.

Es pronto, demasiado pronto todavía para hacer nada, apenas las cinco de la mañana, pero no puedo permanecer en la cama, me agobia.

Tengo sed, necesito café para disipar mi cabeza de pensamientos pasados y activar mis neuronas. Camino despacio, sin hacer ruido, hasta la cocina y enciendo la cafetera. La observo en silencio. Cada gota caer resuena por toda la casa, o quizás es solo mi sentido auditivo desarrollado. No lo sé, no me importa. Pronto tengo un caliente café esperando en la taza a que decida darle buen uso. Mis labios acarician la fría porcelana cuando una voz a mi espalda me interrumpe. Una parte de mí respira tranquila al saber que estoy bien y ya puedo tomarme el café con ganas. Estoy sedienta.

—Buenos días morena rebelde.

—Buenos días Samael. ¿Cómo fue la cita ayer?

—Bien, paseamos por Londres y tomamos unos helados, nada más.

—Me alegro de que lo pasarais bien.

—¿Celosa?

—Ni por asomo.

—Bien, porque si te molesta puedo borrarla de mi vida como ya lo hice una vez. Tú eres la única que ocupa mi corazón y la única con la que quiero pasear de la mano cada día.

Le sonrío y me echo otro poco de café en la taza.

—Deja un poco para los demás —mira el café y sonrío de lado.

—Lo siento. Es la sed desmedida que se adueña de mí. Todo es culpa de este calor otoñal.

—No, no es eso —deja mi taza sobre la mesa—. No es eso lo

que necesitas —se acerca a mí y pasa su pulgar por mi labio inferior.

—Esto ya lo he soñado—digo sin darme cuenta.

—¿Has soñado conmigo? ¿Con este momento? —enrojeczo cual tomate. No contesto, pero con mi reacción la respuesta está más que claro. — ¿Te pedía permiso para besarte en ese sueño? —niego con la cabeza. —Mejor, porque tampoco te lo voy a pedir ahora.

Sus labios besan los míos con hambre, hambre de mí. Cierro los ojos y me permito dejarme llevar por la situación, aunque sea un momento, de resquebrajar la coraza que protege mi corazón y me abandono a los placeres de la carne, al deseo del cuerpo. ¿Cómo decirle que debe ir despacio? ¿Cómo comentarle sin que se ría de mí que no he catado hombre alguno? No es que sea una puritana, pero ni he sentido la necesidad ni he encontrado un hombre que me interese, pues son todos iguales, repulsivos.

Rodeo su cintura con mis manos y me pego a él mientras su boca se adueña de la mía, marcándola con esa electricidad que nos caracteriza. Siento cientos de fuegos artificiales recorriendo cada recoveco de mi boca mientras el beso se torna más necesitado, más pasional, más nuestro.

Mi espalda choca contra la pared y un jadeo escapa de mis labios. Aproxima más su cuerpo, amoldándolo al mío para que pueda sentir lo excitado que está. Estoy excitada, lo reconozco. Quiero que me toque, necesito sentirme deseada de verdad, aunque solo sea una vez. Recorre mis hombros con sus manos, bajándolas hasta llegar a mis muñecas y las encarcela sobre mi cabeza con una de sus manos, inmovilizándome. Abro los ojos mordidéndome el labio y nuestras miradas se encuentran. Hay deseo, un deseo voraz. Sus labios descienden desde mis labios a mi cuello, donde se detiene pasando su lengua por cada una de las marcas que con tanto esmero trato de ocultar, esas marcas que un cabreado Mithrael me ha regalado.

Su respiración está acelerada, la mía también. Caminamos hacia la habitación liliácea y nos dejamos caer sobre la cama. Sus manos se deshacen de mis shorts y mi camiseta de tirantes. Estoy nerviosa. ¿Debo continuar con esto? Sí, quiero hacerlo. Estoy excitada, lo deseo y necesito sacarme a Zack de la cabeza y del corazón. Nunca conseguiré la felicidad si me estanco en el pasado y no miro hacia un

futuro, Sam es mi futuro y voy a avanzar hacia él. Acaricio su espalda y agarro el filo de su camiseta para sacarla por la cabeza, antes de hacer lo propio con los pantalones.

—Joder Dina, no sabes el tiempo que llevo queriendo hacerte mía, deseando adorar tu cuerpo, rozar tu piel, cuidarte como mereces.

—Sam, yo no he...ya sabes. Al menos aquí abajo. Este cuerpo no ha sido... catado.

—Eso me enloquece todavía más. Te cuidaré, no te haré daño. Te lo prometo.

Sus labios siguen recorriendo de nuevo mi cuello hasta llegar a mi hombro. Clava sus dientes levemente en mi piel. Suelto inconsciente un gemido de placer, cosa que lo estimula a repetir la acción.

—No te imaginas el placer que me produce oírte gemir, me enloquece —me susurra al oído.

Mis dedos se clavan en su espalda arañándola sutilmente cuando sus labios descienden por entre mis pechos, deteniéndose en ellos para saborearlos y succionarlos cual niño hambriento. Los gemidos se suceden sin parar, sin que pueda detenerlos. Cuando sacia su hambre de mí, desciende suavemente acariciando mi piel a su paso, mientras se desliza muy lenta y sutilmente por mi vientre, recorriendo el umbral que enciende mi deseo sobre la tela de mi ropa interior. Mi cuerpo se estremece y mi espalda se arquea involuntariamente. Mi cuerpo se entrega a él, a un éxtasis que desea alcanzar y que estoy segura que haré. Siento la tela rasgarse y desaparecer entre las sábanas mientras me mira con deseo.

—Relájate mi morena, quiero oírte gritar de placer. Ábrete a mí y déjame entrar en el paraíso.

Su lengua acaricia con suma lentitud el monte de mi placer antes de abrirse paso entre mis pliegues, los cuales succiona y muerte, haciéndome enloquecer de placer mientras los gritos inundan el cuarto. Esta dulce tortura me mata de placer poco a poco, un poderoso deleite que no quiero que termine. Su lengua se combina ahora con un dedo invasor que se introduce en mi interior, acariciando mis paredes, que se contraen ante su visita. Una mezcla de dolor y placer me recorre de arriba abajo.

—Shhh, tranquila pequeña. Pasará pronto.

Introduce un segundo dedo y clavo mis uñas en su piel, sintiendo un gran ardor entre mis piernas, un intenso fuego que se acrecienta por momentos.

—Sam, duele —el dolor se vuelve más intenso y muerdo mi labio para no gritar hasta hacerlo sangrar cuando sus dedos cruzan la barrera que mi cuerpo interpone al extremo placer.

Su mano libre se desprende de su bóxer y sustituye sus dedos, una vez se protege para evitar posibles situaciones embarazosas, por su más que preparado miembro. Un dolor agudo recorre mi espina dorsal hasta centrarse en mi sexo, ardiente, dolorido y sensible. No puedo evitar emitir un grito que es atenuado por la boca de Samael, que me besa despacio, con ternura, transmitiéndome todo el amor posible. Se mueve con lentitud mientras coloca mis manos, que se adueñan de su trasero, sobre mi cabeza entrelazando sus dedos con los míos.

—¿Estás bien? —asiento y me sonrío besando mi rostro con adoración.

Ambos dejamos que nuestros cuerpos dancen el baile del deseo bajo una sincronía perfecta, como si de una danza ancestral se tratara.

Exhaustos nos dejamos caer sobre el colchón, con la respiración entrecortada. Jadeando y sudorosos nos miramos a los ojos. Mis piernas cubiertas por una sábana con alguna que otra mancha de sangre denotan que se perdió en el camino aquel muro que negaba el acceso a un mundo de placer y sensaciones. Me avergüenzo de que deba ver esto, es humillante, pero al contrario de lo que imagino, camina hacia el baño vuelve con un paño húmedo para limpiar con delicadeza mi zona más íntima.

—No tienes por qué hacerlo, Sam.

—Quiero hacerlo.

Me limpia con esmero mirándome a los ojos ante una Naia roja como un semáforo, porque seguro que así estoy. Después, se tumba un rato a mi lado y me abraza, transmitiéndome calor.

—Gracias, mi morena.

—¿Por qué?

—Por darme el mayor regalo que puede otorgarse. Acariciar la felicidad con los dedos al estar con la persona que amas y poder

amarla y amar su cuerpo como se merece.

—Ha sido muy especial. Quizás fuimos demasiado lejos, nos pudo la pasión, y el poco a poco se evaporó como el agua. Sabes que esto no significa que...

—Lo sé. Pero quien no arriesga no gana. Yo he arriesgado hoy y he ganado poder pasar la mañana más maravillosa de mi vida en la Tierra con la persona a la que amo, para mí eso lo es todo.

—Sam, siento estropear el momento, pero debemos marchar o llegaremos tarde a la facultad.

—Tranquila, hablaré con tu jefe. Seguro que no pondrá pega alguna —río.

—Seguro que no, pero hemos ido demasiado lejos. Esto no puede volver a pasar, al menos por ahora.

—Ahora no, pero quizás mañana... Ahora que te hecho mía me pides que pare. Eso es imposible. No voy a poder. Eres mía y te amo.

—Yo no soy de nadie.

—Pero lo serás. Solo mía, eternamente mía.

—Samael... No quiero discutir otra vez.

—Tienes razón. Vamos —me visto, peino y maquillo moviéndome un poco dolorida por las molestias iniciales causadas por aquel momento que habíamos vivido. Poco después y aún con el olor a sexo en nuestra piel, ponemos rumbo a la Universidad en busca de retomar las clases de la manera más satisfactoria posible.

Las clases se suceden monótonas. Veo a Peter y Mike. Su aspecto ha mejorado notoriamente, pero siguen recelosos a hablar conmigo después de lo ocurrido no solo en la biblioteca sino el altercado en el que acabaron en el suelo con un fuerte golpe en la cabeza. Les pregunto cómo se encuentran, pero sus respuestas son escuetas y esquivas, dándome a entender de que están incómodos con la conversación, tampoco ayuda el escrutinio de Samael.

Me siento dolorida, en las clases no sé cómo sentarme ya, pero, aun así, aguanto clase tras clases como una campeona, como diría Luca.

Hoy iré a ver los primos, los extraño demasiado y se me hace cuesta arriba pasar los días sin ellos, sin sus locuras, sin su cariño.

Ahora, en el despacho de Samael, revisando unos documentos, oigo a Samael llamarme y alzo la vista.

—¿Me has oído Naia?

—No, perdona. Estaba absorta en unos textos. Dime.

—Debo salir. He recordado que tenía que hacer algo.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Necesito que te quedes aquí. Volveré en un rato e iremos a casa o al cine, lo que prefieras, pero ahora sé una niña buena y no hagas que mis nervios se apoderen de mi ser porque has hecho alguna de tus locuras.

—Pero debo proteger a la llave, siempre.

—Dijo que no. Prométemelo.

—Prometido.

Se acerca a mí y besa mi frente. No le preguntaré el motivo de su salida, no quiero hacer algo que no me gusta que me hagan.

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Para mí?

—Sí, para ti —coloca sobre mi mesa dos carpetas con decenas de folios.

—¿Y esto?

—Son exámenes que hay que corregir. Así no te aburres ni te metes en líos en mi ausencia. Será tu entretenimiento —resoplo.

—Recuérdame que nunca te pida que me regales nada. Eres retorcido.

Me guiña el ojo antes de salir por la puerta. Mis dos hipótesis de su destino son las más lógicas; la primera es que ha ido a ver a Lilith. Sé que fue idea mía, pero realmente me molesta que esté con ella. La segunda hipótesis es que ha sido ido a hacer alguna tarea sea encomendada o no por Mithrael y no quiere que yo sea consciente de ella.

Lo conozco y no es una salida normal, nada de sorpresas ni regalos. Después de lo ocurrido esta mañana no se marcharía así como así, y menos con la sobreprotección que últimamente me profesa.

—Corrijo los exámenes en silencio mientras mis cascos, que he aprovechado para ponerme al no haber nadie a quién molestar, emiten los primeros acordes de una nueva melodía propuesta por el canal de radio; Solo para ti de Camila. Sonrío, adoro ese grupo de música.

El sonido de unos nudillos golpear la puerta me hace sacarme los cascos y los guardo en el cajón.

—Adelante.

—Buenos días. Me dijeron que debía acudir a este despacho en caso de que necesitara ayuda. Soy Zenda, acabo de llegar desde Australia como alumna de intercambio.

—Encantada, mi nombre es Naia. Te doy la bienvenida en nombre de este departamento. Lamentablemente el profesor Anderson no se encuentra en la facultad, pero puede venir mañana, si le es posible, cualquier duda que tenga.

—Es que necesito que sea ahora —comenta Zenda—. ¿No podría usted ayudarme?

—No me trates de usted —sonríó— o me harás sentir demasiado mayor.

—Lo siento.

—No te disculpes. Veré lo que puedo hacer. ¿De qué se trata? ¿Cuáles son tus dudas?

—Necesito que pongan al día en relación con el contenido que ha dado hasta la fecha.

—Eso podemos solucionarlo hoy mismo. No hace tanto tiempo que se inició el curso, por tanto, hay poco que explicar.

—Espero a que quedes libre —señala los papeles que acumulo sobre la mesa.

—No te preocupes, ya he terminado y por hoy ya he cumplido mi horario. ¿Qué te parece si vamos a una cafetería que conozco y te explico un poco lo que hemos trabajado hasta ahora en el curso?

—Me parece perfecto. Gracias.

—No hay que darlas.

Poco después llegamos al *Eat, Drink and Shut*, el bar de Leirah, y nos sentamos en una de las mesas. El ambiente es distendido, varias parejas comen deliciosos platos mientras mantienen cotidianas conversaciones. Me encargo de informar a la nueva alumna de intercambio de todo aquello que se ha tratado a lo largo del cuatrimestre en curso. Ella toma apuntes de todos aquellos datos que le ofrezco hasta que una llamada a mi teléfono. Me disculpa un momento ante Zenda y la atiendo, es Matt. ¿Pasará algo?

—Hola Matt, ¿ocurre algo?

—Antes de nada, perdóname.

—¿Por qué debo perdonarte? Cuéntame que ha pasado.

—Samael ha venido a verme. Me preguntó qué es lo que hicimos en el centro comercial, si había alguien más aparte de nosotros, estaba desesperado. Le dije que fue a verte Zack para hablar contigo y no sé qué películas, pero ha llamado a Kil y Raziél y van a por Zack. Creí que debías saberlo.

Se habrá imaginado que fue Zack el que estrangulo mi cuello. Si supiera quién fue de verdad. Debo impedirlo o será una masacre. Puede que los cuchillos de ambos no puedan matar a ninguno de los dos portadores, pero sí a Miguel y Raziél.

—¿Dónde han ido? Dame una dirección.

—No lo sé. Solo sé que se ha ido en su coche. Luca y yo hemos intentado frenarlo, pero ha sido imposible.

—Ven a recogerme con el coche al bar de Leirah, mientras trataré de localizar hacia dónde se dirigen.

—De veras que lo siento Naia, yo no sabía...

—Deja de lamentarte por algo que ya está hecho y corre.

—Voy para allá.

Cuelgo el teléfono y miro a Zenda.

—Lo siento, pero ha surgido algo importante y debo marchar — cojo las cosas con rapidez y dejo algo de dinero sobre la mesa, equivalente a los dos cafés que nos habíamos pedidos.

La chica se levanta conmigo y se interpone en mi camino. La miro extrañada sin comprender. Ahora no puedo perder el tiempo y menos con una alumna.

—No puedo dejarte ir, angelita.

—¿Cómo me has llamado?

—No te hagas la tonta—. Y entonces lo veo claro.

—Una Kazoo, debí haberlo imaginado —la miro con repulsa—. Tú no vas detenerme.

Marco en número de Kil en busca de que me dé la ubicación mientras golpeo la cabeza de mi enemiga con una taza y aprovecho para salir por la puerta dejando atrás a unos clientes contrariados y a una Leirah atónita. Ya inventaré algo en otro momento. El móvil de Kil está apagado, al igual que el de Raziél y Samael. Mierda. Solo me queda una cosa por hacer si quiero localizar el lugar a donde se

dirigen.

—Azrael, ven.

Recibo un escueto mensaje de Matt mientras espero. «*Llego en 3 minutos nena, perdona*».

—Sé que me echabas de menos, y sobre todo a mis besos.

—Sabes lo que quiero y no puedo perder el tiempo, dámelo.

Posa una de sus manos en mi hombro. Segundos después sale la tal Zenda del bar hecha un basilisco y pasa frente a nosotros maldiciendo sin vernos.

—¿Otra vez tus polvos mágicos, Azrael? —lo miro.

—Los polvos mágicos los reservo para alguien en mi cama — coloco los ojos en blanco.

—Poco me importa. Dime el lugar, vamos. Está a punto de llegar Matt.

—¿Y qué me das a cambio por salvarle la vida a los tuyos o al amor de tu vida?

—¿Qué es lo que quieres? —me susurra qué es lo que desea al oído. No sé cómo lograré hacerlo, pero asiento.

—Lo haré.

—Bien. Que así sea.

—¿Nadie puede vernos o es solo esa Kazoo la que no puede hacerlo?

—Es solo ella, no quiero privar a los mortales de admirar mi belleza.

Resoplo mirando hacia la calle en busca del coche de Matt, al cual veo doblando la esquina.

—Debo irme, ahí está Matt.

—Voy contigo.

—¿Para qué?

—No tengo por qué darte explicaciones, pero si voy es porque van a requerirse mis servicios.

—¿Quién? Por favor, dímelo. ¿Quién va a morir?

—¿Qué gracia tiene revelar una muerte que todavía no se ha producido? Lo siento, mis labios están sellados.

El coche frena frente a nosotros y ambos nos subimos. Matt mira a Azrael sin comprender.

—Él nos guiará hasta donde se encuentran Samael y los demás.

No quiero entrar en detalles y tampoco quiero ponerlo en peligro, pero quizás alzar el vuelo sin practicar en este cuerpo y frente a una sociedad escéptica sería como ver a King Kong paseando por Londres, algo surrealista que podría hacer ir a más de medio país al psicólogo.

Matt conduce con precaución, pero rápido, cosa que agradezco, todo el tiempo que ganemos será de gran ayuda si queremos evitar una absurda carnicería por una mentira. Zack nunca me haría daño, ¿o sí? A mi mente vienen recuerdos de su interrogatorio particular, donde el Abba le había obligado a desplumarme como él hacía con sus aves. Un escalofrío recorre mi cuerpo. El dolor de mis alas a remitido desde hace ya tiempo, pero el recuerdo duele más, perdura pese a los días, pues lo que lastima es el recuerdo del alma.

Azrael indica a Matt calle tras calle qué ruta es la más adecuada para que tome. Están sincronizados y uno piensa mientras que el otro ejecuta.

—¿Dónde están Azrael? —pregunto.

—En el castillo de Warwick. Es un buen sitio. Tienen buen gusto, eso sí puedo concedérselo.

—No es momento para cumplidos. Y, ¿cómo ha sabido Samael dónde residían ahora?

—Se lo ha dicho Lilith?

—¿Y ella cómo lo sabía? Y, sobre todo, ¿cómo sabes tú todo eso?

—Yo lo sé todo, maestra de las lenguas. Lo veo y oigo todo. Además, ayudó que pasara, casualmente, por donde ellos transitaban en un intento de cita que no entiendo. Ella le informaba de donde estaba el lugar de residencia Kazoo y él besaba sus labios en respuesta. Fue un momento bastante desagradable, tuve que dejar de mirar porque se me revolvía el estómago. Esa mujer es repulsiva. Mona, sí, pero cuando llevas tantos años encontrándote con ella deja de perder el interés.

—Maldita antorcha —Azrael ríe por el apodo que le he puesto a la pelirroja mientras Matt aparca en las cercanías del lugar.

Bajo del coche. Todo está desierto. El silencio reina en el lugar y no parece haber nadie alrededor. Caminamos hacia delante con precaución, pueden estar observándonos y no quiero acabar en

medio de una emboscada.

 Mi mente está con Kil, Raziel, Zack y Samael mientras avanzamos sin demora. De pronto oigo ruidos, una pelea, forcejeos, jadeos.

 Corro hacia el lugar donde se encuentran y entonces lo veo, el infierno se ha desatado en la Tierra, es el inicio del fin.

Capítulo 26

*(...) Son tus decisiones y no tus condiciones
lo que determina tu destino (...).
Tony Robbins*

Abro los ojos de golpe. El sol entra por la única ventana que corona mi habitación, acariciándome con sus rayos. Enciendo la radio y Bring me to life de Evanescence lo envuelve todo. Me quedo escuchando la letra mientras me visto para la batalla. Pantalones militares completamente negros y una camiseta negra sin mangas, todo ello acompañado de un cinturón donde enfundo a Doria. Hoy va a ser un día duro, un día que marcará el destino de muchos, empezando por el mío. Sí, yo quiero que mi ángel me salve, tal y como dice la canción, pero no de lo que suceda hoy, sino de mí mismo, de la oscuridad, de la soledad y sobre todo de ese miedo a perderla.

Anoche me había encargado de todos los flecos sueltos, por tanto, todo estaba atado, solo necesitaba ir a por él. Estaría en la universidad según mis cálculos, así que solo tendría que hacer salir e ir a un lugar recogido de miradas indiscretas para pelear por la honra de mi Dina. Jamás volvería a dañarla, a tocarla, me ocuparía de ello, costara lo que costara.

Bajé al comedor, donde ya Onix y Roberta estaban más que listo.
—Buenos días chicos —los saludo.

—De buenos días nada tío, ¿tú has visto la hora que es? —miro el reloj sobre la chimenea y son las 4 de la tarde. Mierda— ¿Qué te pasa últimamente? Pareces una marmota —dice Onix.

—Es el amor, lo consume por dentro —responde Roberta.

Si que es cierto que desde que me encontré con ella de nuevo tengo siempre la sensación de cansancio extremo. Sin duda es uno de los regalos indirectos de Mithrael, no lo dudo ni un momento, tras la traición y hasta que fui transformado en Kazoo, descubrí que algunas veces sangraba al toser, cual enfermo. Así de rastrero y cobarde es el querido dios celestial.

Borro la imagen de mi mente sustituyéndola por una más grata.

Mi ángel aparece tocando su preciado instrumento y calma así mi desasosiego, haciendo que mis labios se curven en una sutil sonrisa.

—Puede ser Rob. ¿Dónde están los demás?

—Lexy se ha encargado de Abbadon, Kleton y Sam. Los guía hacia una falsa pista sobre la ubicación del mapa para darnos tiempo.

—Si sobrevivimos seremos castigados por esto, lo sabéis, ¿verdad? —asienten.

—Si no podemos luchar por lo que queremos, ¿qué nos queda?

—las palabras de Roberta se hunden hasta llegar a mi corazón y traspasar la barrera. No había afirmación más cierta que esa. Asiento.

—¿Y Zenda?

—Ella ha ido a entretener a tu chica para protegerla y que no se acerque al lugar en el que ambos credos van a encontrarse para pelear —responde Onix.

—Bien.

Oímos unos pasos antes de que Max, Jason y Hugh hagan acto de presencia. Están armados, muy bien equipados, preparados para todo lo que pueda acontecer hoy.

—Si estamos listos, vamos a por él. Estará en la universidad. Tenemos suerte de que no conozca a Zenda o la hubiésemos condenado dejando que entrara en la boca del lobo.

El sonido de unas ruedas frenar frente al castillo nos pone en alerta. Hugh se asoma por una de las ventanas y se tensa al momento antes de alertarnos.

—Son ellos, nos han encontrado. Parece que no vamos a tener que ir a ir a la facultad después de todo. Mejor, así me ahorro las biodraminas si conduce Jason —el aludido suelta una carcajada mientras saca sus Falcatas, una en cada mano. Hugh saca sus Sicas mientras que Roberta hace lo propio con su Almarada y Oniz con sus Katar. Acojo a Doria entre mis dedos y los miro a todos a los ojos.

—¿Listos? —todos asienten.

—Entonces luchemos por la justicia esta tarde, hermanos.

Unimos las puntas de nuestras armas en señal de unión y nos miramos con coraje, sin un atisbo de miedo o indecisión.

—¡Por Luther! —gritamos. Mi boca dice por Luther, puesto que debo comportarme como un Kazoo, pero interiormente y ante la imagen de mi ángel en la memoria solo puedo decir: por ti, vida mía.

Salimos del castigo y nos topamos con los tres Bash que me esperaba en esta pequeña batalla; Samael, Miguel y Raziel.

Samael porta su inseparable Eve, misma arma que la que sujeta mi mano. Nos miramos, ambos con repulsa, mientras Raziel lo flanquea por la izquierda con sus cuchillos Kukris y Miguel lo hace a su derecha, con la daga Ceilán.

—Ya sabes a lo que he venido, Zackary —oigo hablar primero a Samael.

—Sí, has venido a que todos contemplan tu muerte.

—Te equivocas, contemplarán la tuya. Hoy se hará justicia.

—No lo dudes que se hará Samael —contesto.

Hugh y Jason, siempre juntos, se colocan frente a un Raziel serio que mueve sus armas como si danzaran en sus palmas.

Desvío la mirada hacia Miguel. Roberta se prepara junto con Max y un Onix con sed de sangre.

—Vas a pagar por todo lo que has hecho Samael.

Sonríe de lado y me ataca con toda su furia. Esquivo su afilada hoja al tiempo que la mía rasga una de sus mejillas, la cual se cicatriza al instante. Maldita sea... Como las cicatrices de mis omoplatos. Observo a mis compañeros luchar por sus vidas, pero sobre todo por la de Dina. Brazos manchados de sangre, cortes profundos en el cuerpo de todos, menos el de Samael y el mío. Aprieto la mandíbula cuando su daga se clava en mi abdomen. Puede que no me mate, pero el dolor sí hace acto de presencia. Caigo al suelo, de rodillas mientras a mi lado cae Jason. Le han rajado el cuello como si de un vulgar animal se tratara. Maldito Raziel. Aprieto de nuevo la mandíbula mientras me encaro a Samael atacándolo con todas mis fuerzas. Encolerizado arraso con todo Bash que se ponga por delante, hiriendo el brazo de Raziel y haciendo tambalearse a Samael hasta casi caer. El suelo está teñido por la sangre que nuestros cuerpos derraman. La sangre de una batalla centenaria de dos bandos opuestos que se juraron venganza.

Barro rápidamente el suelo y veo a Hugh, protegiendo a su hermano, a su compañero de batalla, aquel que jamás se había separado de su lado, aquel que siempre había apoyado cada una de sus locuras. Uno de los cuchillos Kukri se clava en la columna de Hugh, arañándola de arriba abajo, haciendo que este caiga sobre su

fallecido amigo gritando de dolor. Mi repulsa hacia los Bash aumenta por momentos y tras empujar a Samael, clavo a Doria en el muslo de Raziel, que cae al suelo taponando la herida y siseando de dolor. Jason, Hugh... Todo esto es culpa mía, jamás debí pedirles ayuda, por mí han perdido la vida. Todo lo que toco lo destruyo, ahora me doy cuenta.

Le doy un instante para recomponerse, quiero que luche como lo que es, que no sea un cobarde, si ambos debemos morir hoy que no sea porque uno de nosotros se aprovecha de un momento de debilidad del otro. El estúpido cree que me tiene rendido y que mis fuerzas han flaqueado tras tanta batalla, craso error. Su daga, hermana de la mía, busca un corte diagonal en mi pecho, pero no le daré la satisfacción, no cuando conozco sus movimientos. Siempre tan previsible, siempre los mismos fallos, la misma arrogancia y confianza, creyendo que todo lo puede y que nadie puede derribarlo. Yo lo haré, aunque sea golpe de puño. Inclino mi cuerpo hacia la izquierda eludiendo así la herida que de otra manera me hubiera hecho. Observar sus entrenamientos era una ventaja que me estaba ayudando en estos momentos. Era demasiado metódico, siempre mismos movimientos efectivos, pero no para mí. Yo no soy como los demás, nunca lo fui y no seré un cadáver en sus manos.

Cambio a Doria de mano en un movimiento fugaz, las serpientes doradas que se entrelazan en su hoja observan el próximo movimiento de sus hermanas. Me acerco raudo ante un despistado Samael y cojo la mano que sostiene su daga, partiendo su muñeca.

—Esto no lo he hecho con la daga, Samael. Duele, ¿verdad?

Raziel se levanta entonces cortando levemente mi nuca, acto que me obliga a girar y encararlo, golpeando su torso con mi rodilla y haciéndolo retroceder. Vuelvo a girarme para focalizar mi mirada en mi objetivo, aquel que ha mancillado a mi Dina poniéndole sus sucias manos encima.

Samael ataca de nuevo y mi daga vuela entonces por todas las direcciones volviendo a la batalla y dañando a todo aquello que se encuentre a su paso. Solo quedamos cuatro. Max y Onix luchan juntos, en armonía, mientras Roberta se cubre una herida en su cadera, taponándola con un pedazo de tela. La miro y me mira. Ambos asentimos y volvemos a la batalla. Las hojas chocan sin

cesar, acompañando a la batalla con una musicalidad particular, una que hace que el bello se erice inevitablemente. Los cuchillos danzan al viento, casi ni los vemos mientras los movimientos fugaces se suceden, marcando la carne, quebrantando el alma.

Unas gotas de lluvia acarician los cuerpos de los caídos y de los que todavía seguimos en pie, tratando de limpiar un suelo bañado con la sangre de mis amigos y mis enemigos. Alzo la mirada un momento y sonrío mirando al cielo.

—Hoy vas a ver cómo sangran los tuyos por tu culpa, Mithrael.

—No te atrevas a hablarle, repugnante Kazoo.

Su puño golpea mi mandíbula, rompiendo mi labio. Escupo la sangre que encharca mi cavidad bucal.

La lluvia es solo una molestia más, pero nuestra visión no menguará por unas gotas de agua. Mithrael debería saber que sus intentos absurdos por favorecer a los suyos no tendrán ningún tipo de efecto en nosotros.

Desvío la mirada hacia Onix, que pelea con Miguel junto con Max y Roberta. Necesito que alguien distraiga a Raziel, con los dos sobre mí, ahora que Jason y Hugh no están, se complica todo.

Onix me mira y no necesito emitir palabra alguna. Deja a una más que recuperada Roberta y un agresivo Max enzarzados en una fuerte pelea con Miguel, donde se decidirá el destino de la vida de cada uno de ellos.

No hay un orden, todos luchamos con todos, ya no es solo venganza, sino supervivencia. Onix pelea con un Raziel magullado, que se oprime la pierda a menudo. Los efectos de Doria son devastadores, solo necesita tener contacto con el cuerpo humano, con la carne y la sangre, para hacer que el receptor del daño sufra un inmenso dolor. No lo debe estar pasando bien y me alegro. Es lo mínimo que merece por lo que les ha hecho a dos de mis mejores amigos.

Doria acaricia con su hoja el costado de Miguel, que empapa su mojada ropa. La sangre corre mientras aprieta los puños por el dolor que le causan los primeros efectos de mi Doria.

Todo se vuelve más caótico si cabe, intercambiamos posiciones, ya no sabemos contra quién luchamos, solo tratamos de vivir, de sobrevivir.

Nos movemos coordinados, Onix y yo somos uno, espalda contra espalda luchamos contra todo aquel que desee enfrentarse a nosotros y cubrimos a los demás. Max y Roberta pelean sincronizados, como si lo hubieran hecho toda la vida. Todos contra todos, acero contra acero. Vida y muerte, todo en una misma persona, en un mismo destino que solo decide el que tiene el poder el su mano. Doria viaja por el cuerpo de todos, magullándolos y dejando su particular marca, con todos menos con Samael, ahora luchando con la zurda por la caricia que he proporcionado a su muñeca. Ese chasquido ha sido un nimio placer que he podido permitirme. Quebrantaría cada uno de sus huesos como si no fueran nada para que sufriera como ella lo ha hecho en sus manos, como lo ha hecho mi corazón. Cierro los ojos por un instante y recuerdo las marcas de su cuello, la lágrima que recorría su mejilla en el coche con él. Sufre, sufre porque está con una persona que la maltrata, pero yo voy a liberarla de esa penitencia, aunque sea mi fin.

La batalla sigue, ahora bajo una lluvia torrencial que nos limita la visión. Parece que Mithrael está realmente cabreado. Más heridas, más sangre, las dagas hacen su trabajo, aunque cada vez se ve menos el destino de estas. Entonces todo queda en silencio. Miguel se desploma y Raziel se abalanza sobre mí desencajándome mi hombro izquierdo mientras corre a auxiliarlo.

—¡Nooooooooo! —esa es la voz de mi ángel.

Alzo la mirada y la veo correr hasta nuestra posición, pero no me mira a mí. Sus ojos están puestos en Miguel, que yace tumbado en el suelo, tosiendo, mientras Raziel coloca la cabeza de este en sus rodillas y lo examina con lágrimas en los ojos.

Azrael irrumpe entonces en el centro de la estancada batalla.

—Esta pelea se acaba aquí. ¿Ha quedado claro? —lo oigo decir.

—¿Por qué parca? —responde Max.

—Porque si no lo hacéis os mataré a todos. Es lo que tiene ser la muerte, que tienes la habilidad de arrebatarse la vida a los demás, a todos menos la tuya propia, por eso soy inmortal. ¿Quieres que siga dándote razones de pesa Max o prefieres que lo solucionemos tú y yo en mis dominios?

Max da un paso atrás aguantándole la mirada.

—Ya pensaba yo... Ahora dejadme ver a aquellos que debo

enviar a sus respectivos lugares.

Coloca el cuerpo de Hugh tumbado al lado de Jason. Cierro los ojos y los aprieto con fuerza. Esas muertes me van a pesar por toda la eternidad. Eran mi responsabilidad, eran mis amigos, luchaban por mí, para que yo pudiera recuperar a la mujer a la que amo y mi felicidad les ha costado a ellos la vida.

Vuelvo a abrir los ojos y oigo a Roberta llamarme con ansiedad.

—¡Zack, está vivo! ¡Hugh está vivo!

Corro a su posición y caigo de rodillas frente a él. Está cubierto de sangre, pero todavía respira. Traga saliva ruidosamente.

—No puedo moverme, no siento nada. Manos, piernas, no puedo siquiera mover los dedos.

Limpio su rostro con un pedazo de mi camiseta y miro a Dina, que destrozada abraza a Miguel, llorando mientras sus frentes se unen. Deseo ir a consolarla, mi corazón lo necesita, me destroza verla así, pero no lo hago. No es el momento. También era amigo mío y su inminente muerte me duele tanto como la de Jason. Onix se acerca a este último y cierra sus ojos mientras coloca su mano en la frente.

—Descansa compañero —dice Onix.

Coge su mano y coloca entre estas sus Falcotas. Así sería enterrado, como un valeroso guerrero que luchó hasta su último aliento por una causa justo, por mí.

Miro a Azrael y este me mira a mí al sentirse observado.

—Sálvalos, por favor.

—Por Jason no puedo hacer nada, Zackary, era su hora, pero no la de Hugh. Él vivirá, al menos de momento —aclara Azrael.

—¿Acaso crees que estar tetrapléjico es vivir? —exclama Max entendiendo la situación.

—No es el fin del mundo, hay miles de personas en su misma situación y consiguen encontrar la manera de sobrellevarlo y ser felices.

Nadie dice nada. Todos lo miramos y él mira a Jason.

—Ni siquiera puedo cogerle la mano a mi hermano. Si estuviera vivo me diría algo como: no te quejes río que ahora tendrás un Ferrari propio para que tu chica del bar te pasee.

—Puedes hacer lo que te propongas, tú tienes el poder de ver lo bueno de la situación por mucho que sea trágica. Si dejas que tus

propios pensamientos negativos inunden tu ser no conseguirás ser feliz, pero no por no tener posibilidad, sino porque tú no te dejarás serlo —las palabras de Azrael calan hondo en Hugh.

—Viviré y conseguiré ser feliz, pero lo haré por Jason, porque se lo debo. Él es mi hermano y mientras viva en mi memoria nunca se irá del todo —responde Hugh.

—Buena decisión, Kazoo.

—No creo que ahora ya sirva para ello.

—Eso ya no me incumbe.

Azrael desvía la mirada hacia donde se encuentra la razón de mi existencia, que taponaba la herida de Miguel, una herida abierta a la altura del corazón. Samael la abraza por la espalda y ella se deja consolar por sus sucias palabras. No lo soporto, verlos así me repugna hasta unos extremos insospechados. Lo miro con asco y creo poder apreciar una leve sonrisa burlona, triunfante. Si voy hacia él y le parto el cuello Azrael me matará, y si lo hace no podré estar con mi ángel, todo lo que habré hecho por estar con ella habrá sido en balde.

Miro a Onix, que se sienta a mi lado en el suelo y examina su cuerpo, cubierto por unos sucios trapos cubiertos de una mezcla entre agua y sangre aún húmeda. Ve mi rostro contrariado y preocupado.

—No te preocupes, palomita, todavía me quedan muchas batallas que librar. No te librarás de mí fácilmente—. Pasa su brazo por mi hombro y yo me quejo. Está dislocado. Maldito Raziel. —Vamos a ver palomita, parece que te han roto un ala, vamos a ponerla en su sitio. Tú solo respira profundamente. Contaremos hasta tres. ¿Preparado? —asiento. Sus manos se colocan en una posición estratégica. —Uno —se lo recoloca haciendo que un jadeo ahogado se escape de entre mis labios mientras maldigo interiormente.

—Joder Onix, dijiste hasta tres.

—¿Siempre crees todo lo que te digo? No deberías.

Vuelvo a mirar a mi ángel, que observa cada uno de mis movimientos. El maquillaje de su rostro reposa ahora en sus mejillas, cual manchas de Dalí cubriendo su piel. Está demacrada. Y es entonces cuando separa su frente de Miguel y se deshace del abrazo de Samael en un movimiento brusco. Ese simple movimiento me llena de esperanza. Quizás no todo esté perdido, ¿verdad?

Sus ojos desvían la mirada de los míos y se centran en los de Raziel. Parece un alma en pena mientras taponaba la herida de Miguel llorando como un niño pequeño que acaba de perder lo más preciado de su vida.

Por un momento me imagino estar en su lugar, tener entre mis brazos a una Dina que pende de un hilo, el hilo que separa la vida de la muerte, mientras camina por este en busca de un resquicio de esperanza al final del camino, pero que, inevitablemente, acaba perdiendo cuando el hilo se rompe, haciéndola caer a un vacío de oscuridad.

No, no podría soportarlo, si ella pereciera ya no tendría sentido nada. Nos merecemos un buen final. Tras tanta lucha, tanto sacrificio, tanto sufrimiento, todo no puede acabar de un plumazo, como si nada hubiese servido o merecido la pena.

Llamo a Max, el cual se coloca entre Onix y yo.

—Necesito que metáis a Hugh en el castillo, tú y Onix. Curadlo y curaos, pero estad pendientes, todavía no me fío. Todo parece en calma, pero, ¿no es esa misma calma la que precede la tormenta? Llevaos a Jason también, después le daremos sepultura.

Asienten antes de coger a los heridos, mortales o no, y caminar con ellos de vuelta al castillo.

Desvío la mirada hacia Roberta, que mira a su hermano con repulsa. Tiene que ser duro ver lo que está viendo, sobre todo después de la conversación que tuvimos.

—¿Estás bien, Rob?

Se encoge de hombros sin emitir palabra alguna.

—No deberías mirar. ¿Por qué no vuelves al castillo y curas tus heridas, como los demás?

—No. Necesito estar aquí un poco más. Si no consigo endurecer el corazón hasta el punto de soportar cualquier situación relacionada con mi hermano, no lo haré jamás.

—No estás sola.

—Lo sé, y te lo agradezco.

—No me lo agradezcas, somos una familia, ¿recuerdas? — asiente.

—Hoy hemos perdido a Jason, casi perdemos a Hugh, y solo eran tres, nosotros éramos seis. Les doblábamos en número y aun

así han podido con nosotros zeta. ¿Qué ocurrirá si bajan más y llega un punto en que son más que nosotros?

—Podremos con todo.

—Ya sabes lo que ocurre. Cae un Bash, desciende otro, así son las cosas allí, no para nosotros.

—No desesperes. En la mayoría de ocasiones no es el número lo que vence sino esto —señalo mi cabeza.

—Pues espero que tengas un cerebro privilegiado, porque si no estamos jodidos.

Trato de sonreír, pero no me llega a los ojos. Ambos estamos rotos por dentro. Hoy he perdido a dos personas; a un gran amigo como fue Jason y a uno que antaño fue.

Azrael se prepara entonces a su lado. Dina habla con él en busca de buscar algún tipo de salida alternativa. Hacerlo volver de nuevo, como nosotros hemos pedido para Jason. Todos buscamos lo mismo, salvar a los nuestros, pero jamás nos damos cuenta que somos nosotros los que los condenamos. Para salvarnos nosotros condenamos a los demás, como he hecho yo hoy. A mi mente vienen imágenes de momento con Jason, risas, confianzas en todos estos años. Entrenamientos, comidas, juegos...

—Siempre se van los mejores dicen, pero no se van porque sean los mejores, sino porque nosotros los vemos así. Siempre recordamos lo bueno cuando nos han dejado, pero nunca lo valoramos cuando aún tienen posibilidad de oírlo de nuestros labios —digo.

—Tienes razón Zack, deberíamos valorar más lo que tenemos en el presente y no obviar algunas cosas de las que en el futuro nos podamos arrepentir. Yo, por ejemplo, voy a valorar más a ese hombre que sujeta un futuro cadáver Bash y voy a decirle todo lo que siento. Basta de mentiras o apariencias, es hora de enfrentarnos a la realidad.

La veo levantarse con dificultad y dar un paso cojeando. Su cara refleja gran dolor, aunque no sé si es debido al sufrimiento que siente por ver a su hermano así o por el que las heridas físicas le proporcionan.

Las heridas del corazón son siempre más dolorosas que las físicas, por eso se sobrepone al dolor corporal en busca de mitigar o

aplacar en del corazón.

Oigo a Dina suplicar a Azrael, pero este niega repetidas veces con la cabeza haciendo que ella se derrumba por completo.

No aguanto más aquí sentado sin hacer nada. Necesito arroparla en estos momentos, que se sienta protegida, segura y sobre todo que sienta que me tiene y que, aunque no pueda suplir la pérdida, puedo intentar cuidarla y amarla para hacérsela más llevadera. Va a necesitar mucho apoyo. Miguel para ella era mucho, demasiado.

El grito desgarrador de Roberta me hace desviar la mirada de ella hacia mi compañera, arrodillada en el suelo gritando como si todo se hubiera roto y es entonces es cuando lo veo y entiendo todo. Si creía que las desdichas habían acabado por hoy estaba más que equivocado, solo acababan de empezar. Un abismo de oscuridad se había cernido bajo nosotros y pretendía engullirnos a todos mientras la lluvia limpiaba nuestros cuerpos, pero no nuestras almas.

Capítulo 27

*(...) La vida no se mide por las veces que respiras,
sino por los momentos que te dejan sin aliento (...).*
Kevin Bisch

No puede ser. Esto tiene que ser una pesadilla. Mi grito se escucha por doquier, haciendo que los pájaros alcen el vuelo asustados mientras mis alas, majestuosas, se extienden sin haberlo ordenado y se muestran cuan largas son.

Azrael me mira sonriente, yo no lo hago, al contrario. Mis lágrimas se funden con las gotas de lluvia que empañan mi rostro.

Echo un último vistazo al coche, Matt permanece protegido en él, tal y como me ha prometido y sigo corriendo hacia donde se encuentra Kil.

¡No! ¡No! ¡No! Llego a donde todos se encuentran y caigo de rodillas a su lado cogiendo una de sus manos mientras la otra se encarga de taponar la herida. Veo a Zack entre los presentes y suspiro al verlo bien, vivo, pero hoy no solo los Bash hemos perdido, también parte de los suyos. Dos cadáveres se amontonan en el suelo, al lado de los que todavía siguen vivos, si es que a eso se le puede llamar vida.

Me centro en Kil, me necesita. La herida es aparatosa, mortal. No sé cuánto tiempo le queda y eso me aterra. No puedo perderlo... Raziel me mira y niega con la cabeza. No es posible. Me desespero. No puede irse, no puede dejarme.

Los brazos de Sam me abrazan desde la espalda calmando mi pesar, ni siquiera los siento, no siento nada, solo un terrible dolor en el pecho. Me falta el aire, me mareo. No, por favor, no.

—Kil, no. Prometiste que siempre estarías conmigo, que me protegerías y aconsejarías, que no me dejarías. Debes cumplir tu promesa —sonríe y acaricia mis mejillas, retirando las lágrimas que las bañan.

—Siento dejarte sola princesa, de verdad. Nunca fue mi intención.

—No vas a dejarme, no lo permitiré —miro a Azrael hablar con los Kazoos allí reunidos.

Todo esto es culpa mía, todas estas muertes van a pesar sobre mi conciencia por toda la eternidad. Ocultar un secreto puede costarle la vida a Kil. Hubiera sido tan fácil contar la verdad... Los hubiera perdido a ambos, pero no a Kil, no a mi hermano. Él lo es todo para mí, si él no respira a mí me falta el oxígeno, si su corazón no late, el mío tampoco. Él es mi mundo, mi esperanza.

Desví mi mirada un segundo hacia Zack. Su rostro refleja una mueca de dolor. Acaban de recolocarle el brazo o eso me parece oír. No presto atención, en este momento no me importa nada que no sea Kil.

—Princesa, ¿recuerdas la historia que nos contábamos en la terraza cuando dormíamos al aire libre? Aquella chica que soñaba con encontrar aquel camino que se oscurecía por momentos. Y aquel que siempre había estado a su lado se convirtió en su vela, y cogidos de la mano emprendieron el camino hacia sus destinos, sin soltarse jamás, porque él era su faro y ella el suyo. ¿Recuerdas el poema que siempre recitábamos antes de dormir? —Asiento y ambos lo recitamos mirándonos a los ojos.

*Algunas veces encuentras en la vida
una amistad especial:
ese alguien que al entrar en tu vida
la cambia por completo.
Ese alguien que te hace reír sin cesar;
ese alguien que te hace creer que en el mundo
existen realmente cosas buenas.
Ese alguien que te convence
de que hay una puerta lista
para que tú la abras.
Esa es una amistad eterna...*

*Cuando estás triste
y el mundo parece oscuro y vacío,
esa amistad eterna levanta tu ánimo
y hace que ese mundo oscuro y vacío
de repente parezca brillante y pleno.
Tu amistad eterna te ayuda*

*en los momentos difíciles, tristes,
y de gran confusión.
Si te alejas,
tu amistad eterna te sigue.
Si pierdes el camino,
tu amistad eterna te guía y te alegra.
Tu amistad eterna te lleva de la mano
y te dice que todo va a salir bien.*

*Si tú encuentras tal amistad
te sientes feliz y lleno de gozo
porque no tienes nada de qué preocuparte.
Tienes una amistad para toda la vida,
ya que una amistad eterna no tiene fin.*

Nuestra amistad jamás tendrá fin, será eterna, porque el amor que nos profesamos el uno por el otro es así, infinito. Esté donde esté solo recuerda siempre que tú eres mi faro y cuando esté en la oscuridad te recordaré para que me ilumines, como quiero que hagas tú. Yo jamás te dejaré, porque siempre estaré aquí —coloca su mano a la altura del corazón mientras las lágrimas corren por mis mejillas y niego con la cabeza—. Te quiero, Naia.

—Y yo a ti, Kil, pero no dejaré que te vayas.

Azrael se acerca entonces a nosotros y lo miro a los ojos. Niega con la cabeza leyendo mi expresión.

—¿Qué es lo que deseas? Pídeme lo que quieras y te lo daré todo, —le suplico— solo sálvalo.

—Ha llegado su momento, es la hora.

—No, no es la hora, no puede serlo. Eso lo decides tú Azrael, tienes el poder de decidir quién se va y quién se queda. Haz que se quede.

—El destino está escrito. Yo solo cumplo con mi obligación. Visualizo el nombre de la persona, rostro, lugar y hora de su partida, y realizo mi trabajo.

—Por eso has querido acompañarme. Lo sabías todo desde el principio.

Asiente y se encoje de hombros.

—Tu misión en la Tierra es una, la mía es otra. Ni tú informas de ella, ni lo hago yo en relación a la mía.

—Eres repulsivo.

—¿Por qué? ¿Por cumplir con mi cometido? Entonces todos y cada uno de vosotros lo sois también.

La mano de Kil estrecha la mía y vuelvo la mirada hacia él.

—Naia, para. Si ese es mi destino, lo asumiré. Ahora necesito que te dejes ayudar por Samael y Raziel. No seas cabezona, que te conozco —trata de sonreír. Su rostro está inflamado y cubierto de sangre. Ver su aspecto, el estado en el que se encuentra me hunde un poco más—. Naia, antes de irme quiero mostrarte algo, te lo debo. Tras la conversación de ayer, estuve pensando y...

Se ahoga. Sus pulmones mueren poco a poco, como lo hace mi hermano, como muere una parte de mí.

Uno mi frente a la suya y cierro los ojos.

Las imágenes de su pasado se agolpan juntas e inconexas hasta que todo se aclara y deja que una imagen borrosa se vuelva cada vez más nítida. Es Zack, está arrodillado, cabizbajo mientras la lluvia cae sobre su cuerpo. ¿Es una imagen de la batalla? No, Mithrael se encuentra allí también y sus labios se mueven, pero no oigo nada. Estoy confusa. ¿Cuándo ocurrió eso? Samael aparece entonces en la escena, su regocijo no cabe en él. Con el pecho hinchado camina decidido hasta colocarse a la altura de Zack y susurrarle algo que no consigo descifrar. Y es entonces cuando presencio la atrocidad que sus manos cometen. Eve, la que antaño fue mi Eve, se clava en los omoplátos de Zackary y le arrancan poco a poco su más preciado tesoro, sus hermosas alas. Apenas puedo contener la repugna que me produce Samael. Así que era cierto. Todo lo que me había contado Zack era cierto, y yo no le había creído, es más, lo había juzgado duramente, tratado como la escoria que creía que era, y siempre había luchado por los dos. Samael, maldito Samael, él era el causante de mi infidelidad. No se lo perdonaré ni en mil vidas. La imagen se torna borrosa por momentos y oigo el susurro en el que ahora se ha convertido la voz de Kil.

—Ahora ya lo sabes, decidas lo que decidas yo siempre te apoyaré, esté donde esté.

—Gracias Kil —las lágrimas siguen emanando de mis ojos.

Imposible pararlas.

Desvío la mirada hacia Zack, que habla con la hermana de Raziel y es entonces cuando los siento. Los brazos de un traidor acunando mi cuerpo. Me deshago de ella, no quiero que me toque, ni que lo mire. No lo quiero cerca. Si no fuera un egoísta y aquel día no hubiera sentenciado a Zack nada de esto habría pasado.

Kil suelta mi mano y acoge el rostro de Raziel entre ellas. Lo mira con una infinita ternura mientras le susurra un te amo antes de besar sus labios. Me quedo estupefacta admirando la escena mientras ahora ambas manos cubren la sangrante herida de Kil. Se está desangrando y no puedo hacer nada por él. ¿De qué me sirve ser una Bash si no puedo salvar a los míos?

Kil cierra los ojos y sus labios se entreabren dejando caer su cabeza hacia atrás. No, por dios... Golpeo el suelo repetidas veces intentando que mi rabia salga por algún lado y me dejo caer abatida. Cubro mis ojos mientras dejo que las lágrimas fluyan como jamás me he permitido. Seco mis mejillas como puedo, pese a que la lluvia sigue empapándolas inevitablemente, ¿o soy yo?

Miro a Raziel que llora como un niño pequeño abrazando al amor de su vida, antes de dejarlo en su regazo y mirar su cuerpo, ahora sin vida. Agarra sus cuchillos kukris hecho pedazos, como lo estoy yo y entonces lo oigo, su voz, por primera vez, hablándole a Kil.

—Arrástrame al infierno contigo —Sus cuchillos se clavan en el centro de su corazón.

—¡Raziel noooooooooo! —es tarde. Siempre es demasiado tarde. Grito al cielo mientras su hermana hace lo propio y los abrazo a ambos buscando reanimarlos, pero ya no están, se han ido...

Ahora soy yo la que lloro como una niña, abrazándolos a ambos y susurrándoles que despierten, pero no lo hacen. No puedo respirar, me ahogo, me muero sin ellos.

Alguien me separa de ellos, unos fuertes brazos que me pegan a su cuerpo imposibilitándome desasirme del férreo abrazo. Golpeo ese pecho que ni siquiera sé de quién es, pero al alzar la mirada sé de quién es.

—No quiero que me toques, sé lo que le hiciste a Zack, eres un miserable. Te odio y no quiero que vuelvas a tocarme, y menos acercarte a mí. Jamás.

Lo empujo alejándome de él como si fuera el ser más repugnante del universo y miro a mis dos amigos. Han muerto por amor, por amor el uno al otro y por defender una causa que creían justo, por una mentira, por una ilusión que creyeron cierta.

Azrael se acerca entonces a los cadáveres y los mira con pesar.

—Tú lo sabías, sabías lo de Raziel y no lo impediste, no hiciste nada. Maldito seas.

—Maldito ya estoy Dina, es mi trabajo, repito. ¿Si le dijera a cada ser cómo va a morir no crees que lo evitaría a toda costa? No puedo entorpecer mi trabajo. Las cosas deben fluir y el destino debe seguir su camino hasta acabar frente a una puerta, una puerta que los lleve al cielo o al infierno. Yo solo les acompaño a esa puerta y decido que el destino los arrastre hasta la luz o la oscuridad. No me culpes por algo que no se puede evitar, la muerte es inevitable. Y recuerda, yo solo soy un mero acompañante y guía en el camino. Ahora me los llevaré y el árbol decidirá cuál es el destino que merecen. Los actos que han llevado a cabo en esta vida harán que la balanza se incline hacia arriba o hacia abajo. Tú decides tu propio destino, siempre.

No sé qué decir. Me quedo paralizada mientras, siguiendo su ritual, se encarga de una parte de mí que ahora ya no está, ni estará más.

Azrael mira un segundo a Zack.

—Después iré a por Jason. Tranquilos, su alma descansará en paz, o no.

Zack aprieta los dientes mientras asiente a la parca y se acerca a mí, atrapándome con la mirada.

—Dina, yo...

—Ahora no, por favor.

La lluvia disminuye de intensidad hasta desaparecer mientras Samael y Zack se miran con puro odio. Ya no me queda nada. No quiero nada. He perdido una parte de mi vida, de mi mundo, en esta batalla.

Empieza a aparecer de nuevo el sol, pero no es consuelo, en mi corazón ya no volverá a brillar el sol. Me siento en una esquina y me abrazo a mí misma, escondiendo mi cara entre mis piernas. No quiero que nada se acerque a mí. Necesito estar sola, asumir lo ocurrido o haré lo mismo que Raziel. *¿Y por qué no lo haces?* Me dice una voz

interior. Debería hacerlo. No lo hago por Zack. Lo asumo, pese a estar derrotada, sentirme vacía, muerta en vida, lo asumo.

Limpio mis mejillas y me levanto para volver al coche. Ya no me queda nada aquí por hoy.

—Samael, lleva los cuerpos a casa. Mañana les daremos la sepultura que se merecen.

Eso me queda de ellos, sus cuerpos. Las almas viajan con Azrael hacia un futuro incierto donde serán juzgadas. Así de sencillos somos, no valemos más que por las elecciones que tomamos en vida, si es que ahora esto se puede llamar vida.

Suspiro y arrastrando los pies trato de dar un paso adelante, no solo en el camino de vuelta, en mi vida, pero no lo consigo. ¿De dónde voy a sacar las fuerzas para hacerlo? Kil era mi fuerza, mi apoyo, y ya no está.

Veo a Zack, tratando de consolar a una Roberta igual de destrozada que yo. ¿Y si todo lo que creía es una mentira? No parece que sean muy distintos a nosotros. Ella, que tanto desprecio había mostrado por su hermano, ahora le llora como si le hubieran arrancado la vida para no devolvérsela jamás. Zack la abraza y la envidia. También yo necesito su consuelo, pero no es el momento y no romperé ese hermoso instante en mi beneficio. Sería ruín y despreciable por mi parte hacerlo.

Cierro los ojos y respiro profundamente. Las imágenes de mis momentos con Kil se suceden como diapositivas. El día de mi cumpleaños, el sobre con aquel extraño mensaje, la supuesta charla. Lo incrédula que había sido al no creer nada de lo que me decía. He desaprovechado mi tiempo con él a causa de mi escepticismo. No me lo perdonaré. Nuestras partidas a los diferentes juegos de mesa, las risas, las películas, las noches que habíamos dormidos juntos, fuera en la terraza o en una de nuestras camas, las confidencias que habíamos compartido, los consejos que siempre me había dado. Todo. Todo él era magia, mi magia. Esa magia se ha apagado, se ha extinguido completamente y no volverá.

Recuerdo la canción que siempre cantábamos cuando estábamos juntos. Era tan especial para ambos... Susurro el inicio de la canción mientras trato de reprimir de nuevo las lágrimas.

*Tienes las palabras para cambiar una nación,
pero te estás mordiendo la lengua,
has gastado una vida atascado en silencio,
temiendo decir algo mal,
si nadie nunca lo oye,
¿cómo vamos a aprender tu canción?
Así que vamos, vamos, vamos, vamos [22].*

Cuando abro los ojos puedo ver a Zack despedirse de Roberta. Vuelve dentro del castillo cabizbaja mientras se abraza a sí misma, como segundos antes hacía yo.

Samael aparece entonces después de alzar el vuelo para llevar a nuestros difuntos amigos a su casa. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había marchado.

Ambos se colocan frente a mí, pero es Samael el que habla.

—Dina, ellos están en casa. Ven, vamos a casa. Necesitas descansar —su mano se extiende hacia mí, ofreciéndomela para que se la tome.

Lo miro con repulsa, ¿cómo puede esperar que lo toque después de lo que he visto? *Porque él no sabe lo que has visto. Cállate.* Desvío la mirada hacia Zack, que me mira con la mirada suplicante. También está hundido por la pérdida de sus amigos.

—Mi ángel, te amo. No quiero que te vayas con él. Ya nada te ata a este ser. Ven conmigo. Cuidaré de ti y recuperaremos el tiempo perdido. Te haré feliz. ¿Recuerdas lo que te dije el día que tocábamos música arriba? —Asiento— Nada ha cambiado y nada cambiará. Lo que te prometí ese día sigo prometiéndotelo hoy. Tú eres mi vida, sin ti no soy nada, por ti lo soy todo. He luchado por volver a ti con todas mis fuerzas y lo haría mis veces más para poder volver a estar a tu lado —extiende su mano en mi dirección al igual que Samael.

Extiendo mi mano, temblorosa hacia esas manos que me incitan a que pose mi palma sobre ellas. Es extraño, ya no soy dueña de mí, me siento tan vacía, muerta en vida, que me da igual todo, pero mi corazón tiene claro lo que desea, si es que todavía tiene fuerzas para desear y seguir latiendo después de lo ocurrido hoy.

Mi mano se extiende en dirección a Zack y es entonces cuando oigo la voz de Samael, que lo inunda todo en un momento tan tenso.

Exhalo todo el aliento que contenía en mis pulmones cuando escucho sus palabras y cierro los ojos.

—¿Estás segura que quieres coger la mano del hombre que ha matado a Miguel?

Continuará... 

Personajes

Bash:

- Naia — Dina*
- Samael*
- Kilian (Kil) — Miguel*
- Belle*
- Mia*
- Raziel*
- Mithrael (pronunciado Mizhrael)*

Humanos:

- Matthew (Matt)*
- Luca*
- Peter*
- Mike*
- Leirah*

Otros:

- Azrael — la parca*
- Lilith*

Kazoos:

- Zackary (Zack)*
- Abbadon*
- Kleton*
- Luther*
- Onix*
- Samantha (Sam)*
- Jason*
- Roberta*
- Lexy*
- Max*
- Zenda*
- Hugh*

Sobre la autora

Jane Reyals, nacida en Barcelona en 1990. Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona y con un Máster en formación de profesorado de Educación Secundaria por la Universidad Autónoma de Barcelona.

Amante de la música, la lectura, la escritura y la pintura, siempre ha tenido predilección por esa faceta artística, la literatura, y, aunque tiene relatos eróticos breves como *Servicio de Lavandería* o *Condenada-mante mía*, ha decidido caminar por los terrenos de la ficción para presentarnos su saga **Samsara**, una pentalogía que no dejará a nadie indiferente.

Es una escritora que viene pisando fuerte para quedarse y poder alcanzar su sueño.

[1] Dícese del amigo calzonazos que no puede evitar pedir perdón para contentarte cuando la culpa es tuya.

[2] 723 Libras Esterlinas equivalen a 998,98€

[3] [Lat.] Caída de chico.

[4] Power Rangers

[5] Fragmento ligeramente modificado de la traducción de Stay, Rihanna y Mikky Ekko.

[6] [lat.] Caída.

[7] [lat.] Derribar.

[8] Luchadora estadounidense de artes marciales mixtas. Fue primera mujer estadounidense en ganar una medalla olímpica en judo.

[9] [Lat.] En el acto.

[10] Equivale a 20 euros.

[11] Personaje de la serie de animación *The Simpsons* creada por Matt Groening.

[12] ¿Por qué tan serio?

[13] Empresa estadounidense de cosméticos, perfumes, entre otras cosas.

[14] *World Wrestling Entertainment, Inc* es una empresa de entretenimiento deportivo, propietaria de una serie de elementos multimedia relacionados con la promoción de lucha libre profesional.

[15] La traducción del Sánscrito al español es Te Amo.

[16] De Balania: nivel inferior del Edén donde residen las almas bondadosas que no llegan a la altura de Bash o de dioses.

[17] Las aguas del conocimiento.

[18] Demasiado.

[19] Personaje de Marvel. Antorcha humana. Los Cuatro Fantásticos.

[20] Nunca te irás de mi lado, Dina. (Lengua sumeria)

[21] Material ligero, muy flexible y maleable. Cuando es sometido a una fuerza brusca es capaz de absorber el impacto sin dañar el material.

[22] Extracto inicial y traducido al español de la canción Read All About It Pt. III de Emili Sandé.